When Path of Love meets
Sinful by Nature



ELSA

EVA ALEXANDER

Elsa

Camino de amor 2

Eva Alexander

Derechos de autor © 2025 Eva Alexander

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

A
N.R.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo

Capítulo 1

Sin redención

Elsa

No hay excusa para lo que hice.

No hay perdón, ni aquí ni en el cielo. Bueno, debería decir en el infierno. Aunque sé que el diablo sabrá apreciar mi trabajo.

Pero ese no es el asunto ahora mismo.

Hice algo que no debía, a una persona que no lo merecía.

Grace es una buena mujer. Mejor dicho: es la mejor de todas las que he conocido. Y ella no tiene la culpa de que yo esté mal de la cabeza.

O traumada. Sí, sí, la mejor justificación para un mal comportamiento siempre son los traumas.

Y de esos tengo desde el momento en que abrí los ojos y respiré por primera vez.

Mi nombre es Elsa Vinter.

Y no, no soy ninguna princesa.

Oh, ¿sí?

Te cuento: mi padre, Henrik Vinter, viajó de Suecia a Estados Unidos para ser padrino de boda de su mejor amigo. Washington D.C. le gustó, pero no tanto como le gustó la hermana de la novia.

Mi madre: Victoria Brown. De los Brown que llevan generaciones trabajando detrás de las cortinas del poder estadounidense.

Pero ese es otro trauma.

Volviendo a mis padres. Fue amor a primera vista. Jóvenes, guapos, ricos, herederos de apellidos con peso. Una unión hecha en el cielo.

Mejor que cualquier trato que sus padres pudieran firmar a puerta cerrada.

Seis meses después de su primera cita: una boda impresionante. Luego, luna de miel. Y nueve meses después, yo.

Para el momento del parto, el amor ya se había evaporado como niebla al sol.

Mi madre estaba en la sala de partos, empujando, gritando, maldiciendo a todo el mundo (incluida yo, aunque no era mi culpa), mientras mis abuelos paternos y maternos discutían el mejor acuerdo de custodia.

Para ellos. No para mí.

Le permitieron a mi madre tenerme durante tres meses.

Después empezó lo que sería mi vida hasta los dieciocho: un mes en Estados Unidos, otro en Suecia.

Todo bajo la vigilancia de mi abuela paterna, Elisabeth.

Sí. Por esos primeros tres meses, mi madre pagó un precio alto.

Tuvo que cederle a mi abuela el control absoluto de mi educación.

Déjame decirte: habría preferido vivir debajo de un puente.

Y sí, lo intenté.

Pero me atraparon antes de salir con mi mochila y mis 153 dólares.

Ese día aprendí dos cosas:

Pensar bien antes de actuar.

Y no confiarle mis planes a nadie. Ni siquiera a mi diario.

Podrías poner mi foto en el diccionario, al lado de la expresión pobre niña rica.

Lo tuve todo. Y, al mismo tiempo, nada.

¿Amor? ¿Cariño?

¿Qué es eso? ¿Cómo se ve? ¿Cómo se siente?

¿Sientes pena por mí?

A los dieciocho me escapé.

De todo. De todos.

¿Cómo lo hice? No importa.

Solo diré que pagué un precio muy alto.

¿Demasiado alto? Quizás.

Pero ¿hay precio demasiado alto por la libertad?

Aprendí que, para conseguir lo que quería, tenía que ser más lista.

O sea: mentir, manipular.

También podrías decir que me construí una armadura.

Me escondí en un castillo.

Rodeada de un muro hecho de estrategias, silencios y sonrisas falsas.

No tanto. Pero casi.

Aun así, no conseguí lo único que siempre quise: amor.

Por eso caí tan fuerte por él. Por Aias.

Por eso hice todo lo que hice.

Era dulce. Cariñoso con todos. A veces incluso conmigo.

Me derretía cada vez que decía:

—Elsa, cariño… ¿puedes hacer esto por mí?

Da vergüenza, ¿no?

Una mujer de veintinueve años justificando sus actos porque no recibió amor.

¡Pero no es justo!

¿Soy fea? No.

Soy de esas mujeres que hacen que el aire se corte al entrar.

Alta. Esbelta. Con la clase de belleza que no se grita, pero se impone.

Piel de porcelana, como si el sol jamás me hubiera tocado.

Cabello rubio platino, largo, ondulado, siempre en su sitio, incluso cuando todo lo demás está en ruinas.

Labios carnosos. Sonrisa calculada. Esa que insinúa que sé algo que tú aún no sabes. Tal vez nunca lo sabrás.

Y los ojos…

Grises. A veces casi plateados, a veces tan oscuros que parecen tormenta.

Cambian. Con la luz. Con mi humor. Con lo que no digo.

Un cuerpo de líneas largas y curvas sutiles, diseñado para pecados lentos y miradas largas.

Belleza impecable. Innegable. Inaccesible.

Sé usarla. Sé lo que provoca.

Pero ser hermosa no me salvó de nada.

Solo me hizo más fácil fingir que estaba bien mientras todo dentro se deshacía.

¿Soy lista? Sí.

¿Soy feliz? No.

Y no porque me falte algo.

Tengo dinero, estilo, libertad, un pasaporte lleno de sellos y una cama enorme en cada ciudad.

Pero hay días en los que no siento nada.

Otros, siento demasiado.

Me río. Bromeo. Trabajo como una máquina.

Pero cuando cae la noche y se apagan las luces del hotel, todo ese silencio se me mete debajo de la piel.

¿Felicidad?

A veces creo que es una palabra que inventaron para vender perfumes y canciones pop.

¿Soy fácil de querer? No.

Pero tampoco soy fácil de olvidar.

¿Soy una buena persona?

Depende de a quién le preguntes.

Y de qué me hiciste antes.

¿Sé quién soy? No del todo.

Pero sé quién no quiero ser.

Y eso, al menos, me mantiene de pie.

Estudié Relaciones Internacionales porque mi padre decía que el apellido Vinter debía ir de la mano con el poder.

Ciencias Políticas, para complacer a mi madre, que soñaba con verme como embajadora o asesora de algún senador.

Y Dirección Hotelera… porque eso lo elegí yo.

Me enamoré del orden. Del detalle. De la perfección silenciosa que hay detrás de una habitación impecable.

Hoy evalúo hoteles cinco estrellas en todo el mundo.

Entro, observo, analizo… y cuando me voy, nadie vuelve a dormir tranquilo.

Sé reconocer una sábana mal planchada a seis metros.

Sé cuándo un recepcionista está mintiendo.

Sé cuándo algo no encaja, aunque todo brille.

Porque para mí, el lujo está en los detalles.

Igual que la verdad.

Algunos me llaman la inspectora fantasma.

Otros, simplemente, Reina de Hielo.

Yo prefiero que me llamen por lo que realmente soy:

La mujer que nota todo lo que intentas esconder debajo de una cama king size con sábanas de seda.

Y aquí estoy.

En Sídney.

En la suite ejecutiva de un hotel cinco estrellas, con vistas al puerto, sábanas que huelen a lavanda francesa y un silencio tan impecable que casi da miedo romperlo.

Sentada sobre la cama, con las piernas cruzadas, una copa de vino que ya no quiero, y la certeza de que la cagué.

Porque no solo metí la pata.

Me lancé de cabeza al desastre con tacones y sonrisa perfecta.

Toqué algo que no debía.

Grace.

La única persona que ha sido buena conmigo sin pedirme nada a cambio.

Y Duke… bueno, digamos que es mejor tenerlo de tu lado que en contra.

Me metí donde no me llamaban.

Movida por celos, rabia, y esa vocecita interna que susurra hazlo, nadie lo va a notar.

Lo notaron.

Ahora tengo dos opciones:

Fingir que no pasó nada o enfrentar lo que hice.

Lo malo es que no soy buena fingiendo.

Y lo peor… es que ya no estoy segura de saber enfrentar nada.

Me levanté de la cama como si pesara veinte kilos más.

Caminé descalza hasta la mesa de trabajo, desbloqueé el portátil, pero no podía concentrarme.

Así que agarré el móvil.

Abrí la aplicación del juego.

Porque sí, incluso cuando mi vida ardía en tiempo real, siempre podía refugiarme en un mundo donde sabía exactamente quién era y qué podía controlar.

Mi ciudad. Nuestra alianza. Nuestro caos perfectamente funcional.

Lo primero que hice fue revisar si seguía siendo R4.

Líder no era (ni quería serlo), pero ese rango me daba lo que necesitaba: poder suficiente para mantener el orden, poner a idiotas en su sitio y silenciar al que se pasara de listo en el chat.

¿Me lo habían quitado?

Me mordí el labio.

No.

Seguía ahí.

No sabía si porque aún no se habían dado cuenta de lo que había hecho (mentira, sí lo sabían) o porque todavía no habían decidido cómo castigarme.

Suspiré y abrí el mapa del estado.

La instalación seguía sin dueño.

Instalación: nivel de construcción 3. Vital para el día de construcción del evento más importante. Ese que nos llevaría a la cima o nos haría el hazmerreír de todos.

Si no lo teníamos hoy, la alianza perdía puntos. Visibilidad. Posición. Orgullo.

El problema era que la instalación había expirado hacía horas.

Y por las reglas del juego, solo podía recuperarse si otra alianza la tomaba durante unos segundos.

Pero tras la caída de BTT, nos quedamos sin apoyo.

Nadie podía tocarla.

Excepto alguien de SiN.

Y él.

Demon.

Si alguien podía ayudarnos, era él.

Y ahí estaba el dilema: ¿podía escribirle después de lo que había hecho?

Después de haberle hecho tanto daño a Grace. A Duke.

Conocía a Demon.

Había estado en la misma habitación que yo, en la misma conversación.

Pero en ese momento, yo solo tenía ojos para Aias.

Todo lo demás era ruido.

Ahora… bueno.

Ahora el silencio pesaba más.

Tecleé con los dedos tensos:

Elsa: Hola. Tenemos una instalación expirando pronto. BTT está muerto y no tenemos acceso directo. Sé que tú tienes acceso desde SiN. ¿Podrías ayudarnos a reiniciarla?

Esperé.

Y en cuanto el mensaje salió, me arrepentí.
No por orgullo.
Por miedo.
¿Y si me ignoraba?
¿Y si ya había decidido que yo era parte del problema?
La notificación apareció veinte segundos después.
Demon: Hola, reina. Dame un minuto.
Me quedé inmóvil.
No “nena”.
No “¿quién eres?”.
Solo: “reina”.
Y acción.
Abrí el mapa.
Ahí estaba su ciudad.
Desplegada. Precisa. En movimiento.
Tardó menos de dos minutos.
Entró en la instalación.
La tomó.
Y la soltó.
El icono parpadeó en rojo.
Se volvió neutral.
Y ahora sí, era nuestra oportunidad.
Me lancé.
Tres clics.
Ataque.
Refuerzo.
Captura.

PaL tomaba la instalación.

Y yo…

Yo respiré por primera vez en todo el día.

Nueva notificación.

Demon: Hecho. La tenéis. Bien jugado.

Elsa: Gracias. No tenía a quién más pedirle esto.

Demon: Claro que tenías. Pero no confías en todos. Hiciste bien.

Me quedé mirando esa frase.

Había una claridad brutal en él. Sin adornos.

Ni dulzura ni reproche. Solo hechos.

Elsa: Pensé que no ibas a responderme.

Demon: Pensé que ibas a tardar más en pedírmelo.

Me reí. En voz baja.

Elsa: ¿Y por qué lo hiciste?

Demon: Porque sé reconocer a alguien que intenta arreglar su cagada cuando lo veo.

Y ahí estaba.

Sin juicios.

Sin etiquetas.

Solo una línea de texto que me cayó como agua fría en la cara.

Demon: Además… Me caes bien. Aunque todavía no lo sepas.

Sonreí. Pequeño. Íntimo.

No para él.

Para mí.

Demon no coqueteaba.

No perseguía.

No jugaba.

Simplemente estaba.

Y eso, esa presencia tan firme, fue lo primero que me hizo pensar que tal vez, solo tal vez…

yo no estaba tan rota como creía.

Guardé el móvil y dejé que mi cuerpo se hundiera contra el colchón.

Las sábanas olían a lavanda con un fondo casi imperceptible de almidón caro.

La almohada tenía la densidad justa. No muy firme, no muy blanda.

Todo en aquella habitación estaba diseñado para seducir a los sentidos sin hacer ruido.

Y, sin embargo, yo no podía dormir.

No por el juego.

No por Demon.

Por mí.

Por todo lo que todavía no había dicho, ni hecho, ni enfrentado.

Cerré los ojos con fuerza y me obligué a no pensar.

A la mañana siguiente tenía una inspección.

Y yo no fallaba en el trabajo.

Jamás.

El uniforme no era uniforme, pero funcionaba como uno: un vestido tubo negro hasta la rodilla, con escote justo para no parecer blanda y lo bastante ajustado como para recordar que sabía quién era.

Mangas tres cuartos, espalda recta, cintura marcada.

Tacones finos, italianos, con el tipo de filo que no dejaba marcas en el suelo, pero sí en los egos.

Maquillaje neutro, cabello perfectamente peinado, uñas sin una sola imperfección.

Mi estilo era simple.

Elegante.

Inaccesible.

Entré al restaurante del hotel con el móvil en una mano y el cuaderno de notas en la otra.

No porque fuera anticuada, sino porque a veces anotar a mano impresiona más.

Como si lo que escribiera tuviera más peso. Más intención.

—Buenos días, señorita Vinter —me saludó el gerente con una sonrisa que ya conocía.

Forzada. Con el borde de nerviosismo exacto.

—Diez minutos tarde —respondí, sin levantar la vista del reloj —. Empecemos.

Recorrimos el buffet.

La presentación, impecable.

La temperatura de los platos calientes, apenas aceptable.

Tomo nota.

Pregunto por los ingredientes de un jugo.

El camarero duda.

Demasiado.

—¿Están capacitados para alérgenos?

—Sí… claro.

—¿Y cuántos gramos de nuez hay en este smoothie?

Silencio.

—Gracias —dije, anotando riesgo potencial en bebidas naturales.

Seguimos.

Revisé los baños del área común.

Había una toalla en el piso.

Error básico. Imperdonable.

En el ascensor, toqué el espejo: tenía marcas.

Nadie más lo habría notado. Yo sí.

Detallar con personal de limpieza nocturna.

Cada paso que daba era medido, preciso.

Yo no inspeccionaba como una cliente exigente.

Inspeccionaba como alguien que podía destruir reputaciones con un párrafo.

Y lo sabían.

La suite presidencial fue la última parada.

El gerente abrió la puerta y me dejó entrar sola.

No ofreció quedarse. Sabía que no servía de nada.

Caminé por la habitación como si buscara secretos.

El sofá tenía una mínima hendidura.

Signo de que alguien se sentó y no se volvió a ajustar la superficie.

El minibar tenía una botella mal orientada.

La bata de baño colgaba un centímetro más baja de lo que debía.

Todo lo anoté.

Nadie más lo habría hecho.

Pero yo sí.

Porque ahí, en ese control absoluto, encontraba algo parecido a la paz.

La limpieza no me juzgaba.

El orden no me abandonaba.

Las reglas no me traicionaban.

Después de una tensa conversación con el gerente, volví a mi habitación.

Me senté junto al gran ventanal, con vistas al puerto.

Saqué mi móvil.

Cero notificaciones del grupo.

Cero mensajes nuevos de Grace.

Uno de Demon.

Lo abrí.

Demon: ¿Inspeccionando el mundo o destruyéndolo hoy?

Sonreí. Apenas.

Elsa: A veces, es lo mismo.

Cerré el chat. Guardé el móvil.

Por un segundo, el silencio fue amable.

Pero duró poco.

Porque justo cuando pensaba que el día no podía inclinarse más hacia el abismo,

llegó lo que había estado temiendo.

Otro mensaje.

Otro nombre en la pantalla.

Uno que me heló el estómago al verlo.

Aias.

Tardé un instante en abrirlo.

No porque no quisiera leerlo.

Sino porque sabía —lo supe antes de tocarlo— que no había vuelta atrás después de eso.

Y tenía razón.

Aias:

Elsa, no sé por qué te escribo. Supongo que hay cosas que, si no se dicen, se pudren por dentro.

Durante mucho tiempo pensé que te conocía. Pensé que detrás de esa frialdad, de esa voz controlada y esa mirada que siempre parecía juzgar al mundo, había una persona con cicatrices, sí, pero también con lealtad. Con corazón.

Me equivoqué.

Porque mientras yo te defendía, mientras hablaba bien de ti incluso cuando no estabas, mientras justificaba tus silencios, tus ausencias, tu forma de mirar por encima del hombro a medio mundo… tú estabas preparando una puñalada.

Y no hacia mí.

Lo hiciste hacia la persona que más amo en este mundo.

Grace.

¿Sabes lo que eso significa para mí?

Porque no fue un error. No fue una reacción impulsiva. No fue que te dejaste llevar.

Fue calculado. Medido. Alevoso.

Como todo lo que haces.

Pudiste no hacerlo.

Pudiste pensar en mí.

Pudiste recordarme, aunque fuera por un segundo.

Pero no. Decidiste actuar desde tu ego. Desde tu rabia. Desde tu necesidad de tener siempre el control.

Y lo peor… desde tus celos.

Porque sé que fue eso, Elsa.

Celos. De verla feliz. De vernos felices.

Porque tú no sabes qué hacer con la felicidad de los demás.

Te molesta. Te amenaza.

Lo peor es que yo te quería.

Tal vez no como ella. Tal vez nunca supe cómo amarte del todo, porque contigo todo era una prueba, un juego de resistencia, una guerra fría.

Pero te quería. De una forma que me dolió soltar.

Yo habría dado la vida por ti.

Literalmente.

Y tú... me dejaste solo.

Y no solo eso: intentaste destruir lo único bueno que he tenido en años.

Y eso, Elsa, no tiene arreglo.

No quiero verte.

No quiero hablar contigo.

No quiero que me expliques, ni que justifiques, ni que te disculpes.

No hay redención en esto.

Te deseo que encuentres lo que estás buscando.

De verdad.

Porque si no lo haces, vas a seguir arrasando con todo lo que se cruce en tu camino.

Pero no más conmigo.

No más con ella.

No mereces tenernos cerca.

Y aunque me parta decirlo…

me da igual lo que sientas.
Hasta nunca,
Aias

Capítulo 2

Vestido negro, cristal fino, furia silenciosa

Elsa

La mesa estaba perfectamente servida.

Por supuesto que lo estaba.

Cubiertos de plata. Copas alineadas como soldados entrenados.

Candelabros antiguos que no combinaban con nada, pero valían más que todo el sueldo del chef.

Mi abuela no toleraba el desorden.

Ni en la mesa, ni en la sangre.

Y esta cena era su forma de recordármelo.

—Come, Elsa —dijo sin levantar la voz, pero con ese tono que convertía una sugerencia en mandato.

Tomé el tenedor.

Corté un trozo mínimo del filete.

Lo mastiqué con lentitud. No por placer, sino porque tenía la sensación de que cada bocado me empujaba un paso más cerca del colapso emocional.

—¿Qué tal tu trabajo? —preguntó mi padre desde su extremo de la mesa, con su habitual interés decorativo.

—Igual que siempre —respondí—. Viajes, hoteles, reportes. La gente sonríe más cuando les das miedo que cuando les das propina.

No rio. Él nunca reía con mis comentarios.

—Tu abuela tiene algo que quiere compartir contigo —añadió, como si no supiera que la conversación ya estaba escrita.

Mi abuela Elisabeth dejó la copa sobre la mesa con precisión quirúrgica.

Tenía el cabello perfectamente recogido, ni una arruga fuera de lugar, ni una emoción innecesaria en el rostro.

—He estado hablando con los Hammarström —dijo.

Oh, por supuesto que sí.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Su nieto, Viktor, acaba de regresar de Ginebra. Terminó Derecho Internacional, trabaja en la ONU y está soltero.

Me limité a mirarla. Ni una palabra.

—Es un buen partido —agregó mi padre, como si estuviéramos hablando de una inversión bursátil.

—Ah, claro —dije al fin—. Porque cuando pienso en romance, lo primero que me viene a la mente es una reunión con acta notarial.

Mi abuela entrecerró los ojos. No con furia. Con paciencia.

—No se trata de romance, Elsa. Se trata de estabilidad. De construir algo duradero. Tu estilo de vida puede ser útil por un tiempo, pero no es sostenible. Necesitas un compañero adecuado.

—¿Y ese "adecuado" ya viene con manual de instrucciones? ¿O me enseñan a fingir que me importa durante el almuerzo del domingo?

—No seas dramática.

—Estoy cenando en silencio con dos personas que han intentado moldearme desde que nací, y me están ofreciendo a un abogado sueco como si fuera un bolso de diseñador. ¿No es eso lo suficientemente dramático?

El silencio que siguió fue elegante.

Tenso.

Caro.

Mi padre bebió de su copa.

Mi abuela me miró como quien mira una grieta en una obra de arte.

Una imperfección lamentable, pero inevitable.

—Él estará en la gala del sábado —dijo ella al fin—. Sería conveniente que vayas. Vestida apropiadamente.

—Ya tengo vestido. Negro, entallado y cargado de decepción.

—Elsa…

—Tranquila, abuela. Iré.

Solo porque me gusta ver cómo se desmoronan tus planes cuando no encajo en ellos.

Tomé la servilleta, la doblé con calma y la dejé sobre el plato.

Sonreí.

—Gracias por la cena.

Y me marché.

Porque, aunque mi vida fuera un caos, yo todavía sabía cómo hacer una salida perfecta.

El aire afuera estaba helado, cortante, pero Estocolmo de noche tenía ese encanto nórdico que lo perdonaba todo.

Calles limpias, luces suaves reflejadas en el agua, silencio elegante.

La ciudad perfecta para alguien que no encaja en ningún lugar.

Subí en el ascensor hasta el piso con el número temido de todos: trece.

Mis tacones sonaban como un metrónomo sobre el mármol del pasillo.

Abrí la puerta y el olor me envolvió de inmediato: maderas limpias, cuero caro, y un leve rastro de bergamota.

Mi olor.

Mi apartamento no era grande, pero no lo necesitaba.

Un espacio abierto, blanco y negro, con acentos metálicos.

Cocina abierta, minimalista. Isla de mármol. Copas de cristal impecablemente alineadas.

Sofá gris perla. Arte abstracto en las paredes.

Luz cálida, dirigida.

Y al fondo, un ventanal gigante con vistas al agua y a la ciudad que dormía fingiendo elegancia.

Cerré la puerta con un clic. Me solté el cabello. Me saqué los tacones.

Y exhalé.

Aquí sí.

Aquí no tenía que fingir nada.

Fui a la cocina y abrí una botella de tinto.

No el mejor del mundo, pero sí el correcto para esa noche.

Elegí una copa fina, no por protocolo, sino porque el cristal fino le da al vino una dignidad que otras cosas no tienen.

Como yo.

Apoyé la copa sobre la mesa del salón, cogí el móvil, y lo primero que hice fue desbloquear la aplicación del juego.

Porque, aunque todo fuera un desastre, aunque Aias me odiara, aunque mi familia quisiera venderme al mejor postor, eso… eso seguía siendo mío.

Mi nombre brilló en la pantalla: Elsa

Alianza: PaL

Rango: R4

Entré.

La ciudad seguía ahí.

El buzón, lleno de mensajes.

El chat, inactivo.

Nadie preguntando por mí.

Nadie cuestionando nada.

Paz.

Pero no la clase de paz que abriga.

La clase de paz que se siente justo antes de una tormenta.

Tomé un sorbo de vino.

Lento. Medido.

Y entré al mapa.

A veces, el juego era solo eso: un mapa.

Tropas. Números. Edificios.

Otras veces, era el único lugar donde me sentía en casa.

Y esta noche… esta noche necesitaba sentirme en casa.

El mapa se cargó con lentitud.

La ciudad seguía en pie, las instalaciones intactas, los nombres familiares en sus puestos.

Y, aun así, se sentía distinta.

El punto rojo parpadeó en la esquina inferior derecha:

Chat de alianza, mensajes nuevos.

No suelo abrirlo enseguida.

Demasiado ruido.

Demasiada gente fingiendo simpatía.

Pero algo me empujó a hacerlo esta vez.

Y ahí estaba:

Denci: ¡¡Felicidades, Grace!! Duke te va a adorar hasta el fin del mundo.

Kookie: ¡AAAAAaaa! ¿Es real? ¿DE VERDAD? Me muerooooooo!

Lukas: Confirmado. El Duque cayó. Esto es histórico.

Sally: Grace, TE LO MERECES TODO. ¡Estoy tan feliz por ti! Quiero saber todo, TODO. Fecha, vestido, flores, drama... ¡DAME DETALLES!

Denci: Aias, dime que tú sabías esto antes que nosotras.

Aias: Lo sabía.

Y sí, me costó no decir nada.

Pero verlos juntos…

Era cuestión de tiempo.

Kookie: ¿Podemos organizar algo en el juego? Tipo fiesta simbólica.

Aunque no sirva para nada, quiero hacer ruido.

Lukas: Propongo una ceremonia. Y yo dirijo. Obvio.

Duke: Solo si no haces discursos.

Grace: No sé qué decir… los amo. Gracias por estar ahí.

Sally: Siempre vamos a estar. PaL es familia.

Me detuve ahí.

PaL es familia.

Claro que sí.

Tomé otro sorbo de vino.

Más largo esta vez.

No esperaba que me felicitaran.

Tampoco que me atacaran.

Pero había algo más cruel que el odio: la indiferencia.

Nadie me mencionó.

Ni una palabra.

Ni una indirecta.

Yo estaba mirando por la ventana cerrada mientras todos reían dentro.

Y no podía culparlos.

No esta vez.

Miré el cursor parpadear en el chat, como si esperara algo de mí.

Un emoji.

Una frase cortés.

Una excusa.

Pero no escribí nada.

Solo apagué la pantalla.

Y me quedé sentada ahí, con la copa en la mano, viendo mi reflejo en el cristal del ventanal.

Por un momento, me vi como ellos debían verme.

Sola.

Fría.

Y completamente reemplazable.

Apoyé la copa en el alféizar del ventanal y me quedé ahí, quieta, con la ciudad reflejándose en mis ojos y ese sabor amargo del vino que no tenía nada que ver con la uva.

Pensaba en él.

No quería hacerlo.

No debería hacerlo.

Pero es lo que pasa con las cosas que te rompen: se quedan.

El mensaje de Aias había llegado directo.

Cortante.

Preciso.

Como todo en él.

Lo leí una sola vez.

Me bastó.

Ese mismo día hice las maletas, cambié el vuelo y me fui de Sídney.

Sin despedirme.

Sin mirar atrás.

Sin una palabra.

Porque no había nada que decir cuando el que te conocía mejor te mira y te dice: ya no te quiero cerca.

Y peor aún: ya no confío en ti.

Pasé los tres meses siguientes como se pasa una fiebre.

Transpirando por dentro.

Congelada por fuera.

En el juego, seguía ahí.

PaL no me expulsó.

No hicieron escándalo.

No me lincharon en el chat.

Pero eso fue casi peor.

Solo hablaban conmigo cuando era necesario.

Unos comandos.

Unos reportes.

Una orden técnica.

Nada más.

Ni una broma.

Ni un sticker de esos estúpidos que tanto usaban.

Ni una línea casual que dijera hola.

Pasé de ser parte del núcleo a convertirme en un mueble funcional.

Útil, pero invisible.

Y no los culpo.

A veces creo que yo habría hecho lo mismo.

O peor.

Pensé en irme.

Varias veces.

Cerrar la aplicación.

Salir de la alianza.

Cambiarme de estado.

Empezar de cero, como si no me conocieran.

Como si yo no me conociera.

Pero no lo hice.

Porque, aunque me dolía… seguía siendo mi casa.

Y eso es lo más cruel de todo.

Que a veces el lugar donde te sientes más sola también es el único donde sientes que existes.

Tomé otro sorbo.

Más caliente ahora.

Más amargo.

Quise escribirle a alguien.

A Sally.

A Kookie.

A Duchess.

Pero el orgullo es una lengua que aprendí antes que el amor.

Y nunca supe cómo deshacer una distancia sin romper algo en el camino.

Así que hice lo que mejor sé hacer:

seguí en silencio.

Cumplí con mis tareas.

Sonreí lo justo.

Fui impecable.

Y cada noche, al cerrar sesión, me prometí que no iba a pensar más en Aias.

¿Adivina qué?

Fallé.

Una y otra vez.

Pero al menos ahora sabía una cosa: la próxima vez que alguien me dejara sola, iba a ser porque yo los eché primero.

La copa ya estaba vacía.

El corazón, también.

Y justo cuando pensaba que la noche no iba a darme nada más que silencio…

Notificación.

Una sola.

No del grupo.

No de Grace.

No de Aias.

Demon.

Demon: Hola, reina… ¿ya destruiste algún hotel hoy o tal vez, un corazón?

Rodé los ojos.

Pero sonreí.

Me gustaba cómo me escribía.

Ese equilibrio perfecto entre insolencia y precisión.

Como si supiera exactamente cuántos grados bajar la guardia sin que se note.

Elsa: Ambos. ¿Y tú? ¿Ya hiciste que alguien llore al quemarle la ciudad o solo viniste a molestarme?

Demon: ¿Molestarte? Jamás. Yo soy un servicio de apoyo emocional con tropas nivel 10.

Elsa: Pensé que eras un líder serio. Implacable. Temido.

Demon: Solo los martes. El resto de la semana soy adorable.

Me recosté contra el respaldo del sillón, móvil en mano, y una ceja levantada.

Elsa: ¿Adorable?

Demon: Letalmente adorable.

Elsa: Eso ni siquiera tiene sentido.

Demon: Tampoco lo tiene que todavía no me hayas invitado a cenar.

Me reí.

En voz baja.

Casi sin querer.

Elsa: ¿Eres siempre así?

Demon: No. Solo cuando quiero algo.

Además, contigo funciona.

Lo peor es que tenía razón.

Funcionaba.

No sabía por qué.

Tal vez porque no me pedía explicaciones.

Tal vez porque no intentaba rescatarme.

Solo estaba ahí.

Apareciendo cuando yo no lo esperaba, diciendo exactamente lo que no debía… y que igual quería oír.

Elsa: Voy a dormir, Demon.

Demon: ¿Sola?

Me quedé helada.

No por la pregunta.

No por la pregunta.

Sino por lo rápido que mi cuerpo reaccionó a ella.

Elsa: Por ahora.

Demon: Entonces sueña conmigo. Es gratis. Y no ronco.

Apagué la pantalla.

Y por primera vez en mucho tiempo, me reí de verdad.

No porque lo que dijo fuera gracioso.

Sino porque yo no estaba tan rota como pensaba si todavía podía reírme de eso.

Y aunque sabía que no debía esa noche, soñé con él.

Soñé con él.

Con Demon.

No era un sueño lógico.

No había mapa, ni juego, ni pantallas.

Solo un lugar difuso.

Cálido.

Sin tiempo.

Una habitación en penumbra.

Paredes que respiraban.

Sábanas que se deslizaban como si supieran el secreto de mi piel antes que yo.

Yo estaba de pie.

Descalza.

Con el vestido que usé en la cena con mi abuela.

Solo que esta vez, él estaba detrás de mí.

Sin tocarme.

Todavía.

Pude sentir su respiración en mi cuello.

Su voz, grave, baja, justo al borde de lo audible.

—No corro detrás de nadie, Elsa —dijo—. Pero contigo… haría una excepción.

Me giré.

Sus ojos eran más oscuros que en la vida real.

Más intensos.

Como si me vieran de verdad.

Y entonces me tocó.

No con urgencia.

No con hambre.

Con derecho.

Como si supiera que yo llevaba demasiado tiempo esperando que alguien lo hiciera así.

Sin pedir permiso.

Pero con cuidado.

Sus manos recorrieron mi espalda lenta, deliberadamente.

Como si cada vértebra dijera algo que él entendía.

Me quitó el vestido con un solo gesto.

No violento. No teatral.

Solo… inevitable.

Yo no hablaba.

No podía.

No quería.

Él se inclinó.

Rozó mi clavícula con la boca.

No fue un beso.

Fue una marca.

Sus labios bajaron por mi piel como una promesa sin prisa.

Y yo… yo me dejé ir.

El control, el juicio, el miedo.

Todo se quedó fuera del sueño.

Lo que siguió no fue sexo.

Fue algo más antiguo.

Más íntimo.

Un idioma nuevo que mi cuerpo ya hablaba, aunque mi mente no lo reconociera aún.

Nos movimos como si estuviéramos hechos el uno para el otro.

Como si en otra vida hubiéramos tenido esto y lo hubiéramos perdido.

Y esta fuera la única oportunidad de recuperarlo.

Él murmuró mi nombre.

No con deseo.

Con devoción.

Y no sentí culpa.

Ni por lo que fui.

Ni por lo que había hecho.

Solo... presencia.

Estábamos ahí.

Y eso bastaba.

Me desperté justo cuando sus labios volvían a rozarme.

Con ternura feroz.

Como si quisiera curar todas las partes de mí que nadie más se atrevía a tocar.

El sol apenas entraba por la ventana.

Y mis manos estaban cerradas sobre las sábanas.

Apretando un vacío que ya no parecía tan hueco.

Me quedé así.

En silencio.

Con la respiración desordenada.

Y el eco de su voz repitiendo mi nombre en la parte más vulnerable de mi memoria.

Me desperté con la respiración alterada y las sábanas enredadas entre las piernas, como si hubiera luchado con un fantasma toda la noche.

Un fantasma que se llamaba Demon.

Cerré los ojos de nuevo.

No para volver a dormir.

Sino para sostener el recuerdo unos segundos más.

Su voz.

Su boca.

La forma en que me tocaba sin apuro, como si tuviera todo el tiempo del mundo para desarmarme.

Y lo peor… era que me gustó.

Me quedé acostada, inmóvil, mirando el techo, con el cuerpo todavía sensible y el corazón —ese idiota— latiendo fuera de ritmo.

No debería haber soñado con él.

No de esa manera.

No después de todo.

Y, sin embargo… lo hice.

Y no podía culpar al sueño por mostrarme lo que mi conciencia no se atrevía a aceptar despierta.

Me senté en la cama.

El apartamento estaba en silencio.

El cielo de Estocolmo tenía esa claridad fría que no calienta.

Como una verdad que no necesitas oír, pero que igual se impone.

Fui a la cocina.

Encendí la cafetera.

Puse una tostada en el plato y la dejé ahí, intacta.

No tenía hambre.

Solo necesitaba rutina.

Y entonces lo sentí.

No fue una idea.

Ni una emoción definida.

Fue… una presión leve, invisible, en el pecho.

Como si algo se hubiera desplazado en el mundo, aunque aún no supiera qué.

No soy supersticiosa.

No creo en energías.

No uso cuarzos ni hago yoga con mantras.

Pero algo dentro de mí se tensó.

Me acerqué al ventanal.

Miré la ciudad.

Todo parecía igual.

Y, sin embargo… no lo era.

El juego.

Volví a mi móvil.

Lo abrí.

Conecté.

Nada nuevo en el buzón.

Ni reportes urgentes.

Ni mensajes en el grupo.

Pero, aun así, la incomodidad seguía ahí.

Como si algo estuviera fuera de lugar, pero no supiera dónde mirar.

Abrí el chat general.

Nada.

Solo las mismas bromas, algunos reclamos por ataques, stickers sin sentido.

Normalidad en su forma más artificial.

Volví al mapa.

La ciudad.

Todo estaba en orden.

Las instalaciones, protegidas.

La ciudad, activa.

Y, aun así…

Volví a mirar el cielo.

Ese cielo blanco que parecía no decidir si quería nublarse o despejarse.

Y supe, sin pruebas, sin razones, sin datos, que algo estaba mal.

No con el juego.

No con la alianza.

Con alguien.

No tenía pruebas.

No había alarmas.

Pero algo dentro de mí lo sabía.

Sally.

Abrí su perfil en el juego.

Seguía en línea.

Última conexión: hacía cuatro horas.

No era raro.

Sally no era adicta como los demás.

Pero el presentimiento seguía clavado en mi estómago como una espina que no dolía… todavía.

Pensé en escribirle.

Un simple ¿estás bien?

Pero no lo hice.

Porque no estábamos bien.

Porque desde que la vi con Aias no encontré la manera de hablar con ella.

Porque desde lo de Grace, desde el mensaje de Aias, desde que yo me volví el punto muerto del grupo, Sally había sido cortés, pero lejana.

No la odiaba.

No me odiaba.

Pero tampoco me incluía.

Y no quería leer un todo bien sin emoción.

No podía soportar más neutralidad.

Cerré el móvil.

Apoyé las manos en la encimera.

Ese sueño.

Ese despertar.

Ese vacío.

Algo se acercaba.

Y por primera vez en años, no quería estar sola.

Pero lo estaba.

Por elección.

Por castigo.

Por consecuencia.

El día avanzaba.

El reloj giraba.

Y el presentimiento, lejos de irse, crecía.

Como una grieta invisible que se extiende por debajo de los cimientos, en silencio.

Hasta que un día todo se derrumba.

∞∞∞

Abrí el armario con la misma precisión con la que diseccionaba fallos en una suite cinco estrellas.

Mi agenda había cambiado hace dos días.

Un nuevo encargo.

Una cadena de hoteles de lujo quería una auditoría completa de su nueva apertura en Australia.

Anonimato garantizado.

Gastos cubiertos.

Libertad total.

Era el tipo de trabajo que a cualquier otro lo intimidaría.

A mí, me tranquilizaba.

El único problema: estaba al otro lado del mundo.

Sídney.

Otra vez Australia.

El destino tiene un sentido del humor retorcido.

Y yo ya no le reía las gracias.

Doblé un par de blusas.

Guardé mi vestido negro de guerra.

Cargadores.

Libretas.

Perfume.

Todo entraba en la maleta como si cada objeto tuviera su lugar designado desde antes de nacer.

El presentimiento seguía ahí.

No se iba.

No gritaba.

Solo… persistía.

Pero yo tenía un vuelo.

Y una fachada que mantener.

Y si algo estaba a punto de romperse, al menos estaría lista.

Con tacones afilados.

Una copa en la maleta.

Y las defensas más altas que nunca.

Otra vez Australia.

Otra vez el pasado esperándome al otro lado del pasaporte.

Y con él, dos fantasmas muy distintos.

Grace.

Sabía que podía cruzármela en cualquier momento.

En una calle.

En un ascensor.

En un café donde ninguna de las dos fingiera no ver a la otra.

Solo imaginarlo me encogía el estómago.

No porque le temiera.

Sino porque todavía me odiaba por lo que le hice.

Y lo peor es que tenía razón.

Pero también estaba él.

Demon.

El hombre que no me debía nada, y aun así aparecía.

El que me flirteaba sin pudor, como si yo no fuera peligrosa.

El que me leía mejor de lo que yo quería admitir.

Y aunque no quería decirlo en voz alta,

había una parte de mí que no podía evitarlo: esa parte quería verlo.

Así que sí.

Tenía miedo.

Pero también, por primera vez en mucho tiempo… tenía curiosidad.

Capítulo 3

Caos, elegancia y peligro

Elsa

El día empezó mal.

Y fue empeorando con una precisión casi admirable.

Primero, el coche que debía recogerme a las 6:00 apareció a las 6:47.

El conductor olía a tabaco frío y desodorante de supermercado, y parecía convencido de que el atasco era culpa del karma colectivo.

—Mucha energía negativa en el aire, ¿no cree? —dijo, mirando por el retrovisor.

—No es energía, es incompetencia. Y usted forma parte del problema.

Respondí sin subir la voz. El silencio posterior fue satisfactorio.

En el aeropuerto, el control de seguridad decidió que mi neceser de cosméticos era sospechoso.

Una joven uniformada, con coleta alta y ojos que juzgaban por deporte, sacó mi frasco de perfume con pinzas como si fuera uranio.

—¿Esto es vidrio? —preguntó.

—No. Es el alma de Coco Chanel en estado líquido. Y cuesta más que su coche.

La chica me fulminó con la mirada.

Yo no parpadeé.

Después, la joya de la jornada: mi asiento.

Ventanilla, sí.

Pero al lado de un hombre que llevaba una camiseta que decía Gym. Tan. Love. y que parecía haberse duchado en colonia de vainilla barata.

—¿Viajas por trabajo o por placer? —preguntó apenas me senté.

—Por castigo.

Sonrió como si eso fuera una invitación.

Durante el primer tramo del vuelo, me habló de su gimnasio, de su dieta de proteínas, de su ex (a la que seguía llamando la bruja) y de cómo él entendía a las mujeres mejor que nadie.

Yo asentía muy lentamente, como si procesara información importante.

En realidad, estaba calculando cuántas calorías quemaría si lo empujaba por la escotilla de emergencia.

Intentó enseñarme fotos.

Intentó tocarme el brazo.

Intentó darme su número.

—¿Y tú? ¿Tienes novio? —insistió, como si fuera relevante.

—No. Tengo estándares.

Ahí se calló. No por mucho.

El resto del vuelo fue un desfile de bebés llorando, comida que parecía un crimen de guerra y una turbulencia que casi me hizo reconsiderar mis decisiones vitales.

Cuando finalmente aterrizamos, mi maleta salió la última.

Por supuesto.

Y cuando crucé el control de inmigración, el agente me miró como si estuviera traficando diamantes en el dobladillo de mi abrigo.

Yo solo respiré hondo y sonreí.

Una sonrisa pequeña.

Fría.

Pulida.

Porque no importa lo que el universo decida lanzarme encima, yo tengo dos cosas que no me pueden quitar: mi autocontrol y mi blazer perfectamente planchado.

Salir del aeropuerto fue casi tan complicado como aterrizar.

Un niño me vomitó cerca del tacón. Mi maleta cojeaba de una rueda, como si también hubiera renunciado a la vida.

Me puse las gafas de sol. Respiré hondo.

Y entonces lo vi.

No escuché su nombre.

No vi su rostro claramente al principio.

Solo sentí que algo —el aire, la luz, el ruido— se había detenido por un segundo.

Él estaba allí.

Apoyado con descaro contra un coche oscuro, móvil en una mano, la otra en el bolsillo del pantalón.

Parecía sacado de una escena que no me pertenecía.

De esas que ves desde afuera, sabiendo que si te acercas demasiado, vas a quemarte.

Alto.

Tan sólido como una sentencia.

Camisa negra arremangada hasta los codos.

Pantalones oscuros que le caían como hechos a medida por alguien que lo deseaba en secreto.

Barba recortada al milímetro.

Cabello ligeramente despeinado, como si acabara de salir de la cama… o de alguien.

Y los tatuajes.

No eran solo tinta.

Eran cicatrices bellas, relatos dibujados en su piel.

Símbolos que pedían ser leídos con la boca y descifrados con los dedos.

Y los ojos.

Dios, los ojos.

Oscuros. Intensos. Fijos.

No buscaban.

Elegían.

Y por un segundo, pensé que me había elegido a mí.

Me quedé quieta.

Como una idiota.

Como si nunca hubiera visto un hombre.

Como si todo mi sarcasmo, mi coraza y mi elegancia se hubieran disuelto de golpe en el calor húmedo de Sídney.

Él no sonrió.

Ni levantó la mano.

Ni dijo nada.

Solo me miró.

Como si supiera exactamente quién era yo… y lo que había hecho.

Y, aun así, no apartó la vista.

Mi corazón dio un vuelco que no me gustó nada.

Porque no era miedo.

Ni culpa.

Era otra cosa.

Algo más peligroso.

Me obligué a parpadear.

A caminar.

A fingir que no lo había visto.

Que no me importaba.

Pero cada paso que daba lo sentía clavado en mi rostro.

Como si me estuviera dibujando con los ojos.

Como si ya supiera dónde romperme.

Y lo peor es que, por un momento, quise que lo hiciera.

Demon no se movió.

Pero dos figuras más aparecieron, como si hubieran estado esperándolo… o peor, esperándome.

Primero Poppy.

Elegante como siempre, pero sin una pizca de su habitual calidez.

Los ojos marrones, antes suaves, ahora duros como piedra pulida.

Sus pasos eran los de alguien que no venía a conversar. Venía a dictar sentencia.

Y detrás, Duke.

Mi estómago se contrajo de forma involuntaria.

No por miedo.

Sino porque él era el único de los tres cuya mirada no podía soportar sin tragar saliva.

Se acercaron como una muralla móvil.

Demon a la cabeza.

Poppy, un poco más atrás.

Duke, último… pero con la mirada más afilada de todas.

Me detuve.

No porque quisiera.

Sino porque la tensión era tan espesa que se podía cortar con un suspiro.

—Tenemos que hablar —dijo Poppy.

No fue una sugerencia.

—Ahora no —intentó Demon, con la mandíbula apretada—. En un lugar más tranquilo.

—No soy estúpida —respondí, alzando la barbilla—. Si vinieron los tres juntos, con esa cara de funeral y cero intenciones de saludar, es porque no quieren hablar. Quieren atacar. Así que ataquen.

—Elsa —Duke no levantó la voz, pero dolió igual—. Este no es el momento.

—Es exactamente el momento —solté—. Porque si esperan que me suba a un coche con ustedes tres, después de lo que ha pasado, sin saber a dónde vamos… entonces no me conocen tan bien como pensaban.

Ninguno respondió.

Demon me miró con esa expresión que parecía una mezcla de frustración y respeto forzado.

—Aquí no —dijo Poppy—. Hay prensa. Cámaras. Gente.

—Y yo tengo dignidad —respondí—. Así que, si quieren hablar, será aquí. Ahora. O no habrá después.

El silencio que siguió no fue largo.

Pero fue suficiente para entender que estaban calibrando cuánto aguante emocional les quedaba.

Duke apretó los labios, las manos en los bolsillos.

Poppy cruzó los brazos.

Y Demon… Demon fue el único que no bajó la mirada.

—No confías en nosotros —dijo él.

—No —respondí, sin pestañear—. Y sería estúpida si lo hiciera.

Los tres se miraron entre sí.

Una conversación silenciosa que no necesitaba traducción.

Ellos tenían algo que decirme.

Y yo estaba demasiado dañada como para darles el beneficio de la duda.

La batalla ya había comenzado.

Y todavía nadie había sacado el arma.

Poppy dio un paso al frente.

Su postura era militar.

Su mirada, un disparo.

—Dame tu móvil.

—¿Perdón? —solté, cruzándome de brazos—. ¿También quieren mis zapatos, mi pasaporte y una confesión de algo que no hice?

Duke no dijo nada.

Solo observaba.

Como si supiera que cada palabra que dijera ahora se grabaría en mi memoria con fuego.

—Elsa —intervino Demon, su tono más suave, pero no menos firme—. Esto no es un juego. Solo necesitamos ver si has hablado con alguien. O si alguien te ha usado sin que lo supieras.

—¿Usado? —me reí. Seca—. Si piensan que estoy involucrada en algo, al menos tengan la decencia de decirme en qué.

—Danos el móvil —insistió Poppy—. O lo haremos por las malas.

—Intenta tocarme —le respondí— y vas a descubrir por qué me pagan por observar hasta los errores invisibles.

Demon levantó una mano, calmando a su amigo.

—Solo queremos comprobar algo, Elsa. Hay personas desaparecidas. Necesitamos descartar posibilidades.

Mi estómago se hundió.

—¿Qué personas?

Silencio.

—¿Qué pasó?

—Dame el móvil —repitió Poppy, esta vez con más tensión en los hombros que en la voz.

—¿Qué pasó? —pregunté otra vez. Más alto. Más cortante.

Pero nadie respondió.

Solo extendieron la mano.

Y yo… yo ya no sabía si estaba siendo acusada, usada o protegida.

Pero una cosa era segura: esa noche, todo había cambiado.

Y nadie estaba diciendo la verdad.

—Sally desapareció.

No lo pensé.

No lo procesé.

No respiré.

Solo saqué el móvil y se lo tendí a Demon.

—Toma.

Él lo recibió sin sorpresa, como si supiera que, ante eso, incluso yo tenía un límite.

—No abras el historial de búsqueda —murmuré—. Hay cosas que una mujer tiene derecho a llevarse a la tumba.

Demon asintió. Ni una sonrisa. Solo respeto.

—¿Por qué no se lo pidieron a Lukas? —pregunté, aún aturdida—. Él podría haber entrado en mi teléfono sin mover un dedo. Les habría ahorrado el disgusto.

Nadie respondió de inmediato.

Y esa pausa fue peor que cualquier golpe.

—¿Qué? —insistí. La voz ya no me salía tan firme.

—Lukas está en el hospital —dijo Poppy, seco como un bisturí.

—¿Qué?

—Accidente —explicó Duke—. Lukas, Jack y Aias iban en el coche con Sally. Hubo un impacto fuerte. Encontraron el vehículo, parcialmente destruido. Unos testigos vieron a dos coches persiguiéndolos antes del choque. Nadie sabe exactamente cómo ocurrió, pero provocaron el accidente. El coche terminó incendiado. Cuando llegaron los servicios de emergencia, los chicos ya no estaban dentro. Fueron encontrados inconscientes a unos metros, lanzados por la fuerza del impacto. Sally, en cambio, no apareció.

Mi boca se secó.

—¿Están…?

—Heridos —continuó Demon—. Aias y Jack están estables. Lukas está en observación.

—¿Y Sally?

La forma en que me miraron… no fue cruel. Fue peor.

Fue compasiva.

—No hay rastro de ella —dijo Duke—. Ninguno. Ni una huella, ni una cámara, ni un sonido. Nada.

Todo se detuvo dentro de mí.

El corazón, el estómago, incluso el resentimiento.

Porque si Sally no estaba… entonces todo estaba realmente mal.

—¿Creen que…?

—No sabemos nada —me interrumpió Demon—. Pero cuando las cosas no tienen sentido, empiezas por el eslabón más débil. O el más inestable.

—¿Y ese soy yo?

—Ese eres tú —dijo Poppy, sin rodeos—. Porque desapareciste. Porque te peleaste con medio equipo. Porque nadie sabía en qué estabas ni con quién hablas.

Y ahí estaba.

No venían a buscar pistas.

Venían a confirmar sospechas.

—Creen que lo planeé —dije en voz baja. No como pregunta. Como hecho.

Nadie lo negó.

Y yo tampoco lo esperaba.

Porque sí, tenían razones.

Razones sólidas.

Porque una vez… yo estuve del otro lado.

—No los culpo —añadí, clavando la mirada en Demon—. Después de lo que hice, sería estúpido confiar en mí.

Poppy apenas asintió.

Duke no reaccionó.

Y Demon... Demon apretó los labios como si odiara tener que estar de acuerdo.

—Pero no tengo nada que ver con esto —continué—. No sé qué pasó con Sally, ni con el coche, ni con ellos. No tengo contacto con nadie fuera del juego desde que me fui. Y si necesitaban un enemigo, lamento decepcionarlos. Esta vez, no soy yo.

Me crucé de brazos.

No por defensa.

Sino por mantenerme entera.

—Pueden revisar lo que quieran. Pueden rastrear mi vuelo, mis movimientos, mis chats, mi correo. No hay nada. Solo trabajo, hoteles y silencio. La única que no miente aquí... soy yo.

El silencio que siguió fue distinto.

No denso.

No amenazante.

Solo… incómodo.

Poppy fue el primero en mirar hacia otro lado.

Como si procesar mi sinceridad le costara más que dispararme.

—Vamos —le dijo a Duke, que seguía sin quitarme los ojos de encima.

Duke no respondió.

Solo asintió con lentitud.

Como si no supiera si creerme, pero tampoco pudiera descartarlo del todo.

Ambos se alejaron con la misma tensión con la que habían llegado.

Y entonces quedamos los dos.

Él y yo.

De pie, frente al aeropuerto, bajo un cielo demasiado azul para lo que pesaba el aire.

Demon no se movió.

Sus ojos, oscuros, serenos, peligrosos, me recorrieron con una lentitud que no tenía nada que ver con sospecha.

—Hola, muñeca —dijo al fin, con esa voz que parecía tener textura.

Como terciopelo con filo.

Levanté una ceja.

No porque me molestara.

Sino porque no me lo esperaba y porque mi corazón reaccionó antes que mi sarcasmo.

—¿En serio vas a empezar con eso?

Él sonrió.

Apenas.

Pero bastó para hacerme olvidar, por un segundo, que estábamos hablando de una desaparición.

—Tenía que romper la tensión. Estabas a punto de matar a alguien con esa mirada tuya.

—Y tú estabas a punto de disfrutarlo —le respondí.

—Tal vez.

Y fue entonces cuando lo supe.

No era como Aias.

No era un cobarde.

Este sabía exactamente lo que hacía y no le temía a lo que encontraba.

Ni siquiera a mí.

—¿Cómo están? —pregunté en voz baja.

Demon no fingió no entender a quiénes me refería.

Solo respiró hondo. Y su rostro cambió.

Se endureció un poco, como si se preparara para entregarme un parte médico que también dolía a él.

—Jack está despierto. No habla mucho. Tiene varias costillas rotas y una fractura en la pierna. Pero va a salir de esta.

Asentí. No sabía qué decir.

Jack había sido siempre una presencia constante, discreta, como una sombra leal.

Que estuviera herido me revolvía algo en el pecho que no sabía que todavía me quedaba.

—¿Lukas?

Una pausa.

—Está mal.

Tragué saliva.

—¿Qué significa mal?

—Traumatismo craneal. Lo operaron de urgencia. Aún no despertó. No sabemos si va a tener secuelas ni cuáles. Pero está vivo.

Sentí un pequeño temblor en los dedos y cerré las manos con fuerza.

No porque tuviera un lazo especial con Lukas, pero él era parte de todo esto.

Parte de ellos. Parte de nosotros.

Aunque ahora eso ya no significara nada.

—¿Y Aias?

Mi voz sonó más cortante de lo que quise.

Como si necesitara ese filo para no quebrarme.

—Está bien. Físicamente. Moretones, cortes, un par de puntos. Nada grave.

—¿Y emocionalmente?

—Tú deberías saberlo mejor que nadie —respondió Demon, sin suavizarlo.

Me tensé.

—Hace tres meses que no hablo con él —dije—. Ni con ninguno. A excepción de una vez que Kookie me pidió una instalación. Y me llamó Elsa, sin emoji ni corazón. Casi me manda un telegrama para terminar de enterrarme.

Demon sonrió apenas.

—Por cierto —agregó—, ya no quiere que lo llamen Aias.

—Ah, ¿no? ¿Y ahora quién es? ¿Batman?

—Neron.

Parpadeé.

—¿Se cambió el nombre?

—Después del accidente. Dijo que Aias se quedó en ese coche y que era solo Neron. El real. El único.

Pausa.

—Y que no tiene intenciones de volver a ser él.

Asentí despacio.

No porque entendiera.

Sino porque, de alguna forma retorcida, lo entendía más de lo que quería admitir.

—Kookie te sigue queriendo. Pero está enojada —continuó Demon.

—Todos están enojados.

—No todos. Yo no.

Lo miré.

No porque no le creyera.

Sino porque no sabía cómo procesar la posibilidad de que alguien —alguien como él— no me odiara.

—¿Y Sally? —pregunté. La palabra se sintió extraña, demasiado frágil en mis labios.

Demon bajó la mirada un instante.

Un gesto breve. Sutil. Pero suficiente para alarmarme.

—No hay nada —dijo—. Como si se hubiera evaporado. El asiento del coche estaba manchado de sangre, pero sin señales de salida, ni arrastre, ni cámaras. Nada.

—Eso no es posible.

—Ya lo sé.

El aire se volvió más pesado.

Más real.

—¿Y creen que alguien se la llevó?

—No descartamos nada. Pero para poder avanzar necesitamos limpiar primero las dudas internas. Y tú eras una de ellas.

Me pasé una mano por el cabello, intentando ordenar pensamientos que se negaban a alinearse.

—No voy a pedirles que confíen en mí —dije—. Pero les juro por todo lo que me queda de dignidad que no tengo nada que ver con esto. Si hubiera sabido algo, si hubiera notado algo extraño, lo habría dicho.

Demon no me miraba como los otros.

No estaba buscando grietas en mi voz ni señales de mentira.

Solo me escuchaba.

Como si le importara.

Y eso fue peor.

Porque esa cercanía, esa comprensión silenciosa… dolía más que el juicio.

—Lo sé —dijo, al fin.

Dos palabras.

Y por un instante, se sintieron como el inicio de algo peligroso.

—Entonces, ¿qué pasa ahora?

—Ahora —dijo Demon, dando un paso más cerca—, vas al hotel, te duchas, descansas… y mañana empezamos a investigar. Si quieres ayudar, te quiero cerca.

—¿Ayudar?

—Eres la mujer más meticulosa que conozco. Si alguien puede encontrar algo que no encaja, eres tú.

Lo dijo sin rastro de sarcasmo.

Sin adornos.

Solo una verdad brutal, dicha con respeto.

Y por primera vez en mucho tiempo, me sentí útil.

Importante.

Quizá incluso redimible.

—¿Me vas a cuidar? —pregunté, medio en broma.

Demon inclinó la cabeza.

Una media sonrisa apareció.

—No. Pero voy a estar cerca. Por si necesitas que alguien te recuerde quién eres.

Y juro que sentí el corazón saltar una milésima de segundo antes de recuperar su ritmo habitual.

—Te llevo —dijo, como si fuera lo más obvio del mundo.

Ni me molesté en discutir.

Había demasiadas cosas rotas dentro de mí como para sumar el orgullo a la lista.

Caminamos en silencio hasta su coche. Negro, brillante, impecable. Igual que él.

Me abrió la puerta sin teatralidad.

Como si ya supiera que yo aceptaría.

Como si el mundo entero siempre le dijera que sí.

El trayecto fue corto, pero no silencioso.

No porque habláramos.

Sino porque el aire estaba cargado de esas cosas que no se dicen, pero se sienten.

Como electricidad estática antes de una tormenta.

Al llegar al hotel, bajó primero. Rodeó el coche y me abrió la puerta.

Sus dedos rozaron los míos cuando me ayudó a salir.

Y ese solo contacto fue suficiente para despertarme partes del cuerpo que había olvidado que existían.

No me soltó de inmediato.

Y yo tampoco quise que lo hiciera.

El mundo entero se volvió borroso por un segundo.

Solo estábamos él y yo.

Y ese algo que se estaba formando entre nosotros como una línea trazada con fuego.

—Gracias —dije, apenas.

Y entonces, lo hizo.

Se inclinó.

Despacio.

Como si no tuviera ninguna prisa.

Y sus labios rozaron mi mejilla.

Nada más.

Nada menos.

Pero el calor que dejó en mi piel fue como una descarga lenta.

Profunda.

Íntima.

Sus labios eran suaves, cálidos, con ese leve rastro de la tarde.

Y olía a algo que mezclaba cuero, bosque, y una nota especiada que no supe identificar… pero que podría seguir por un campo de minas si hiciera falta.

Cerré los ojos por una fracción de segundo.

No para disfrutarlo.

Sino para sobrevivirlo.

Porque nadie me había tocado así.

No de forma tan contenida.

Tan limpia.

Y aun así tan absolutamente peligrosa.

Cuando se apartó, no dijo nada.

Solo me sostuvo la mirada un instante más.

Como si supiera que acababa de derribar una muralla que llevaba años levantando.

—Hasta mañana, reina —dijo, por fin.

Y se fue.

Dejándome con el corazón latiendo en un idioma que no entendía.

No era un silencio lleno de culpa.

Era algo peor.

Un silencio lleno de ganas.

Capítulo 4

El Diablo viste a medida

Elsa

La habitación era un oasis de lujo contenido: alfombra de seda en tonos crema, una cama tan blanca que daba miedo arrugarla y una botella de vino tinto esperándome como si supiera que el día había sido un desfile de traumas emocionales.

Me quité los zapatos, dejé caer el blazer sobre una silla y me desplomé sobre el borde de la cama. Solo por dos minutos. Solo para dejar de fingir que todo estaba bajo control.

Dos minutos.

Ni uno más.

Ni uno menos.

Knock, knock.

Suspiré.

—Juro que, si es otro recepcionista con una encuesta de satisfacción, voy a lanzarles mi tacón como proyectil diplomático.

Me levanté, crucé la habitación y abrí la puerta.

Y ahí estaba.

K10. Alias en el juego, apodo en la vida real, enigma viviente.

Kiran era etéreo.

Alto, de cuerpo delgado pero firme, con esa clase de presencia que no pedía permiso, simplemente entraba y dominaba.

Piel de tono oliva suave, ojos almendrados de un color imposible —entre gris y miel, según la luz—, y labios que podrían haber sido esculpidos por un dios con sentido del drama.

El cabello lo llevaba largo, liso, negro como tinta, recogido a veces en una coleta impecable y otras suelto, cayendo como seda sobre los hombros.

Y su voz... su voz era ambigua de forma deliberada.

Como todo en él.

Era el tipo de belleza que no necesitaba categoría.

Solo una habitación y un foco.

Su nombre (hoy) era Kiran.

Y, como siempre, parecía salido de un editorial de moda que no sabía decidirse entre dios griego o diva de alfombra roja.

Traje blanco de tres piezas, camisa abierta hasta el esternón, un colgante de esmeralda ridículamente real, y el pelo largo, oscuro, peinado hacia atrás con esa clase de precisión que solo se consigue con tiempo, dinero y maldad natural.

Cuando decidía ir en modo traje, parecía un modelo de Armani.

Cuando se ponía un vestido, podía humillar a cualquier actriz en la gala del MET.

Y, aun así, nadie sabía si era chico, chica, ambos o ninguno.

Y sinceramente, ya ni me importaba.

Kiran era Kiran.

Y una pesadilla de eficiencia y sarcasmo en la vida real.

—Llegas tarde —dijo, sin saludar. Su voz era suave, andrógina, con un acento indefinible y un tono que parecía decir yo sé cosas que tú no.

—No esperaba verte hasta mañana —respondí, abriéndole paso.

—Tú nunca esperas lo importante. Por eso me necesitas.

Entró como si la habitación fuera suya. Dejó un bolso de cuero sobre la silla, miró la copa de vino y frunció el ceño.

—¿Cabernet? ¿En esta temperatura? Elsa, cariño… casi me ofendes.

—No sabía que venías a juzgarme. Pensé que eso lo hacías solo en horario laboral.

Kiran sonrió.

De lado.

Como si supiera que acababa de ganar.

—Estoy siempre en horario laboral. Especialmente cuando tú estás a punto de cometer una estupidez… como enamorarte de un hombre con tatuajes y cara de trauma no resuelto.

Me quedé inmóvil. Solo por un segundo.

Pero fue suficiente.

—No estoy enamorada.

—Y yo no tengo un guardarropa que vale más que este hotel. Sigamos mintiéndonos.

Me rendí.

Como siempre.

—¿A qué viniste?

Kiran se sentó con una elegancia insultante y cruzó las piernas.

—A trabajar. A vigilarte. A salvarte de ti misma. Y, si sobra tiempo, a cenar sushi con alguien que no me hable de vulnerabilidad emocional como si fuera una amenaza biológica.

Kiran no era mi asistente personal.

O al menos, no lo era al principio.

Nos conocimos en el juego. En uno de esos días donde todo en mi vida real se sentía como papel mojado, y cada chat del juego era otro lugar donde no me querían.

Kiran fue el único, o la única, nunca me atreví a preguntar, que fue amable.

No con esa amabilidad empalagosa que se lanza como sobras.

Sino con esa precisión de alguien que entiende el dolor, pero prefiere curarlo con sarcasmo.

Hablando, entre ataques, bromas y estrategias absurdas, me di cuenta de que necesitaba un trabajo.

Y aunque yo no necesitaba un asistente personal, la verdad es que me gustaba tenerle cerca.

Así que le ofrecí el puesto.

Y Kiran aceptó.

Por capricho, por curiosidad, o porque yo era más interesante que su última alianza.

Desde entonces, era mi sombra vestida de alta costura.

Y, a veces, mi única brújula moral.

Me senté frente a él… o a ella… o a ese ser mitológico con más estilo que estabilidad emocional.

—¿Algo más o solo viniste a insultar mi vino?

Kiran ladeó la cabeza. Su sonrisa seguía ahí, pero sus ojos habían perdido el brillo burlón.

Ahora había algo más denso, más sincero.

—Fui al hospital esta mañana.

Me tensé.

—¿Qué?

—Poppy me lo contó. Lo del accidente. Fui a ver cómo estaban.

—¿Y?

—Jack sigue inconsciente. Neron está bien físicamente, aunque con cara de que quiere matar a medio planeta. Lo normal en él. Lukas… —bajó la mirada— no está bien, Elsa. No voy a endulzártelo.

Tragué saliva.

—¿Y Sally?

—Desaparecida. Sin rastro.

Apoyé los codos en las rodillas, entrelacé los dedos y cerré los ojos por un segundo. Solo un segundo.

Pero dolió igual.

—¿Por qué fuiste tú?

—Porque soy parte de este desastre. Porque, a diferencia de cierto griego bronceado con complejo de dios, yo sí me preocupo por la gente incluso cuando no me conviene.

—No empieces.

—No empecé yo, Elsa. Lo empezó él cuando jugó contigo y luego actuó como si fueras tú la que rompió el tablero. Nunca me cayó bien. Lo sabes.

—Lo sé.

—Y sigo pensando que no es el hombre para ti.

—Eso ya no importa.

Kiran me miró. En silencio.

Como si supiera que sí importaba. Que aún dolía.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Lo que mejor se me da —dije, levantándome y respirando hondo—. Fingir que estoy bien, trabajar como si nada pasara, y tratar de no derrumbarme antes de que el vino se acabe.

Kiran se levantó también, y me tocó el brazo con suavidad.

—Yo estoy aquí, ¿vale? Aquí estoy. Para todo, para cualquier cosa, para nada.

—Lo sé.

Y lo sabía. Porque, aunque no entendiera del todo a Kiran, sabía que su lealtad no necesitaba etiqueta.

Cogió el teléfono y pidió la cena. Porque sí. Porque era la hora.

La cena fue en silencio. Silencio real, no incómodo. Kiran se había quitado la chaqueta del traje —que colgaba con cuidado en la silla— y estaba en modo sofisticación relajada: camisa abierta, cabello recogido en una coleta baja, ojos escaneando cada centímetro de la bandeja del servicio a la habitación como si pudiera detectar fallas con solo mirarla. Lo peor era que probablemente sí podía.

—¿Desde cuándo la comida japonesa incluye arroz duro? —comentó, sin levantar la voz ni una ceja.

—Desde que el chef se enamoró de su reflejo y dejó de amar el sushi —dije, hundiendo los palillos en un nigiri sospechoso.

Kiran sonrió. Satisfecho. Conmigo, con la crítica, con el mundo.

Cenamos sin hablar demasiado. No hacía falta. Kiran siempre sabía medir su presencia. A veces era conversación filosa como cuchillas. Otras veces, como ahora, solo el eco cómodo de dos personas compartiendo espacio tras un día largo y emocionalmente corrosivo.

Cuando terminó, se limpió los labios con la servilleta como si estuviera en una gala.

—Mañana será un día largo. No te pongas nada beige. Si hay una tragedia, que al menos tus fotos en los periódicos no sean deprimentes.

Le lancé una almohada. Kiran la atrapó con una mano y se fue con una reverencia exagerada.

Dormí mal. Me desperté varias veces. Demon aparecía en sueños donde no hacía nada, solo me miraba. Pero esa mirada era peor que cualquier palabra.

Por la mañana, me tomé demasiado tiempo para elegir qué ponerme. No era una reunión con prensa. No era una cena de gala. Pero ahí estaba yo, comparando dos vestidos casi idénticos como si uno de ellos fuera a resolver el desequilibrio geopolítico de mi vida.

Al final, elegí un vestido cruzado azul oscuro, de tela fluida. Elegante sin esfuerzo. Zapatos de tacón moderado. Cabello pulido en un moño bajo con horquillas invisibles. Maquillaje natural con delineado perfecto. Profesional. Impecable.

Y un poquito letal.

Mientras me observaba en el espejo, ajustando un pendiente, la pregunta apareció como un susurro fastidioso:

¿Lo estoy haciendo por si me cruzo con él?

No respondí.

No hacía falta.

Me salté el desayuno. Bajé con el estómago vacío y una determinación que me quedaba bien con el labial.

Kiran ya me esperaba en la recepción, impecable como siempre. Hoy llevaba pantalones anchos de lino negro, camisa sin cuello, gafas de sol exageradas y una carpeta bajo el brazo.

—Pensé que llegarías más tarde —dije.

—Y yo pensé que vendrías vestida de funeral emocional. Me alegra que ambos estuviéramos equivocados.

El mánager del hotel, un hombre bajito con expresión permanentemente estresada se acercó en cuanto nos vio.

—Señorita Vinter, gracias por su puntualidad. El dueño del hotel le espera en su despacho antes de comenzar el recorrido.

Me detuve.

—¿El dueño?

El mánager asintió, nervioso.

—Sí. Insistió en verla personalmente.

No me gustó. No era habitual. Yo trabajaba con cadenas hoteleras, con gerencias. Los dueños no se involucraban. Y cuando lo hacían, casi nunca era buena señal.

—¿Dijo por qué?

—Solo que quería saludarla. Personalmente.

—Qué considerado —dije, con una sonrisa tensa.

Kiran ladeó la cabeza, curioso. No dijo nada, pero sentí su mirada evaluando, como siempre.

—¿Dónde está el despacho?

—Por aquí. Si me acompaña...

Intercambié una mirada con Kiran.

—Vamos a ver qué quiere el gran jefe —dije, mientras el estómago vacío empezaba a parecer una buena decisión.

Kiran se quedó en la recepción. Seguí al mánager por un pasillo silencioso hasta una puerta doble de madera oscura. Golpeó suavemente y la abrió con un gesto contenido.

—Adelante, señorita Vinter.

Entré.

Y ahí estaba él.

Sentado detrás de un escritorio de madera negra, con la luz de la ventana dibujando sombras perfectas sobre sus rasgos. Traje a medida, oscuro como el pecado. Camisa blanca, abierta justo lo necesario para dejar ver la piel dorada de su cuello. La chaqueta se ajustaba a sus hombros anchos, a ese torso que sabía moverse con una elegancia que solo se gana con sangre y disciplina.

La barba delineada con precisión, como siempre. El cabello largo, peinado hacia atrás con ese desorden premeditado que solo le quedaba bien a él.

Y los ojos… oh, los ojos.

Tan oscuros como los recuerdos que evitaba, tan intensos que me hicieron detenerme sin darme cuenta.

Se levantó. Caminó hacia mí sin apuro, cada paso una declaración de poder. Tomó mi mano y, sin apartar la mirada, besó mis dedos con una sonrisa tan peligrosa como adictiva.

—Señorita Vinter —dijo con voz baja, grave, perfectamente controlada.

Su contacto fue electricidad pura. Sus dedos rodeando los míos, firmes, seguros.

Sentí ese roce en cada parte del cuerpo, como si me hubiera dejado la piel encendida.

Era solo un beso en la mano, pero se sintió más íntimo que muchos abrazos, más real que muchas cosas.

Me miró a los ojos.

Yo intenté mantener la compostura, pero mi mirada cayó, inevitable, a su boca. Esa curva perfecta. Ese labio inferior que parecía tallado con intención criminal.

Me pregunté, y no por primera vez, cómo se sentiría si me besara. De verdad. Con todo.

Y fue entonces cuando él sonrió.

Una sonrisa lenta, peligrosa, perfectamente consciente de lo que yo acababa de pensar.

—¿Desde cuándo eres el dueño de este hotel? —pregunté, sin apartar la mirada. La voz me salió más firme de lo que sentía.

Porque yo hacía mi trabajo bien. Sabía con quién trataba antes de subirme a un avión.

Y él no estaba en ningún informe.

En ningún correo.

En ningún organigrama.

Demon no respondió de inmediato. Caminó de regreso a su silla, pero no se sentó. Se apoyó en el borde del escritorio, cruzando los brazos, observándome como si fuera parte del inventario.

—Podría decir, señorita Vinter, que vi una oportunidad, un buen negocio y la he cogido… pero sería mentira.

No estaba pensando en aumentar mi fortuna al comprar estos hoteles —dijo, con una media sonrisa que no suavizaba su intensidad—.

Estaba pensando en ti.

Me atraganté con el aire.

—¿En mí? ¿Eso se supone que es un halago o una confesión de acoso empresarial?

—Una provocación, quizás —respondió, sin perder la calma—. O tal vez… una forma de encontrar una excusa para que volvieras a Sídney.

Tú no responderías a una invitación a cenar. No atenderías una llamada.

Pero un contrato laboral… ese sí lo abrirías.

—¿Así que montaste una operación internacional solo para que yo revisara tu bandeja de entrada? Qué romántico. Y económicamente irresponsable.

Demon rio. Bajo. Genuino.

—Compré cinco hoteles, Elsa. Este no es el único. Todos necesitaban una evaluación seria.

Y tú eres la mejor en esto. Lo sabes. Yo lo sé. Tu reputación lo sabe.

Me crucé de brazos.

—Y, aun así, tu nombre no apareció por ninguna parte. Bastante cobarde de tu parte, ¿no te parece?

—¿Cobarde? Yo lo llamo estratégico.

Si sabías que era yo, habrías dicho que no.

Y yo necesitaba que vinieras. Para el trabajo.

Y para otras cosas.

—¿Otras cosas?

No contestó. Solo me sostuvo la mirada, como si la respuesta estuviera entre líneas.

—Tengo un trabajo para ti, Elsa. Uno real. Serio. Bien pagado.

Quiero que lideres la evaluación y el rediseño operativo de los cinco hoteles.

Serán meses de trabajo. Viajes. Informes. Reuniones.

No es un favor. Es un contrato.

Te quiero como consultora principal.

Mi corazón latía más rápido de lo que debía.

Y no solo por la propuesta.

—¿Y qué te hace pensar que quiero trabajar para ti?

—Nada —dijo, encogiéndose de hombros—.

Pero sí sé que amas tu trabajo.

Y que nunca rechazarías un proyecto tan ambicioso.

Esto no es una manipulación emocional, Elsa. Es una oferta de negocios.

De las buenas.

Mierda.

Tenía razón.

—¿Puedo pensarlo?

—Claro. Tómate tu tiempo.

Media hora debería bastar.

Le lancé una mirada de advertencia.

—Una hora, entonces —añadió, divertido.

Me giré hacia la puerta.

Necesitaba salir de ahí antes de cometer una estupidez como decir que sí solo por lo bien que le quedaba ese traje.

—Elsa —me llamó, justo antes de que pusiera la mano en el picaporte.

Me giré. Apenas.

—¿Sí?

—No te contraté para verte todos los días.

Pero si pasa… no me voy a quejar.

Y maldita sea, sonreí.

Kiran estaba esperando en el mismo lugar donde lo dejé, apoyado con aire despreocupado contra una columna, hojeando una revista de arquitectura como si de verdad le importara la nueva tendencia en spas minimalistas.

—¿Y? —preguntó sin levantar la vista—. ¿Sobreviviste al dragón?

—Era un demonio, no un dragón —respondí, caminando hacia él con el pulso todavía desacompasado.

Cerró la revista y me escaneó como si pudiera ver más allá de mis tacones y mi máscara profesional.

—Tienes cara de haber recibido una propuesta indecente. O tentadora. O ambas.

—Una oferta laboral. Larga. Intensa. Y con nombre propio.

Kiran enarcó una ceja perfecta.

—¿Ese nombre empieza con D y termina con emon?

Asentí, sin decir más.

—¿Y vas a aceptarla?

—Aún no lo sé —suspiré—. Es tentador. Muy tentador.

—¿Y él?

—¿Qué pasa con él?

—¿Te tienta también?

Me quedé en silencio un segundo más de lo necesario. Kiran no lo dejó pasar.

—No hace falta que respondas —dijo, acomodándose las gafas de sol—. El rubor en tus mejillas es respuesta suficiente.

—Es el aire acondicionado —mentí, mirando al frente.

—Claro. El clásico aire acondicionado hormonal. Les pasa a todas.

Me eché a reír, y la tensión que tenía en los hombros se aflojó apenas.

—Vamos —dije—. Tenemos un hotel que inspeccionar. Y yo, una reputación que proteger.

Kiran sonrió con la satisfacción de quien acaba de ver el primer acto de una obra maestra en construcción.

—Muy bien, señorita Vinter. Pero recuerda lo que siempre digo: si vas a saltar al fuego, al menos lleva tacones bonitos.

—Siempre lo hago —contesté, con una sonrisa que, por primera vez en días, me salió sin esfuerzo.

Y caminamos hacia el ascensor, con la promesa de caos, negocios y algo más ardiendo bajo la superficie.

Capítulo 5

Cuando habló el miedo

Elsa

El hotel no sabía lo que se le venía encima.

Kiran, tras asegurarse de que yo tenía el móvil, el cuaderno y cara de pocos amigos, se despidió con un beso al aire y la promesa de aparecer más tarde con algo brillante y probablemente innecesario.

—No dejes que ningún gerente te dé la charla de bienvenida —me dijo—. Es como un mal prólogo: nadie lo recuerda, pero igual molesta.

Lo vi alejarse, caminando como si desfilara por una pasarela invisible, y respiré hondo. Hora de trabajar.

La inspección de un hotel de cinco estrellas no es un paseo entre sábanas de hilo egipcio y aromaterapia. Es guerra silenciosa. Una cacería de detalles, fallas, grietas bajo el mármol pulido de las apariencias. Y yo era muy buena cazando.

Empecé por el vestíbulo. El tipo de mármol era correcto, aunque algo anticuado. Las flores frescas del centro tenían hojas marchitas en la base. Mala señal. El aroma del ambiente estaba equilibrado, pero sospechosamente artificial. Tres puntos menos.

Subí en el ascensor fingiendo revisar mensajes. El espejo tenía una marca de dedo. En un hotel de este nivel, eso era como encontrar una cucaracha bailando tango en la suite principal.

La piscina estaba limpia, pero el borde tenía marcas de cal. Una señora mayor me sonrió desde su tumbona. Le devolví la sonrisa y anoté: Falta de supervisión en mantenimiento.

Fui a los baños del spa y me tomé el tiempo de revisar cada cabina, cada dispensador, cada rincón. Encontré un envoltorio de chicle detrás de una papelera. Casi sentí lástima por el gerente cuando lo anoté.

Tomé fotos discretas con el móvil. Nada llamativo. Parecía una clienta molesta o una influencer obsesionada con el ángulo perfecto. Ambas excusas funcionaban.

El personal era educado, pero no atento. Se notaba en las pequeñas cosas: el saludo sin contacto visual, el tono automático, la sonrisa forzada. Nadie fingía con gracia. Eso también lo anoté.

La cocina, sin embargo, era otra cosa. Eficiente, rápida, ordenada. Olía bien. Un cocinero joven me miró como si supiera quién era, pero no dijo nada. Anoté: Chef potencialmente inteligente. Riesgo moderado de flirteo innecesario.

El almuerzo se acercaba, y con él, el momento de tomar una pausa. Me senté en un rincón del lobby, revisando mis notas con una mezcla de satisfacción y resignación. El hotel no era un desastre, pero estaba lejos de la excelencia.

Y yo no pensaba regalarle una buena calificación a nadie.

Decidí que no necesitaba comer, sin pensarlo demasiado. Después de enviarle un mensaje rápido a Kiran, pedí un coche y me dirigí al hospital. Lukas seguía ingresado. Era el único que no había sido dado de alta.

No estaba intubado. Respiraba por sí mismo. Pero no despertaba. Y los médicos no sabían por qué. Eso es lo que me dijo Kiran.

Empujé la puerta con suavidad, y ahí la vi.

La habitación estaba en silencio, iluminada por la luz suave que se colaba entre las persianas. No había máquinas estridentes, ni

pitidos constantes. Solo el sonido tenue del oxígeno y la respiración pausada de Lukas.

Kookie estaba sentada junto a su cama, sujetándole la mano. No lloraba. Tampoco hablaba. Solo lo miraba como si con eso bastara para mantenerlo anclado al mundo.

Ella alzó la vista y nuestras miradas se encontraron.

No hubo palabras. Solo ese cruce de fuego silencioso que puede incendiar o congelar una habitación.

Y en ese instante, supe que ambas estábamos ahí por la misma razón. Pero con culpas distintas a cuestas.

—Hola —dije suavemente, mi voz más frágil que nunca. Ni yo misma me reconocí.

—Elsa —murmuró Kookie, con un tono que era todo lo que no sabía si podía soportar: sorpresa, dolor, y un leve temblor que parecía contener mil cosas no dichas.

Ok, esto iba a ser más difícil de lo que pensaba.

No dijo nada más. ¿Me odiaba? Claro que sí. ¿Quería que me fuera? También.

Pero era Lukas. Mi Lukas. No en ese sentido, pero era una de las mejores personas que había conocido. Siempre tan amable, tan atento, tan genuino en un mundo lleno de máscaras. Había algo especial en él. Odiaba verlo así, en esa cama, como una flor marchita esperando el sol.

—¿Estás aquí para ver si Lukas muere y así puedas tomar el control de la alianza? —preguntó Kookie, y nunca había oído una frase mezclar tan bien el sarcasmo con la tristeza.

—Sí. Ese es el plan. Quiero hacerme con la alianza y lo primero que haré será cambiarle el nombre a Camino de chicas —respondí con el mismo tono, sentándome en la silla vacía junto a la cama.

—El reino helado de Elsa suena mejor —replicó.

Y entonces ocurrió. Un movimiento leve, pero claro. La mano de Lukas se contrajo apenas. Kookie soltó un pequeño grito y se inclinó hacia él.

—¡Ha movido la mano, Elsa! ¡Lukas ha movido la mano!

Las dos nos quedamos inmóviles. Atentas. Esperando otro gesto, un parpadeo, cualquier señal de que estaba volviendo. Pero no pasó nada más.

Kookie me miró con lágrimas en los ojos, desesperada. Yo me sentía igual, pero las mías no querían salir. No aún.

—¿Sabes lo que más haría? —pregunté acercándome a la cama—. Echaría a todos los hombres de la alianza y solo aceptaría mujeres. Seríamos invencibles. Las amazonas del hielo.

—¿Con escudos rosados y lanzas de sarcasmo? —murmuró Kookie, sin despegar los ojos de Lukas.

—Exactamente. Y todos los chats estarían llenos de consejos sobre cuidado de piel, tácticas de guerra y outfits del día.

—Podríamos hacer audiciones —añadió Kookie, apenas sonriendo—. Las que lloren por amor quedan descalificadas.

—Solo se admiten lágrimas de furia o emoción estética —dije, y con cada palabra me acerqué más a Lukas, hasta quedar junto a su cabeza.

—Y el uniforme obligatorio incluiría botas altas —dijo Kookie.

—Obviamente —asentí—. Nada de sandalias. Somos una fuerza, no una secta de verano.

Kookie rio por lo bajo, pero sus ojos estaban húmedos. Su mano seguía aferrada a la de Lukas, como si con eso pudiera anclarlo al mundo.

—¿Y qué nombre tendría nuestro glorioso ejército? —preguntó ella.

—Las Irregulares de Elsa. O Hielo & Destrucción, Inc. —respondí, riendo por dentro—. Mejor aún: Reinas Heladas Unidas.

Tenemos que dejar claro que brillamos, pero también congelamos.

Y en ese momento, lo vi.

Un dedo. Un leve movimiento. Apenas una contracción, pero fue real.

—¡Ha movido la mano! —gritó Kookie, de pie de un salto—. ¡Lukas ha movido la mano!

Las dos nos quedamos congeladas, mirando. Esperando. Implorando sin decir palabra.

Entonces, sus párpados temblaron.

Una vez.

Dos.

Y se abrieron.

Sus ojos, todavía nublados, buscaron algo. Luego alguien. Nos miró. A Kookie. A mí.

Y habló. Con voz rasposa, casi inexistente.

—No estoy muerto —dijo.

Una pausa.

—Tu reinado puede esperar.

Sentí que el corazón se me salía del pecho. Kookie se echó a llorar de inmediato, soltando una risa entre sollozos, y se inclinó para abrazarlo sin apretarlo demasiado.

—¡Idiota! —dijo—. ¿Sabes lo que nos hiciste pasar?

En ese momento, la puerta se abrió de golpe y un médico entró, seguido de una enfermera. Al ver a Lukas despierto, sus rostros cambiaron como si les hubieran quitado un peso de encima.

—Por favor, necesito que salgan. Debemos evaluarlo —dijo el médico con tono firme.

Kookie se volvió hacia Lukas y, con los ojos llenos de lágrimas, se acercó de nuevo a su oído.

—Si me das otro susto como este, me uno a Elsa y hacemos arder todo el estado —susurró, sonriendo mientras lo decía.

Y supe que lo decía en serio.

Porque cuando amas a alguien así de fuerte, quemarías el mundo si fuera necesario.

Y yo también lo haría.

Por ellos. Por todos.

Incluso si aún no sabía qué papel jugaba en todo este incendio.

Volví al hotel con la intención de encerrarme en mi habitación, darme una ducha de agua hirviendo y ponerme una mascarilla de pepino mientras reconsideraba todas mis decisiones de vida, especialmente aquellas que implicaban hospitales, emociones, o personas.

Pero claro. El universo tenía otros planes.

Caminé por el vestíbulo con el piloto automático activado, ignorando a los turistas ruidosos y al recepcionista que me sonrió demasiado. Toqué el botón del ascensor. Un pitido. Se abrieron las puertas. Subí.

Y justo cuando iban a cerrarse…

Una mano se coló en el último segundo.

Él.

Demon.

Cruzó el umbral del ascensor como si el acero del mundo no pudiera cerrarse sin su permiso. Traje impecable, mirada cargada, mandíbula tensa. No el Demon encantador del despacho, ni el hombre que me había besado la mano como si fuera lo último que merecía el día. No. Este era otro Demon. El que había visto cosas. El que olía a guerra emocional.

Se colocó a mi lado, apretó el botón de mi piso —como si supiera cuál era— y se quedó en silencio.

El ascensor subía.

Mi corazón también.

Tres pisos después, rompió el silencio con una sola frase:

—Pensé que eras una profesional, señorita Vinter.

Y juro que el ascensor se volvió más frío.

No lo miré.

Porque si lo hacía, no estaba segura de lo que saldría de mí: una disculpa o fuego.

—¿Disculpa? —giré lentamente la cabeza hacia él, con la calma peligrosa de alguien que está decidiendo si clavar el tacón o la lengua.

Demon no me miró. Tenía los ojos fijos en las puertas metálicas, pero su mandíbula trabajaba como si estuviera masticando rabia.

—No suelo contratar inspectores estrella para que desaparezcan sin avisar durante horas —dijo finalmente—. Ni para que usen mi horario y mi presupuesto para resolver asuntos personales.

—¿Asuntos personales? —repetí, con una risa suave, casi elegante—. ¿Ir al hospital a ver a un amigo en coma es un asunto personal?

—Depende —dijo. Entonces giró hacia mí. Esa mirada oscura, intensa, furiosa—. ¿Fuiste a ver a Lukas… o a Neron?

Ah.

Ah, claro.

Celos.

Esa era la criatura que se revolvía detrás de sus palabras. Celos torpes, mal llevados, disfrazados de profesionalismo herido.

—Fui a ver a Lukas —dije despacio—. Porque es una de las pocas personas decentes que me quedan en esta vida. Porque está

en coma. Y porque Kookie estaba ahí sola, llorando. Pero gracias por tu preocupación, señor jefe.

—Podrías haber avisado —disparó, con la voz grave, dura—. ¿O es que no querías testigos?

Levanté una ceja. El ascensor seguía subiendo. Y mis ganas de arruinarle el día también.

—¿Estás insinuando que fui a hacer qué, exactamente? ¿A besarle la frente a un inconsciente mientras planeo la toma del estado?

—Estoy insinuando que no me gusta cuando la gente que trabaja para mí desaparece sin explicación. Y mucho menos si se trata de ti.

—Ah, claro. Porque conmigo no se trata solo de trabajo, ¿verdad?

Silencio.

—Ya me parecía —continué—. Esto no tiene nada que ver con mi profesionalidad. Tiene que ver con tu ego. Con el hecho de que me viste entrar a una habitación del hospital y asumiste que fui directa a los brazos de otro hombre. ¿Y qué si lo hubiera hecho?

Se tensó. El aire se volvió denso. El ascensor marcó su último piso.

—¿Lo hiciste? —preguntó, más bajo.

—No —dije—. Pero qué patético es que esa sea tu primera suposición. Sobre mí. La mujer que trabaja para ti. La mujer que apenas duerme apenas come, y que aun así hace su trabajo mejor que nadie.

—Eres brillante —dijo, con voz grave, áspera—. Fría, precisa, jodidamente brillante. Pero a veces me olvido de lo lejos que estás dispuesta a ir para esconderte detrás de ese control.

—Y tú —respondí, girándome hacia él—, te crees tan superior que piensas que puedes comprar cualquier cosa: hoteles, verdades, personas. Pero a mí no.

Salir del ascensor sin mirar atrás.

O al menos, esa era la intención.

El suave ding del piso interrumpido nunca llegó. En su lugar, escuché el clic del botón de emergencia activado.

Y antes de poder girarme, él ya estaba ahí.

Me empujó contra la pared del ascensor. No con fuerza bruta, pero sí con una urgencia que me dejó sin aliento. Su cuerpo no me tocaba todavía, pero estaba tan cerca que el calor de su pecho atravesaba el aire que nos separaba. Mis hombros chocaron con la pared, mi espalda se enderezó automáticamente, como si prepararme para resistir su presencia pudiera servirme de algo.

No servía.

—Mereces un hombre mejor que él —dijo.

Su voz. Profunda. Grave. Un arma cargada de promesas y advertencias.

—Demon, no… —empecé.

—Cállate, Elsa —murmuró, con una suavidad peligrosa—. Olvida a Neron.

Mis labios se entreabrieron. Por el aire. Por la rabia. Por el fuego inesperado que me subía por la piel.

—¿De verdad? ¿Olvidarlo y qué? ¿Tú estarías dispuesto a tomar su lugar en mi…?

—En tu vida. En tu corazón. En tu cama —interrumpió. Sin dudar. Sin pestañear. Y lo peor: sin vergüenza.

No era una propuesta.

Era una maldita declaración.

Mi pecho subía y bajaba con rapidez. Él me miraba como si ya supiera la respuesta. Como si mi negación fuera una formalidad, un ritual vacío antes del colapso.

Sus ojos bajaron a mi boca. Lentamente. Deliberadamente. Como si estuviera decidiendo si probarla o devorarla.

Y yo estaba más cerca de rendirme de lo que quería admitir.

Porque el aroma de su colonia era demasiado masculino, demasiado caro, y se mezclaba con algo que era solo él: madera oscura, pólvora vieja y adrenalina pura.

Su mano rozó mi mejilla. Solo un instante. Pero fue suficiente para encender todo lo que había contenido desde el primer día.

—Demon… —susurré.

Pero no terminé.

Porque él se apartó. Sin aviso. Un paso atrás. Frío. Como si no hubiera pasado nada.

—¿En serio? —espeté, sin poder evitarlo.

—Muñeca —dijo, con una sonrisa ladeada, oscura—, te voy a besar cuando yo quiera. Y no va a ser mientras todavía estés pensando en otro hombre.

Mi corazón tamborileaba en mis costillas.

—¿Podrías esperar aguantando la respiración, por favor?

Su risa fue baja, gutural.

—Podría. Pero no duraría más de lo que tardes en olvidarlo.

Y con eso, volvió a presionar el botón del ascensor.

La máquina reanudó su marcha con un zumbido suave.

Y yo, Elsa Vinter, me quedé temblando como si no hubiera vestido, ni control, ni muros de hielo que me protegieran de esa maldita sonrisa.

Porque estaba perdida.

Y no quería encontrarme.

Salí del ascensor con el corazón acelerado y la respiración más desordenada que mi pasado. Caminé con paso firme, pero por dentro temblaba.

Demon no me siguió.

O al menos no lo escuché.

Porque si lo hacía, si decía otra palabra, si me tocaba de nuevo… no sé si habría salido de ese ascensor por mis propios medios o con las piernas hechas gelatina.

Entré en mi habitación, cerré la puerta y me quedé apoyada contra ella durante varios segundos.

Recordando su voz.

Su aliento.

Su cuerpo tan cerca que el mío había olvidado cómo mantener la distancia profesional.

""En tu vida, tu corazón, tu cama…"

Respiré hondo. Muy hondo.

Fui hasta la mesita, me quité los tacones con un gesto más dramático del que pretendía, y me serví media copa de vino. No una copa entera. Media.

Como si eso pudiera mantenerme en control.

Como si eso equilibrara el hecho de que, por dentro, estaba hecha un incendio silencioso.

Miré el móvil.

Nada de Kiran.

Perfecto.

Me dejé caer sobre el sillón frente al ventanal, todavía con el vestido puesto, y me obligué a mirar las luces de la ciudad como si eso me calmara.

No funcionó.

Ni el vino, ni la vista, ni la pose de "yo controlo todo" que me esforzaba en mantener.

Entonces sonó una notificación.

Una sola.

Bloqueó el resto del mundo.

No era de Kiran.

No era del grupo.

No era del juego.

Era un número desconocido. Sin foto. Sin historial.

Solo un mensaje.

"Sabemos que volviste. Pronto nos veremos."

El frío que me recorrió no tenía nada que ver con el aire acondicionado.

Dejé la copa en la mesa sin terminarla. Me incorporé. Volví a mirar la pantalla.

El número seguía ahí.

El mensaje seguía ahí.

Pero no había nada más.

Ni otro texto.

Ni ubicación.

Ni firma.

Nada.

Solo esa frase que parecía escrita con hielo.

"Sabemos que volviste…"

Volví a leerlo. Tres veces.

Y aunque mi corazón seguía tratando de decidir si quería correr o detenerse por completo, mi cabeza ya se estaba moviendo.

¿Quién lo había enviado?

¿Neron?

No.

Él no jugaba a las amenazas anónimas. Él clavaba el cuchillo de frente.

¿Alguien más?

Ahí fue cuando lo sentí.

Por primera vez desde que aterricé, algo más fuerte que el deseo, más fuerte que la culpa o el orgullo: miedo.

No del tipo emocional.

No el miedo a perder a alguien o a quedar expuesta.

No.

Miedo real. Físico. Primitivo.

Como si algo… alguien… me estuviera observando desde la oscuridad.

Y en ese momento, el juego, Demon, el pasado…

todo se volvió un susurro lejano frente al rugido de lo desconocido.

Porque no sabían solo que había vuelto.

Sabían cuándo.

Y sabían dónde.

Y eso… lo cambiaba todo.

Capítulo 6

La paciencia de Demon

Elsa

Bajé a cenar sola.

Kiran se había escabullido con una excusa sobre correos urgentes, nuevos proveedores y algo relacionado con tejidos anti-manchas para sillas. Lo cual probablemente era cierto, viniendo de él. O una excusa elaborada para darme espacio.

No me importaba.

O eso me repetí.

Llevaba un conjunto simple: pantalones de lino blanco, top negro sin mangas, chaqueta ligera. Nada espectacular. Nada seductor. Nada que gritara "estoy buscando problemas".

Quería paz. Una cena tranquila. Sin tensión sexual, sin confrontaciones. Sin sentir que cada palabra era una bomba de relojería lista para explotar con solo mirarla de cerca.

Y, sobre todo, quería que Demon no estuviera ahí.

Porque estaba segura de que se habría ido. No era el tipo de hombre que merodeaba. No jugaba a las emboscadas. Demon decía las cosas de frente, sin disfraz. Él no esperaba en jardines oscuros ni acechaba como un cliché romántico de película barata.

Yo creía que estaba a salvo.

El camarero me guio con eficiencia hasta una mesa en el jardín del hotel. La noche era perfecta: luces cálidas colgaban entre los árboles, una brisa ligera olía a jazmín y a tormenta lejana. El tipo de lugar donde podrías olvidar que el mundo está hecho de errores, traiciones… y amenazas virtuales que podrían volverse reales.

Apoyé el bolso en la silla, acomodé la servilleta en mi regazo, y todavía no había terminado de cruzar las piernas cuando lo vi.

Demon.

Caminando hacia mí desde la entrada del jardín con una seguridad silenciosa que me hizo querer huir. O saltarle encima.

Chaqueta abierta, camisa negra, ese maldito brillo en los ojos que decía sabía que vendrías. Como si el universo fuera un tablero que él entendía mejor que nadie y yo solo una ficha más en su juego.

No dijo nada al llegar.

Solo sonrió.

Y sin pedir permiso, tomó asiento frente a mí.

—Se ve que pensaste que esta noche sería tranquila —dijo finalmente, con esa voz suya que volvía más denso el aire entre palabra y palabra.

Y supe que estaba perdida otra vez.

—Te ves más relajada sin la chaqueta de ejecutiva fría —añadió, apoyando los antebrazos sobre la mesa. Su voz era baja, casi íntima. La clase de voz que una escucha más con el cuerpo que con los oídos.

—Y tú te ves más insoportable cuando crees que tienes ventaja —respondí, alzando una ceja.

Él sonrió.

—¿Crees que tengo ventaja?

—Creo que te gusta pensar que la tienes. Y eso, Demon, es adorable.

Sus dedos giraron suavemente la copa de vino frente a él. Observó el cristal como si le importara más que la conversación. Mentira. Sus ojos no se apartaban de los míos. Nunca lo hacían por mucho tiempo.

—¿Adorable? —repitió, como si saboreara la palabra—. No me lo habían dicho nunca.

—Me lo imagino. No muchos se atreven a hablarte como yo lo hago.

—No muchos pueden. Pero tú haces que valga la pena quedarme en cenas donde no fui invitado.

Sonreí. Apenas.

—¿Y si te hubiera dicho que no quería cenar contigo?

—¿Eso fue una opción?

—Siempre lo es.

—Entonces me alegra que no la usaras.

La camarera se acercó a dejar dos copas de vino tinto y se retiró sin más. Silencio corto. Cómodo. Intenso.

—¿Sabes lo que más me gusta de ti, Elsa? —preguntó Demon, al fin.

—Sorpréndeme.

—Que te crees que puedes controlar esta conversación. Y, aun así, no te rindes cuando te das cuenta de que no puedes.

—No intento controlarla. Solo mantenerte a raya.

—¿Y cómo va eso?

Le di un sorbo al vino. Suave. Oscuro. Peligroso. Como él.

—Más o menos como domar un incendio con una cucharita.

Él rio. De verdad. Una risa grave, cálida, que me hizo querer cerrar los ojos y grabarla.

—Y tú —dije, apoyando la copa—. ¿Qué es lo que más te gusta de ti, Demon?

—Mi humildad —respondió sin pestañear.

Rodé los ojos.

—Claro que sí.

—Y mis manos.

Eso me pilló desprevenida. Lo miré.

—¿Tus manos?

—Sí —dijo, llevándolas a su copa—. Porque sé exactamente cuándo usarlas para construir y cuándo para destruir.

No contesté. No podía. Porque pensar en sus manos, después del ascensor, después del beso que no fue, me dejó sin defensas.

—No deberías decir cosas como esa —murmuré.

—¿Por qué?

—Porque podría pensar que me estás provocando.

Se inclinó hacia mí, sin tocarme.

—Elsa, te estoy provocando desde el primer segundo que llegaste a este hotel. ¿Vas a hacerme trabajar por cada pedazo de información personal, señorita Vinter?

Su tono era ligero, pero la mirada no tanto. Había algo en sus ojos que decía que sí. Que iba a quedarse hasta descifrar cada rincón.

—Trabajo en calidad y auditoría, Demon. Es natural que no regale puntuaciones al primer intento.

—Me lo tomaré como un reto.

Le di un sorbo al vino, sin apartar la vista.

Él lo notó.

Claro que sí.

Notaba todo.

—¿Y tú? ¿Siempre tan transparente o solo cuando quieres impresionar a una inspectora sueca?

—No tengo nada que ocultar —respondió, con una sinceridad que no esperaba—. Vengo de una familia sencilla. Mis padres siguen juntos, locos el uno por el otro. Mi hermana es una pesadilla, pero la quiero.

Me sorprendió. Demon no parecía tener equipaje emocional, traumas vintage ni secretos oscuros escondidos entre los tatuajes.

—No esperaba eso —admití.

—¿Esperabas qué? ¿Un pasado trágico? ¿Un padre ausente y una madre adicta al drama?

—Esperaba algo más parecido a mí.

Me arrepentí en cuanto lo dije.

Pero Demon solo asintió, como si entendiera sin necesidad de más palabras.

—Tú tienes cicatrices —dijo—. No necesito que me las enseñes para saberlo.

Me puse recta en la silla. Parte defensa, parte reflejo condicionado.

—¿Y tú qué tienes, entonces?

Sonrió, relajado.

—Tengo paciencia. Y buen gusto para las mujeres difíciles.

—¿Difíciles?

—Las mejores siempre lo son.

Rodé los ojos.

—Eres un cliché con barba.

—Y tú, una muralla con perfume caro.

Me reí. No pude evitarlo.

—¿Y tu hermana? ¿Está aquí en Sídney?

—Therese, sí. Trabaja con una empresa de marketing digital. Es más dura que yo, más lista y territorial.

Algo se encendió en mi cerebro.

—Espera. Therese… ¿No será la Therese de SiN?

—Sí, es ella —confirmó, bebiendo un sorbo de su copa—. Mi querida hermana es tu archienemiga.

—¡Eso explica tantas cosas! —me llevé una mano a la frente, exagerada—. No sabía si quería matarme o hackearme la cuenta.

—Ambas, probablemente.

—¿Y tú? ¿Estás bien con que me quiera muerta?

Se encogió de hombros, divertido.

—Therese no tiene voz ni voto en lo que respecta a las mujeres de mi vida.

Boom.

Así.

Sin avisar.

Sin respirar.

Y mientras intentaba procesar lo que acababa de decir, Demon se acomodó mejor en la silla, como si acabara de lanzar un anzuelo y estuviera esperando que picara.

Sí, lo había hecho.

El camarero retiró los platos y el silencio se instaló por unos segundos. De esos que no incomodan. De esos que pesan. Que insinúan.

—¿Te apetece caminar un poco? —preguntó Demon, levantándose con esa manera suya de moverse como si el suelo le debiera algo.

No respondí. Me limité a seguirlo.

El jardín estaba tranquilo, iluminado por luces cálidas que colgaban entre los árboles y faroles bajos que delineaban los caminos de piedra. El olor a jazmín flotaba en el aire, mezclado con algo más... él.

—No voy a fingir que no sabía que ibas a estar aquí esta noche —dijo, mientras caminábamos en paralelo—. Pero no esperaba que fuera tan difícil.

—¿Difícil qué?

—No besarte.

Paré. Literalmente.

Él también se detuvo, pero no se giró. Solo dijo:

—Te sigo viendo en sus brazos. Aunque no estés. Y me jode.

Ahora sí se giró. Su mirada me atrapó como un disparo a quemarropa.

—¿Ya lo olvidaste, Elsa?

Me reí. No porque hiciera gracia, sino porque si no lo hacía, iba a gritarle.

—¿Me estás preguntando si ya olvidé al hombre que me destruyó sin ensuciarse las manos? ¿El mismo que me miraba como si yo fuera el problema y no su cobardía?

Demon no respondió. Apretó la mandíbula.

—Te estoy preguntando si aún lo quieres.

—¿Y si dijera que sí?

—Entonces te diría que eliges mal.

Di un paso hacia él. Despacio.

—¿Y tú qué sabes de mis elecciones?

—Sé que te mereces algo mejor.

—¿Como tú?

—Exacto.

—Demon…

—Shhh.

Su dedo tocó mi boca como una orden silenciosa. El calor de su piel me recorrió como una corriente eléctrica.

—No voy a besarte esta vez —dijo en voz baja—. Pero no porque no quiera. Sino porque no vas a usarme para olvidar a nadie.

—¿Tanto orgullo tienes?

—No. Tengo paciencia.

Yo no.

Lo odié un poco en ese momento. Y me odié más por desear que cambiara de idea.

—Eres un idiota —susurré, más cerca de lo que debía.

—Y tú eres la mujer que me va a volver loco —respondió, con una sonrisa torcida.

El aire entre nosotros se volvió denso, cargado, al borde de romperse.

Y, aun así, no se movió. No me besó. No me tocó.

Solo se inclinó un poco y dijo al oído:

—Cuando lo haga, no será para que olvides. Será para que recuerdes quién eres cuando alguien te elige de verdad.

Me quedé quieta. Con la piel en llamas. Con el corazón a punto de traicionar mi cara de hielo.

Y en ese jardín, bajo las luces cálidas y el perfume de las flores, me di cuenta de algo tan ridículo como inevitable: Demon no era solo un hombre peligroso.

Era el tipo de peligro que yo quería volver a correr.

¿Quién demonios se creía que era?

¿El mesías del deseo contenido? ¿El profeta de la paciencia con sonrisa torcida?

Caminaba a mi lado como si todo estuviera bien. Como si me hubiera hecho un favor al no besarme. Como si esa absurda autocontención fuera una prueba de nobleza.

Y yo estaba harta.

Porque sí, estaba sintiendo cosas. Cosas que me asustaban, que no podía controlar, que no tenían nombre, pero ahí estaban. Reptando por mi piel, anidando en mi pecho, recordándome cada segundo que llevaba años sin que nadie me mirara así.

Y ahora que alguien lo hacía... ¿tenía que esperar?

No.

Yo no era buena esperando.

Nunca obtuve lo que quería en la vida. No porque no lo mereciera, sino porque otros decidían por mí. Lo que debía estudiar. A quién debía amar. Cómo debía comportarme. Cuándo debía hablar.

Y ahora esto.

Demon, con sus trajes oscuros y su voz de pecado, diciéndome que quería esperar. Que quería que yo estuviera limpia de fantasmas antes de tocarme. Que lo haría cuando fuera el momento correcto.

¿Y si ese momento no llegaba?

¿Y si, por una maldita vez, yo quería algo ahora?

—Eres un maldito idiota —le solté, sin siquiera mirarlo.

—Lo dijiste ya —respondió, casi divertido.

Me detuve en seco.

—Pues escúchalo de nuevo: vete al diablo.

Y me giré.

No le di tiempo a seguirme ni a disculparse ni a volver con otra frase seductora que me dejara débil. Caminé hasta el ascensor con el corazón galopando y las mejillas encendidas. Subí sin mirar atrás. Ni una palabra. Ni una disculpa. Ni una excusa.

Llegué a mi habitación y cerré la puerta de un portazo.

Todo estaba perfectamente ordenado, impecable… y me sentí asfixiada.

Fui directo a la mesa, agarré un jarrón que ni siquiera me gustaba —demasiado moderno, demasiado simétrico— y lo lancé contra la pared.

El sonido de la cerámica al romperse me dio un segundo de paz. Uno solo.

El pecho me ardía. Me temblaban las manos.

No era por él.

Era por mí.

Por todo lo que llevaba dentro y nunca decía. Por todos los silencios tragados y los deseos enterrados. Por todas las veces que fingí que no quería, que no dolía, que no importaba.

Y ahora importaba.

Mucho.

Me hundí en la silla, respirando agitada.

Y entonces…

Llamaron a la puerta.

Una vez.

Dos veces.

Silencio.

Me quedé inmóvil. Esperando. Sabiendo.

Era él.

Y no sabía si quería abrirle… o romperle la cara.

Fui a abrir.

No tuve tiempo de reaccionar.

La puerta apenas se abrió y ya estaba dentro. Demon entró sin permiso, sin disculpas, sin pausa. Su cuerpo colapsó el espacio entre nosotros como una tormenta.

Sus manos grandes se posaron sobre mis hombros. Firmes. Ardientes.

—¿Qué estás hacien…? —empecé.

Pero no terminé la frase.

Me giró. Me empujó suavemente contra la puerta con el cuerpo, encerrándome entre la madera y su presencia abrumadora. No me hizo daño. Pero me robó el aliento.

El aire entre nosotros desapareció.

Sus manos seguían sobre mis hombros.

Su pecho rozaba mi espalda.

Su aliento, mi cuello.

Y yo… congelada.

Por fuera.

Por dentro, puro incendio.

—¿Tú sabes cuánto tiempo te estuve esperando?

La pregunta, dicha así, tan cerca, fue un puñal envuelto en terciopelo.

—Vi cómo te morías por otro hombre. Cómo te aferrabas a él como si fuera tu tabla de salvación. Y aun así… yo estuve ahí. Mirando. Esperando. Aguantando.

Me quedé quieta. La garganta seca.

—Y ahora —continuó, su voz más baja, más oscura—… ahora eres libre.

Sus manos bajaron por mis brazos hasta soltarme. Me giré para enfrentarlo.

Estaba a centímetros. Y esa mirada...

—Eres mía, aunque todavía no lo sepas. Tu mente es mía, Elsa. Ya la domino. Tus sueños, tus miradas. Tu corazón de hielo… lo tengo en mi mano. Y voy a derretirlo a mi manera.

Cada palabra, una descarga.

Una verdad que no quería admitir.

—Tu cuerpo —susurró—, ese maldito cuerpo que aún no he tocado como quiero… también es mío. Y no, no voy a pedir permiso. Voy a tomarte cuando esté listo. Cuando tú estés lista. Y será como yo quiera.

Tragué saliva.

—¿Y si no quiero pertenecer a nadie?

Él ladeó la cabeza, sin dejar de mirarme.

—Entonces no me perteneces. Pero yo sí te pertenezco a ti.

Por eso no te toqué cuando quise.

Por eso me contuve en el ascensor.

—Pero se acabó el autocontrol, muñeca. Esta es la última vez que me das la espalda y te vas creyendo que puedes cerrarme la puerta.

Avanzó de nuevo. Un paso. Otro.

Su sombra tragándose la mía.

—Tu maldita alma, Elsa. También es mía.

Temblé.

Y no fue por miedo.

Fue porque esa intensidad me desarmaba.

Porque no había escapatoria.

Porque yo tampoco la quería.

—Y no lo digo como un capricho. No lo digo como un loco celoso.

Lo digo porque ya lo sabes.

Lo sentiste.

Lo estás sintiendo ahora mismo.

Y vamos a hacer esto como yo quiero.

Silencio.

Solo nuestras respiraciones.

Mi pecho subiendo y bajando como si hubiera corrido kilómetros.

Él. Firme. Imparable.

Yo. En guerra conmigo misma.

Pero esa guerra… la estaba perdiendo.

Y Demon lo sabía.

Me miró.

Y supe.

No había marcha atrás.

No después de eso.

No después de él.

—Demon… —susurré, porque era lo único que tenía el valor de decir.

Y entonces lo hizo.

Me besó.

Pero no como los hombres que te besan por impulso.

No como los que buscan tu boca porque no pueden evitarlo.

Me besó como quien toma posesión de algo que siempre ha sido suyo.

Sus labios atraparon los míos con una lentitud brutal.

No había prisa. Solo un propósito claro: hacerme sentir cada segundo, cada roce, cada suspiro.

No cerré los ojos.

No podía.

Verlo tan cerca, ver cómo me besaba con los ojos abiertos, con esa mirada de pecado y redención, fue peor que cualquier fantasía.

Su mano subió por mi nuca. Firme, pero suave.

Sus dedos se hundieron en mi pelo como si me estuviera anclando al momento.

Como si tuviera miedo de que huyera.

¿Huir?

¿De qué?

¿De él?

¿Del único beso que había sentido hasta en los huesos?

Me rendí.

Abrí la boca justo cuando él la reclamó.

Y ahí todo explotó.

El sabor de su lengua.

El calor.

El fuego.

Dios.

Ese fuego.

Mis manos se aferraron a su pecho como si mi cuerpo supiera que lo iba a necesitar para sostenerse.

Y él…

Él era una tormenta vestida de hombre.

La pared detrás de mí desapareció.

Solo estaba su cuerpo, firme contra el mío.

Guiándome. Exigiéndome. Adorándome.

Fue un beso lento y cruel.

Devastador.

Sin espacio para respirar.

Sin salida.

Y entonces se separó.

Apenas unos centímetros.

Sus labios todavía rozaban los míos.

—Ahora sí —susurró—. Ahora no estás pensando en él.

Tenía razón.

Mi mente era humo.

Mis rodillas, ceniza.

Mi alma, propiedad de Demon.

—Tú… —jadeé, temblando— tú deberías venir con advertencias. En grande. En rojo. Con alarma incluida.

Él sonrió.

Esa sonrisa torcida. Peligrosa. Arrogante.

—Tú deberías haber venido con un cartel que dijera: no tocar si no estás dispuesto a quemarte.

Lo miré.

Y supe que el fuego apenas comenzaba.

—Entonces… arde conmigo —dije.

Y él, demonio que era, me besó otra vez.

Más profundo.

Más salvaje.

Más suyo.

Porque ese beso…

Ese beso me destruyó.

Y me hizo nueva al mismo tiempo.

Sus labios todavía estaban en los míos cuando sentí el leve cambio de presión en sus manos.

No me soltó.

Pero bajó la intensidad.

Deslizó una mano por mi cintura con ese control milimétrico que solo tienen los hombres que saben exactamente lo que están haciendo.

Y entonces, con una suavidad que contrastaba brutalmente con el beso que acabábamos de compartir, me giró apenas y me guio hacia la pared interior de la habitación.

Lo hizo sin dejar de tocarme.

Sin romper la conexión de nuestros cuerpos.

Sin dejar de ser él.

Y cuando volví a mirarlo, seguía ahí.

Tan cerca.

Tan malditamente cerca.

Sus manos subieron otra vez.

Desde mi cintura, con una lentitud casi criminal, fueron trazando el contorno de mi figura.

El calor de sus dedos atravesaba la tela.

Subió por mis costillas, por mis costados, como si pudiera aprenderme con el tacto.

Pero se detuvo justo debajo de mis brazos.

No fue invasivo.

Fue una pregunta sin palabras.

Una advertencia sin amenaza.

Y yo… no me aparté.

Entonces me besó otra vez.

Más lento.

Más profundo.

Con esa clase de beso que no busca convencerte de nada.

Solo recordarte que estás viva.

Que sientes.

Que ardes.

Que te rendiste.

Aunque no lo digas todavía.

Y cuando se apartó, lo hizo con la misma intensidad con la que había llegado.

Mirándome como si ya supiera que volvería a necesitarlo.

Que yo también lo sabía.

Ese era Demon.

No pedía permiso.

Pero tampoco se lo robaba.

Solo creaba un espacio donde decir que sí era inevitable.

Y lo peor, o lo mejor, era que yo ya había dicho que sí sin palabras.

Capítulo 7

El cansancio no tuvo nada que ver con ello

Elsa

Dormía profundamente cuando los golpes sonaron.

Firmes. Seguros.

Como si no fueran a detenerse hasta que abriera.

Me removí entre las sábanas, parpadeando contra la oscuridad difusa de la habitación. Me giré hacia la mesita de noche.

6:15 a. m.

¿Quién demonios golpeaba una puerta de hotel antes del alba?

Me senté con torpeza, el cuerpo pesado, pero no de cansancio. De confusión. De memoria.

Porque apenas abrí los ojos, mi mente regresó a él.

A su boca devorando la mía.

A sus manos en mi cintura.

A su voz grave susurrando contra mi oído como si el mundo se desmoronara si no decía exactamente eso. Exactamente así.

Y luego, el silencio.

Demon no se quedó.

No cruzó la línea.

Me besó como si el infierno se abriera detrás de cada palabra… y después, con una última mirada que me rompió el equilibrio, se fue.

Caballero.

Monstruo.

Ambos.

Los golpes sonaron otra vez.

Me levanté envuelta en la sábana, con el corazón latiendo como si no hubiera dormido en toda la noche. Crucé la habitación y, justo antes de abrir, respiré hondo.

Porque ya sabía quién era.

Y también sabía que, después de anoche, nada entre nosotros volvería a ser lo mismo.

Abrí la puerta.

Y ahí estaba.

Demon.

Apoyado contra el marco como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

Camiseta gris ajustada, pantalones deportivos oscuros, cabello ligeramente desordenado… y esa sonrisa torcida que podía provocar guerras si no se controlaba a tiempo.

—Buenos días, rayo de sol —dijo.

Lo miré. Lenta, calculadora, en silencio.

—¿Te parece que soy un rayo de sol?

—No —admitió, inclinando un poco la cabeza, estudiándome con ese descaro que tenía la elegancia de un depredador—. Pero estoy buscando el apodo perfecto para ti. Uno que no suene estúpido, ni genérico, ni cursi. Y que sea tuyo.

—Buena suerte con eso.

—Gracias, muñeca. Siempre me gustaron los retos imposibles.

Fruncí el ceño.

—Te dije que no me gusta ese apodo.

—Por eso lo usé —sonrió, sin pizca de arrepentimiento—. Para que entiendas cómo suena en mi boca y reconsideres.

Me crucé de brazos, con la sábana aún envuelta alrededor del cuerpo, y lo observé como si fuera una receta mal escrita.

—¿A qué has venido?

Demon bajó la mirada, como si apenas ahora se diera cuenta de que no llevaba ni bata ni ropa decente.

Sus ojos recorrieron con calma el largo de mis piernas, la curva de mi hombro descubierto.

No dijo nada durante un segundo que duró una eternidad.

Después levantó la vista.

—Ponte el bañador si lo has traído.

—¿Perdón?

—Vamos a nadar. O a flotar. O a sumergirnos en el agua hasta que el mundo pese menos. No lo he decidido aún.

—¿Y si no he traído bañador?

Demon se encogió de hombros, con una media sonrisa peligrosa en los labios.

—Entonces no pasa nada. Yo no tengo ningún inconveniente si quieres ir sin.

Lo fulminé con la mirada.

O lo intenté.

Pero él solo se rio, dio un paso atrás y agregó:

—Tienes cinco minutos. Si no sales, llamaré otra vez con una nueva oferta… donde no necesitaremos bañadores.

Y cerró la puerta en mi cara.

Sin más.

Como si acabara de ofrecerme un café, no una provocación con cuerpo de pecado y sonrisa letal.

Me quedé un momento inmóvil, con el corazón golpeando como si hubiera corrido una maratón en tacones. Porque claro, ahora venía la parte difícil: decidir si salía… o si salía.

Porque seamos honestas: no me había preguntado si quería ir.

Ya lo había decidido por mí.

Demon tenía esa molesta (y peligrosamente atractiva) costumbre de actuar como si todo lo que hiciera fuera inevitable.

Como la marea.

Como el deseo.

Bufé. Me giré, tiré la sábana a un lado y abrí la maleta.

¿Bañador?

Sí. Uno.

Rojo. De una sola pieza.

Aunque decir "pieza" era generoso. Aquello era más una declaración de intenciones que una prenda de baño. Altamente cortado en los costados, escote profundo, espalda descubierta y tela suficiente como para cubrir lo justo.

Tan justo que estaba segura de que era ilegal en algunos países.

O al menos en hoteles con buena reputación.

Me lo puse.

Y me puse un caftán negro encima. Largo, ligero, translúcido.

Porque si vas a pecar, al menos hazlo con estilo.

Cinco minutos después, salí al pasillo.

Él ya estaba allí, claro.

Apoyado contra la pared con esa calma de quien sabe que va a ganar.

Miró el reloj como si estuviera cronometrando mi rendición.

—Trescientos dos segundos —dijo—. Pensé que te harías de rogar más.

—Estaba buscando una excusa para no venir.

—¿Y la encontraste?

—Sí. Pero no me pareció suficiente.

Demon sonrió, se giró y empezó a caminar sin decir una palabra más.

No hacia el ascensor.

Hacia las escaleras del otro extremo.

—¿No vamos abajo?

—No —respondió, sin girarse—. Arriba.

Subimos dos tramos de escaleras hasta una puerta gris sin letrero.

Demon sacó una tarjeta negra del bolsillo y la deslizó. Se oyó un clic.

Empujó la puerta.

Entré.

Y lo que vi me dejó sin aliento.

Una piscina infinity en el tejado. Climatizada. Vapor suave saliendo de la superficie.

A un lado, camas balinesas.

Al otro, paredes de cristal con vistas a la ciudad dormida.

Y al fondo, el horizonte, justo cuando el cielo comenzaba a clarear.

—Sorpresa —dijo.

—Esto no estaba en la ficha del hotel.

—Es una instalación privada. Para huéspedes muy especiales.

—¿Y yo soy una huésped especial?

—No —dijo, caminando hacia el borde—. Eres mi inspectora. Pero necesitaba impresionarte. Profesionalmente, claro.

Me quité el caftán y caminé hasta el agua, fingiendo no notar cómo sus ojos me seguían.

Me sumergí sin mirar atrás.

El agua estaba caliente.

Perfecta.

Como una caricia sin culpa.

Nadamos un rato.

En silencio.

Sin necesidad de palabras.

Y luego nos apoyamos en el borde, hombro con hombro, viendo cómo el sol comenzaba a salir.

La ciudad despertando en tonos naranjas, rojos, dorados.

—¿Vienes aquí a menudo? —pregunté.

—Cuando necesito recordar que el mundo sigue girando —dijo.

—¿Y hoy?

—Hoy necesito recordar que estás aquí.

Tragué saliva.

—Estás peligrosamente cerca de cruzar la línea entre encantador y manipulador.

—¿Y si te dijera que puedo ser ambos?

Lo miré.

—Te creería.

Nos quedamos callados.

Y fue bonito. De verdad.

Como si el agua, el cielo, la ciudad… todo se hubiera puesto de acuerdo para darnos cinco minutos de calma antes del próximo caos.

No lo miré.

Pero sentí su mirada en mí.

Me quedé mirando el horizonte. El sol comenzaba a asomarse con descaro, como si también quisiera escuchar.

—¿Cómo te llamas? —pregunté, sin girarme.

—¿No te gusta Demon?

—Es un buen nombre para el juego. Pero no para lo que estamos haciendo ahora.

—¿Y qué estamos haciendo ahora?

—Nadando.

Hablando.

Compartiendo algo que no sé cómo nombrar, pero que merece un nombre real.

Así que… ¿cuál es?

Él no respondió de inmediato.

Solo se apartó un poco del borde, nadando despacio hasta quedar frente a mí.

Me miró con esa intensidad que me desarmaba por dentro.

—¿Quieres saber el nombre del hombre que te hizo olvidar el tuyo?

Mi garganta se cerró un poco.

No era una frase.

Era una maldita sentencia.

—Tal vez.

O tal vez quiero saber si tienes uno.

Él se acercó más.

No tanto como para tocarme, pero lo suficiente como para que sintiera el calor de su cuerpo a través del agua.

—Nathaniel.

—¿Nathaniel? —repetí, dejando que el nombre descansara en mi lengua como un vino caro.

Asintió.

—Mis padres pensaban que sonaba a hombre importante. Con futuro.

—¿Y lo tienes?

—¿El nombre o el futuro?

—Ambos.

—Eso depende de ti, muñeca.

—No me llames así —dije, sin pensar.

—¿No te gusta?

—No. No quiero ser otra más en tu lista de mujeres con apodos reciclados.

Él soltó una risa baja.

—Créeme, Elsa. No hay nada reciclado en lo que siento por ti.

Ese siento me golpeó más que cualquier declaración.

Porque no era una promesa.

Era una verdad.

Cruda. Sin adornos.

—¿Y tú? —preguntó, nadando hacia atrás hasta apoyarse en el otro lado de la piscina—. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—¿Qué quieres decir?

—Conozco a la inspectora. A la mujer que habla con palabras afiladas y camina como si la tierra le debiera algo.

Pero… ¿quién eres cuando nadie te mira?

No respondí.

No porque no supiera.

Sino porque me dio miedo que, si lo decía en voz alta, se rompiera la imagen que con tanto esfuerzo había construido.

—No importa —murmuré.

—Sí importa.

A mí me importa.

Le lancé una mirada afilada.

—No estoy acostumbrada a que la gente me escuche.

—Entonces tendrás que acostumbrarte —dijo, serio.

Silencio.

Uno denso. Cargado de esas cosas que no sabes si decir o sentir.

Él fue quien habló esta vez.

—Siempre supe que eras distinta. Incluso antes de verte.

En el juego, eras hielo. Precisión. Estrategia pura.

Pero también eras fuego cuando alguien tocaba lo que era tuyo.

Yo pensé que eso era lo más sexy que había visto.

Hasta que te vi en persona.

Mi corazón, traidor, decidió latir más fuerte.

—¿Y qué pensaste entonces?

—Que estaba jodido.

—Qué romántico.

—No soy poeta. Pero tampoco soy cobarde.

—¿Y Neron?

Lo pregunté sin pensar.

Porque sí, él estaba allí.

En medio de nosotros, aunque no lo quisiéramos.

Demon no respondió de inmediato.

Su mandíbula se tensó.

—Ese fue tu error —dijo por fin—. Elegir a alguien que nunca estuvo dispuesto a luchar por ti.

Y ahora tú pagas el precio.

—¿Y tú lo estás?

—No he hecho otra cosa desde que te vi.

El sol ya estaba alto.

Pero entre nosotros, la noche seguía latiendo.

—¿Sabes qué pienso? —dije.

—Dime.

—Que esto va a doler.

—Probablemente —admitió—. Pero no más que seguir fingiendo que no lo sientes.

Nos miramos.

Largo.

Honesto.

Y por primera vez (maldición), no quise defenderme.

Me quedé mirándolo.

Más de lo necesario.

Más de lo prudente.

Y, sobre todo, más de lo que debía si quería seguir fingiendo que esto era solo una conversación al borde de una piscina.

Porque sus labios, maldita sea, eran demasiado perfectos.

Firmes. Definidos.

Tan cerca que podía ver el leve brillo del agua en la comisura.

El contraste perfecto con la barba rasurada al milímetro.

Y sí.

Me los quedé mirando.

Por un segundo de más.

Demon arqueó una ceja.

Sonrisa ladeada incluida.

—¿Estás pensando en lo que yo creo que estás pensando?

—¿Qué te hace pensar que estaba pensando?

—Esa mirada —dijo, moviéndose un poco más hasta quedar justo frente a mí—.

La misma que tenías anoche antes de besarme como si no existiera nadie más en el planeta.

—Solo me estaba preguntando si… —hice una pausa, como si las palabras pudieran cambiar su efecto si las decía más lento— si tus besos me gustaron tanto solo porque estaba cansada.

Demon arqueó una ceja.

—¿Cansada?

—Exhausta. Emocionalmente drenada. Mentalmente frágil. Físicamente vulnerable.

Ya sabes, condiciones ideales para confundir un buen beso con una experiencia religiosa.

—¿Una experiencia religiosa?

—No te emociones.

—Demasiado tarde —dijo, acercándose aún más—.

Porque si te dejaron así… cansada, frágil, emocional… entonces voy a tener que besar mejor esta vez.

Y entonces lo hizo.

Me besó.

Sin más advertencias.

Sin más excusas.

Su mano se deslizó por mi cintura, bajo el agua.

Firme. Segura.

Mientras la otra se enredaba en mi nuca, sujetándome con esa mezcla de fuerza y ternura que desarmaba mi lógica.

Fue un beso con intención.

No un ensayo.

No una caricia dudosa.

Fue posesión.

Ternura.

Hambre.

Mis dedos se aferraron a sus hombros, a su piel caliente, como si buscara ancla en medio de una tormenta silenciosa.

Su lengua rozó la mía con ritmo lento, profundo, perfecto.

Me besaba como si lo hubiera estado soñando durante años y, ahora que me tenía, no pensaba irse sin marcar territorio.

Sentí su aliento.

Su deseo.

Su verdad.

Y por primera vez desde que este caos había comenzado, supe lo que era bajar la guardia… y no querer recuperarla.

Me separé apenas, jadeando.

—Demon…

—No hables —murmuró contra mis labios—. Aún no he terminado.

Y volvió a besarme.

Más suave esta vez.

Más íntimo.

Más letal.

Como si ahora que me había probado… no pensara renunciar nunca más.

El beso no fue urgente.

No esta vez.

Fue lento.

Deliberado.

Lleno de promesas que ninguno se atrevía aún a decir en voz alta.

Demon me besó como si ya conociera cada rincón de mi mente, cada grieta de mi cuerpo.

Como si no tuviera prisa por conquistarme… porque ya lo había hecho.

Cuando se apartó, lo hizo rozando mi mejilla con los labios.

Como si no quisiera que el momento terminara del todo.

Me quedé quieta.

Flotando.

Literalmente.

Mientras mi corazón decidía si quería seguir funcionando… o jubilarse ahí mismo, con la gloria de esa sensación.

—¿Aún piensas que fue por el cansancio? —preguntó él, la voz apenas un susurro.

No contesté.

Porque no tenía cómo mentirle.

***

Desayunamos ahí mismo, en la terraza.

El personal del hotel (a saber, con qué hechizos Demon los convencía de aparecer sin haberlos llamado) montó una mesa sencilla, elegante. Fruta fresca. Café fuerte. Pan de masa madre aún tibio y mantequilla salada que sabía a adicción.

Nos sentamos uno frente al otro, y por primera vez en mucho tiempo, comí sin prisas.

Él me miraba entre sorbo y sorbo, como si guardara cada gesto mío en su memoria.

—¿Tienes planes para el almuerzo? —preguntó.

—¿Comer? —dije, arqueando una ceja.

—Eso y más. La batalla —se inclinó un poco hacia mí, con esa sonrisa que sabía perfectamente que desarmaba defensas—. Ven a jugar juntos. En mi casa.

Me quedé en silencio un segundo.

No porque no quisiera.

Sino porque no me fiaba de lo que ese deseo decía de mí.

—No sé si sea buena idea.

—Va a ser divertido —repitió, como si fuera suficiente para convencerme.

Y lo fue.

Demasiado.

Bajamos por las escaleras lentamente, sin prisas.

La terraza aún brillaba detrás de nosotros, bañada en la luz cálida de una mañana que parecía prometer más de lo que podía cumplir.

Demon sostenía mi mano.

No como si fuera frágil.

Sino como si le perteneciera.

Su mano era grande, fuerte, caliente.

La mía, atrapada entre sus dedos, parecía más pequeña de lo habitual.

Más vulnerable.

Y ahí empezó.

La grieta.

No en el momento.

No en el gesto.

Sino en mí.

Algo se abrió mientras bajábamos. Una pregunta, una duda, una punzada de realidad que no tenía lugar en la dulzura que acabábamos de compartir.

Llegamos al pasillo.

Demon se detuvo frente a mi puerta.

Yo no.

Me paré solo cuando sentí que su mano ya no me llevaba.

Levanté la mirada. Me encontré con la suya.

Él ladeó la cabeza con una media sonrisa que ya no tenía humor.

—Ahí estás —dijo.

—¿Dónde?

—En tu cabeza —respondió, sin dejar de mirarme—. Y no estás pensando nada bueno.

—Solo estoy... analizando.

—No. Estás saboteando. Hay una diferencia.

Mi estómago se contrajo.

—Elsa —continuó, con esa voz suya que era todo lo que yo no sabía cómo manejar—. No voy a hacerte daño. No vine a romper nada. Y no voy a jugar contigo. Pero si cada vez que sonríes tienes

que buscar el filo escondido detrás... esto va a ser más difícil de lo que pensaba.

Tragué saliva.

—Es que no sé hacer esto —admití, con un hilo de voz.

—No tienes que saber. Solo tienes que querer.

Me apoyé contra la puerta, como si necesitara sostenerme.

—¿Y si lo arruinamos?

Se acercó apenas. Su cuerpo no me tocó, pero su presencia sí.

Como una marea cálida que me rodeaba sin empujar.

—Entonces lo arreglamos.

Pero no vamos a dejar de intentarlo solo porque podríamos fallar.

El corazón me latía fuerte.

El tipo de fuerza que duele… pero que también te recuerda que estás viva.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Perfectamente.

Me lo quedé mirando.

Y esta vez, fui yo la que sonrió.

—Entonces… ¿qué me pongo para este almuerzo?

—Lo que quieras —dijo, inclinándose un poco hacia mí—. Pero si me preguntas a mí…

mejor algo que me distraiga lo justo para que perdamos.

Solté una risa.

Esa que hacía años no salía sin defensas.

Él se separó un poco, pero no lo suficiente como para romper el hechizo.

—Te veo en un par de horas, muñeca.

Y se fue.

Dejándome con la mano vacía.

Y el corazón, peligrosamente lleno.

Me quedé un buen rato mirando el armario abierto como si esperara que de él saliera una respuesta.

Spoiler: no lo hizo.

Toda mi ropa decía lo mismo: soy Elsa Vinter.

Soy la inspectora que hará temblar tu plantilla y arruinar tus sueños de cinco estrellas.

Cada vestido, cada falda, cada maldito conjunto tenía estructura, presencia, intención.

Ninguno decía: Voy a ver al hombre que me besó como si supiera exactamente cómo recomponerme.

Abrí el chat con Kiran.

Elsa: ¿Tienes algo que diga quiero parecer una persona amable, pero sigo siendo una reina?

Kiran: ¿Estás preguntando si puedo hacer un milagro de último minuto desde otro hotel sin varita mágica ni acceso directo a tu ego?

Sonreí.

Elsa: Exacto.

Kiran: Espera.

Esperé.

Veinte minutos de espera ansiosa, intentando convencerme de que podía salir con lo que tenía puesto.

Me rendí cuando estuve a punto de considerar un blazer como parte de un look casual seducción.

Y entonces, llamaron a la puerta.

Una caja.

Lazo perfecto.

Tarjeta sin firma.

Dentro, un vestido.

Suave. Vaporoso. Con movimiento.

Color champán con toques rosados, como una puesta de sol filtrada por cortinas de lino.

Escote sutil. Espalda abierta con una pequeña lazada.

Elegante. Delicado. Femenino.

Cero espinas.

Cero dagas escondidas.

Kiran.

Por supuesto que había sido él.

Solo él sabría exactamente lo que necesitaba antes de que yo misma lo supiera.

Lo sostuve frente al espejo.

Y por un segundo, no me vi como inspectora.

Ni como jugadora.

Ni como amenaza.

Me vi como una mujer que se estaba enamorando.

Y eso, sinceramente, daba mucho más miedo.

Capítulo 8

El Segundo en que No se Movió

Elsa

Demon envió un coche a buscarme.

Por supuesto que lo hizo.

Porque era él.

Y porque lo nuestro, fuera lo que fuera, se movía a velocidad de infarto.

El conductor, un hombre de traje oscuro con sonrisa neutral y una eficacia casi robótica, no dijo ni una palabra.

Solo abrió la puerta trasera con un gesto pulido y esperó a que subiera como si yo fuera la pieza final de un protocolo perfectamente ensayado.

Me acomodé en el asiento, cruzando las piernas con una calma que no sentía.

El vestido que Kiran había conseguido para mí caía suave, elegante, casi inocente.

Casi.

Porque ni siquiera el más delicado encaje podía ocultar la tormenta que llevaba por dentro.

Las calles de Sídney pasaban como un borrón mientras repasaba, mentalmente, cada posible escenario.

Una cena casual.

Una partida en el juego.

Una conversación íntima.

El coche me llevó al ático.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron directamente al último piso, lo primero que noté fue el silencio.

Luego, las voces.

No una.

No dos.

Muchas.

Demasiadas.

—Genial —murmuré—. Esto no es un almuerzo. Es una reunión de estado.

El ático de Demon era amplio, luminoso, con paredes de cristal que dejaban entrar toda la ciudad.

Y ahí estaban ellos.

Todos.

Lukas, en una silla, pálido pero consciente.

Kookie a su lado, con expresión protectora.

Poppy y Duke de pie junto a la barra, con vasos en la mano y miradas que podían congelar.

Grace.

Grace estaba allí. Radiante. Serena.

Al lado de Duke como si fuera su trono.

Y Neron.

Neron también.

Contra la ventana, como un fantasma que se había materializado solo para recordarme que nada, nada, estaba resuelto.

Y entonces lo entendí.

No era un almuerzo.

Era una prueba.

Y yo acababa de entrar sin armadura.

Respiré.

Una vez.

Otra.

Una tercera, más lenta.

Y cuando estaba a punto de girarme y correr en la dirección contraria, una mano rozó suavemente la parte baja de mi espalda.

—Llegas tarde, muñeca. Ya estaban a punto de sentarse a comer sin ti —susurró Demon, tan cerca que su voz me rozó la piel como terciopelo con filo.

Me giré para mirarlo.

Traje oscuro sin corbata, camisa blanca con el primer botón abierto, y esa sonrisa ladeada que no le servía de escudo, sino de espada.

—¿Comida? ¿Mi cabeza servida en bandeja de plata? —murmuré.

Él bajó un poco el rostro, lo justo para que solo yo pudiera escucharlo.

—No les va a alcanzar el valor, Elsa. Créeme.

Y me tomó de la mano.

No como un gesto de cortesía.

No como un acto teatral.

Sino como una promesa.

En la sala, las conversaciones murieron por un segundo.

Un suspiro. Un parpadeo contenido.

Y luego el murmullo volvió, como si todos fingieran que no estaban evaluando la escena como si fuera una maldita serie de Netflix.

Demon saludó como si nada pasara.

—¿Alguien pidió una reina nórdica? Porque aquí la tienen —anunció, con esa voz encantadora que podría haber calmado un terremoto. O provocado uno.

Kookie entrecerró los ojos.

Grace bajó la mirada al vaso de agua con una expresión que no supe interpretar.

Poppy… bueno, Poppy parecía preparado para llamar a la policía a denunciarme por algún delito.

Cualquiera le valdría.

Pero fue Neron el que me sostuvo la mirada.

Impasible.

Silencioso.

Como si yo no estuviera ahí.

Como si yo nunca hubiera estado.

Y eso, justo eso, dolió más que cualquier palabra.

Demon no lo permitió.

—Elsa, ¿quieres sentarte a mi derecha o a mi izquierda? —preguntó con ligereza—. Pero te aviso que si eliges la izquierda, tengo que mover a Duke, y eso puede costarme una cena en su restaurante favorito.

Duke resopló y alzó la copa.

—Ella puede sentarse donde quiera, siempre que no envenene la comida.

La tensión fue inmediata.

Sutil.

Asesina.

Demon se giró hacia él con una sonrisa, pero sus ojos eran fuego controlado.

—Entonces estamos a salvo. Elsa no es de las que atacan por la espalda —dijo con voz tranquila, sin romper la sonrisa—. Si va a destriparte, te lo va a decir de frente.

Demon me ayudó a sentarme y se acomodó a mi lado.

Su mano rozó mi rodilla bajo la mesa.

Solo un instante.

Un ancla.

Y por primera vez desde que había entrado, respiré sin que me doliera el pecho.

—Gracias —susurré.

Él inclinó apenas la cabeza.

—¿Por qué? Todavía no le he dado una paliza a nadie.

—Por no dejarme sola.

Demon bajó la mirada a mi boca. Sonrió.

—Nunca lo haría.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así, en silencio.

Solo sé que no importaba el murmullo del resto, ni las miradas, ni el hecho de que Neron estuviera a solo unos metros.

Lo único que me sostenía era esa certeza muda entre nosotros.

Como si el mundo se callara un segundo, solo para darnos espacio.

Entonces, la voz de Kiran estalló como fuegos artificiales en medio del silencio:

—¡Oh, por favor, basta de miradas que derriten muebles! Algunos queremos comer en paz.

Me giré justo a tiempo para ver a Kiran dejar caer el bolso sobre una silla vacía, plantarse al extremo de la mesa con teatralidad y posar como si acabara de descender de una pasarela.

Pantalón crema impoluto, blusa de seda marfil con detalles dorados, labios granate perfectamente delineados.

Pendientes como dagas brillantes.

—Lo sabía. Lo sabía desde que empezaste a responder a todos sus comentarios en el chat del juego, uno por uno, como si fueras su bot personal —canturreó, señalándome con una uña perfecta—.

Y lo confirmé cuando me llamaste. Reina helada mis narices. Estabas en llamas.

Luego giró hacia Demon, como si fuera su momento de gloria:

—Y tú. No hay manera de que esa piscina en la azotea fuera una casualidad. Planeaste todo. Manipulador y romántico. Estoy orgulloso.

Demon alzó una ceja y sonrió.

—Gracias, Kiran.

Le guiñó un ojo.

—Pero no te emociones. Mi lealtad sigue siendo con Elsa. Si te pasas, te arranco las pestañas mientras duermes.

—Te las regalo —respondió Demon—. No me sirven para nada desde que esta mujer decidió mirarme como si fuera el villano de su cuento.

—¿Y no lo eres? —solté sin pensar.

La mesa rio.

Menos Neron.

Menos Poppy.

Menos yo.

Kiran se inclinó hacia mí desde el otro extremo con esa voz que siempre parecía deslizarse sobre hielo pulido:

—Sabes que no tienes que quedarte, ¿verdad?

Parpadeé.

—¿Qué?

—Si en algún momento decides que esto no es lo tuyo, el drama, los cuchillos emocionales, las miradas asesinas… solo me haces una seña y nos vamos.

Tengo una lista de excusas: una muerte familiar en Bulgaria, una urticaria emocional, un gato que ha desarrollado ansiedad por separación.

Reí. Porque era gracioso.

Porque era Kiran.

Pero esa parte final, esa mirada suya más suave, me hizo recordar lo que mi cuerpo ya sabía.

No debía estar aquí.

No todavía.

No con todos ellos.

Las miradas pesaban.

Incluso las que no me miraban directamente.

Como si respirar el mismo aire fuera una traición.

Como si cada palabra mía tuviera que pasar por un escáner de pureza antes de ser aceptada.

Demon deslizó su brazo detrás de mi silla. No me tocó, pero el gesto estaba ahí.

Silencioso.

Firme.

Como si dijera intenten con ella y me encontrarán a mí.

Y, aun así, me sentía como una intrusa.

Una reina exiliada, invitada de nuevo al castillo, pero a condición de no levantar demasiado la cabeza.

Tomé la copa de vino.

Bebí sin pensar.

Necesitaba algo que me ayudara a mantener la columna recta.

—¿Estás bien? —susurró Demon cerca de mi oído.

—Perfectamente —respondí.

Mentí.

Y él lo supo.

Pero no dijo nada.

Solo acercó un poco más su silla.

Y aunque no me tocó, su presencia me sostuvo.

∞∞∞

Los sillones eran amplios, la mesa de centro estaba repleta de snacks (la mayoría saludables, para fastidio general), y las persianas a medio cerrar dejaban entrar una luz dorada de tarde que convertía el salón en un escenario de tregua antes de la guerra.

Cada uno ocupó su lugar como si aquello fuera algo sagrado. Casi un ritual.

Kiran se deslizó en un sillón con la gracia de una estrella de cine en Cannes, cruzó las piernas con precisión letal y alzó su copa de agua con limón como si brindara por la inminente masacre digital.

—Gracias por invitarme, Demon —dijo, girándose hacia él con una sonrisa tan elegante como venenosa—. Debo decir que estoy profundamente honrada de formar parte de esta reunión de almas competitivas, ligeramente inestables y con dedos rápidos.

—Me alegra que vinieras —respondió Demon, apoyado en el respaldo del sofá, el móvil ya desbloqueado entre sus manos grandes—. No sería lo mismo sin ti.

—Obvio que no —respondió Kiran, y bebió con satisfacción.

La energía en la sala cambió al instante.

Poppy ya tenía el ceño fruncido, como si calculara mentalmente los movimientos del enemigo.

Duke conversaba con Grace en voz baja, probablemente una mezcla de estrategia y coqueteo mal disimulado.

Neron… bueno, él miraba su pantalla como si prefiriese romperla antes que jugar en el mismo salón que yo.

Kookie estaba al lado de Lukas, que había insistido en sentarse a pesar de las advertencias médicas.

—¿Listos? —dijo Demon, inclinándose hacia el centro del grupo, con su voz grave como ancla.

Los móviles se alzaron.

Pulgares listos.

Cuerpos relajados.

Miradas filosas.

—Vamos a por ese castillo —dijo Poppy, con la arrogancia de quien ya lo había conquistado cien veces.

—Y a por las cuatro torres —añadió Kiran, que, a pesar de su ironía, ya tenía activado el escudo y la tropa en posición.

Me acomodé en mi rincón del sofá, junto a Demon.

Él no dijo nada, solo me rozó el muslo con los nudillos al pasarme el móvil sin querer.

Claro.

Sin querer.

Fingí no notarlo. Por ahora.

La guerra estaba a punto de empezar.

La primera hora fue puro caos.

Ataques sincronizados, llamadas rápidas por voz, insultos teatrales y risas nerviosas.

Kiran gritó "¡Mi ejército no está listo, suéltenme el brazo!" más de una vez, mientras Demon se mantenía en modo estratega silencioso.

No sabía si el calor que sentía era por el ritmo del juego o por los roces que él me robaba entre ataques, como si entre alianzas, castillos y torres, solo le importara yo.

Cuando su equipo aseguró dos torres, y Poppy amenazó con hacer estallar medio mapa, hubo una pequeña pausa táctica.

Solté el móvil sobre la mesa y me levanté, ignorando la mirada de Demon que claramente sabía que necesitaba respirar.

Lo sabía incluso antes de que yo lo supiera.

—Voy al baño —murmuré.

—Tranquila —respondió él, sin apartar los ojos de la pantalla —. No atacaré tu torre.

Caminé por el pasillo hacia el baño del piso superior, donde la luz era suave y los sonidos del salón no llegaban.

Abrí el grifo y me miré al espejo.

Seguía teniendo esa cara de no me importa nada, aunque por dentro todo era una mezcla de vértigo y calma extraña.

Volvía del baño, intentando no pensar demasiado en cómo me había dejado la piel el agua helada.

Necesitaba claridad.

Perspectiva.

O al menos fingir que tenía alguna.

El evento seguía en marcha, con esa pausa engañosa entre ataque y defensa, y al pasar por el pasillo que conectaba con el

salón me lo encontré.

Neron.

Apoyado contra la pared, con los brazos cruzados, como si no se le hubiera ocurrido mejor lugar para detener el tiempo.

Tan bronceado, tan perfecto, tan innecesario.

—¿Y bien? —dijo sin siquiera saludar, con esa media sonrisa que siempre parecía guardar secretos—. ¿Qué haces jugando al equipo contrario?

Ah. Esto.

—Hola, Neron. Yo también me alegro de verte —respondí, cruzándome de brazos.

Él se encogió de hombros.

—No me malinterpretes. Me gusta que estés aquí. Pero no dejo de preguntarme si sabes en qué te estás metiendo.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Demon —dijo, sin bajar la voz—. Puede ser encantador. Puede hacerte sentir que estás a salvo. Pero también es el tipo de hombre que quema puentes si alguien lo traiciona. Y tú, bueno, tu currículum de traiciones es extenso.

Sonreí. Porque eso era lo que hacía cuando algo dolía.

—¿Y tú estás aquí como su abogado o como su socio?

—Estoy aquí como su amigo.

—Entonces deberías saber que Demon no necesita que nadie lo defienda. Mucho menos de mí.

Neron frunció el ceño.

No se lo esperaba.

Bien.

—¿Estás diciendo que te importa?

—Estoy diciendo que esta vez no vine a hacer daño. Y que no necesito tus advertencias veladas. Si Demon tiene un problema conmigo, ya me lo dirá él.

Neron me observó unos segundos más, y por primera vez, no supe lo que estaba pensando.

—Tal vez ya lo ha hecho. Solo no con palabras.

Me giré sin responder.

Porque sí, podía haber muchas verdades en lo que dijo.

Pero también sabía una cosa: esta vez, si alguien rompía algo, no iba a ser yo.

Volvía del pasillo con el corazón aun latiéndome rápido después de la conversación con Neron.

Me decía que estaba siendo ridícula, que nadie podía arrebatarme algo que no era mío, que Demon era mío, al menos por ahora.

Y eso bastaba.

Bastaba para empezar.

Bastaba para confiar.

O eso pensé.

Entonces crucé la puerta del salón.

Y la vi a ella.

No necesitaba presentaciones. Sabía quién era.

Todos en el juego sabían quién era Olivia.

Había compartido sus redes sociales en el chat global más veces de las que podía contar.

A veces con excusas: "síganme para ver el resumen de la batalla", "subí una foto con el líder del estado" … y otras veces sin disfraz.

Solo selfies.

Cientos.

Milimétricamente retocadas.

Casi perfectas.

Y claro, yo también miré.

Por curiosidad.

Por puro masoquismo.

Era hermosa.

En ese tipo de belleza que parece programada para destruir la autoestima ajena.

Piel color miel sin imperfecciones, ojos grandes con pestañas que no necesitaban filtros, labios carnosos y una melena negra que caía sobre su espalda como una cortina de seda.

Y hoy...

Hoy llevaba un vestido rojo ajustado que no dejaba espacio a la imaginación, escote profundo, espalda descubierta, sandalias de tiras finas que la hacían parecer más alta de lo que era.

Lucía como si el evento en el juego fuera un desfile, y todos hubiéramos sido invitados a mirar.

Y ahí estaba.

Cerca de Demon.

Demasiado cerca.

Sonriendo como si el mundo, y él, le pertenecieran.

Demon estaba de pie junto a ella, el móvil en una mano, la mirada fija en la pantalla.

Concentrado. Despreocupado. Ajeno.

Olivia no lo estaba.

Ella se inclinó, segura, decidida, como quien ya sabe que no necesita pedir permiso.

Sonrió. Esa sonrisa perfecta, medida, estudiada para desarmar.

Y entonces, lo besó.

Un beso directo.

A la boca.

Y lo peor no fue verla hacerlo.

Lo peor fue que él no se apartó.

No al instante.

No como alguien que no quiere ese beso.

Ni siquiera como alguien que no lo esperaba.

Solo se quedó ahí.

Quieto.

Mientras sus labios eran reclamados por otra mujer.

Las manos de Olivia sobre su pecho.

Su boca devorando la de él como si ya le perteneciera.

Como si eso fuera rutina, no un asalto.

Y él…

Él no respondió.

No la abrazó.

No le devolvió el beso.

Pero tampoco se apartó.

No con la rapidez con la que yo habría esperado.

No con la urgencia con la que me habría defendido a mí.

Solo se quedó ahí.

Un segundo.

Dos.

Suficiente.

Mi cuerpo se congeló, pero mi mente no.

Ella lo besó.

Él no la detuvo.

Y lo peor no fue eso.

Lo peor fue mirar alrededor.

Kiran, al fondo, con la mano en la frente, negando con una sonrisa cansada.

Te lo dije.

Neron, sonriendo como si acabara de ganar una apuesta silenciosa.

Duke, apartando la mirada.

Poppy, con los labios apretados.

Grace, inexpresiva.

Kookie, la única que me miró.

Y en sus ojos no había burla.

Solo tristeza.

Yo…

Yo me quedé quieta.

No dije nada.

No grité, no lloré, no corrí a pedir explicaciones.

Solo… lo vi.

Y entendí.

Entendí que había sido un error.

Que yo, Elsa Vinter, la inspectora de hielo, la mujer que podía desmantelar un imperio con una sonrisa y una libreta de notas, me había creído un cuento.

Uno con piscina en la azotea, desayunos compartidos, besos de madrugada y promesas disfrazadas de silencio.

Me giré.

Dejé mi bolso.

Dejé mi móvil.

Dejé mi corazón ahí.

Justo entre su boca y la de ella.

Crucé el salón sin decir una palabra.

Solo sentí los ojos de Demon en mi espalda, vi su reflejo en las puertas del ascensor justo cuando por fin reaccionaba y empujaba a Olivia.

Su voz, apenas un susurro:

—Elsa…

Demasiado tarde.

Demasiado lento.

La puerta del ascensor se abrió como si me esperara. Entré.

Lo miré mientras las puertas se cerraban.

Me negué a descifrar su mirada.

Lo que veía en sus ojos.

No importaba.

Ya no.

Solo cuando salí del edificio, respiré.

El aire de Sídney me golpeó como un recuerdo antiguo.

Uno que no sabía si dolía o curaba.

Me apoyé contra la pared de mármol, con la cabeza hacia atrás, y cerré los ojos.

No sabía a dónde ir.

No quería pensar.

No quería sentir.

No quería haberme equivocado tanto.

Porque por primera vez en mi vida, yo quise algo y fui a por ello.

No por conveniencia.

No por estrategia.

No por venganza.

Quise a él.

Y me lo arrebataron.

O peor: me lo ofrecieron... y luego me lo arrebataron con una sonrisa y un beso ajeno.

Los labios de Olivia aún estaban sobre los suyos en mi cabeza.

Y los míos… ya no importaban.

Capítulo 9

Tú lo has derribado. Ahora nada.

Demon

Mierda.

Eso fue lo único que me dio tiempo a pensar.

Vi su rostro.

Vi el instante exacto en que Elsa nos vio. El instante en que su expresión se rompió en mil pedazos.

Vi cómo me miraba.

No como una mujer que ha sido engañada, sino como alguien que ya no quiere luchar por nada más.

Y entonces desapareció.

—¡Elsa! —grité, pero ella ya se estaba yendo. El móvil se me cayó de las manos.

Aparté a Olivia con un empujón seco, sin mirarla, sin pensar. Crucé el salón en segundos, pero cuando llegué, las puertas acababan de cerrarse.

Golpeé el botón.

—Vamos, vamos —murmuré entre dientes, apretándolo una y otra vez como si eso fuera a ayudar.

Nada. Bajando.

La pantalla marcaba los números con una lentitud asesina.

No esperé. Tomé las escaleras. Bajé los tramos sin respirar. Cuando llegué al vestíbulo, la adrenalina me recorría el cuerpo. Di una vuelta completa sobre mí mismo. Nada.

—¿La mujer rubia? —pregunté al conserje.

—Salió hace un minuto, señor.

Corrí hasta la calle. Miré a ambos lados. Vacío.

Se había ido.

Ella se había ido. Mi Elsa.

Me quedé de pie bajo el cielo azul quemado de Sídney, con el pecho ardiendo como si me hubieran abierto con un bisturí y no hubieran tenido la decencia de cerrarme después. El ruido de la ciudad me parecía lejano. Inútil.

Volví.

Y cuando entré de nuevo al salón, me encontré con el infierno más perverso de todos:

la normalidad.

Kiran seguía en su sitio, espalda recta, brazos cruzados sobre el pecho. Pero la neutralidad era solo una ilusión para los ingenuos. Sus ojos, afilados como dagas de obsidiana, me atravesaron con una furia tan elegante que dolía más que un grito.

Si las miradas mataran, estaría en el suelo, desangrándome sobre la alfombra persa.

—Arrancarte las pestañas una por una ya me parecía terapéutico —dijo en voz baja, como si hablara de exfoliación—. Pero después de lo que acabas de hacer, creo que una castración sería lo mínimo que mereces.

Y sonrió.

No con alegría.

Con esa clase de sonrisa que uno solo ve justo antes de ser empalado por una verdad que arde.

—Y tú te haces llamar hombre. Qué chiste más triste.

No dije nada. Porque no había nada que decir.

Solo asentí, apenas, como si esas palabras fueran el veredicto de un juez.

Yo pienso lo mismo, amigo.

Y ojalá doliera menos.

Pero dolía como el infierno.

Miré al resto.

Duke y Rome charlaban con Poppy y Kookie, que ahora evitaban mi mirada.

Neron... Neron sonreía. Bastardo.

Y Olivia. Sentada. Relajada. Como si no acabara de destruirlo todo.

—¿Qué carajo pasa con ustedes? —escupí. Nadie respondió.

Mis ojos se clavaron en ella.

—Tú. Fuera.

—Demon... —empezó Olivia, levantándose, con esa voz melosa que siempre me pareció molesta pero inofensiva.

Ahora me daba ganas de romper algo.

—Te dije que no. Te lo dejé claro hace mucho tiempo. Que lo nuestro fue un rumor, una interpretación. Que no había "nosotros". ¿Y aun así? Te atreviste.

—Fue solo un beso —susurró, como si eso lo hiciera menos grave.

Me acerqué un paso. No la toqué. No necesitaba hacerlo.

Mi voz lo hizo todo por mí.

—No. Fue una bomba.

Y sabías exactamente dónde lanzarla.

Justo cuando ella entraba.

Justo cuando no estaba mirando.

Y lo hiciste sabiendo que estaba distraído.

Porque confié en ti como amiga.

Porque jamás pensé que fueras capaz de algo así.

—Yo te quiero —susurró Olivia.

—Pues ojalá no lo hicieras. Porque no hay nada más patético que el amor no correspondido que se disfraza de venganza.

Nadie respiraba.

—Lárgate, Olivia. Y si vuelves a acercarte a Elsa, aunque sea en el puto juego, te aseguro que te vas a arrepentir.

Ella se fue. En silencio. Mirando atrás.

Pero ya no había nadie que quisiera mirarla.

Y entonces, Neron soltó una carcajada suave.

—Vaya, eso fue más entretenido que los ataques al castillo.

Me giré hacia él. El silencio se hizo aún más denso.

—¿Algo que decir? —espeté.

—Solo que... tal vez deberías haber cuidado mejor lo que era tuyo —dijo Neron, con esa sonrisa ladina que siempre usaba cuando quería herir sin mancharse las manos.

—¿Y tú qué sabes de cuidar? Tú destruyes todo lo que tocas.

La sonrisa de Neron se congeló.

Lo dejé ahí. Sin necesidad de decir más.

Me giré y caminé. No hacia la salida. Aún no.

Solo necesitaba aire.

Un lugar sin ojos clavándose en mi espalda.

Subí las escaleras.

Las malditas escaleras que ya conocía de memoria, como si ese ático hubiera estado esperándome desde siempre.

Y cuando llegué arriba, abrí la puerta de mi dormitorio y la cerré de un portazo.

No fue solo un ruido.

Fue una declaración de guerra.

El estruendo se sintió como un temblor.

Como si el ático entero se estremeciera con mi furia.

Que tiemble.

Que se caiga a pedazos.

Que se joda todo.

Entré en mi dormitorio con la furia latiéndome en las sienes.

Las paredes de aquel ático, esas que alguna vez me ofrecieron silencio, control, estrategia...

ahora eran jaulas.

Cada rincón me hablaba de ella.

Del perfume que dejó al pasar.

Del sonido de sus pasos alejándose.

Del puto vacío que había dejado atrás al irse.

El reloj estaba sobre la cómoda.

Un modelo exclusivo, regalo de un socio japonés que juraba por su ingeniería como si fuese un hijo.

Lo tomé.

Lo miré.

Y lo estampé contra la pared sin pestañear.

Cristal. Metal. Orgullo.

Todo hecho pedazos.

Porque sí, tenía dinero para comprar otro.

Pero no a ella.

Pero no había suficiente en el mundo para comprar lo que acababa de perder.

Me senté en el borde de la cama, el pecho subiendo y bajando como si acabara de correr kilómetros.

Lo peor es que no sabía si quería matarla o salir corriendo a buscarla.

Y ese conflicto me estaba destruyendo desde dentro.

Golpearon la puerta.

—Está abierto —dije, sin ganas.

Kiran entró.

No caminó como solía hacerlo, como si flotara por encima del drama. No.

Esta vez sus pasos eran duros, decididos.

Cerró la puerta detrás de sí y se cruzó de brazos.

Tenía la mirada de quien ha estado conteniendo un discurso desde hace rato, y no estaba de humor para suavizarlo.

—Todos se han ido —informó.

Asentí. Seguía mirando la grieta en la pared, como si pudiera leer la escena una y otra vez en ese impacto de vidrio.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Evitar una tragedia —dijo—. O provocarla. Aún no lo decido.

Me obligué a mirarlo.

—Si vas a hablar, que sea ahora.

Kiran no se movió.

—Eres un imbécil. Y eso viniendo de mí es un cumplido. Porque si por mí fuera, ahora mismo te castraba con los dientes. Pero luego recordé que no soy tan salvaje… aunque te juro que lo consideré seriamente.

—Haz fila —murmuré, con amargura—. Yo pienso lo mismo.

Sus ojos se afilaron.

—¿Sabes qué es lo peor? Que ella bajó la guardia contigo. Te dejó entrar. Después de todo lo que ha pasado. Después de todo lo que le hicieron. Te eligió.

Tragué saliva.

Ardía.

—No la elegí yo primero —contesté con voz rota.

—¿Y qué, eso te da derecho a romperle el alma cuando por fin empieza a sanar?

Me puse de pie. Alto. Imponente.

Quise gritarle, decirle que no entendía nada, que Olivia me había tomado desprevenido, que no hubo respuesta, que no hubo beso, solo un maldito segundo de traición accidental.

Pero las palabras no salieron.

Porque, aunque todo eso fuera cierto… Elsa no lo vio así.

Y la imagen que había visto bastaba para destruirla.

Kiran se acercó, tan cerca que su perfume elegante se mezcló con el sudor de mi rabia.

—No vas a reconstruir un puente que ella no derribó —me dijo con voz baja—. Ese lo hiciste volar tú. Si quieres cruzar, vas a tener que nadar.

Y se fue.

Me quedé ahí. Solo. Con el eco de esas palabras en mi cabeza.

Tú lo has derribado.

Ahora nada.

Bajé.

El salón estaba en silencio, como si todo el ruido del mundo se hubiera evaporado con ella.

Los restos del almuerzo seguían allí: platos con migas, copas con vino a medias, una botella caída en el borde de la mesa.

Alguien había recogido algo, pero no lo suficiente como para borrar las huellas del desastre que habíamos dejado atrás.

Y entonces lo vi.

Su bolso.

Sobre una de las sillas, como si lo hubiera dejado a propósito. Como si fuera una declaración.

También estaba su móvil. Apagado. Abandonado.

Sentí que me faltaba el aire.

Elsa Vinter no era el tipo de mujer que salía de casa sin bolso.

Y mucho menos sin su móvil.

Su vida estaba cronometrada.

Controlada.

Precisa.

Cada segundo, cada decisión, cada palabra: todo medido al milímetro.

Y, sin embargo, se había ido.

Sola.

Sin dinero.

Sin forma de llamar a nadie.

Sin mí.

—Joder... —susurré.

Miré alrededor, esperando verla en cualquier rincón, en el pasillo, sentada en algún sofá, con los brazos cruzados y una ceja alzada como si todo esto fuera otra de sus pruebas malditas.

Pero no estaba.

Y de pronto, el miedo se abrió paso entre la rabia.

¿Dónde había ido?

¿A pie?

¿En taxi?

¿En qué dirección?

Lo único que tenía claro era esto:

no podía haberse ido con Kiran.

Él no se había movido del salón.

Seguía allí, al fondo, sentado, con la mirada clavada en el móvil.

Pero no jugaba. No escribía. Solo observaba.

Y Elsa no tenía a nadie más en Sídney.

Ningún amigo. Ninguna red.

Nadie más.

Excepto a mí.

Y yo la había destruido.

¿Dónde demonios estabas, Elsa?

Tenía que encontrarla.

Y si había una mínima posibilidad de que el sistema de seguridad me dijera hacia dónde se había ido, la iba a usar.

Así fuera lo último que hiciera.

Saqué el móvil.

Llamé a Lukas.

—Dame acceso, Lukas. Ahora.

Estaba en mi despacho, el móvil apretado contra el oído, mientras el maldito bolso de Elsa seguía mirándome desde el sofá como una bomba sin detonar.

Lukas tardó un segundo en responder.

—¿Estás seguro?

—Hazlo.

Un clic. Un par de teclas.

Y de pronto, el sistema de seguridad del edificio se desplegó ante mí.

Cámaras. Horarios. Registros de acceso.

Busqué la entrada principal.

La marqué a las 16:42.

El momento en que ella… se fue.

Ahí estaba.

Elsa.

Cruzando la entrada como si huyera de un incendio invisible.

Llevaba los hombros tensos, el rostro pálido.

Cuando salió, se detuvo, como si le faltara el aire.

Se apoyó en la pared junto a la entrada, la cabeza inclinada hacia atrás.

Joder.

Se veía… rota.

No simplemente herida, no molesta, no dramática.

Rota.

Como si se hubiera partido en mil pedazos delante de todos y ninguno de los presentes hubiera hecho nada por recogerla.

Mi garganta se cerró.

En la imagen, ella respiraba hondo. Una, dos veces.

Y justo entonces, una limusina negra se detuvo frente al edificio.

La puerta trasera se abrió sola.

Nadie bajó.

Nadie salió a buscarla.

Solo una invitación silenciosa.

Elsa miró la limusina.

Dio un paso. Luego se detuvo.

Su mano tembló. Se la llevó al corazón.

Y subió.

La puerta se cerró tras ella como una trampa perfecta.

La imagen se detuvo ahí.

Nada más.

Sin placas.

Sin rostro del conductor.

Sin dirección.

Solo esa maldita limusina negra que se había llevado a la única mujer que había conseguido desordenarme el alma.

Me quedé quieto, con las manos apoyadas en el escritorio.

—¿Lo viste? —preguntó Lukas, en voz baja.

—Sí.

—¿Quieres que lo rastree?

—Sí. Pero... —tragué saliva— hazlo sin que los demás se enteren.

—¿Incluyendo Neron?

—Incluyendo a todo el puto mundo.

Corté la llamada.

Y me quedé solo.

Con la imagen de Elsa…

Subiendo a un coche que no era el mío.

Y que tal vez, esta vez, sí la llevaría lejos de mí para siempre.

∞∞∞

Esperé en su habitación como un maldito acosador elegante.

Mi hotel.

Su habitación.

Mi condena.

Habían pasado horas desde que Elsa se subió a esa limusina y desapareció.

La grabación no me decía nada más. Sin matrícula, sin rostro al volante, ni una pista.

Solo la imagen de ella entrando, todavía con la mano en el pecho como si intentara contener algo que yo le había roto.

¿Y si no volvía?

El lugar olía a ella. A ese perfume limpio, frío, con notas que se quedaban en la piel y en la memoria.

Su bolso seguía sobre la mesita.

Había una horquilla en el suelo.

El espejo del baño empañado.

Era como si todo el cuarto gritara que Elsa existía y yo ya no tenía derecho a tocar nada.

Me senté en la butaca junto a la ventana.

Impecable.

Tenso.

Como si esperarla aquí fuera un acto de penitencia.

Mi móvil vibró en el bolsillo.

Therese.

Genial.

—¿Qué quieres? —respondí sin filtros.

—¿Por qué le gritaste a Olivia?

No estaba para rodeos. Ni siquiera para sarcasmos.

—Porque se lo merecía.

—¡Es mi amiga, Demon!

—¿Y eso la convierte en inmune a la decencia?

—No entiendo por qué estás tan alterado.

Cerré los ojos. Conté hasta tres. Me dieron ganas de contar hasta mil.

—Porque besó a alguien que no era suyo. Porque destruyó algo que me importaba. Porque tú sabías que estaba enamorada de mí y jamás le dijiste que yo no estaba interesado.

—¿Y qué? ¡Olivia siempre fue tu sombra! Todos piensan que están juntos desde hace meses.

—¿Y tú crees que eso no la hace más culpable?

Silencio.

Podía oír su respiración en el otro extremo.

Al menos no colgó.

—Estás exagerando, Demon. Es solo una chica.

—No. Es la razón por la que la mujer que amo desapareció sin dejar rastro.

La palabra amo me supo a veneno y redención al mismo tiempo.

Del otro lado, Therese jadeó. Luego murmuró, más tranquila:

—No sabía que era tan serio.

—Sí. Y ahora no sé si voy a poder arreglarlo.

—Lo siento.

Therese no dijo nada más. Solo colgó.

Me guardé el móvil y me incliné hacia adelante, los codos apoyados en las rodillas, la mirada fija en la puerta cerrada.

Cada ruido del pasillo, cada sombra que cruzaba bajo la ranura, me tensaba.

Esperaba ver su silueta.

Su cabello recogido.

Su mirada, que podría destruirme con solo media ceja levantada.

Pero no era ella.

No todavía.

Tal vez nunca.

Y, aun así, no me moví.

Porque era un cabrón testarudo.

Porque me lo merecía.

Y porque si ella volvía, aunque fuera solo para escupirme en la cara…

yo iba a estar ahí para recibirlo.

El sonido del móvil me sacó de ese limbo entre la desesperación y el castigo autoimpuesto.

Rome.

Contesté sin pensarlo, con la garganta aún ardida por todo lo que no había dicho.

—¿Necesitas que vaya?

Su voz era grave. Seria. Como siempre. Pero había algo más.

Una nota que no reconocí al instante.

—No.

—Demon…

—Estoy bien.

Mentí.

—No me llames para preguntarme si necesito ayuda. Si tienes algo, un dato, una pista, un movimiento... dímelo. Si no, déjame hundirme en paz.

Silencio.

El tipo de silencio que solo existe entre personas que se conocen demasiado.

—¿Está bien?

—No lo sé —dije, apretando los dientes—. Se subió a una limusina y desapareció. Sin móvil. Sin bolso. No dejó ni un puto rastro.

Otro silencio.

—Lukas está revisando cosas —dijo Rome al fin—. Si hay algo que encontrar, lo encontraremos. Pero necesito que no la jodas más de lo que ya lo hiciste.

Eso dolió.

Más porque venía de él.

—Lo sé.

—Entonces no te muevas de ahí. Por si vuelve.

—No pensaba moverme.

—Y, Demon…

—¿Qué?

—Cuando la encuentres… no la cagues otra vez.

Colgó.

El silencio volvió a instalarse, denso como humo.

Me quedé mirando el móvil, aún en la mano, con el pulgar suspendido en el aire.

Fue entonces cuando una notificación iluminó la pantalla del teléfono de Elsa, que descansaba justo al lado del mío sobre la mesa.

Sin remitente. Sin asunto.

Solo palabras:

"Pensaste que podías desaparecer.

Pero no lo haces tan bien como crees.

Nos volveremos a ver, princesa de hielo.

Esta vez, sin castillos que te protejan."

Me quedé congelado.

Los nudillos apretados.

El corazón golpeando como una alarma vieja que no sabía cómo apagarse.

Y una única certeza atravesándome como una bala bien dirigida:

No era solo por mí que Elsa había huido.

Me recosté en el sofá sin dejar de mirar el techo.

La lámpara colgante proyectaba sombras abstractas en el yeso, danzando al ritmo de un aire que no me importaba.

Y, aun así, no me moví.

Porque era un cabrón testarudo.

Porque me lo merecía.

Pero ahora sabía que no bastaba con esperar.

Tomé el móvil de Elsa. Le di la vuelta entre las manos, como si pudiera extraer respuestas solo con tocarlo.

El mensaje seguía ahí, brillando con esa calma enfermiza que tienen las verdaderas amenazas.

"Nos volveremos a ver."

El estómago se me contrajo.

Busqué el número.

Sin ID.

Sin huellas.

Solo un puto agujero negro digital.

Pero había algo en esas palabras que me resultaba familiar.

Un tono. Una estructura.

La forma en la que la llamaban.

"Princesa de hielo."

Me levanté de golpe.

El impulso me quemaba bajo la piel.

No era solo por orgullo.

Ni por culpa.

Era rabia.

Era miedo.

Era algo más primitivo: la certeza de que, si no me movía ahora, si no actuaba, podía perderla para siempre.

Tomé mi móvil. Marqué el número de Lukas.

—¿Puedes rastrear un mensaje?

—¿De quién?

—No lo sé. Pero fue enviado al teléfono de Elsa hace menos de un minuto.

Lo necesito. Todo. La IP. El origen. El patrón de lenguaje si hace falta.

Y si no puedes hacerlo tú, llama a quien sí pueda.

Hubo una pausa del otro lado.

—¿Está bien?

—No lo sé —dije con voz ronca—. Pero si no la encuentro pronto… alguien más lo hará.

Colgué antes de escuchar la respuesta.

Capítulo 10

Me quedé para luchar

Elsa

La alfombra del pasillo ahogaba el sonido de mis tacones, y eso me pareció una ofensa personal.

¿Y qué si eran las cinco de la mañana y la gente quería dormir?

Yo quería despertar al mundo entero solo para no ser la única que se sintiera tan mal.

Tenía el cuerpo helado y la piel ardiendo al mismo tiempo.

La furia me caminaba bajo la piel como electricidad sin tierra, sin destino.

Sentía el corazón atrapado entre los dientes, como si cada latido fuera una palabra que me negaba a pronunciar.

¿Orgullo? Por supuesto.

¿Vergüenza? Solo la justa.

Pero debajo de todo eso, en el silencio incómodo que quedaba tras el temblor, había algo más.

Algo más primitivo. Más cruel.

Desilusión.

No por él.

Por mí.

Por haber sentido, aunque fuera un segundo, que ese beso—ese maldito beso que no era para mí—dolía más de lo que debía doler.

Entré a la habitación con el código.

Y aunque no quería admitirlo, era buena idea eso de deshacerse de llaves y tarjetas.

Esperaba ducharme, tomar café, fingir que tenía un plan para afrontar el día.

Lo que no esperaba era encontrarlo ahí.

Sentado en el sillón del centro de la habitación.

Demon.

Lo miré.

Me miró.

Primero a los ojos.

Y luego… lo supe. Supe el exacto segundo en que registró lo que llevaba puesto.

Oh, fue bonito. ¿Qué puedo decir?

Celos. Furia. Dolor.

Todo en un solo segundo.

Y sí… se lo merecía.

Se puso de pie con lentitud.

Y claro, mi maldito cuerpo me traicionó.

El cerebro también, porque grabó cada detalle como un archivo confidencial:

La camisa blanca, medio abierta, revelando su pecho tatuado.

La barba crecida. Ese aire de pirata despiadado que no sabes si va a matarte… o arrancarte la ropa con los dientes.

Caminó hasta quedar tan cerca que solo podía hacer una de dos cosas: empujarme o detenerse.

Y se detuvo.

Levantó las manos y me cubrió las mejillas. Inclinó mi rostro hacia atrás.

Me miró a los ojos.

¿Miedo?

No.

¿Cosas más peligrosas, en partes muy específicas de mi anatomía?

Diablos, sí.

¿Mi corazón dio un vuelco?

Ese traidor lo hizo.

—Has dejado que otro hombre te tocara —dijo con voz grave.

No dije que sí.

No dije que no.

No tenía que hacerlo.

Entonces bajó las manos y, en un solo movimiento, tomó los bordes de la camisa.

Los botones salieron volando como pequeñas rendiciones.

Uno.

Dos.

Todos.

Me quitó la prenda con calma devastadora, hasta dejarme solo con mi ropa interior de encaje.

Esa misma que me había puesto el día anterior pensando, solo pensando, que tal vez… él podría verla.

Lo seguí mirando.

Porque si decía una sola palabra en ese momento, iba a estallar todo.

Y él también me miró.

A los ojos.

Ni un segundo desvió la mirada hacia mi cuerpo.

Ni uno.

Sus manos volvieron a mis mejillas. Sus dedos rozaron mis labios.

—Has dejado que otros labios te besaran.

Seguí callada.

Pero levanté la barbilla.

Un gesto aprendido antes de los seis años.

Un gesto que decía: no me rompes. No así. No ahora.

Y eso fue lo que lo rompió a él.

Se inclinó y susurró contra mis labios:

—Pero eres mía. Y yo seré el último hombre que te va a besar… que te va a tocar.

Me empujó hacia atrás.

No con violencia. Pero con urgencia.

Con esa firmeza brutal que tienen los hombres que ya tomaron una decisión.

Mis piernas chocaron con el borde de la cama y caí de espaldas sobre el colchón, el cabello desparramado como una corona mal puesta.

Y antes de que pudiera pensar.

Antes de que pudiera arrepentirme.

Ya estaba sobre mí.

Sus labios cayeron sobre los míos como castigo.

Como promesa.

Como algo entre ambas cosas que me hizo arquear la espalda sin querer.

Y yo...

Yo lo besé de vuelta.

Porque en ese momento lo necesitaba más que el aire.

Sus dedos se hundieron en mi cintura.

Sus labios bajaron por mi mandíbula hasta el cuello.

Respiraba como si me hubiera estado esperando toda la vida.

Yo también.

—Dime que no te tocó —susurró contra mi piel, como si le hablara a una herida.

No respondí.

Mis uñas encontraron su espalda y lo acerqué más.

Porque quería olvidarme.

Porque quería perderme.

—Dímelo, Elsa —insistió.

Y su voz ya no era de rabia.

Era de miedo.

De necesidad.

De un hombre que no sabe si va a poder volver a armarse después.

—No te voy a mentir —dije.

Y no mentí.

Pero tampoco dije la verdad.

Entonces me besó como si pudiera borrar todo lo que no dijimos.

Como si al cerrar la boca, cerráramos también la historia.

Su cuerpo se acomodó entre mis piernas y el calor se volvió insoportable.

Su lengua me buscaba con la urgencia de quien sabe que no tiene todo el tiempo del mundo.

Y yo respondía.

Con hambre.

Con rabia.

Con algo que se parecía demasiado al amor como para nombrarlo en voz alta.

Pero el problema del corazón es que no se deja gobernar.

Ni callar.

Sus manos me recorrieron como si me conocieran.

Como si siempre hubieran sabido dónde dolía.

Y por un instante…

Por un maldito y precioso instante…

Me creí eso.

Me creí que él estaba allí por mí.

Que esa furia era porque me quería.

Que ese deseo no era solo territorial.

Ni respuesta a una idea imaginada de infidelidad.

Pero entonces volvió el eco.

Las risas.

El beso.

El cuerpo de Olivia sobre el suyo.

Su boca abierta recibiendo algo que, horas antes, yo todavía pensaba que era mío.

Y la forma en que él no se apartó.

La forma en que no me buscó después.

—¿Y tú, Demon? —susurré contra su cuello.

Pero no era un susurro sensual.

Era ácido.

Amargo.

Él no respondió.

Su boca descendía por mi clavícula, su mano deslizándose por mi muslo con esa precisión que solo tienen los hombres peligrosos o demasiado seguros.

Y eso fue lo peor.

Que, para él, esto estaba bien.

Que, para él, esta noche era lo correcto.

Que para él… no dolía.

—¿Tú también besaste? —seguí.

Mi voz temblaba, pero no de deseo.

—¿Tú también lo has disfrutado?

Se detuvo.

Solo un segundo.

El tiempo suficiente para que lo sintiera.

—¿Eso es lo que piensas? —murmuró, alzando la cabeza, buscándome los ojos.

—Pienso que me estás tocando ahora porque crees que otro hombre lo hizo —escupí.

Las palabras salieron sin filtro.

Sin protección.

Como cuchillas lanzadas con rabia y sin puntería.

Demon parpadeó.

No se apartó.

No se levantó.

Solo me miró con esos ojos que quemaban y dolían al mismo tiempo.

—Te estoy tocando —dijo— porque si no lo hago ahora, no sé si voy a poder volver a respirar.

Y maldita sea…

Eso casi me destruyó más.

Porque yo sí sabía cómo era respirar sin él.

Lo hice cada día desde que me dejó sola.

Desde que me miró como si no importara.

Desde que eligió el silencio.

Y a Olivia.

Y a cualquier otra antes que a mí.

Él se inclinó de nuevo. Su boca volvió a mis labios.

Y esta vez fui yo quien la rompió.

Aparté la cara.

—No —susurré, con la voz rota—. No así. No ahora. Nunca.

Su frente se apoyó en la mía.

Su aliento temblaba.

—Dime cómo arreglarlo —dijo.

Pero no podía.

Porque si lo decía, no iba a quedar nada.

Ni de mí.

Ni de él.

Ni de lo que éramos.

Ni de lo que, tal vez, solo tal vez, podríamos haber sido.

Me incorporé con una lentitud casi cruel.

Cada fibra de mi cuerpo quería quedarme allí.

Bajo él.

Con él.

Pero mi dignidad me gritaba al oído que ya había sido suficiente.

Más que suficiente.

Me puse de pie.

Respirar dolía como si me lo hubieran arrancado de un golpe.

Recogí mi ropa sin mirar.

No me importaba si estaba rota, desordenada o manchada de lo que pudo haber sido.

Demon seguía allí.

En la cama.

Mirándome.

—Vete —dije sin rodeos.

No me salió dulce.

No me salió elegante.

Solo salió como un disparo.

Y eso era lo que necesitaba.

—Elsa… puedo explicarlo.

Me giré de golpe, furiosa. El borde de su chaqueta se movió conmigo.

—¿Explicar qué?

Mi voz subió como una ola vieja, cargada de años de contención.

—¿La emboscada que me tendiste? —seguí—. ¿Invitarme a tu casa para jugar como si nada, sin mencionar que todos iban a estar ahí?

Eso, Demon… puedo llegar a entenderlo.

Puedo hasta perdonarlo si me esfuerzo.

Pero el beso…

El beso con Olivia...

Mi garganta ardía.

Y esta vez no iba a tragarme nada.

—De ninguna manera. Ni en este mundo, ni en el cielo, ni en el infierno.

No hay manera.

Demon se quedó quieto.

Y entonces habló. Bajo.

Lento.

—¿A quién estás intentando convencer? ¿A mí… o a ti misma?

Mi corazón latió con tanta fuerza que dolió.

Él se acercó.

Despacito.

Como si supiera que estaba a milímetros de una explosión.

Se detuvo frente a mí.

Miró mis manos.

Y solo entonces me di cuenta.

Me estaba aferrando a su chaqueta.

A sus solapas.

Como si esa tela pudiera contenerme.

Sus manos subieron hasta las mías.

No para quitarlas.

Solo para cubrirlas.

—Mira —dijo, y su voz fue un susurro brutal—. Mira cómo te agarras a algo que es mío.

Y sí…

Quise soltar.

De verdad lo intenté.

Pero no pude.

Sus manos cubrían las mías.

No las forzaba.

No apretaba.

Solo estaban ahí.

Como un ancla.

Como un espejo.

—Mira cómo te agarras a algo que es mío —repitió, esta vez más bajo.

Tragué saliva.

Pero no dije nada.

No podía.

Porque sabía que lo siguiente que saliera de mi boca podía partirme en dos.

—No huyas —añadió.

—No estoy huyendo —mentí.

Me soltó.

No con rabia.

Con esa clase de resignación que tienen los hombres que han aprendido a leer mentiras sin necesidad de oírlas.

—No seas cobarde, Elsa.

Lo dijo tan tranquilo que dolió más.

Más que si me hubiera gritado.

Más que si me hubiera odiado.

Mis ojos se clavaron en los suyos.

—¿Perdón?

—No busques excusas para alejarte de mí —siguió, dando un paso más—. No uses a Olivia. No uses ese maldito beso como barrera. No lo hagas.

Me reí.

Una carcajada seca. Hueca. Sin ganas.

—¿Estás de verdad…? ¿Estás diciendo que yo me estoy alejando por culpa mía?

—Sí.

—¿Y no porque tú, horas antes, estabas con otra?

—No estuve con nadie.

Su voz fue un disparo.

Esta vez sí.

Firme. Categórica.

Y jodidamente dolorosa.

—No la besé —continuó, más grave—. Ella me besó.

Y sí, fui un idiota por no apartarla.

Me crucé de brazos.

El corazón me pateaba el pecho.

Quería fulminarlo con la mirada.

Quería no temblar.

Pero algo en su voz me obligó a escuchar.

—¿Quieres saber por qué?

No respondí.

Ni falta hacía.

—Porque pensé que eras tú.

El aire se volvió más denso.

Como si cada palabra suya desplazara el oxígeno en la habitación.

—Estaba tan metido en el juego, en el caos, en todos los que nos miraban, que sentí sus manos y pensé que eras tú —siguió, más bajo, como si le costara admitirlo—. Pensé que, por fin, después de horas en las que no me habías tocado, en las que no te habías atrevido a acercarte… por fin estabas lista para demostrarle a todos que tú y yo éramos una pareja.

Me quedé inmóvil.

Cada palabra se hundía más hondo que la anterior.

—¿Me tomó unos segundos darme cuenta de que no eran tus labios?

Quise decirle que no le creía.

Que era absurdo.

Que sonaba a excusa.

Pero parte de mí…

Parte de mí quería que fuera cierto.

—Me tomó unos segundos, sí —dijo—.

Y me odiaré por esos segundos el resto de mi vida.

Las palabras me picaban en la lengua como veneno sin antídoto.

—Tú no me quieres a mí —dije, por fin—. Tú quieres lo que crees que perdiste.

Y yo no quiero ser la herida que vengas a lamer.

Demon apretó los labios. La mandíbula.

El corazón, probablemente.

—Yo no quiero lo que perdí —dijo—. Quiero lo que todavía está aquí delante de mí, aferrándose a mi chaqueta como si le costara respirar sin mí.

Y sé que duele.

Sé que lo que sientes por mí te aterra.

Pero no te atrevas a decir que no es real.

Me eché un paso atrás.

Porque todo eso era demasiado.

Demasiado cierto.

Demasiado cerca.

Demasiado él.

—Demon…

—Mírame y dime que no sientes nada —interrumpió.

Su voz era baja, casi ronca.

—Hazlo. Dímelo ahora. Aquí.

No pude.

Dios. No pude.

Mis labios se abrieron.

Pero el sonido no salió.

Me odié por no poder decirlo.

Me odié por seguir temblando cuando él estaba tan cerca.

Me odié por sentir tanto. Por él. Por todo.

—No tienes idea de lo que siento —susurré, finalmente.

—Entonces dímelo.

Negué con la cabeza.

Un gesto infantil.

Instintivo.

—Porque si lo digo… —respiré hondo—, si lo digo, no voy a poder dejar de sentirlo.

Y no sé si voy a sobrevivir a eso.

Él me miró como si esa frase le hubiera abierto el pecho.

—Sobrevivimos juntos, entonces —dijo.

Y no supe si quería golpearlo o besarlo.

Me aparté un paso más. Esta vez sin temblar.

No porque ya no doliera.

Sino porque el dolor se había vuelto conocido.

Casi cómodo.

—No me pidas que lo diga, Demon. Porque tú puedes sobrevivir con esta certeza. Yo no.

Se quedó mirándome.

Esa mirada que parecía esculpirme con la culpa.

Como si todo su cuerpo dijera "quédate" mientras su orgullo susurraba "no te necesito".

—¿Sabes lo que más me rompe de todo esto? —dije, con la voz baja, pero firme—.

No es lo que hiciste.

Es lo que esperabas que hicieras.

—¿Qué esperas que haga, Elsa? ¿Qué me arrodille?

—No.

Espero que luches.

Me di la vuelta y fui hacia la puerta.

No porque quisiera huir.

Porque necesitaba distancia para no romperme ahí mismo.

—No puedes exigirme algo que tú tampoco hiciste —añadí sin girarme—. No puedes pedirme que te ame sin reservas cuando tú, al primer momento incómodo, le diste tu boca a otra.

—No le di nada.

—¿No? ¿Y yo qué soy? ¿Tu castigo? ¿Tu redención? ¿Tu trofeo por sentirte culpable?

Demon no respondió.

Avancé un paso más.

—No voy a hacer esto a medias.

No voy a mendigarte amor, ni a construir algo con piezas rotas.

Si vas a estar conmigo… vas a tener que ser mejor que esto.

Su respiración era lo único que escuchaba detrás de mí.

No pasos.

No excusas.

Silencio.

Me giré.

Lo miré una última vez.

—No necesito tiempo, Demon.

No necesito pensar.

Él frunció el ceño, confundido.

—¿Entonces qué necesitas?

—Necesito pruebas.

Pruebas de que no soy una idea en tu cabeza.

De que no soy solo la mujer que no te tuvo cuando quiso, y ahora te obsesiona.

Pruebas de que me ves.

No como trofeo.

No como escape.

Como persona.

Su expresión se quebró por un segundo.

Solo uno.

Pero fue suficiente para que me doliera en sitios donde ni siquiera sabía que podía doler.

—Así que eso es lo que voy a hacer —concluí—. Voy a salir por esa puerta.

Y tú… tú vas a tener que decidir si solo me querías en tu cama.

O si vas a luchar por tenerme en tu vida.

Le sostuve la mirada.

Y, sin pedir permiso, abrí la puerta.

—Te odio —susurré.

Más para mí que para él.

Y salí.

Con su chaqueta.

Con su olor.

Con todo el puto peso de haber dicho la verdad.

Y me detuve en seco.

Claro.

Era mi habitación.

Volví a entrar.

Demon seguía de pie en el mismo sitio, mirándome con esa expresión entre confusión, incredulidad… y un brillo de "te lo dije" que me dieron ganas de apagarle con una almohada en la cara.

—No digas nada —le advertí.

—No he dicho nada —contestó, pero tenía esa sonrisa.

Esa maldita sonrisa.

—Pero lo estabas pensando.

—Tampoco.

—Demon…

—Solo estaba admirando tu lógica, Vinter. Primero me echas. Luego te vas. Y luego vuelves…

Rodé los ojos con fuerza.

—Si alguien se tiene que ir, eres tú. Este cuarto es mío. Mi espacio. Mi drama.

—Técnicamente, el hotel es mío.

Lo miré.

Él me miró.

Y, sin aviso, los dos estallamos en risa.

Primero baja.

Luego cada vez más fuerte.

Una risa rota, torpe, de esas que solo te salen cuando no sabes si quieres llorar o lanzarte al vacío.

—Esto es ridículo —dije, limpiándome una lágrima del ojo, aunque no sabía si era de risa o de todo lo anterior.

—Sí —contestó él, avanzando con calma—. Pero tú me gustas incluso cuando estás ridícula.

Demon se detuvo frente a mí.

Levantó la mano y me apartó un mechón de la cara con una ternura que me desarmó más que cualquier grito.

—Hasta luego, General Caos.

—¿Perdón?

—Nuevo apodo —dijo, y luego me besó la frente—. Por razones evidentes.

Una caricia en la mejilla.

Y se alejó.

Despacio.

Como si no quisiera romper el hechizo.

Lo vi salir.

Y esta vez, no lo detuve.

Pero tampoco cerré la puerta del todo.

∞∞∞

Apenas habían pasado dos minutos desde que Demon cerró la puerta cuando escuché el golpe.

Uno.

Abrí con cautela, aún con el corazón latiendo raro por todo lo anterior.

Y ahí estaba Lancelot.

Impecable.

Traje negro entallado, camisa blanca sin una sola arruga, zapatos que parecían recién lustrados y ese maldito porte suyo de "hombre que controla todo menos lo que de verdad importa". Alto, fuerte, moreno. El tipo de hombre que entra en una sala y el aire se comporta distinto.

Sostenía una caja en una mano y un café en la otra.

—Ayer tenías más ropa puesta —dijo con una media sonrisa, los ojos paseando por mi camisa. Suya.

—Buenos días para ti también —respondí, sin ganas de sonrojarme a estas alturas.

El perro, un mastodonte peludo con nombre de gladiador que me había robado el corazón, se adelantó y se acomodó a mis pies como si hubiera vivido ahí toda la vida.

—Te traje esto. El vestido que mi perro arruinó con su entusiasmo. Mis disculpas, en nombre de su falta de modales.

—Gracias. Por eso. Por todo.

La caja era bonita.

Cinta azul.

Envoltorio perfecto.

Como todo lo que hacía Lancelot.

Me hice a un lado y él entró, como había hecho la noche anterior.

Sin pedir permiso.

Sin preguntar nada.

Pasamos la tarde comiendo, bebiendo vino caro que había traído de Francia "por si acaso" y hablando de todo y de nada.

Él en el sillón.

Yo en el suelo, con la manta y el perro como almohada.

Como antes.

Como siempre.

Como cuando mi mundo se derrumbó y solo él supo sostenerlo en silencio.

No hubo besos.

No hubo caricias.

Solo dos personas que compartían heridas.

Y un poco de paz.

—Me voy en una hora —dijo, acomodando el reloj en su muñeca con gesto mecánico—. Nueva York me necesita. O eso dice mi secretaria. Aunque es probable que solo quiera verme sufrir.

—Podrías quedarte.

—Podrías venir conmigo.

Lo miré.

Él no lo dijo en serio.

No del todo.

Pero también lo dijo en serio.

Lo suficiente como para que supiera que, si decía que sí, no haría más preguntas.

Suspiré.

—Gracias. Pero no.

—¿Segura?

—Sí. Esta vez… me quedo a luchar.

Lancelot me observó un momento más. Luego asintió.

—Lo sabía. Por eso traje el vestido. Para que lucharas con tu armadura puesta.

Me reí bajito.

—¿Aparecerás también la próxima vez que mi vida se desmorone?

—Siempre. Y traeré café.

Nos abrazamos en silencio.

Y cuando se fue, el lugar no se sintió más vacío.

Se sintió… más claro.

Capítulo 11

No pedí que se quedara

Elsa

A veces me pregunto por qué hago listas.

Listas para la maleta, listas para los vuelos, listas para no perder el control.

Y, sin embargo, ahí estaba.

Caminando por el aeropuerto como una ejecutiva apuñalada por la puntualidad.

Tirando de una maleta que pesaba como mi dignidad.

—¿Sabes que estás haciendo ruido con los dientes? —preguntó Kiran a mi lado, ajustándose sus gafas de sol de marca como si no estuviéramos en interiores.

—Estoy masticando rabia —contesté.

—¿Rabia contra el tráfico? ¿Contra el reloj? ¿O contra cierto demonio que te besó la frente de madrugada?

Lo miré. Solo un segundo.

—No.

—Oh, Elsa… eso no es un no válido —canturreó, casi flotando mientras avanzábamos hacia la puerta de embarque—. Eso es un no que lleva etiqueta de vino caro y trauma emocional embotellado.

—¿Por qué viniste conmigo, exactamente?

—Porque soy tu asistente, tu brújula moral, tu sombra de alta costura… y porque me niego a dejar que vueles sola después de haber salido de una habitación de hotel con la chaqueta de Demon encima.

Literalmente. Encima.

Rodé los ojos.

No porque no tuviera razón.

Sino porque la tenía demasiado.

—No pasó nada —mentí.

Y lo dije con esa frialdad escandinava que mi abuela siempre admiró.

—No necesito que pasara nada —dijo, examinando sus uñas perfectas—. Me basta con saber que algo casi pasa. Y que tú lo detuviste. Y que él te miró como si hubieras arrancado su alma con las manos. Y que tú…

—Kiran.

—¿Sí?

—¿Puedes… no?

—Jamás.

Obviamente.

En el avión, me dejé caer en el asiento de ventanilla como si fuera una trinchera.

Kiran se puso la mascarilla hidratante de labios, se tapó los ojos con un antifaz de seda y dijo: "despiértame si muere alguien interesante".

Yo solo quería dormir.

Pero claro que no dormí.

No con la imagen de Demon caminando hacia la puerta como si dejarme fuera lo último que quería hacer.

No con el recuerdo de sus dedos acariciando mi mejilla como si yo fuera frágil.

No con ese maldito apodo flotando en mi cabeza como una marca nueva en la piel: General Caos.

Dormité treinta y cinco minutos.

Soñé que Olivia me ofrecía una copa en la fiesta de mi abuela y yo la arrojaba por la ventana.

Lástima que no pudiera despertarme en medio del aplauso.

Cuando aterrizamos, el coche negro estaba ahí.

Como siempre.

Puntual. Silencioso. Frío.

Tenía el logo familiar en una placa sobria en el lateral, y el chófer bajó sin hablar, sin mirarme, sin sonreír.

Todo muy Vinter.

Me subí sin esperar a que me abrieran la puerta. Antes de ir a mi apartamento, dejé a Kiran en su hotel.

No era un cinco estrellas, pero sí lo bastante elegante como para tener sábanas blancas de verdad y un conserje que hablaba cinco idiomas con acento francés impostado.

Kiran no era rico.

Pero yo sí.

Y cada vez que viajábamos juntos, todos sus gastos iban por mi cuenta.

Porque podía.

Porque quería.

Y porque nadie debería tener que renunciar a una mascarilla de oro coloidal solo por no haber nacido en una familia disfuncional millonaria.

Me miró desde la acera con su expresión de "te llamo en diez minutos para pedirte fotos del vestido".

Le cerré la puerta en la cara con una sonrisa.

Miré por la ventanilla mientras el coche avanzaba entre calles que conocía demasiado.

Y me preparé para hacer lo que mejor sabía hacer:

Ponerme el vestido.

Sonreír con educación.

Y fingir que la abuela no era un campo minado con joyas.

Mi apartamento en Estocolmo estaba tan silencioso como siempre.

Impecable. Frío. Funcional.

Como yo.

Dejé la maleta sin abrir en el suelo y caminé descalza sobre el mármol helado hasta el vestidor.

Abrí las puertas dobles con ese gesto automático de quien se prepara para una ejecución pública.

La fiesta era en tres horas.

Una eternidad si fueras otra persona.

Un suspiro si eras una Vinter.

La abuela había insistido.

"Querida, no puedes faltar. Será una noche especial para la familia."

Traducción: un desfile de esposos potenciales cuidadosamente seleccionados por sus apellidos, sus acciones en bolsa y la cantidad de generaciones escandinavas que podían recitar de memoria.

Pobres.

No sabían que yo prefería morir a casarme con uno de esos.

De hecho, prefería morir a casarme.

Punto.

Me senté en el banco del vestidor y contemplé las opciones como si fuera una batalla medieval, y cada vestido, una espada distinta.

Tenía que parecer perfecta.

Inevitable.

Inalcanzable.

Pero no feliz.

Jamás feliz.

Una mujer feliz empieza a parecer manejable.

Una mujer inexpresiva es un problema más difícil de negociar.

Elegí uno rojo oscuro, largo, con escote justo donde molestaba sin escandalizar.

Y espalda descubierta.

Por joder.

Al fin y al cabo, si iba a ser un espectáculo, al menos que la gente recordara el incendio.

Me vestí en silencio.

Maquillaje ligero.

Peinado como si no me importara, aunque cada hebra de cabello estaba exactamente donde debía.

Miré mi reflejo.

No vi emoción.

No vi ilusión.

Vi a la nieta perfecta, la heredera, el trofeo pulido a golpe de internados, chantajes emocionales y silencios estratégicos.

Vi a la mujer que la abuela había criado para conquistar salones.

Y que ella nunca podría controlar del todo.

Respiré hondo.

Y salí.

El coche esperaba afuera como una sentencia, y me llevó a lo que iban a ser unas horas de tortura.

Eso sí, el salón de fiestas era exactamente lo que esperaba.

Demasiado grande, demasiado blanco, demasiado caro.

Paredes altas, flores perfectamente dispuestas en jarrones de cristal que costaban más que mi primer coche, y una orquesta de cuerdas sonando como si la aristocracia europea siguiera viva y con ganas de tortura.

Sonreí.

Una vez.

Dos.

Trece veces en los primeros diez minutos.

Asentí a comentarios banales.

Reí ante chistes de hombres que se creían encantadores por saber usar cubiertos múltiples.

Recibí cumplidos vacíos y miradas largas.

La misma sinfonía cada año.

Y yo, como siempre, el violín desafinado que no encajaba.

Después de media hora, estaba lista para cometer un asesinato.

Nada grande. Uno simbólico.

Tal vez empujar a un primo lejano por las escaleras o volcar una copa sobre el heredero de alguna empresa farmacéutica.

Y entonces la vi.

La abuela.

Elisabeth Vinter.

Impecable. Perfecta. Radiante, como si la hubieran sacado de una pintura al óleo y le hubieran dado alma solo para juzgar a los

demás.

Sonreía.

De oreja a oreja.

Feliz como no la veía desde que desheredó a mi tía Astrid por haberse casado con un dentista.

Oh, no.

La reconocí enseguida. Esa expresión.

Esa maldita chispa en los ojos.

Esa anticipación de quien está a punto de colocar la última pieza del rompecabezas.

—Elsa, querida —dijo, tomando mi brazo como si aún tuviera cinco años—. Quiero presentarte a alguien muy especial.

Perfecto.

Otro pretendiente.

Otro nombre compuesto.

Otra conversación sobre linajes y campos de golf.

—Abuela —susurré, sin mucha energía—. Si es el príncipe de Liechtenstein, dímelo ahora. Así escapo antes de que termine la fanfarria.

Ella no me escuchó.

O decidió no hacerlo.

—Es encantador. Inteligente. Un hombre con visión, con carácter. Un verdadero éxito en los negocios —siguió, mientras me arrastraba entre la multitud con la fuerza de un huracán en Chanel.

Preferiría al mismo diablo, pensé.

Y en ese momento lo vi.

Traje oscuro.

Camisa abierta con elegancia.

Barba perfectamente controlada.

Y esos ojos que sabían exactamente en qué parte de mí aún ardía el incendio.

—Elsa —dijo mi abuela, con esa teatralidad que reservaba para las bodas y las humillaciones públicas—, este es Nathaniel Rourke, fundador y CEO de la cadena Veridian Hotels International.

Nathaniel.

Nate.

Demon.

Claro.

El australiano.

El maldito dueño de un imperio hotelero que casualmente tiene otro nombre y otra vida cuando le apetece.

—Encantado —dijo él, tomando mi mano con una sonrisa que habría hecho a la Reina de Inglaterra derretirse en su asiento—. He oído muchas cosas sobre usted, señora Vinter. Todas elogiosas. Aunque quizá no tan elocuentes como las historias que la rodean.

La abuela rio.

Rio.

Como si alguien acabara de leerle un poema de amor escrito en diamantes.

—Qué encantador —dijo ella, dándole un golpecito en el brazo—. ¿Y tan joven para haber logrado tanto? Es admirable. Un verdadero caballero.

Demon inclinó la cabeza con esa mezcla de humildad y carisma que solo usan los hombres que saben exactamente lo que valen.

—No tanto caballero como agradecido. Su nieta es... inolvidable.

Mi abuela suspiró, satisfecha.

Como si acabara de recibir un ramo de logros y pedigree envueltos en sonrisa blanca y acento australiano.

—Los dejo conversar —anunció, tocando mi brazo como quien entrega un secreto delicado—. Pero no demasiado. Todos querrán conocer a Nathaniel. No lo acapares, querida.

Y se fue.

La sonrisa de Demon… se quedó.

Un segundo.

Dos.

Y luego cambió.

Ya no era la sonrisa del caballero.

Era la del pecador con planes.

—Así que ahora soy Nathaniel —dijo, acercándose apenas, su voz en ese tono grave que sabía usar como un arma blanca—. Podrás gritarlo esta noche si te portas bien.

Me quedé quieta.

No parpadeé.

Porque no sabía si golpearlo o llevarlo directo a una habitación oscura y encerrarme con él hasta perder el apellido.

Me incliné un poco hacia él. Solo lo suficiente para que su sonrisa se congelara.

—O puedo hacerte gritar mi nombre —susurré—, implorando que no te mate si no me dices cómo sabías que iba a estar aquí esta noche.

Su sonrisa volvió. Más lenta. Más peligrosa.

—Kiran —respondió, encogiéndose de hombros con descaro —. ¿Quién más? Pero fue Lukas quien hizo de las suyas para conseguirme una invitación.

—¿Por qué? —pregunté, aunque ya lo temía.

—Porque me lo pediste. ¿Lo recuerdas? Querías pruebas.

Dio un paso más. No rozó mi piel, pero sentí su calor.

—Estoy listo para dártelas. Todas. Quiero tenerte en mi cama, sí. Pero también en mi vida. ¿Para siempre? Tal vez.

Se inclinó apenas, y su voz bajó una octava.

—Pero no creo en la vida después de esta. Así que tendrás que soportarme en esta. Cada maldito día.

No lo esperaba.

No esperaba que se quedara.

Pensé que diría su frase, haría su entrada de estrella invitada, y desaparecería como siempre.

Pero no.

Demon, Nathaniel, maldita sea, se quedó a mi lado.

No pegado, no incómodo.

Solo lo justo. Como si supiera exactamente cuánta presencia podía soportar sin lanzarle una copa en la cara.

Me ofreció una copa sin preguntarme si quería una.

—Champán francés. El bueno. Me aseguré de que lo trajeran solo para ti.

—¿Quieres puntos por soborno o por eficiencia?

—Ambos —respondió con una media sonrisa—. Me adapto rápido al sistema Vinter.

Fue él quien me salvó del banquero suizo que hablaba de inteligencia artificial como si acabara de inventarla.

Fue él quien interrumpió con encanto la conversación con una prima lejana que parecía haber memorizado todas las preguntas que más odio responder.

Y fue él quien, sin tocarme una sola vez, hizo que me sintiera protegida.

Detesté lo mucho que lo aprecié.

—¿Me concede este baile, señorita Vinter?

Su mano se extendió, abierta. Segura.

Había algo irónico en eso. En el hombre más peligroso que conocía pidiéndome permiso como si fuera una dama de época.

—¿Vas a usar tu segundo nombre también? ¿O seguimos fingiendo solo con el primero?

—Podría darte otro si quieres —murmuró—. Uno que solo tú conozcas. Pero no deberíamos discutirlo en público. Podría meterte en problemas.

—¿Con mi familia?

—No —dijo, con los ojos entrecerrados mientras me guiaba a la pista—. Con tu autocontrol.

Nos colocamos entre las parejas, perfectamente sincronizados.

Yo, con el vestido rojo.

Él, en su traje oscuro.

Éramos una pintura.

El tipo de imagen que mi abuela habría enmarcado.

Los primeros compases comenzaron. Él me sostuvo con una mano en la cintura, la otra firme sobre la mía.

No dijo nada durante los primeros segundos.

Solo me miró. Y sonrió.

Después, claro, abrió la boca.

—Quiero que sepas que, cuando te vi entrar, supe que estaba jodido.

—¿Por mi belleza abrasadora o por la amenaza implícita de que podría apuñalarte con una copa?

—Ambas —rio, bajo, muy cerca—. Pero sobre todo por cómo caminas. Como si este lugar fuera tuyo y te diera asco tener que compartirlo.

—Qué romántico.

—Lo soy. Pero no lo parezco. Por eso voy a explicarte, con todo detalle, lo que quiero hacerte esta noche.

Mi mano se tensó en la suya.

Pero no lo solté.

—Demon…

—Shh. Baila.

Mi espalda rozó la suya al girar.

El ritmo era lento. Elegante.

Aparentemente inocente.

Su boca bajó hacia mi oído.

—Quiero deshacer ese vestido con los dientes.

Tragué saliva.

—Quiero verte encima de mi escritorio, de espaldas a la ciudad. Quiero escuchar cómo intentas no gritar mientras te recuerdo por qué nadie más tiene una oportunidad contigo.

La música seguía.

Y nuestros pies también.

—Y lo peor —añadió, justo cuando el giro final nos acercó aún más—, es que ahora mismo estoy pensando en arrastrarte fuera de este salón y quitarte ese vestido sin romperlo… Solo para que tengas que volver a ponértelo mañana y recordar cada marca que te dejé debajo.

Me detuve.

Solo por un segundo.

Solo lo suficiente para que él notara que había ganado.

—¿Qué pasa, General Caos?

—Que me estás tentando a incendiar el salón solo para que no hables más.

—¿Y te tienta un poco?

—Me tienta todo tú —dije, sin pensar.

Nuestros ojos se cruzaron.

Y en ese instante… no había fiesta.

No había abuela.

No había mundo.

Solo él.

Solo yo.

Solo eso que no habíamos definido y que ya estaba fuera de control.

La canción terminó.

Él se inclinó y me besó la mano.

—Gracias por el baile.

Y se alejó.

Como si no hubiera soltado una bomba.

Como si no acabara de arruinarme la capacidad de pensar por el resto de la noche.

La fiesta terminó como siempre terminan las cosas en mi familia: con un brindis forzado, promesas vacías, y la abuela declarando que ha sido un éxito mientras hace una lista mental de a quién eliminar de futuras invitaciones.

Me escabullí sin despedirme.

No por descortesía.

Por instinto de supervivencia.

El aire frío de Estocolmo me golpeó al salir.

La brisa de primavera intentaba parecer romántica, pero solo me revolvía el cabello y me recordaba lo incómodo que eran los tacones en adoquines.

Me acerqué al coche.

Y lo vi.

Apoyado en un poste.

Ni un cabello fuera del lugar.

Manos en los bolsillos.

Mirándome como si no acabáramos de bailar una canción que casi nos rompe.

—¿Estás acosándome? —pregunté sin frenar el paso.

—Esperaba a ver si pedías el zapato —respondió él con esa sonrisa suya—. Tipo Cenicienta, pero con menos pájaros cantando y más drama.

Me detuve justo frente a él.

Levanté la ceja.

—Nunca pierdo zapatos, Rourke.

—Ah, ¿no?

—No. Suelen terminar clavados en los ojos de los que me molestan.

Él se rio.

Auténtico. Sincero.

Como si acabara de recordar por qué me deseaba tanto.

—Entonces no pienso molestarte… —dijo, acercándose un centímetro—. Pero si me dejas, puedo ayudarte a quitártelos.

—¿Te das cuenta de que cada cosa que dices es potencialmente ilegal en al menos tres países?

—¿Solo tres? Estoy perdiendo el toque.

Me crucé de brazos, sin poder evitar la sonrisa que se me escapaba por los labios.

—¿Por qué estás aquí, Demon?

—Para asegurarme de que no huyes.

—¿De ti?

—De ti misma.

Y maldita sea.

Otra vez.

Otra frase que me obligaba a mirar hacia adentro cuando solo quería cerrar la puerta.

Me acerqué al coche.

Él abrió la puerta por mí.

—Gentleman hasta el final —dije, entrando.

—Solo contigo, General Caos.

—Cállate —susurré.

—Sí, mi reina de hielo.

Cerró la puerta.

Y por una vez, no deseé que se fuera.

∞∞∞

Me desperté con los zapatos puestos.

No recuerdo haberme acostado así.

Tampoco recuerdo haberme desmaquillado.

Pero ahí estaba, en mi cama de sábanas blancas perfectas, con los tacones rojos sobre la colcha como si estuviera lista para salir otra vez a conquistar o destruir el mundo.

Me los quité y los lancé sin mirar.

Uno chocó con una pared.

El otro, contra algo que sonó caro.

No me importó.

Crucé el pasillo descalza, con el vestido desabrochado hasta la mitad de la espalda.

No había nadie que me viera.

Nadie que pudiera opinar.

Y todavía no había tomado café.

Justo cuando mi dedo rozó la cafetera, el teléfono sonó.

Lo ignoré.

Volvió a sonar.

Suspiré.

—Si no estás muerto o multimillonario, te cuelgo —contesté.

—Ambas cosas, cariño. Estoy vivo... y a punto de subirme a un jet con más champán que sentido común —dijo Kiran, radiante como si ya hubiera tomado tres cafés.

—¿Dónde vas?

—A Sídney. Inspección adelantada en el hotel principal de Él-que-tiene-demasiados-nombres, ya sabes. Demon quiere que todo esté listo antes de la fase dos de integración. Y yo, como buena empleada, obedezco mientras cobro indecentemente bien.

—Pensé que habíamos terminado ese trabajo.

—Sí, pero tú también dijiste que ibas a aceptar la oferta de trabajar con él.

Me quedé en silencio.

—Lo dije en voz alta, ¿verdad?

—Y con cara de "voy a hacerlo mientras finjo que no me importa". Lo cual es, por cierto, tu marca registrada.

Me senté en la encimera.

El café seguía sin hacerse.

Mi cerebro, tampoco.

—Kiran, no tengo ropa limpia, no tengo maleta hecha y mi alma sigue intentando huir de mi cuerpo.

—Te reorganicé el vuelo. Saldrás en dos horas. Te envié los detalles. Y antes de que protestes: no puedes dejar esto a medias. ¿Quién va a evaluar estándares si no tú? ¿Yo? Por favor. Yo solo decoro el caos.

—¿Y mi apartamento?

—Ya pedí limpieza profunda, repuse tu sérum de noche y cancelé las flores muertas del salón. Agradece después.

—¿Y mis bragas?

—Las negras de encaje van con todo. ¡Muévete!

Colgó antes de que pudiera insultarlo.

Una hora después, vestida de negro con gafas de sol gigantes, entré al aeropuerto como una viuda rusa con demasiadas cuentas en Suiza.

La maleta era pequeña.

Mi paciencia, más.

Busqué el mostrador que aparecía en el correo que me envió Kiran.

Terminal 2, vuelo 7K-D27.

Nada.

Ni pantalla, ni cartel.

Ni mostrador.

Como si el vuelo no existiera.

Fruncí el ceño.

Abrí el correo.

Verifiqué el número tres veces.

¿Me estaba gastando una broma? ¿Me mandó al aeropuerto equivocado? ¿Era esto su venganza por no dejarle robar la mitad de

mi armario?

—Disculpe —dije a un empleado que pasaba con una tablet—. Estoy buscando este vuelo, pero no aparece en ninguna parte.

Él miró la información. Luego me miró a mí.

Y sonrió.

—Ah, claro. Usted tiene que dirigirse al área de vuelos privados, señorita Vinter.

—¿Vuelos privados?

Asintió.

—Justo por esa puerta. Le están esperando.

Lo primero que pensé fue que, si alguien osaba ofrecerme un café instantáneo, moriría alguien inocente.

Lo segundo, fue que el silencio del área de vuelos privados tenía algo personal.

Como si supiera que no me apetecía ni viajar, ni trabajar, ni fingir que no me importaba lo de anoche.

Pero me importaba.

Demasiado.

Lo odiaba por ello.

Me odiaba más.

Porque cuando me quedé sola en mi apartamento, con la cara aún caliente por su susurro durante el baile, no pedí que se quedara.

No dije sube.

No dije quédate.

Ni siquiera un mísero ¿te vas ya?

Solo cerré la puerta como una imbécil.

Y pasé media noche deseando que él no la hubiera cerrado del todo.

Ahora estaba aquí.

Jet privado.

Pista despejada.

Zapatos de tacón innecesarios.

Gafas de sol excesivas.

Y mi humor, en modo apocalipsis silencioso.

Subí al avión.

No porque quisiera.

Porque el trabajo me obligaba.

Y porque Kiran tenía la molesta costumbre de tener razón cuando organizaba mi agenda.

No esperaba verlo.

Pero ahí estaba.

Demon.

Camisa blanca, remangada hasta los codos.

Piernas cruzadas.

Sonrisa de un millón de dólares.

Y, por supuesto, un café esperándome en la mesita junto a él.

De los buenos.

Italiano.

Con espuma perfecta.

Taza de porcelana a.

¿Enemigo o alma gemela?

No lo sé.

Solo sé que mi cuerpo se movió antes que mi cerebro.

Sin decir nada.

Sin pensarlo.

Sin darle tiempo a reaccionar.

Caminé hasta él.

Dejé caer mi bolso.

Me incliné.

Y lo besé.

Fuerte.

Solo porque sí.

Porque lo deseaba.

Porque lo odiaba.

Porque no tenía café aún y su maldita boca estaba justo ahí.

El beso no fue dulce.

Fue una advertencia.

Un castigo.

Un grito sin palabras.

Y él… él solo se dejó hacer.

Hasta que, claro, lo hizo suyo.

Su mano subió por mi nuca, enredándose en mi cabello.

Sus labios respondieron, calientes, duros, desesperados.

Como si hubiera estado esperando exactamente eso desde la última vez que no me atreví a pedirlo.

Me separé un segundo después, sin darle explicación.

—Hola —dije, sin aliento, sentándome frente a él como si nada hubiera pasado.

—Hola —respondió, y esa maldita sonrisa suya se amplió aún más—. ¿Café?

—No si me lo disté con veneno —espeté, alzando la taza.

—Solo un poco. Para equilibrar el azúcar.

Rodé los ojos.

Él me miraba como si acabara de ganar algo.

Y tal vez lo había hecho.

Solo que no sabía cuánto iba a costarle esa victoria.

Capítulo 12

Si fueras mía

Elsa

—Te ves menos homicida después del café —comentó Demon, girando la taza entre los dedos como si fuera una copa de vino.

—No confundas "menos homicida" con "ligeramente sedada por la cafeína" —respondí, cruzando las piernas con elegancia felina y cero paciencia.

Él sonrió, satisfecho. Como si cada palabra mía fuera una validación personal de que aún tenía poder sobre mí.

—¿Sabes qué es lo mejor de volar contigo?

—¿Que no hay ventanas por las que pueda escapar?

—Que, aunque quieras matarme, me dejas hablar antes.

—Error estratégico de mi parte. Pero continúa.

Se acomodó en su asiento, camisa blanca arremangada, reloj caro que no necesitaba, y esa actitud de CEO travieso al que le han dicho "no" demasiadas pocas veces.

—He comprado un nuevo hotel para la cadena. Un edificio antiguo, con historia, con carácter… y una ubicación de ensueño. No lo he visto todavía, y aprovecharé esta oportunidad...

—¿Lo compraste sin verlo?

—Sí —admitió, sin el menor rastro de vergüenza—. Pero lo estudié. Planos, informes, fotos. Confío en mis instintos.

Levanté una ceja, sin disimulo.

—¿Tus instintos o tu ego?

—Mis instintos tienen muy buena relación con mi ego, gracias por preguntar.

—Y supongo que ahora viene mi parte.

—Exacto. Quiero que lo evalúes. Que lo recorras. Que lo destruyas si hace falta.

—¿Eso fue literal o una metáfora para lo que quieres que te haga en una habitación con buena acústica?

Soltó una carcajada, baja, lenta.

—¿Puedo decir ambas?

—No.

—Entonces es literal. Por ahora.

Rodé los ojos y miré por la ventana. Todo nubes y cielo. Ningún indicio del destino.

—¿Dónde está?

—Sorpresa.

—Odio las sorpresas.

—Lo sé. Por eso me encantan.

Me giré de nuevo hacia él.

—¿Estamos yendo a Australia?

—Hmm.

—Eso no es una respuesta.

—Es un sonido. Técnicamente.

Antes de que pudiera responder con algo filoso, la azafata se acercó con una sonrisa profesional.

—Señor Rourke, señorita Vinter, en quince minutos comenzaremos el descenso. Por favor, asegúrense de tener los cinturones abrochados.

Demon asintió sin dejar de mirarme.

Y yo… fruncí el ceño.

—¿Quince minutos?

—Ajá.

—¿Desde Estocolmo?

—Ajá.

—Demon…

—Sí, cielo.

—¿Dónde demonios estamos aterrizando?

Me guiñó un ojo.

Y esa fue toda la respuesta que obtuve.

La escalerilla se desplegó con suavidad. El calor subió desde la pista como una bofetada lenta, envolviéndome los tobillos antes de llegar al resto del cuerpo. Bajé tras Demon, el sonido de mis tacones amortiguado por el rugido del motor que aún no se apagaba del todo.

Y entonces lo vi.

El letrero del pequeño edificio de recepción. Letras en griego. Paisaje árido. Montañas al fondo.

Y ese cielo azul intenso que solo había visto en un lugar del mundo.

Grecia.

Demon caminaba delante de mí, chaqueta al brazo, reloj brillando al sol y una expresión tan relajada que me dieron ganas de empujarlo frente al coche que nos esperaba.

No dije nada.

Porque no pasaba nada.

Grecia era grande. Caótica. Fragmentada.

Y la última vez que supe de él, estaba en Australia, probablemente persiguiendo alguna falda en Bali, Sídney o alguna isla donde el respeto propio va de vacaciones.

—¿Me vas a gritar ya o prefieres reservarlo para la habitación? —preguntó Demon sin girarse.

—Estoy considerando el asesinato como opción más eficiente.

—Siempre tan directa. Parte de tu encanto letal.

El coche negro que nos esperaba era, obviamente, de lujo. El conductor bajó y abrió la puerta trasera sin decir una palabra. Demon me dejó entrar primero, como todo caballero bien entrenado, y se acomodó a mi lado con ese aire de "sé exactamente lo que estoy haciendo".

Lo odiaba un poco.

O mucho.

Depende de la luz.

El trayecto fue breve. Unos veinte minutos de silencio elegante, solo interrumpido por un par de mensajes de Kiran y una playlist en griego que alguien pensó que sería buena idea para turistas.

No comenté nada.

Demon tampoco.

Cuando llegamos al hotel, lo reconocí por la fachada que había estudiado en las fotos que me envió Kiran. De noche debía ser precioso. De día, aún en obras menores, tenía algo especial. Elegancia clásica, con un toque decadente. Como una promesa que aún no se cumplía.

Nos recibió un gerente nervioso, con acento británico forzado y una sonrisa tan falsa como las flores del lobby.

—Bienvenidos, señor Rourke, señorita Vinter. Su suite está lista. La presidencial, por supuesto.

—Gracias —respondí, sin sorpresa. Esperaba lo mejor. Exigía lo mejor.

—Que no te engañe el título —comentó Demon mientras esperábamos el ascensor—. La presidencial no es por estatus. Es porque es la única que tiene jacuzzi con vistas al mar y alfombra con tacto de pecado.

Lo miré de reojo.

—¿Insinúas que la alfombra me va a convencer de perdonarte?

—No. Solo digo que, si decides no matarme esta noche, podríamos ver qué tan buena acústica tiene la habitación.

Levanté una ceja sin dignarme a responder.

Él sonrió como si ya fuera una victoria.

La suite era enorme. Ventanales de pared a pared, vistas al mar, muebles blancos con detalles en dorado, y una cama tan ridículamente grande que parecía diseñada para emperadores indecisos.

—Espero que sea suficiente —dijo el gerente, todavía nervioso.

—Veremos —respondí, ya sacando el móvil para tomar notas mentales.

—¿Desean algo más?

—Privacidad —dijo Demon, con una sonrisa impecable.

Cuando nos quedamos solos, dejé el bolso sobre una chaise longue cerca de la ventana y crucé los brazos.

—¿No vas a decir que eres el dueño?

—¿Y arruinar el espectáculo? Ni loco. Me encanta cuando fingen que no saben quién soy. Me hace sentir como Clark Kent.

—Te falta el pudor y el traje.

—Pero tengo gafas de sol y un nombre ridículamente reconocible. Lo compensa.

—¿Y esta visita es profesional o va a incluir más frases como acústica y pecado?

Se encogió de hombros, aun sonriendo.

—Eso depende de ti, señorita Vinter. Yo solo sigo órdenes... cuando vienen en ese tono de voz.

No respondí. Me limité a mirarlo.

Ya habíamos aterrizado. Ya estaba en Grecia. Y si tenía que pasar el día en este país, al menos lo haría trabajando.

Cuanto antes acabara, antes podría largarme.

—Quiero hacer la inspección sola —dije, mientras abría mi tablet y empezaba a tomar notas sin mirarlo.

—¿Sola? ¿Sin glamour? ¿Sin la alfombra roja? ¿Y sin mí?

—Especialmente sin ti.

—¿Y si me disfrazo?

—¿De qué? ¿De humildad?

Demon soltó una risa baja, genuina.

—De asistente personal.

Levanté la vista.

—¿Tú? ¿Asistente?

—Estoy entrenado. Puedo cargar tu bolso, sonreír cuando estés insoportable y hasta fingir que anoto cosas importantes mientras en realidad me burlo de todos en mi cabeza.

—Eso último ya lo haces.

—Entonces ya tengo experiencia.

Rodé los ojos.

Pero, en el fondo, sabía que no iba a deshacerme de él tan fácilmente.

—Está bien —cedí con un suspiro teatral—. Pero si me interrumpes, te despido en público y te obligo a servir copas en el bar de la piscina.

—¿Con camisa mojada?

—No des ideas.

Recorrimos el hotel. Pasillo tras pasillo. Planta tras planta.

Demon caminaba medio paso detrás de mí, silencioso, observando, tomando notas cuando se lo pedía. No hacía bromas. No flirteaba. Solo escuchaba.

Y eso, viniendo de él, era la prueba definitiva de que me estaba tomando en serio.

—Esto no es madera original —murmuré, golpeando suavemente la moldura de una puerta—. Es una imitación barata. Y se nota.

—¿Cuánto me va a costar que no se note?

—Menos de lo que te costará que lo publique en la reseña oficial si decides abrir sin arreglarlo.

—Sádica.

—Realista.

En la terraza del restaurante, el sol brillaba con fuerza. El mar resplandecía con reflejos dorados y las mesas estaban dispuestas como si ya esperaran a los primeros huéspedes. Pero el suelo... el suelo estaba mal.

—¿Ves eso? —le señalé la leve inclinación.

—¿La rampa?

—No es una rampa. Es un error de cálculo. Si llueve, el agua se acumulará justo ahí. Y si alguien se resbala…

—Demanda.

—Exacto. Corrígelo antes de que el seguro lo vea.

Demon se cruzó de brazos, apoyado en la baranda, mirándome como si acabara de descubrir que debajo de mis tacones había cuchillas perfectamente afiladas.

—¿Sabes que estás impresionante cuando eres cruel con fines nobles?

—Estoy trabajando.

—Y yo observando algo infinitamente mejor que cualquier plano o informe.

Me giré hacia él, lista para una respuesta cortante, pero me detuve.

Porque no había burla en su rostro.

Ni arrogancia.

Solo ese raro destello de respeto absoluto que muy pocos hombres habían sabido ofrecerme sin miedo.

—Eres buena en esto, Elsa. Muy buena.

—Lo sé.

—No, en serio. Creía que necesitaba una revisión superficial. Estética. Pero tú estás encontrando cosas que ni el arquitecto detectó.

—Porque yo no miro para presumir. Miro para entender.

Él asintió, despacio.

Y por primera vez desde que comenzó esta locura, pensé que tal vez… tal vez este hotel sí podía ser el inicio de algo bueno.

Incluso si Demon seguía siendo parte del paquete.

La inspección terminó con una lista de treinta y siete observaciones, tres amenazas veladas a los contratistas y un comentario de Demon que probablemente iba a pensar esta noche en la ducha.

—Si fueras mía, te dejaría rediseñar el mundo —había dicho mientras tomaba notas, sin levantar la vista. Como si esa frase no tuviera peso. Como si no acabara de descolocarme la respiración.

Cuando volvimos a la suite, ya era mediodía. Me quité los tacones en cuanto entramos.

—¿Pedimos algo de almuerzo? —preguntó Demon, ya camino al minibar.

—No. Prefiero salir a comer fuera.

Él se detuvo a medio abrir la puerta del refrigerador.

—¿Fuera como en el restaurante del hotel o fuera como a diez kilómetros para evitar mi presencia?

—Adivina.

—Adorable —murmuró, cerrando el minibar sin coger nada.

—Pero voy a darme una ducha antes.

Demon sonrió.

Rodé los ojos.

—Eso implica que tú te vayas. Necesito privacidad.

Demon se volvió con lentitud, una ceja arqueada y una sonrisa como cuchilla envuelta en terciopelo.

—Mi habitación también es esta. Técnicamente.

—Técnicamente no estás invitado a ver cómo me quito la ropa.

—Pero podría ayudarte con la ducha —dijo, dando un paso más cerca—. Eficiencia. Sostenibilidad. Ahorro de agua.

No contesté de inmediato.

Porque, honestamente, mi cuerpo gritaba sí.

Sí a sus manos.

Sí a su boca.

Sí a la forma en que me miraba como si fuera lo único importante en la habitación.

Pero mi cerebro…

Mi cerebro todavía recordaba.

Recordaba el dolor. La humillación.

La confusión de verme a mí misma queriendo a alguien que también sabía cómo herirme.

¿Y si todo esto era solo química?

¿Y si me dejaba llevar y él cambiaba de idea mañana?

¿Y si volvía a mirar a otra como me había mirado a mí aquella noche?

¿Y si esta vez no sobrevivía?

Me crucé de brazos, como si eso pudiera detener el debate interno que tenía una guerra civil desatada entre el deseo y el orgullo.

—No —dije por fin, firme—. No ahora.

Él asintió sin enfado.

Sin burla.

Como si entendiera.

—Te espero abajo para almorzar —añadió, antes de girarse hacia la puerta—. Aunque si tardas mucho, pediré postre. Y no prometo que no sea un whisky doble y una lista de tus virtudes para memorizar.

—Hazlo. Así al menos habrá alguien que las recuerde cuando me dé un ataque de cordura.

Demon sonrió mientras salía.

Y yo me quedé ahí, sola.

Frente al espejo.

Con las manos temblando muy levemente.

Porque una parte de mí había querido decir que sí.

Y otra… no estaba segura de poder resistir una segunda vez.

∞∞∞

El restaurante quedaba en una calle estrecha, empedrada, con las sillas torcidas sobre el terreno disparejo y las mesas cubiertas con manteles a cuadros que seguramente habían sobrevivido más de una generación. No había menú en inglés. Ni camareros con uniforme. Solo un hombre con bigote, voz fuerte y una habilidad para ignorar a los turistas que me pareció admirable.

—¿Seguro que aquí? —pregunté, bajándome las gafas de sol para mirarlo.

—La última vez que comí aquí casi lloro. De placer. O porque el tzatziki tenía más ajo que sentido común.

—Inspirador.

Nos sentamos en una mesa al fondo, medio a la sombra, medio al sol, y antes de que pudiera abrir la boca ya teníamos pan caliente, aceite de oliva y un plato de aceitunas negras frente a nosotros.

—¿Has notado que nadie nos ha preguntado qué queremos?

—Es parte del encanto —dijo Demon, rompiendo el pan con las manos—. Comen lo que hay, y si no les gusta, que se jodan.

—Ah, Grecia. Siempre tan sutil.

La comida llegó en oleadas. Pulpo a la brasa. Ensalada con tomate real (no como los de supermercado, que saben a arrepentimiento), queso feta en trozos groseros, y una especie de pastel con espinaca que olía a cielo.

Comimos despacio, entre risas, comentarios ácidos sobre la decoración del lugar y un intento fallido de Demon por explicarme cómo funcionaban los menús secretos de los locales.

—No es un menú —dije—. Es chantaje emocional. Te ponen lo que tienen y si no te lo comes, la abuela griega que cocina se muere un poco por dentro.

—Exacto. Por eso pedí doble. Para que viva una semana más.

Después de comer, caminamos sin rumbo fijo por las calles del pueblo. Las casas blancas con persianas azules, las macetas colgadas en paredes de piedra, los gatos tumbados al sol como dueños del mundo. Había algo relajante en ese caos ordenado.

Entramos a una tienda diminuta, llena de cosas que parecían no pertenecer juntas: libros viejos, joyas hechas a mano, imanes feos, cucharas de madera, y un par de sandalias en oferta que gritaban: soy turista.

Mientras yo hojeaba un cuaderno con cubierta de cuero bordado, Demon desapareció entre las estanterías.

Volvió unos minutos después con una pequeña caja envuelta en papel reciclado y una cinta roja mal hecha.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Algo estúpidamente perfecto para ti.

—Espero que sea una bomba.

—Casi. Ábrelo.

Deshice la cinta con cautela. Dentro, había un anillo muy sencillo de plata oxidada, con un grabado interno en sueco que decía: Jag ser dig.

Te veo.

Me quedé en silencio.

—¿Cómo sabías que…?

—No lo sabía. Lo vi. Lo sentí. Lo elegí. Como tú haces con los hoteles —dijo, encogiéndose de hombros—. Y si no te gusta, puedes dárselo a algún pretendiente aburrido en tu próxima fiesta de compromiso.

No dije nada.

Porque me había gustado.

Más de lo que quería admitir.

—No es caro —añadió él, como si necesitara justificarlo—. Pero es único.

—Como tú —murmuré, antes de darme cuenta.

Él sonrió. Pero esta vez no fue una sonrisa arrogante.

Fue suave. Casi tímida.

Y eso, viniendo de Demon, era una alerta roja para mi corazón.

Dio un paso hacia mí, sin prisa. Sin exigencias.

Y antes de que pudiera decir algo más, me tomó el rostro entre las manos.

No como quien conquista.

Como quien se rinde.

Y me besó.

Un beso lento, silencioso, sin mapa ni promesa.

Uno de esos besos que no necesitan permiso porque nacen en un momento en el que todo, absolutamente todo, está permitido.

Cerré los ojos.

Porque mi cuerpo ya había dicho que sí.

Porque durante unos segundos, olvidé el miedo, el pasado, las palabras que todavía no me atrevía a pronunciar.

Solo sus labios.

Su respiración.

Mi alma saltando al vacío con los ojos vendados.

Cuando se separó, no dijo nada.

No hizo falta.

Volvimos al hotel cuando el sol empezaba a teñir el cielo de dorado. Demon fue directo a la ducha.

Yo me quedé junto a la ventana, revisando correos.

Error.

Entre facturas y reservas, apareció un mensaje sin remitente:

"No importa dónde corras. Sabemos que volviste. Pronto nos veremos."

La misma frase.

Las mismas palabras del primer mensaje.

Tragué saliva.

No lo borré.

No respondí.

Solo lo dejé ahí, como si ignorarlo pudiera quitarle el peso que me había dejado en el pecho.

Cuando Demon salió, camisa blanca nueva, cabello húmedo y esa maldita energía suya intacta, yo ya tenía una sonrisa puesta.

—¿Te apetece cenar aquí? Quiero ver si la cocina local del hotel es tan buena como prometieron.

—Claro —respondí con una ligereza que no sentía—. Aunque si me sirves más pulpo, te tiro la copa de vino.

—¿Promesa o amenaza?

—Depende del maridaje.

La cena fue buena. Sencilla, bien presentada, sin extravagancias. Demon probó cada plato con gesto analítico, como si su paladar fuera un juez con toga y martillo.

Después, caminamos hasta un club moderno, todo luces suaves, líneas limpias y una fachada tan discreta como cara. Al parecer, era de un amigo suyo. Y claro, Demon tenía acceso a todo.

Nos saludaron en la puerta con una reverencia casi ceremonial y una copa de bienvenida que yo rechacé con elegancia.

—¿Eres siempre así de sofisticada? —preguntó él mientras subíamos las escaleras hacia la zona VIP.

—No. A veces también soy insoportable.

—Confirmo.

La música era elegante, vibrante, con ese ritmo que te hacía mover los hombros, aunque no quisieras. Todo olía a buen dinero y a mejores secretos.

Y entonces, una carcajada familiar rompió el aire como cristal bajo un tacón caro.

Me giré.

Y ahí estaba él.

Apoyado con descaro en una de las columnas de mármol, copa en mano, rodeado de risas que no le pertenecían. Como si el club entero fuera su escenario y yo la única espectadora que realmente importaba.

Neron.

—Qué curioso —dijo con voz lenta, arrastrando las sílabas como quien saborea una provocación—. Pensé que las inspecciones de calidad solo incluían habitaciones… no camas ocupadas.

Demon se tensó a mi lado. Lo sentí en el aire. En la forma en que su energía cambió de encantador a letal en un segundo.

Pero yo…

Yo no me moví.

—¿Eso es lo mejor que tienes? —pregunté, alzando una ceja.

—Oh, tengo mucho más. Pero no quiero arruinarte la reputación tan rápido, Vinter.

Hizo una pausa, inclinándose hacia un amigo como si compartiera un secreto:

—Aunque ya sabemos que, cuando se trata de elegir con quién te acuestas, la dignidad nunca ha sido tu fuerte.

El golpe fue quirúrgico.

Preciso.

Diseñado para herir, no para matar.

Y funcionó.

Vi rojo.

No figurado.

No literario.

Rojo.

Como sangre, furia y todas las emociones que juré haber enterrado.

Porque una cosa era el pasado.

Y otra muy distinta, que Neron pensara que todavía podía tocarme.

Todavía podía humillarme.

Y no tenía ni la menor idea de lo que acababa de desatar.

Capítulo 13

Un hombre de verdad sabe esperar

Elsa

Su voz.

Tan tranquila.

Tan jodidamente calculada.

No contesté. Solo lo miré.

Cada músculo de mi cuerpo conteniéndose por pura cortesía.

Neron sonrió.

Esa sonrisa suya que nunca fue dulce.

—Y tú creyendo que eras especial —hizo una pausa, dio un sorbo a su copa—. Dime, Elsa. ¿Estás con Demon porque crees que él no va a dejarte? A diferencia de mí, claro… Aunque, si me hubieras suplicado un poco más, tal vez me habría aburrido antes de otras.

Y ahí lo tuve.

No fue la burla.

Ni la arrogancia.

Fue la certeza.

La claridad brutal de que Neron quería hacerme daño.

Quería destruirme.

Así que lo golpeé.

Sin pensar.

Sin medir.

Sin disculpas.

Mi puño se movió antes de que mi cerebro pudiera detenerlo.

La rabia lo guio. La humillación lo impulsó. El dolor lo afiló.

Fue directo a su nariz.

El crujido fue real.

El sonido del impacto, sólido.

No como en las películas.

Más seco. Más íntimo.

Una gota de sangre cayó sobre su camisa.

Y otra.

Y otra.

Me dolió la mano, claro.

Porque olvidé lo que aprendí en defensa personal. Cerré el puño como una idiota, con los dedos hacia adentro, sin proteger el pulgar.

Pero no importaba.

Porque ver su cara —esa mezcla de sorpresa, dolor y ego colapsando— valía cada maldito segundo del ardor en mis nudillos.

—Una mujer como yo no suplica —dije, con la voz temblando solo de rabia—. Una mujer como yo se levanta y se va cuando ya no hay nada que valga la pena. Y créeme, Neron… tú no valías la pena.

Demon seguía a mi lado.

Quieto.

Firme.

Como si supiera que esto no era suyo.

Y yo… yo respiré hondo.

Porque no había ido a Grecia para enfrentar fantasmas.

Pero si ellos venían a buscarme, más les valía estar preparados para sangrar.

Sentí a Demon a mi lado.

No como sombra, sino como escudo.

Él no se apresuró.

Esperó a que el silencio pesara lo suficiente.

A que la sangre en la camisa de Neron hablara más fuerte que cualquier palabra.

Y entonces, habló.

—No voy a fingir que fui noble. La verdad es que fui un imbécil.

Neron alzó una ceja, la sangre aun deslizándose lenta por su labio.

—Desde el primer momento, Elsa me gustó. Pero tú… tú parecías interesado. Así que di un paso atrás. No por generosidad. Por estupidez.

Demon sonrió. Pero no había humor en esa curva.

—Pensé que ella no caería en tus encantos. Lo hizo. Pero tú fuiste demasiado ciego para reconocer qué tipo de mujer tenías delante. Ahora ella lo sabe. Y sabe que tú no vales la pena.

Silencio. Tenso. El tipo de silencio que pesa como una sentencia.

—Y te juro —continuó Demon, con la voz más baja, más afilada— que yo no voy a cometer tu error. La voy a cuidar. A amar. A proteger. Incluso si eso significa perder a uno de mis mejores amigos.

Otro silencio. Más amargo que el anterior.

—No arruines eso, Neron. No arruines lo que fuimos por orgullo o ego. Tienes derecho a sentir lo que quieras. Pero no tienes derecho a usarlo como arma.

El aire se tensó.

Las miradas alrededor flotaban como cuchillos sin dueño.

—Sé feliz por nosotros —añadió Demon—. Porque si vuelves a hablarle así… si vuelves a intentar humillarla… —su voz bajó un tono más, solo para él— te juro que la nariz no será lo único que termines teniendo roto.

Y entonces Demon giró hacia mí.

Como si no acabara de cerrar una herida con bisturí.

—¿Lista para irnos, general Caos?

Y por supuesto… asentí.

Porque cuando un hombre como él te mira así, no hay marcha atrás.

Demon puso una mano en mi espalda, firme, cálida, como diciendo ya está, es suficiente.

Me guio entre la gente, sin apuro, pero con decisión.

Y yo lo dejé.

Porque por primera vez en mucho tiempo… quería que alguien me guiara.

Entonces vi el letrero del aseo.

Me detuve.

—Dame un segundo —dije, con una sonrisa tensa.

Una excusa.

Una retirada estratégica.

Una tregua conmigo misma.

Y me escabullí.

Necesitaba un respiro.

Cinco minutos lejos de Demon.

Lejos de Neron.

Lejos de mí misma, incluso.

El baño del club era elegante, silencioso, lleno de mármol y perfumes caros.

Apoyé las manos en el lavabo y me miré al espejo.

La mujer que me devolvió la mirada parecía intacta.

Pero yo sabía que no lo estaba.

¿Cómo pude ser tan estúpida?

¿Cómo demonios pude pensar que lo amaba?

¿Lo amaba?

¿O simplemente me gustaba la idea de él?

Neron era ese tipo de hombre que sabía entrar en una habitación y adueñarse del aire.

Con una sonrisa. Con una broma. Con un guiño casi imperceptible.

Era magnético. Educado. Divertido.

Y con las mujeres…

Oh, con las mujeres era de los que abría puertas, sostenía miradas y hacía que cada una se sintiera como la única en el mundo.

Era fácil confundir eso con amor.

¿Pero era real?

No.

Al menos no para mí.

No en el momento en que más lo necesité.

Respiré hondo.

Una. Dos. Tres veces.

Neron no era un monstruo.

Solo era un hombre que no supo qué hacer conmigo.

Y eso, en su idioma emocional, se tradujo en silencio.

En frialdad.

En dejadez.

Y ahora… en crueldad.

Pero no me debía una disculpa por no amarme.

Eso nunca.

Lo que me debía era respeto.

Y esta noche, se lo cobré con intereses.

No lo odiaba.

Ya no.

Solo me dolía haber creído en una versión de él que no existía.

Por lo menos no existía para mí.

Y en una versión de mí misma que pensaba que debía ganarse su atención.

Qué patética.

—Una mujer como yo no suplica —murmuré al espejo.

Y esta vez, no lo dije con rabia.

Lo dije con certeza.

Limpié la sangre de mi nudillo con una toalla húmeda.

Dolía, pero me gustaba el dolor.

Era mío. Era real.

Era la prueba de que no iba a ser la misma mujer que se callaba por amor mal entendido.

Salí del baño lista para enfrentar lo que viniera.

Neron, Demon, el mundo.

Pero, sobre todo, lista para enfrentarme a mí.

Salí del baño más serena.

O fingiendo estarlo.

Lo suficiente como para mantener la espalda recta y la mandíbula apretada mientras volvía con Demon.

Él no dijo nada.

Solo me ofreció su brazo.

No me aferré.

Pero tampoco lo rechacé.

La limusina nos esperaba frente al club, discreta y oscura, como el cierre perfecto para una noche que había escalado demasiado rápido.

Cuando subimos, el silencio fue cómodo.

Breve.

Hasta que Demon tomó mi mano.

La derecha.

La del puñetazo.

—¿Puedo? —preguntó. Pero no esperó respuesta.

Ya estaba envolviendo mi mano entre las suyas como si fuera algo frágil.

Como si yo no acabara de romper una nariz a puño limpio.

Sacó un pequeño paquete de hielo de una neverita a un costado y me lo apoyó con cuidado en los nudillos.

Solté un leve quejido, apenas audible.

Solo porque sentí el impacto ahora.

Tarde.

Y sí, dolía.

—Está hinchada —murmuró, observando mi mano como si intentara diagnosticar una fractura con la vista—. Probablemente te rompiste un dedo.

—¿Solo uno? Qué decepción —murmuré con sarcasmo.

—Impresionante que no hayas dicho ni una palabra sobre el dolor.

—Tengo otras prioridades. Como planear mi venganza en tres actos. Y tal vez una secuela.

Demon sonrió.

Esa sonrisa suya, la que se colaba bajo la piel.

—Tienes que ir al hospital.

—No voy.

—Elsa…

—No. Me pondré hielo, una venda y me quejaré bajito durante los próximos tres días. Fin del tratamiento.

—No sabes si es solo una torcedura.

—Y no quiero saberlo.

Me miró.

No con reproche.

Con ese tipo de ternura furiosa que solo Demon tenía.

—Eres la mujer más terca del planeta.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Lo tomo igual.

Siguió sujetándome la mano con una delicadeza absurda para un tipo que podría partir huesos con los dedos.

Y yo… no la solté.

Porque dolía menos.

O porque me dolía otra cosa y no sabía cómo apagarla.

—¿Te duele mucho? —preguntó, bajando el tono.

—Sí.

—¿Y no lo vas a admitir en voz alta?

—Acabo de hacerlo. Disfrútalo. No se repetirá.

Él se rio.

Y después, sin dejar de mirarme, se inclinó y me besó los nudillos.

—Valiente. Salvaje. Mía —susurró.

Y esta vez…

No dije nada.

Porque tal vez también quería pertenecer a alguien que supiera sostenerme justo cuando más me dolía ser yo.

Llegamos al hotel y subimos en silencio, hasta que Demon abrió la puerta de la suite.

Un hombre de mediana edad esperaba con una maleta médica abierta sobre la mesa de centro.

—¿Qué es esto? —pregunté, levantando una ceja.

—Un médico —respondió Demon, como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Y qué? ¿Lo tenías guardado en el armario por si acaso rompía una botella con la mirada?

—No, pero conozco tus puños. Y también a Neron —dijo mientras me guiaba hasta el sofá.

El médico se presentó con voz serena y profesional.

Mientras revisaba mi mano, Demon no se movió ni un centímetro.

Cuando el doctor dijo que probablemente había una fractura leve y que era necesario inmovilizar la zona, él asintió con la mandíbula apretada.

Yo, en cambio, solo suspiré.

—Voy a estar bien —dije, como quien insiste en un capricho más que en una certeza.

—No vas a ningún sitio hasta que terminen contigo —intervino Demon, sin dejar lugar a debate.

Me crucé de piernas con esfuerzo y lo miré desde abajo.

—¿Y si no quiero?

—Entonces me verás en modo alfa con todo su esplendor —dijo él, medio en broma, medio en amenaza.

—¿Ese era el beta? Porque ya es bastante insoportable.

El médico reprimió una sonrisa y siguió trabajando.

Demon me ofreció una bolsa con hielo envuelta en un paño, pero no me la dio directamente.

La sostuvo él mismo, colocándola con precisión sobre mis nudillos hinchados.

Sus dedos se cerraron sobre los míos, con una suavidad que desarmaba.

—¿Sabes que probablemente tienes un dedo roto? —dijo con tono tranquilo, casi cariñoso.

—¿Y sabes tú que hablarle a alguien de fracturas mientras le aplastas los huesos con cariño es una forma creativa de tortura?

Él sonrió. Esa maldita sonrisa suya.

—Lo que me sorprende es que no te hayas quejado en ningún momento. Ni una sola mueca de dolor.

—¿Y darles ese gusto a ustedes dos? Ni loca.

Su mirada se suavizó.

—Eres una maldita tormenta, ¿sabes?

—¿Y tú una sombrilla?

—No. Soy el idiota que se queda de pie bajo la lluvia solo para verte.

No supe qué decir a eso.

Porque en el fondo… esa frase no era solo bonita.

Era cierta.

El médico terminó su trabajo y me envolvió la mano en una férula temporal.

Le agradecí en silencio, y él se retiró con discreción.

Apenas cerró la puerta, me giré hacia Demon.

Tenía algo que decirle.

Algo que llevaba rato rondando mi garganta.

Pero él no me dejó hablar.

Se acercó, bajó un poco la cabeza y dijo en voz baja:

—No me expliques nada. No ahora. No quiero que lo racionalices. No quiero que lo analices. Solo acepta una cosa, Elsa.

Soy un hombre.

Y mi deber…

es cuidar a mi mujer.

No hubo sonrisa.

No hubo tono arrogante ni posesivo.

Solo ese tipo de afirmación que no se discute.

Y entonces ocurrió.

Algo en mí, algo que creí que había muerto hace años, se rindió.

Fue imperceptible por fuera.

Apenas una respiración más profunda.

Un pestañeo que duró un segundo más.

Pero por dentro…

Sentí el crujido.

No de huesos.

Sino de hielo.

De ese muro helado que construí para que nadie pudiera tocarme.

Para que nadie pudiera herirme.

Para que nadie viera cuánto dolía sentir.

Y ahí estaba él.

Ese idiota arrogante, dulce y maldito Demon, rompiendo mi armadura sin siquiera pedir permiso.

Sin disparar.

Solo con palabras.

Me giré hacia la ventana.

Para que no me viera.

Para que no notara cómo me brillaban los ojos.

Para que no supiera que, por una vez, no era sarcasmo lo que temblaba en mi garganta.

Era algo peor.

Era real.

—No digas cosas así —murmuré.

—¿Por qué?

—Porque me vas a obligar a creerte.

Él no respondió.

Solo se acercó por detrás, despacio, y apoyó su barbilla en mi hombro.

No dijo nada.

Y yo no me moví.

Porque por primera vez, sentir… no dolía tanto.

—¿Necesitas ayuda para prepararte para dormir?

Su voz, baja y con ese tono suave que usaba cuando intentaba no provocar tormentas… fue justo lo que encendió la mía.

Lo miré.

Despacio.

Me giré.

Lo miré más.

De arriba abajo.

—No quiero dormir.

La forma en que lo dije.

No fue un susurro.

No fue un grito.

Fue una confesión.

Una rendición con filo.

Frente a él, sentí su respiración acelerarse, vi su mandíbula tensarse cuando levanté una mano —la buena—y la deslicé por su cuello, por esa línea exacta donde terminaba la camisa y empezaba su piel.

—No quiero pensar. No quiero hablar. No quiero explicaciones. Solo quiero…

No terminé la frase.

No hacía falta.

Porque lo besé.

Lo besé con el hambre de años sin tocar a nadie de verdad.

Con la furia de haber sido invisible para el hombre equivocado y demasiado visible para el correcto.

Con el fuego que llevaba días encendiéndose en mi pecho cada vez que él sonreía, me cuidaba, me veía.

Demon respondió.

Claro que lo hizo.

Sus manos fueron a mi cintura.

A mi espalda.

A mi nuca.

Me apretó contra él como si fuera pecado dejar espacio entre nosotros.

El beso se volvió más profundo, más salvaje.

Mi espalda golpeó suavemente la pared.

Sus dedos se enredaron en mi cabello.

Mis uñas se clavaron en su camisa.

No había ternura ahí.

Solo deseo.

Crudo. Palpitante. Real.

Y entonces…

Él se alejó.

De golpe.

Como si el contacto lo hubiera quemado.

—No —dijo, con la voz ronca, la respiración agitada—. No así.

—¿Qué? —Mi corazón latía como si hubiera corrido una maratón sin moverse del sitio—. ¿Qué significa no así?

—Significa que no quiero que sea ahora, Elsa. No cuando estás dolida. No cuando lo haces para olvidar. O para castigar a otro.

El mundo tembló un poco.

No por sus palabras.

Sino por lo que despertaron en mí.

—¿Te estás negando?

—Sí.

—¿Por mí?

—Por ti.

Y no lo soporté.

No porque me rechazara.

Sino porque por primera vez en mi vida, el hombre que deseaba… me deseaba de vuelta.

Y, aun así, me decía que no.

—¿Y qué se supone que haga con esto? —Mi voz salió más alta, más filosa de lo que planeaba—. ¿Con este deseo que me explota por dentro? ¿Con estas ganas de saber lo que se siente… de verdad?

—Elsa…

—No. No me digas mi nombre como si supieras lo que pasa por mi cabeza. ¡No tienes idea!

—Entonces dime.

—¿Para qué? ¿Para qué me digas otra vez que no?

Él me miró. Con esa maldita mirada suya.

Llena de ternura. Y fuerza. Y decisión.

—Quiero tocarte. Quiero tenerte. Pero no cuando lo haces porque quieres olvidarte de Neron. No cuando estás peleada contigo misma. No cuando no puedes ni mirarte sin rabia.

Lo odié por eso.

Porque tenía razón.

Y porque esa verdad me dolía más que cualquier rechazo.

—¿Y si nunca estoy lista para que sea diferente?

—Entonces me joderé esperando. Pero no voy a tomar lo que quiero si tú no lo haces por las razones correctas.

Mis labios temblaron.

De rabia.

De vergüenza.

De todo lo que no podía decir.

—Eres un idiota.

—Sí.

—Y un maldito mártir.

—Posiblemente.

Nos quedamos en silencio.

Y entonces me di la vuelta.

Para no gritar.

Para no llorar.

Para no besarle otra vez hasta que me olvidara del resto del mundo.

—Buen intento —dije mientras me dirigía al baño—. Pero la próxima vez… no voy a detenerme.

—Y la próxima vez —dijo él, muy tranquilo— no voy a detenerte yo.

Cerré la puerta detrás de mí.

Pero me llevé sus palabras en la piel.

Y ahí, con la frente apoyada contra el espejo, con la boca aún caliente por su beso, pensé en todo lo que él acababa de hacer.

No me besó.

Me eligió.

Y eso… era algo que nunca había tenido.

Eso era nuevo.

Eso dolía.

Porque si él me elegía de verdad, entonces yo también tenía que hacerlo.

Y no sabía si quedaría algo de mí si algún día decidía dejarme.

Capítulo 14

No necesito las dos manos

Elsa

No recuerdo en qué momento me dormí.

Solo sé que no fue con él.

Y ahora lo era.

La habitación estaba en penumbra, el aire quieto, la ciudad allá afuera demasiado lejos como para importarme.

Por primera vez en días, me sentía segura.

Casi… en paz.

El calor a mi lado me lo confirmó.

Demon.

Mi cuerpo lo había sentido antes que mi mente.

Esa sensación de abrigo sin manta. De calma sin razón.

Y ahí estaba él.

Durmiendo.

Sin camisa.

Lo había visto antes, claro. En la piscina, por ejemplo.

Pero ahora podía mirarlo.

De verdad.

Sin el ruido.

Sin las bromas.

Sin esa maldita sonrisa suya que lo hacía todo menos inocente.

Solo él.

Respirando a mi lado.

Tatuajes marcando su piel como recuerdos de batallas que no conocía.

Espalda ancha, músculos tensos incluso en reposo, y esa cicatriz en el costado que no sabía si algún día me atrevería a preguntar.

La noche anterior, después de la cena y la pelea, cuando el médico se fue y mi mano dejó de arder, Demon me dijo que iba a dormir en el sofá.

Con esa expresión que solo él podía poner: mezcla de respeto y tortura personal.

Le dije que no.

Le dije que, si no dormía conmigo, me iba a buscar otra habitación.

Y lo decía en serio.

Estaba cansada de elegir el miedo.

Quería su presencia, su silencio, su piel tibia a un palmo de la mía.

Solo dormir.

Y lo hice.

Bueno, él se duchó primero… y yo, como idiota, me dormí antes de que saliera.

Ahora estaba ahí.

Perfecto.

Humano.

Desarmado.

Sin sus bromas.

Sin su voz.

Solo su cuerpo respirando al ritmo del mío.

Me giré apenas, lo justo para observar con más descaro.

El tatuaje en su hombro era un león.

Uno realista. Fiero.

Y me pregunté si lo había elegido… o si el león lo eligió a él.

Su pecho subía y bajaba con lentitud, como si el mundo no tuviera urgencias.

Yo sí.

Tenía todas las urgencias del mundo.

Incluidas las que no sabía cómo nombrar.

Me acerqué solo un poco más.

Unos centímetros.

Lo suficiente para sentir el calor sin tocarlo.

Y en ese instante, mientras lo miraba como si fuera algo prohibido, sus ojos se abrieron.

Grises.

Despiertos.

Fijos en los míos como si supieran que había estado contándole secretos sin palabras.

—¿Estás bien? —preguntó, voz ronca de recién despierto.

—Te estoy evaluando —murmuré.

Una ceja levantada.

—¿Apruebo?

—Con sobresaliente. Pero podría bajar a notable si sigues hablando antes de que tome café.

Demon sonrió, de ese modo lento y ladeado que hacía que el mundo alrededor se volviera irrelevante.

—Entonces mejor me callo —susurró, acercándose.

Solo me miró. Como si pudiera leer cada parte de mí con los ojos. Como si esperara una señal para lanzarse al vacío conmigo.

Yo no di señales.

Le di la respuesta.

Lo besé.

Su boca respondió al instante, como si hubiese estado esperando ese permiso. El beso fue profundo, lento, desesperado.

No era un primer beso. Era una confesión.

Una entrega.

Su mano subió por mi espalda, cálida, protectora. La otra rozó mi mejilla antes de enredarse en mi cabello.

Temblé bajo su tacto.

Cuando sus dedos se deslizaron bajo mi camiseta, contuve el aliento.

Solo rozaron mi piel, pero fue suficiente para incendiarme.

Me separé apenas un segundo. Lo miré. Él me sostuvo la mirada.

Y sin decir nada, me quitó la camiseta por la cabeza.

Lo hizo con una delicadeza tan opuesta a su cuerpo que me desarmó por completo.

Sus labios encontraron mi clavícula, y luego bajaron.

Mi cuerpo ya no me pertenecía. Respondía solo a él.

A sus labios.

A sus manos.

A su respiración.

Dios…

Ese hombre era una maldita sinfonía tocada con dedos de fuego.

Su cuerpo me rodeó sin invadirme. Sus manos me buscaron con una urgencia medida, como si supiera exactamente cuánto podía darme antes de que perdiera el control. Mi espalda se arqueó instintivamente cuando sus dedos encontraron mi pecho. Una caricia lenta, como una promesa sostenida.

—Elsa… —dijo contra mis labios. Solo eso. Mi nombre, con esa voz suya que se colaba por mis huesos.

Respondí con otra caricia, con una entrega muda, pasando mis dedos por su pecho hasta enredarlos en su nuca. Sentirlo era tan real que dolía. Dolía no haberlo hecho antes. Dolía no saber si volvería a hacerlo después.

La forma en que me tocó no fue urgente. Fue precisa. Reverente.

Como si cada roce pudiera romper algo en mí… o curarlo.

El calor de su boca, el roce de su barba incipiente, el peso exacto de su cuerpo sobre el mío. Todo era nuevo. Todo era perfecto.

Y cuando su mano bajó entre mis piernas, no hubo preguntas.

Solo una certeza: ya no había vuelta atrás.

Sus dedos encontraron el centro de mi deseo como si ya conocieran el camino. Mi respiración se volvió errática, mis caderas lo buscaron por instinto, y mi cuerpo reaccionó como si hubiese estado esperando este momento desde siempre.

Él me observó.

No con arrogancia.

Con asombro.

Como si yo fuera la primera mujer que había tocado de verdad.

Y cuando llegué al borde, cuando el mundo dejó de tener forma y solo quedó el fuego… Demon me sostuvo. Con la mirada. Con el cuerpo. Con las manos.

Me dejé caer contra el colchón, aún sin aliento, con el corazón galopando en mi pecho como si acabara de correr una maratón. Pero no estaba cansada. Para nada.

Estaba encendida.

Demon se apoyó sobre un codo, aún encima de mí, su respiración rozando mi cuello. Me miró con esa sonrisa suya, la peligrosa, la que hacía que las mujeres perdieran sus principios y sus bragas al mismo tiempo.

—¿Estás bien? —preguntó con voz grave.

—No —dije, arrastrando la palabra mientras subía una pierna para enredarla en su cadera—. Estoy absolutamente lista para la siguiente ronda.

Él rio. Una carcajada baja, cálida, que se sintió como caricias en mi piel.

—Elsa...

—Demon —lo imité, subiéndole la ceja.

—Tus dedos —dijo, señalando mi mano vendada—. ¿Recuerdas? Huesos. Dolor. Posible fractura múltiple gracias a tu golpe digno de un peleador profesional.

—No necesito las dos manos —repliqué sin pestañear.

Demon se quedó en silencio un segundo. Después se inclinó para besarme la frente como si fuera una santa, lo que claramente era una falta de respeto en ese contexto.

—Estás muy tentadora, general Caos —murmuró cerca de mi oído—. Pero no pienso acostarme contigo con la mano rota. Me sentiría como un criminal.

—Me sentiré ofendida.

—Te compensaré con café. ¿Sabes cuántas mujeres estarían encantadas de recibir mi café personalizado en cama?

—¿Cuántas de esas mujeres han perdido la dignidad por ti?

—No me acuerdo. Estaba ocupado causándoles amnesia con mis besos.

Rodé los ojos, pero no me moví. Él seguía encima de mí, caliente, fuerte, peligroso. Como un maldito sueño del que una no quiere despertar.

—Esto no ha terminado —le advertí.

Demon bajó la mirada a mis labios y luego a mi cuello, donde probablemente todavía latía mi pulso como tambor tribal.

—Créeme, Elsa… si no estuvieras herida, ahora mismo no podrías ni recordar tu propio nombre.

—Ni falta que me haría —le susurré.

Se alejó con esfuerzo, como si tuviera que desatarse de mi piel.

—Voy a buscar el café. Tú quédate ahí. Quietecita.

—No prometo nada —murmuré, viéndolo alejarse con esa espalda suya que merecía aplausos, una ovación y probablemente un altar.

Desperté por segunda vez esa mañana con el olor a café flotando en el aire.

Cuando abrí los ojos, Demon estaba apoyado en el marco de la puerta, solo con esos pantalones de chándal que deberían estar prohibidos si uno tenía ese cuerpo. Llevaba una bandeja en las manos.

—Desayuno, señora del caos —anunció—. Café, fruta, croissant y mermelada de fresa.

—Fallaron en lo básico —bostecé, incorporándome con esfuerzo mientras él dejaba la bandeja sobre mis piernas—. ¿Y tú? ¿No comes?

—Ya desayuné —dijo, sentándose a mi lado—. Aunque tengo hambre de otra cosa, pero mi conciencia y tus dedos rotos me están ganando la batalla.

—Qué dramático eres —murmuré, aunque no se me escapó la forma en la que me miraba la boca mientras yo mordía el croissant.

La conversación flotó fácil entre nosotros mientras comía. Él me contaba que el jet ya estaba listo para llevarnos de regreso a Australia y que había hecho algunos ajustes para que el vuelo fuera más cómodo. Yo fingía no estar impresionada.

—¿Y cuándo piensas decirme a qué parte de Australia vamos? —pregunté mientras me pasaba la servilleta por los labios.

—Ya lo verás —dijo con una sonrisa. Esa sonrisa.

Cuando subimos al jet unas horas después, vestía con mi habitual elegancia informal: vaqueros oscuros, camisa blanca impecable, gafas de sol que eran casi una declaración de guerra silenciosa.

Demon iba delante, saludando al piloto con esa familiaridad que solo tienen los hombres que se mueven por el mundo como si les perteneciera.

Nos acomodamos. Yo abrí mi tablet para repasar unos informes, pero Demon me la quitó con una sonrisa indulgente.

—Relájate. Son ocho horas de vuelo. No pienso dejar que las desperdicies trabajando.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Atarme?

—No me provoques, general.

Cerré los ojos y suspiré. El despegue fue suave. Tan suave que por un momento creí que podría dormirme de verdad.

Hasta que mi móvil vibró.

Lo saqué distraída, sin pensar. Y entonces lo vi.

Un número desconocido. Un solo mensaje:

"Esperamos que lo estés pasando bien con tu guardaespaldas. Bonito conjunto."

Debajo, una foto.

Yo, bajando del coche junto a Demon esa mañana, justo antes de entrar al jet. Tomada desde lejos, pero clara.

Mi sangre se heló.

Miré hacia la ventana. Nada. Solo nubes.

—¿Todo bien? —preguntó Demon, girándose hacia mí.

Asentí sin hablar, dejando el móvil boca abajo sobre la mesita.

No. No todo estaba bien. Pero no pensaba decírselo. No aún. Tal vez nunca.

No era su problema. Era mío.

Yo lo empecé. Yo lo iba a terminar.

—¿Te has planteado quedarte conmigo? —preguntó Demon, como quien comenta el clima.

Yo estaba mirando por la ventana, distraída, cuando sus palabras me hicieron girar lentamente la cabeza.

—¿Qué?

—Mi ático. Sobra espacio. Sobra café. Y yo… bueno, nunca sobro.

Lo miré como si acabara de decirme que la Tierra es plana.

—¿Te falta oxígeno? ¿Tienes fiebre? ¿Quieres que pida al piloto que descienda?

—Estoy perfectamente sano —respondió con esa maldita sonrisa suya—. Solo estoy diciendo que, ya que vas a trabajar conmigo, podrías vivir conmigo también. Practicidad, lo llaman.

—¿Practicidad? Ni siquiera hemos… —Me callé. Me negaba a decirlo en voz alta.

—¿Tener sexo? —dijo él, sin inmutarse—. Sí, lo sé. Qué escándalo. Una pareja durmiendo en la misma cama sin hacer cosas

indecentes.

—No somos una pareja —espeté.

Demon inclinó la cabeza, como si estuviera evaluando si valía la pena discutirlo.

—¿No? ¿Entonces qué somos, Elsa? ¿Colegas con tensión sexual no resuelta? ¿Compañeros de jet con beneficios emocionales?

—Somos dos adultos responsables que no deberían mudarse juntos solo porque se besaron un par de veces y casi terminan rompiendo una cama en un hotel griego.

—Exactamente. Casi. ¿Ves? Ya tenemos autocontrol. Eso es una base sólida para la convivencia.

Me tapé la cara con una mano. Él no. Él seguía hablando como si me estuviera proponiendo tomar un café, no un salto al vacío sin paracaídas.

—Escucha —dijo, más serio—. ¿Qué sientes cuando piensas en mí?

—Náuseas —murmuré.

Ignoró eso.

—¿Qué sientes cuando te beso?

—Indigestión.

—¿Y cuando te abrazo?

—Crisis existencial.

—Perfecto. Ahora dime si quieres seguir explorando todo eso en habitaciones de hotel alquiladas, entre informes de inspección y vuelos de trabajo… o si quieres levantarte cada mañana conmigo, besarme antes del primer café, discutir por el baño y pelearte con mi tostadora.

—¿Tienes tostadora?

—Una rebelde. Te llevarías bien con ella.

Lo fulminé con la mirada. Él se encogió de hombros.

—Propongo un contrato de tres a seis meses. Nada de presiones. Si funciona, bien. Si no… nos separamos como adultos civilizados. Con dignidad y sin incendiar el ático. Idealmente.

—Estás loco —le dije.

—No. Estoy decidido.

—Esto no es normal.

—Tampoco tú. Y eso es precisamente lo que me gusta.

—¿Y si las cosas salen mal?

Se encogió de hombros otra vez.

—Entonces escribiré una balada triste, me emborracharé en mi propia cocina y diré a todos que fue culpa de la tostadora.

Me quedé en silencio. Él me observaba sin apuro, con esa mezcla suya de paciencia infinita y ganas de empujarme al borde.

Porque no estaba suplicando.

Solo estaba contando los hechos.

∞∞∞

La escalerilla del jet tocó tierra con un leve chasquido hidráulico. Afuera, el aire tenía ese olor metálico y seco de la madrugada. No había sol todavía, pero el cielo empezaba a aclarar, como si el mundo supiera que algo estaba a punto de pasar.

El vuelo desde Grecia había durado casi dieciocho horas, escalas incluidas. Yo no había dormido, solo me había dejado caer en el silencio mientras él leía documentos que no parecía estar leyendo de verdad.

Bajé los escalones con el bolso al hombro, el pelo recogido en un moño bajo y las ideas aún revueltas desde la conversación en el aire.

Y entonces pasó.

Allí, en la pista iluminada por luces tenues y el brillo lejano del aeropuerto, Demon se giró hacia mí con esa sonrisa suya. La que decía que ya sabía mi respuesta, aunque yo no la hubiera pronunciado.

Se acercó. Sin decir nada.

Sus dedos tocaron suavemente mi barbilla. Me levantó el rostro. Inclinó la cabeza apenas, como si fuera a besarme, pero no quisiera robarlo, solo ganárselo.

—¿Qué va a ser, general Caos? —murmuró—. ¿Hotel o ático?

Tuve que tragar saliva antes de responder. Porque sabía que con cualquier palabra estaba firmando algo más que una dirección postal.

—Quiero el puesto de líder —dije.

Él parpadeó.

—¿Del proyecto?

—Del juego —corregí—. De tu alianza. Si me mudo contigo, me das el liderazgo. Tú pasas a ser un jugador más.

Demon me miró como si acabara de declararle la guerra. Y le encantara.

—¿Quieres también una corona? ¿Un trono?

—¿Incluye un séquito que me abanique con hojas de palmera?

—No, pero incluye a un hombre dispuesto a hacer todo el trabajo sucio. Incluso arrodillarse a tus pies si se lo pides.

—¿Con camisa o sin camisa?

—Como prefieras. Aunque el uniforme oficial del séquito es opcional.

Mi sonrisa se filtró por las grietas del cansancio.

—Entonces… ático.

Demon no dijo nada. Solo me miró como si acabara de ganar la partida final de un juego que él mismo había inventado.

Y, sin embargo, la sonrisa que me dedicó no era la de un ganador.

Era la de un hombre enamorado.

La ciudad aún no rugía del todo cuando llegamos. El sol apenas empezaba a pintar los bordes de los rascacielos, y el aire tenía esa quietud de las primeras horas, cuando todo parece posible.

El ático de Demon ocupaba la última planta de un edificio en el centro, con vistas al puerto y ventanales que parecían no tener fin. Al entrar, todo era blanco, madera clara y líneas limpias. Minimalista, pero no frío. No del todo. Había algo en los objetos, en los libros desordenados y en las tazas mal colocadas, que decía que aquí vivía alguien real.

—Bienvenida —dijo, dejándome pasar primero—. Es tu casa, por ahora. O para siempre. Lo que dure el experimento.

Le lancé una mirada cargada de sarcasmo.

—No suelo hacer mudanzas por tres meses.

—Yo sí. Pero solo si valen la pena.

Me enseñó la cocina, el salón, el despacho (lleno de pantallas), pero fue al abrir la puerta del dormitorio principal que mi paso se detuvo. Amplio, acogedor, con una cama tan grande que parecía un país independiente. Al otro lado, una doble puerta daba al vestidor.

Y ahí casi se me cae la mandíbula.

—¿Quién vive aquí? ¿Anna Wintour?

—No sé quién es esa —respondió con una sonrisa torcida—. Pero si tiene tus cejas, me cae bien.

Me adentré entre camisas perfectamente colgadas, trajes alineados con precisión quirúrgica y zapatillas organizadas por color y uso.

—No estoy segura de quién tiene más ropa, tú o yo.

—Empate. Pero el mío tiene más bolsillos.

—¿Ese es tu criterio de superioridad?

—¿Tú tienes un abrigo con compartimento secreto para snacks?

—Y no me arrepiento.

Estaba por responderle cuando sonó el timbre. Demon me lanzó una mirada de advertencia silenciosa y fue a abrir. Escuché pasos rápidos, un saludo exagerado y después la inconfundible voz de Kiran.

—¡Elsa! Necesito tu firma antes de que me cancelen el contrato y me vendan como esclavo de hotel.

Apareció en el marco de la puerta con un portapapeles y gafas de sol ridículamente grandes para estar bajo techo.

—¿Te interrumpo en plena inspección horizontal?

—Firma —dije sin mirarlo, tomando los papeles—. Y puedes quedarte con mi habitación en el hotel.

—¿Y con tu ropa también?

—Sí, toda. Me apetece ir de compras.

Kiran entrecerró los ojos.

—¿Estás bien? ¿Es eso felicidad? ¿O has sido poseída por un espíritu minimalista?

—No sé —dije mientras firmaba—. Pero me siento… tranquila. Cansada, pero tranquila.

Kiran me miró un segundo más y luego asintió como si acabara de recibir instrucciones de una reina.

—Entonces me quedaré con el armario y haré que bendigan la habitación. Por si acaso.

Demon no dijo nada. Solo me observaba desde el marco de la puerta, brazos cruzados, sonrisa ladeada. Como si supiera que todo

esto, cada pequeño detalle, ya lo había imaginado antes de que ocurriera.

Y me sentí en casa.

No por las paredes, ni por la vista.

Por la forma en que él me miraba.

Como si yo también fuera su hogar.

Capítulo 15

Vamos a cazarlos

Elsa

Desperté con el sonido lejano de una cafetera.

No con alarmas.

No con llamadas.

No con el zumbido de notificaciones urgentes ni listas de tareas mentales.

Solo... café.

Durante un segundo entero, me permití pensar que esa sería mi vida ahora.

Esa calma. Ese olor. Ese colchón.

Ese hombre.

Me estiré en la cama, sintiendo el espacio a mi lado todavía cálido. Demon ya no estaba, pero su presencia seguía ahí. En la arruga de las sábanas. En la camiseta que había dejado sobre la butaca. En el eco de su risa que aún vibraba en mi pecho.

Fui hasta la cocina en silencio.

Él estaba allí, de espaldas, con un vaso en la mano y el sol filtrándose a través de las cortinas. Camisa blanca, sin abotonar del todo, y ese cabello rebelde que me hacía pensar cosas que no eran propias de una mujer decente antes de las nueve de la mañana.

—¿Buenos días, general Caos? —dijo sin mirarme.

—¿Cómo sabes que era yo y no, no sé, Kiran?

—Kiran no camina como si estuviera planeando conquistar un país entero antes del desayuno. Además, él no vive conmigo.

Me reí. Fue inevitable.

Demon se giró con esa sonrisa suya de millón de dólares y me tendió una taza.

Con leche, sin azúcar. Justo como me gusta.

Me la bebí como si fuera lo único que me mantenía con vida.

—Hoy es tu día libre —me dijo.

—¿Y eso existe?

—Cuando vives conmigo, sí.

La frase era peligrosa.

Vives conmigo.

Presente. Directo. Sin adornos.

Quise preguntarle cuánto tiempo pensaba que esto duraría.

Pero parte de mí no quería saberlo.

Me senté en la barra mientras él cocinaba algo que olía sospechosamente bien.

Estábamos en esa burbuja frágil, hecha de complicidad, sarcasmo y algo más que ninguno de los dos quería nombrar todavía.

Y entonces sonó mi móvil.

Vibró solo una vez.

Como una advertencia.

Lo tomé por instinto.

Un mensaje.

Y al abrirlo, el mundo volvió a romperse.

Una imagen.

Y debajo, una sola frase:

"Te dijimos que te íbamos a encontrar."

El corazón me cayó al estómago.

Durante un segundo, todo se detuvo.

El aire, el ruido, incluso mis pensamientos.

Solo quedaba esa imagen.

Una mujer de espaldas, entrando en un coche negro.

Mi vestido.

Mi bolso.

Mi maldito abrigo beige de paño que solo usaba en días fríos y tristes.

El cabello rubio caía como una cascada sobre los hombros, casi igual al mío.

La silueta, idéntica.

Casi.

Hasta que vi el detalle.

El mechón torcido, el movimiento exagerado de la cadera, la postura demasiado rígida.

Y lo supe.

No era yo. Era Kiran.

Una peluca.

Mi peluca.

La que él se había puesto en esa fiesta absurda de disfraces de la alianza y luego insistió en robarme "porque me queda mejor que a ti, querida".

—No, no, no, no… —murmuré, la voz ahogada.

Intenté marcar su número.

Una vez.

Dos.

Tres.

Nada.

Sin respuesta.

Solo el silencio cruel de una llamada que no se conecta.

—¿Qué pasa? —preguntó Demon, ya a mi lado, leyendo el mensaje por encima de mi hombro.

Su expresión cambió en un parpadeo.

Del desconcierto a la furia.

Del calor de la cocina a la helada del peligro.

—Es Kiran —dije, sin reconocer mi propia voz—. Él... él se puso mi ropa. La peluca. Seguro fue esta mañana, Demon. Iba al hotel, ¿y si…?

Él no me dejó terminar.

Ya estaba en movimiento.

Rápido. Eficiente.

Mano en mi espalda, la otra cogiendo su móvil. Dio instrucciones en voz baja, firme, mientras me empujaba suavemente hacia el dormitorio.

—Vístete. Te quiero lista en cinco minutos. Nos vamos al hotel.

—¿Y si ya es tarde? ¿Y si se lo llevaron por mi culpa? Por querer jugar a la mujer poderosa, por hacerme la fuerte. Dios, Demon…

Me temblaban las manos. No podía ni subir la cremallera de los vaqueros.

Demon lo hizo por mí.

Ni siquiera me miró con deseo. Solo con cuidado.

Como si temiera que me rompiera en mil pedazos si lo tocaba mal.

—Elsa. Mírame. —Tomó mi rostro entre las manos—. No vamos a pensar en lo peor. ¿Me escuchas? No hasta que sepamos algo. Si alguien puede convertir una peluca y un bolso en una obra de teatro convincente, ese es Kiran. Puede que sea otra de sus bromas.

—Esto no es una broma —dije, con la voz rota—. No con una amenaza así. No cuando sabe que estoy con…

—Lo sé. Y por eso lo encontraremos.

Me cogió de la mano. Fuerte. Cálido. Sin temblores.

Salimos del ático sin desayunar, sin plan, sin pausa.

Solo un objetivo.

Encontrar a Kiran.

Y que no fuera demasiado tarde.

El coche apenas se detuvo y yo ya estaba bajando. Corrí como si pudiera ganarle al tiempo, como si llegar un segundo antes pudiera cambiar el resultado.

El ascensor tardó una eternidad. Demon marcó el código y las puertas se abrieron, pero yo ya estaba empujando antes de que terminaran de deslizarse.

La habitación.

La puerta no estaba cerrada. Solo entreabierta.

La empujé con la palma. Se abrió con un crujido lento.

Y ahí lo vi.

Caos.

Destrucción.

Dolor.

Todo lo que alguna vez fue orden y estilo —porque Kiran nunca aceptaba el desorden, ni siquiera en una maleta— estaba

destrozado.

La lámpara hecha trizas.

Los cojines rasgados.

Las cortinas arrancadas.

Cristales en el suelo.

Y sangre.

Mucha sangre.

—No… —susurré, más aire que voz.

Y entonces lo vi.

O lo que quedaba de él.

Un cuerpo en el suelo, medio oculto tras la cama.

Una figura demasiado inmóvil.

Me lancé.

No corrí.

Caí.

Me desplomé de rodillas a su lado, temblando tanto que no podía ni alargar la mano.

El rostro estaba cubierto de sangre seca. Hinchado. Golpeado hasta perder la forma.

—Kiran… —susurré, sin atreverme a tocarlo—. Kiran, por favor…

Sus rasgos eran irreconocibles.

Los labios, partidos.

Una ceja abierta.

Una herida horrible en la cabeza.

Una mano retorcida, como si hubiese intentado defenderse.

La habitación olía a perfume, sangre y desesperación.

Mis lágrimas cayeron sin permiso.

No lloré.

Grité en silencio.

Porque no podía perderlo.

No a él.

No así.

Lo toqué, al fin.

Le limpié el rostro con la manga, buscando una señal. Una reacción. Una chispa de algo.

Pero nada.

Solo sangre.

Solo piel caliente sin respuesta.

—No… por favor no. —La voz me salió rota, ronca, inútil—. No me hagas esto, Kiran. No ahora. No tú.

Las manos me temblaban tanto que apenas podía sostener su rostro.

Tenía que haber llegado antes.

Tenía que haberlo protegido.

Tenía que…

—Elsa —Demon se agachó a mi lado—, déjame. Solo un segundo.

—No lo toques. Está… —No podía decirlo. No podía pronunciar esa palabra.

Pero él ya estaba junto a mí.

Frío.

Calculado.

Letal.

Puso dos dedos en su cuello, en el hueco justo bajo la mandíbula.

Silencio.

Un segundo.

Dos.

Tres.

—Hay pulso —dijo Demon, con la voz baja pero firme—. Débil. Pero hay.

Mi alma volvió a mi cuerpo con violencia.

Y entonces sí.

Lloré.

No en silencio.

No con dignidad.

Con rabia.

Con miedo.

Con amor.

—Ambulancia en camino —dijo Demon, ya con el móvil en la oreja—. Diez minutos. Tal vez menos.

Yo no me moví.

Seguía en el suelo, aferrada a Kiran como si con eso pudiera evitar que se fuera.

No podía perderlo. No a él.

No después de todo lo que había hecho por mí.

No cuando apenas le había dado las gracias.

No cuando ni siquiera le había dicho lo importante que era.

—Elsa… —Demon intentó tocarme el hombro.

Lo aparté.

—No —susurré—. No me voy a ir.

Mi voz no era mía. Era una mezcla entre acero y cristales rotos.

Demon se agachó de nuevo, a mi altura, y esta vez no dijo nada. Solo me miró.

Odiaba cuando hacía eso. Porque no usaba palabras. Usaba la mirada.

Y esa mirada decía: "Quiero protegerte, aunque me odies por ello."

—Lo dejaron medio muerto —dije, apenas respirando—. Y yo… yo estaba desayunando. Tomando café como si nada.

—No es tu culpa.

—Sí lo es.

—No, Elsa.

El tono no admitía discusión.

—Mírame —añadió—. ¿Qué crees que diría Kiran si estuviera consciente y te viera ahora?

No respondí. No podía. Porque sabía la respuesta.

Kiran me habría regañado por arruinarme el maquillaje con lágrimas, por sentarme en el suelo de un hotel arrugando mi ropa.

Me habría dicho que la venganza es mejor con tacones y perfume caro.

Y luego me habría hecho sonreír, como siempre.

Una sirena se escuchó a lo lejos.

Me sobresalté. Demon también. Corrió hacia la puerta. La abrió. Dio instrucciones claras, rápidas, con ese tono suyo que no aceptaba excusas.

Un minuto después, los paramédicos estaban en la habitación. Uno se agachó junto a Kiran y comenzó a revisar signos vitales. El otro preparaba la camilla.

—Se lo llevan —dijo Demon, volviendo junto a mí.

Negué con la cabeza.

—Voy con él.

—Elsa…

—Voy con él.

No me importó si tenía que colarme en la ambulancia como una fugitiva.

No me importó el dolor en la mano rota, ni las lágrimas, ni los temblores.

Solo me importaba que él viviera.

Solo eso.

Demon me sostuvo del brazo cuando intenté seguir a los paramédicos.

—Va a vivir —dijo, con una certeza que me hirió—. Pero tú tienes que estar fuerte, ¿me oyes? No puedes derrumbarte ahora.

Lo odié. Un poco.

Por tener razón.

Asentí, sin palabras.

Los paramédicos salieron con Kiran en la camilla.

Corrí detrás.

Subieron al vehículo, cerraron las puertas.

Me di la vuelta hacia Demon.

—Vamos —dije.

Ya tenía el coche listo. La puerta abierta. Me subí sin mirar atrás.

Durante el trayecto no dije nada.

Solo observé las luces de la ambulancia. Una tras otra.

Rojas, blancas, rojas.

Cada vez que el vehículo frenaba, mi estómago se encogía.

Demon tomó mi mano.

No me dijo que todo estaría bien.

No prometió nada que no pudiera cumplir.

Solo me sostuvo.

Fuerte.

Como si con eso pudiera evitar que el mundo siguiera cayéndose a pedazos.

El quirófano se tragó a Kiran sin previo aviso.

Una puerta blanca. Una camilla.

Un médico diciendo algo que no escuché.

Y luego, solo el silencio estéril de la sala de espera.

Me quedé de pie unos segundos. Luego me senté.

No sé cómo llegué al sillón.

Solo recuerdo el frío del suelo de mármol bajo mis pies y el zumbido en mis oídos.

Demon estaba a mi lado.

Su presencia no era suave.

Era firme.

Como un muro construido para sostener los pedazos que yo ya no sabía cómo juntar.

No hablábamos.

¿Qué íbamos a decir?

Los minutos se arrastraban con crueldad.

Y, uno a uno, llegaron.

Primero Duke y Grace, ambos con el rostro más serio de lo que los había visto jamás. Luego Kookie, seguida de Lukas, que caminaba con más cuidado del habitual, aun recuperándose. Después llegaron Poppy y Rome.

Sus expresiones no dejaban lugar a dudas: alguien había avisado, y el mensaje era claro.

Alguien de los suyos estaba herido. Muy herido.

—¿Qué pasó? —preguntó Grace, sentándose frente a mí, con los ojos clavados en los míos.

La habitación se llenó de miradas expectantes.

De preocupación. De miedo. De rabia.

Tragué saliva. Sentí la garganta cerrarse.

Y, aun así, respondí.

—Fue por mi culpa.

Demon giró hacia mí tan rápido que pensé que iba a interrumpirme, pero no lo hizo.

Me dejó hablar.

—Yo… recibí un mensaje. Una amenaza. Con una foto. Era Kiran disfrazado de mí. Esa peluca rubia que se compró como broma. El vestido era mío. El bolso también.

Grace entrecerró los ojos.

—¿Una amenaza?

Asentí.

—Ya había recibido una antes. La ignoré.

—¿Y no dijiste nada? —preguntó Duke, con esa voz suya que no se eleva, pero que pesa.

—Pensé que… si me callaba, acabaría desapareciendo. Que no harían daño a nadie más.

—Dios… —murmuró Kookie, sentándose con las manos temblorosas.

Lukas no dijo nada, pero sus ojos se llenaron de furia.

La clase de furia que no grita, pero planea.

La que guarda rencor para el momento adecuado.

—Kiran se disfrazó de mí porque era algo que le gustaba hacer, era una broma nuestra.

—Y confundieron a Kiran contigo —dijo Rome.

Silencio.

Y entonces, Rome dijo lo que todos pensaban:

—Esto no termina aquí.

—Tenemos que encargarnos de esto —dijo Duke, con la calma que precede a las tormentas. No alzó la voz. No necesitaba hacerlo.

—Para eso necesitamos toda la información —añadió Rome, mirándome directamente—. Sin filtros. Sin omisiones. No somos tus enemigos.

Mi garganta ardía. No podía tragar.

—Fueron ellos. Los jugadores. Amigos de DarkHound —dije, y mi voz sonó como si no me perteneciera—. Él siempre hablaba de ellos, de cómo lo respaldaban. No sé sus nombres reales, solo sus nicks. Pero eran peligrosos. Lo sabía él y lo sabía yo.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —preguntó Poppy, sin dureza, pero sin suavidad.

—Porque pensé que no me harían nada. Que… se limitarían al juego. Que sus amenazas eran solo eso. Palabras.

—Y ahora Kiran está en el quirófano —espetó Duke.

Bajé la cabeza. No podía mirar a nadie.

—¿Tienes idea de por qué irían tras ti? —preguntó Poppy. Su voz era calma, pero su mandíbula estaba tensa como un cable a punto de romperse.

Respiré hondo. No quería decirlo.

Porque sonaba absurdo.

Porque me hacía sentir estúpida.

—No lo sé con certeza… —empecé, bajando la mirada—. Solo tuve contacto con DarkHound. Él me buscó, quiso que colaboráramos… durante un tiempo hablamos, sí, pero cuando noté que las cosas eran turbias, me alejé. Nunca hablé con los otros. Solo sabía de ellos porque él los mencionaba. Intentaron acercarse, pero no soy tan idiota como para meterme con un grupo así.

Rome, que hasta ahora había guardado silencio, cruzó los brazos.

Su mirada era la de alguien acostumbrado a ver lo peor del ser humano.

—Entonces tal vez creen que sabes algo. Aunque no lo digas, aunque no lo sepas. A veces, con gente así, la sospecha es suficiente.

—O quizás —dijo Demon, a mi lado, con los ojos como acero pulido—, te culpan por lo que le pasó a DarkHound.

—¿Que esté en la cárcel? —preguntó Grace en voz baja, como si decirlo en alto pudiera invocar algo peor.

Demon asintió.

—Fue su elección. Pero ellos no lo ven así. Para ellos, Elsa lo traicionó. Lo manipuló. Lo expuso.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kookie, con la voz quebrada—. ¿Ahora van tras todos los que están cerca de ella?

—No sabemos —dijo Rome—. Pero debemos asumir que sí.

—Esto es una locura —murmuré—. No hice nada. No los traicioné. Solo los ignoré.

—Y eso fue suficiente —intervino Lukas, su tono más ácido de lo normal—. No les diste lo que querían. Te convertiste en una mujer difícil. Intocable. Y, además, ganaste. En el juego. En la vida. Y ahora… con Demon.

Volví la vista hacia él.

Seguía ahí.

Firme.

Como si nada pudiera derribarlo.

—Estás construyendo algo real —dijo, sin apartar la vista de la mía—. Poder, influencia, aliados. Estás dejando de ser solo una jugadora brillante para convertirte en alguien que mueve el tablero.

Y ellos no pueden controlar eso. Quieren que tengas miedo. Que retrocedas. O que desaparezcas.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Vamos a cazarlos —dijo Rome, y su tono fue tan definitivo que me estremeció.

—Y te prometo —añadió Demon—, que esta vez nadie va a tocarte sin consecuencias.

Me cubrí la cara con las manos.

No lloré.

No podía permitírmelo.

Pero dentro de mí, todo crujía como vidrio roto.

Silencio.

Un silencio que no era incómodo, sino cargado.

El tipo de silencio que une más que mil palabras.

—Les daré todos los nombres —dije finalmente—. Todo lo que recuerdo. Cada alias. Cada conversación.

Porque ya no se trataba solo de mí.

Se trataba de Kiran.

Se trataba de todos.

Lukas se apartó del grupo, serio como un cirujano antes de una operación, y extendió la mano hacia mí.

—Tu móvil.

No lo pidió. Lo exigió.

Y yo… se lo di. Sin objeciones.

Sabía lo que iba a hacer. Quería revisar los mensajes del juego, especialmente los antiguos, cuando yo aún hablaba con DarkHound.

Había cosas ahí que había preferido olvidar.

Cosas que ahora podían servir como pistas.

—Está todo ahí —le expliqué, sentándome sin fuerzas en una de las sillas de la sala de espera—. Yo nunca borro los chats.

Lukas asintió sin levantar la vista.

Sus dedos volaban por la pantalla, demasiado rápido como para que fuera la primera vez que desarmaba la privacidad ajena.

Kookie se acercó por detrás, con pasos tan suaves que nadie la notó hasta que estuvo justo sobre su hombro.

—¿Qué haces? —preguntó, demasiado casual para ser inocente.

—Buscando mensajes relevantes —respondió Lukas, sin detenerse.

Ella inclinó la cabeza.

—¿Y si los relevantes son las conversaciones sucias entre Demon y Elsa? ¿Dónde están esas? Solo por motivos de archivo, claro.

Lukas alzó una ceja. Solo una.

—¿Archivo?

—¡Por seguridad emocional! —exclamó, como si fuera obvio —. Quiero saber si debo añadir ese tipo de intensidad literaria a mis libros.

Lukas bufó una risa casi imperceptible, pero no cedió terreno.

—Nada de eso está aquí. Elsa no mezcla negocios con placer.

—Mentira —dije sin pensar—. Lo mezclo todo el tiempo. Pero lo archivo mejor que tú.

Kookie soltó una carcajada y se dejó caer en la silla a mi lado, dándome un codazo leve.

—Solo bromeaba —susurró, bajando la voz—. Pero si tienen sexting, luego me lo pasas. Por ciencia.

Sonreí. Apenas.

Pero fue suficiente para no quebrarme.

Lukas seguía revisando.

Su rostro, grave.

Su concentración, absoluta.

Yo observaba sus ojos, no la pantalla.

Buscando señales.

Cambios de expresión.

Algún gesto que dijera lo encontré.

Nada.

Aún no.

Pero estábamos más cerca.

Cada conversación revisada era una grieta más en la oscuridad.

Y yo necesitaba ver la luz.

Aunque doliera.

Aunque revelara cosas que no quería recordar.

Porque si Kiran…

Dios, ni siquiera podía pensar en ello... no me iba a perdonar jamás.

Capítulo 16

Demon no, Nate sí

Elsa

La sala de espera había perdido el sentido del tiempo.

Las luces no cambiaban. El aire acondicionado seguía sonando igual de fuerte, igual de innecesario.

Todos los relojes eran mudos testigos de un reloj interno que solo marcaba angustia.

Horas.

Horas de nada.

Horas de imaginar lo peor, de rogar lo mejor, de quedarse atrapada en ese limbo llamado incertidumbre.

Yo estaba sentada, con los brazos cruzados y los nudillos hinchados.

El vendaje parecía un mal chiste.

Un intento patético de controlar algo que, claramente, estaba fuera de control.

A mi lado, Demon no decía nada.

Y, aun así, estaba diciéndolo todo.

Me había ofrecido su hombro una vez. Luego su mano. Luego su silencio.

Lo miré.

No supe por qué.

Tal vez por buscar algo que no me ofreciera miedo.

Algo que no tuviera sangre, ni culpa, ni recuerdos.

Y ahí estaba él.

Mirándome como si tuviera todo el tiempo del mundo para esperar a que yo respirara.

—Te duele —murmuró, sin levantar la voz.

—Un poco.

—¿La mano?

Asentí.

—Y todo lo demás.

Asentí de nuevo, y por un segundo sentí que se me iban a escapar las lágrimas.

Pero no. Aún no.

Aún no iba a derrumbarme.

—Ven aquí —dijo. No fue una orden. Fue una invitación disfrazada de susurro.

Me apoyé contra su pecho.

Su brazo se cerró a mi alrededor, firme, cálido.

Me sostuvo con una suavidad que casi dolía.

Como si yo fuera algo frágil. Algo que podía romperse si alguien respiraba demasiado fuerte.

Y quizás lo era.

Quizás ya estaba rota y solo él no lo sabía.

—¿Qué pasa por tu cabeza? —preguntó, después de unos segundos que no conté.

—Que esto es culpa mía. Que, si Kiran muere, no sé si voy a poder soportarlo.

Su mano subió a mi espalda, lentamente, como si estuviera dibujando un mapa invisible para volver a encontrarme.

—No puedes culparte por el mal que otros eligen hacer. Tú no lo empujaste. Tú no lo llamaste.

—Pero me seguía a todas partes. Siempre me defendía. Y yo… —tragué saliva—. Yo debería haberlo protegido.

—A veces el amor se parece mucho a la culpa —susurró—. Porque queremos que sea recíproco hasta en el sufrimiento. Pero no

lo es. Él te eligió. Y te eligió sabiendo todo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Demon me miró.

Y en sus ojos no había duda.

Solo una ternura salvaje que me revolvió el alma.

—Porque yo también te elijo. Todos los días. A pesar de todo. Incluso si duele.

Cerré los ojos.

No para dormir.

Solo para no romperme del todo.

El sonido de la puerta abriéndose fue como un disparo.

Todos nos levantamos al mismo tiempo.

El médico era joven, con la cara marcada por el cansancio y el uniforme manchado aún de sangre. La de Kiran.

Llevaba la mascarilla colgando del cuello y los ojos enrojecidos por horas de concentración.

Tardó dos segundos en hablar. Pero fueron los dos segundos más largos de mi vida.

—La cirugía abdominal ha terminado —informó, con una voz baja, profesional, sin adornos—. Logramos detener la hemorragia interna. Fue… complicado.

Duke fue el primero en dar un paso al frente, como portavoz tácito del grupo.

—¿Qué tan complicado?

El médico respiró hondo.

Hacía lo posible por no dramatizar, pero la tensión se le escapaba por los bordes.

—Tuvimos que extirparle el bazo. Además, una de sus costillas fracturadas había perforado el pulmón izquierdo.

Yo no me moví. No podía.

Sentía las uñas clavadas en la palma vendada, y ni siquiera lo notaba.

—El pulmón está respondiendo bien, por ahora.

Un murmullo de alivio contenido recorrió la sala.

Pero la pausa que hizo después no prometía nada bueno.

El médico dudó.

Ahí estaba la parte que no quería dar.

—Recibió un golpe muy fuerte en el lateral derecho del cráneo. El hueso no se fracturó, pero se produjo una contusión cerebral importante. El escáner mostró una inflamación moderada… pero preocupante.

Lo inducimos al coma farmacológico para darle tiempo al cerebro a desinflamarse.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Kookie, con la voz hecha jirones.

El médico bajó la mirada solo un segundo.

—Tenemos que esperar. Las próximas 48 horas son críticas. Si la presión intracraneal sube, habrá que intervenir de nuevo.

—¿Pero puede salir de esto? —preguntó Demon, su mano aún en mi espalda.

—Si no hay complicaciones, sí. Pero… el riesgo de daño neurológico existe. No podemos predecir cómo despertará. Ni cuándo.

Silencio.

Pesado.

Sólido.

Letal.

—¿Podemos verlo? —susurré.

El médico asintió, con esa expresión que parecía más pena que permiso.

—Uno por uno, por ahora. Está en la UCI.

Kiran seguía vivo.

Eso… eso era algo.

Por ahora.

—No quiero entrar sola.

Mi voz fue apenas un susurro, pero Demon ya lo sabía.

Ya me había leído los temblores en las manos, las uñas marcadas en la palma, los ojos clavados en el suelo desde que el médico nos dijo "no se parece al Kiran que conocen."

Él no dijo nada.

Solo asintió y caminó conmigo.

Cuando nos acercamos al pasillo de la UCI, las puertas automáticas se abrieron con un silbido metálico.

Dentro, el aire olía a desinfectante y electricidad estática.

Cada luz, cada pitido lejano, cada paso del personal médico pesaba como un recordatorio cruel de por qué estábamos ahí.

La enfermera en la recepción levantó la vista.

Nos escaneó de arriba abajo. Su mirada se detuvo medio segundo más de lo necesario en Demon. Lo noté.

La forma en que sus ojos se afilaron.

Como si no estuviera segura de si debía detenerlo… o pedirle el número.

Demon no la miró.

Me tomó de la mano.

Yo no lo solté.

—Vamos a entrar juntos —dijo, como si fuera un hecho innegociable.

La mujer pareció dudar. Abrió la boca para decir algo, pero otro enfermero asintió desde el fondo del pasillo. Y eso fue todo.

Seguimos caminando.

Yo más lenta, él firme.

Sintiéndome como si cruzáramos una línea sin regreso.

Kiran estaba en la última habitación del ala izquierda.

Cuando entramos, me detuve.

Y por un momento… mi corazón también.

No era él.

No podía serlo.

No ese cuerpo delgado conectado a tubos.

No esa cara tan vendada, tan amoratada, tan rota.

No esos labios secos, ni esa piel grisácea.

Tenía una vía en el cuello. Un tubo salía de su costado. Otro bajaba de la nariz.

El monitor a su derecha era un concierto de luces y líneas que no entendía.

Y, aun así, era él.

Mi amigo.

Mi sombra brillante.

Mi voz de fondo.

Mi espejo cuando yo no sabía quién era.

Sentí las piernas fallarme.

Demon me sostuvo antes de que cayera.

—Estoy aquí —susurró.

No fue romántico.

Fue un salvavidas.

Me acerqué a la cama, despacio, como si cada paso fuera una traición.

No quise tocarlo.

Tenía miedo de hacerle daño.

De quebrarlo más.

Solo me incliné un poco y hablé bajito.

—Hola, Kiran… Soy yo.

Una lágrima me cayó sin permiso.

—Sé que me puedes escuchar. Y… si puedes, quédate.

Por favor, quédate.

Me quedé en silencio.

Demon estaba detrás de mí.

Su calor.

Su presencia.

Su fuerza.

Cuando me giré, él abrió los brazos. Solo eso.

Y fui hacia ellos.

Porque a veces, lo único que puedes hacer… es no derrumbarte sola.

Volvimos al ático en silencio.

Las luces estaban apagadas, como si el lugar supiera que la esperanza se había quedado en la UCI.

Me quité los zapatos sin pensarlo y me dejé caer en el sofá.

No lloré.

No tenía energía ni para eso.

Solo cerré los ojos y deseé que el mundo dejara de girar por cinco minutos.

—Voy a hacerte algo de comer —dijo Demon, rompiendo el silencio como si fuera vidrio.

—No tengo hambre.

—No pregunté si tenías hambre.

Abrí los ojos.

Él ya estaba en la cocina, abriendo la nevera con ese gesto suyo tan normal, tan fuera de lugar en este día de mierda.

—Demon…

—Elsa.

Me miró desde la barra, una ceja levantada, un paquete de pan en una mano y una sartén en la otra.

Parecía listo para una guerra doméstica.

—De verdad. No puedo tragar nada. No quiero.

—¿Y qué quieres? ¿Seguir con la culpa y el estómago vacío hasta que te desmayes?

—Es mi culpa.

—No lo es.

—Ah, ¿no? ¿Entonces por qué está él en una cama y yo aquí?

—Porque el mundo es una mierda, no porque tú lo merezcas.

Su tono era firme.

No frío.

Solo lo suficientemente duro como para atravesarme sin quebrarme.

Suspiré.

—No quiero comida —dije, sin mirarlo.

Él se giró desde la cocina, aún con la cuchara de madera en la mano, la ceja levantada.

—¿Entonces qué necesitas?

Me levanté despacio, sin responder.

Crucé la distancia entre nosotros con pasos lentos, silenciosos, como si estuviera entrando en un lugar sagrado.

Me detuve justo frente a él.

—Otra cosa —susurré.

Y antes de que pudiera decir algo más, lo besé.

Lo besé con todo el cansancio, el miedo y el amor que no me atrevía a nombrar.

Sus labios se movieron contra los míos con una dulzura que me rompió.

Sus manos no me tocaron, pero su boca lo dijo todo.

No había palabras.

No hacían falta.

Porque ese beso era lo único que podía sostenerme esa noche.

—Por favor —susurré. Mi último intento desesperado.

Su frente tocó la mía, su aliento cálido sobre mis labios.

—No tienes que suplicarme —murmuró.

Mi estómago dio un vuelco. Lo sentí. Y me gustó.

Esos fueron mis últimos pensamientos coherentes mientras Demon me besaba, me cogía en brazos y caminaba al dormitorio.

Me besó y no pensé en nada. Solo en su lengua deslizándose en mi boca, y algo dentro de mí se desmoronó.

Me mareé, pero no de vértigo. Era él.

Su cuerpo, su boca, su intensidad.

Lo besé de vuelta.

Quería resistirme, en serio. Tal vez incluso podría haberlo hecho si no estuviera tan rota.

Tan desesperada.

Pero lo estaba.

Mis brazos rodearon su cuello cuando me puso de pie en el centro del dormitorio.

Mis dedos se hundieron en su cabello.

Era tan suave como parecía. Grueso, con esa onda rebelde que siempre quise despeinar.

—Por favor… solo quiero olvidar —susurré en su oído, mientras sus labios recorrían mi mejilla.

—Ok —respondió, con esa voz baja que me rompía toda defensa.

Su boca se deslizó detrás de mi oreja y me estremecí.

Giré el rostro, buscando su cuello con mis labios, y él lo supo.

Su mano se apartó de mi cintura, subió por debajo de mi camiseta y bajó lentamente por mi costado.

Esa zona era sensible.

Demasiado.

Me retorcí, no huyendo, sino acercándome más.

—¿Estás segura? —preguntó, levantando la mirada, buscando la verdad en mis ojos.

—Tal vez —susurré, casi sin aliento.

Él negó con la cabeza y me besó otra vez.

Creía que el beso anterior había sido serio.

Estaba equivocada.

Este lo fue.

Si antes me sentía mareada, ahora ni recordaba cómo se respiraba.

Sus manos recorrieron mi espalda, mi cintura, mi pecho.

Mis dedos bajaron por su camiseta, queriendo más piel, más de él.

Y cuando la levanté y se la quité, no se opuso.

Me empujó suavemente hacia la cama, pero se vino conmigo.

Su cuerpo alineado con el mío.

Su mano subiendo por debajo de mi camisa, bajando después por mi vientre hasta rozar mi pecho.

Me besó mientras tiraba torpemente de la copa del sujetador, y entonces su palma se apoyó directamente sobre mi piel desnuda.

Me arqueé.

El contacto me sacudió, pero su mano no se apartó.

Su dedo, lento, certero, empezó a trazar círculos sobre mi pezón.

Su boca seguía en la mía, como si no quisiera perder ni un segundo de conexión.

—Déjame quitarme la camisa —susurré entre besos.

—No he terminado —contestó él, sin dejar de dibujar círculos, haciéndome perder la cabeza.

Presioné más mi cuerpo contra el suyo.

—Nate, déjame quitarme la camisa.

Él levantó la cabeza y me miró, con esa expresión suya de peligro y devoción.

Esa que me decía que estaba exactamente donde quería estar.

Su dedo seguía ahí, como si tuviera su propio lenguaje.

—¿Nate? —preguntó, frunciendo apenas el ceño.

—¿Qué?

—¿Por qué Nate? —dijo, con una media sonrisa, aunque sus ojos ardían.

Le devolví la mirada, sin apartarme ni un milímetro.

—Porque decir Demon en este momento me hace sentir como si estuviera teniendo un desliz con un personaje de cómic.

Y esto… no se siente como un desliz.

Por un segundo, su sonrisa vaciló.

Y entonces… me besó de nuevo.

No hubo más palabras.

Solo piel. Calor.

Y el sonido exacto de dos corazones que ya no sabían estar separados.

Estaba mareada cuando por fin se movió y me quitó la camisa.

Le habría dado las gracias, pero me cubrió con su cuerpo y, con esa boca suya, empezó a recorrerme como si estuviera leyendo un mapa en braille.

Sus manos también hablaban, y lo hacían en todos los idiomas que mi piel entendía.

Antes de que pudiera procesarlo, mi sujetador había desaparecido.

Se agachó con una precisión que me hizo temblar, me quitó los zapatos y luego los vaqueros, como si desvestirme fuera algo que hacía todos los días.

Y entonces, sin una sola advertencia, sus manos separaron mis piernas… y su boca descendió, por encima de la tela de mis bragas.

Fue bueno.

No.

Fue glorioso.

Entonces me las quitó.

Y su boca volvió.

Y ahí… ahí fue mejor.

Mucho mejor.

De hecho, tanto que ya podía sentirlo crecer dentro de mí como una tormenta inevitable.

—Nate —dije, y sonó más a súplica que a nombre.

Pero su boca desapareció y él volvió sobre mí.

Lo miré, confundida, con las manos en sus hombros, presionando suavemente.

Aún no había terminado.

Yo no había terminado.

Pero él no cedió.

Hundió el rostro en mi cuello, rozándolo con la lengua como si eso pudiera calmar la urgencia.

—Estaba cerca —susurré, sin aliento.

—Lo sé —respondió, todavía ignorando la presión de mis manos.

Parpadeé, mirando al techo.

No sabía si quería reír, gritar o llorar.

—¿Por qué? —pregunté, frustrada.

—Porque aún no he terminado contigo.

Y claramente, no.

Intenté tomar el control. Al menos un poco.

Alcancé a desabrocharle el cinturón y el primer botón de sus vaqueros antes de que se apartara.

Se quitó las botas y los calcetines como quien se prepara para la batalla… o para una sinfonía.

Y yo...

Yo solo podía mirarlo.

Como si ya supiera que iba a rendirme.

Otra vez.

Tenía la mano entre mis piernas, y yo la suya, justo en la parte trasera de sus vaqueros.

Estaba tan cerca otra vez, jadeando contra su boca, cuando sus dedos se apartaron y subieron por mi vientre.

Abrí los ojos de golpe.

—¡Nate! —espeté, intentando aprovechar el momento, presionarlo, algo.

Mi cuerpo vibraba.

Jamás me había sentido así.

Él solo sonreía.

—No me sonrías, demonio. Termina lo que empiezas.

Me regaló un beso lento.

—Pídelo bonito —murmuró.

Gruñí.

Y ataqué.

Forcejeamos. Bueno, yo forcejeé.

Él solo me controló con una facilidad irritante.

Acabé boca arriba, muñecas atrapadas sobre mi cabeza con una de sus manos. La otra volvió a deslizarse entre mis piernas.

Su boca recorrió mi cuello.

Estaba a punto de nuevo.

Y él lo sabía.

Claro que lo sabía.

—Suéltame. Quiero tocarte.

Nada.

Solo su lengua trazando fuego en mi piel.

—Nate… —su nombre salió como un gemido. O un ruego. O ambas cosas.

Entonces, su mano se apartó y mi cuerpo se tensó.

—Por favor —susurré.

Él levantó la cabeza para mirarme.

Sus ojos. Dios, esos ojos.

Se apoyó sobre mí.

Yo abrí las piernas.

Cuando soltó mis muñecas, sus dedos bajaron a su bragueta, y yo le ayudé con los vaqueros.

Mi boca en su cuello, mi mano en su piel, lo toqué y sentí la respuesta inmediata.

—Dios, Elsa… —murmuró, con una sonrisa en la voz.

Intenté guiarlo, pero no lo permitió.

—Te quiero dentro, Nate. Ahora.

Apartó mi mano, tomó mis caderas… y me miró.

Fijo. Fuerte. Devoto.

—Por favor —dije otra vez. Casi un suspiro.

Y entonces… se deslizó dentro.

Se sintió hermoso.

Crudo.

Perfecto.

Arqueé la cabeza hacia atrás y lo rodeé con mis brazos.

—Elsa, mírame.

Lo miré.

Se movió dentro de mí y me robó el aliento.

—Eres mía —dijo.

Me moví con él. Apenas registraba sus palabras porque estaba creciendo de nuevo. Volviendo a ese borde.

—¿Qué? —pregunté, aturdida.

—Tú eres mía. Yo soy tuyo.

Se movió más rápido.

Más profundo.

Más... todo.

—¿Qué? —volví a preguntar, sin aliento.

—Tú y yo —repitió, su voz ronca, segura.

—Nate —susurré—, ¿podemos hablar luego?

Incliné las caderas y él entró más profundo.

—Dios, qué bien te sientes —murmuré, casi sin voz.

—Nena, intenta prestar atención —respondió, con ese tono suyo que mezclaba diversión y deseo.

Lo intenté.

De verdad.

Pero cada movimiento suyo me llevaba más cerca del abismo.

—¿Estás loco? —pregunté, jadeando—. ¿A partir de ahora, yo soy tuya y tú eres mío? ¿Nadie más?

Mis brazos se cerraron con fuerza a su alrededor… y mi cuerpo también.

Su mirada se volvió perezosa, cargada de placer.

—Eso sí que se sintió bien —murmuró.

—Demon…

—Nate —me corrigió, justo antes de besarme.

Y se movió.

Y yo me moví.

Y cuando finalmente me dejó caer... grité su nombre entre gemidos, sintiendo cómo todo se rompía y se recomponía al mismo tiempo.

Si hubiera sabido que el sexo podía ser así, habría dejado de posponerlo hace años.

Siempre pensé que…

No importa.

Miré a Demon y sonreí.

—Gracias por curarme el trauma.

Capítulo 17

Estoy de maravilla, gracias

Elsa

—¿Trauma? —preguntó Demon.

En ese instante me di cuenta de que no debía haber dicho nada. Ese fue el momento exacto en el que lo perdía todo.

¿Pensaban que yo era la reina del hielo porque sí? No. No era solo una pose. Era un escudo. Una maldita armadura soldada con recuerdos que nadie quería escuchar.

Si la verdad salía a la luz, nadie querría quedarse. Ni como amigo. De amante o novio, ni hablar.

—Ignora lo que he dicho —murmuré, obligando una sonrisa que sabía que no engañaba a nadie. Me incorporé, o al menos lo intenté.

Demon no se movió. No me lo permitió.

—Habla —ordenó. Una sola palabra. Dura. Intensa. A juego con su ceño fruncido y la forma en que sus ojos me taladraban.

¿Qué opciones tenía?

Mentir. Siempre era una opción. Pero si algo había aprendido es que las mentiras se pudren por dentro. Y eventualmente, todo sale a la luz.

Podía marcharme. Decir que cambié de opinión, que ya no me interesaba esto, que solo fue un juego. Una curiosidad. Un reto

estúpido para ver si conseguía al gran Demon.

Sí. Eso era. La salida fácil.

Sonreí. No tenía ganas, pero lo hice igual. Fingí que todo estaba bajo control.

—Mira, Demon, esto fue divertido, pero se está complicando demasiado. ¿Qué te parece si lo dejamos aquí, decimos adiós y seguimos siendo amigos?

—¿Amigos? —repitió, gruñendo. Su cuerpo se tensó encima del mío.

—¿Tú te das cuenta de dónde estamos? ¿De dónde estoy yo? —Y se movió, como si necesitara recordármelo. Pero ¿cómo iba a olvidarlo? ¿Cómo iba a borrar la forma en que su cuerpo encajaba con el mío?

—Escucha, Demon… —intenté, pero no me dejó terminar.

—¡Nate! —corrigió, la voz ronca—. Estás en mi cama. En mis brazos. Con o sin ropa. Me llamas Nate. ¿Entiendes, muñeca?

Vi rojo.

No por su tono. Por su palabra.

—Muñeca —repetí, con el veneno exacto que merecía—. Yo no soy la muñeca de nadie.

—Elsa, querida, respira profundamente y dime qué ha pasado.

—No soy tu querida. Ni tu muñeca. Ni ahora ni nunca. Nadie me dice qué hacer. Me he ganado el derecho de vivir como se me dé la gana.

Demon me miró con algo nuevo en los ojos. Dolor, tal vez. O miedo.

—Ese derecho no deberías habértelo tenido que ganar —dijo con suavidad, ajeno al fuego que me consumía por dentro.

—¿Quieres saber? Bien. Vas a saberlo.

Me aferré a él con fuerza, impidiendo que se moviera.

—Díselo a mi padre. A mi abuelo. A los hombres que, cuando yo tenía diecisiete años, me obligaron a casarme con un viejo asqueroso. La noche de mi cumpleaños número dieciocho, en vez de celebrarlo, lo pasé en su cama. Porque era mi deber de esposa.

—Elsa…

Intentó incorporarse. Esta vez fui yo quien no lo permitió.

—No, Nate. Ahora me escuchas.

Sus ojos se clavaron en los míos. Calló. Por fin.

—Yo era una Vinter. Y las Vinter no se rebelan. Se sacrifican. Me vistieron con encaje blanco de miles de euros. Me colgaron los diamantes de la bisabuela al cuello. Y me casaron con un hombre que podría haber sido mi abuelo.

—Dios…

—Esa noche me emborraché. Porque no podía ni imaginar lo que me esperaba. Y a la mañana siguiente… me desperté desnuda. En su cama. A su lado. Y él estaba muerto.

Demon dejó de respirar. Literalmente.

—Durante años pensé que lo había matado yo.

Demon no se movió. Ni un músculo. Solo su respiración, pesada, como si contuviera algo más oscuro que rabia.

—Tardé unos segundos en entender qué pasaba. Luego me arrastré fuera de la cama, me puse lo primero que encontré encima y abrí la puerta. Estaba mareada, desorientada… y allí estaba él. El hijo de mi marido. Lancelot. Solo cinco años mayor que yo.

Tragué saliva. La garganta me ardía.

—Me miró como si entendiera todo. No me hizo preguntas. No me gritó. Me llevó al sofá, me dio una manta y un vaso de agua, y llamó a los médicos. A los abogados. A mi madre. Se encargó de todo.

—¿Y tú? —susurró Demon.

—Yo… fingí que estaba en shock. Que no recordaba nada. Ni siquiera tuve que mentir, porque era verdad. Y nadie, ni una sola persona, se preguntó qué me había pasado a mí. Solo querían que el escándalo no saliera en prensa. Que el apellido Vinter siguiera limpio. Como si yo también me hubiera muerto esa noche… pero con los ojos abiertos.

Me pasé una mano por el rostro, intentando borrarlo todo. No funcionó.

—Durante un tiempo creí que lo había matado, pero luego vi el informe de la autopsia. Su corazón falló. La parte buena es que falló antes de que me convirtiera en su esposa. Y eso… eso no se lo dije a nadie. Mi secreto. Lo que me hizo ganar mi libertad, porque yo ya había cumplido con mi deber. Era una viuda. Una mujer cuyo marido falleció en la noche de bodas. Y créeme, Demon, ahí afuera hay hombres para los que eso es un límite que no quieren cruzar. Soy la viuda negra.

Demon se inclinó y apoyó la frente contra la mía. No era un gesto de lástima. Era un pacto silencioso.

—No me mires diferente —dije, con un hilo de voz.

—Te miro como siempre —respondió él, sin apartarse—. Con deseo. Con rabia por lo que viviste. Y con más ganas de protegerte de las que tengo derecho a sentir.

Solté una risa pequeña, temblorosa. No tenía humor, pero sí verdad.

—¿Me estás diciendo que ahora sí soy tu muñeca?

—No, joder —susurró, besándome la frente con una ternura feroz—. Eres mi reina.

Mi estómago eligió ese momento para recordarme que no había comido en todo el día.

—Y ahora seré tu sirviente y bajaré a preparar tu comida —dijo Demon, sonriendo. Después de un beso breve en los labios, se

levantó. Se puso unos vaqueros y salió del dormitorio, guiñándome un ojo.

Después de un momento en el cuarto de baño, bajé envuelta en una de sus camisas.

La cocina olía a ajo, mantequilla y algo más que no pude identificar.

Demon estaba de espaldas, descalzo, con los vaqueros bajos en la cadera y una camiseta negra ajustada. Revolvía algo en una sartén como si lo hubiera hecho toda la vida.

—¿Desde cuándo cocinas? —pregunté, cruzando los brazos.

—Desde que descubrí que tus cenas suelen consistir en café, aire y trauma emocional.

Rodé los ojos, pero no rebatí. Tenía razón.

—¿Qué es eso?

—Pasta con camarones, espárragos y champiñones. Albahaca fresca.

Lamento no tener caviar, princesa, pero estaba agotado en el supermercado.

—¿Fuiste al supermercado?

Se giró, sonriendo de lado.

—No. Lo pedí por una aplicación. ¿Crees que voy a hacer cola con señoras peleando por el último paquete de espinacas?

Me reí bajito.

Él me miró, y su sonrisa se suavizó.

—Quiero que comas algo. No solo por lo de hoy. Quiero que estés fuerte.

Quiero cuidarte, aunque a veces te pongas insoportable.

—¿Insoportable?

—Adorablemente insoportable —corrigió, sacando dos platos y sirviendo con precisión militar.

Llevó todo a la mesa del ventanal, esa con vistas al puente iluminado.

Había encendido una vela. Una. No por efecto dramático, sino porque, según él, las luces frías del techo arruinaban el ambiente.

Comimos en silencio unos minutos.

El tipo sabía cocinar. O al menos sabía qué pedir. Estaba delicioso.

—¿Esto es parte del plan de conquista? —pregunté, levantando una ceja mientras jugaba con un camarón.

—No. Esto es parte del plan si no comes, te desmayas, y no tengo seguro médico internacional.

—¿Y si te digo que esta es la mejor cena que he tenido en semanas?

—Entonces mañana te preparo el desayuno.

—Eso ya lo hiciste.

—Sí, pero esta vez con tostadas que no parezcan armas de guerra.

Solté una carcajada. Genuina.

Me dolía la mandíbula de tanto contener emociones todo el día.

Esto… esto era necesario. Él lo sabía.

—Gracias —murmuré.

—¿Por la cena?

—Por seguir aquí.

Me miró. Largo. Intenso. Como si quisiera aprenderse cada parte de mi cara.

—No tienes que darme las gracias por eso, Elsa. Soy el que se siente afortunado de seguir aquí.

Me incliné hacia él y rocé su mano sobre la mesa. Él no la soltó.

Nos quedamos así un segundo más.

El mundo allá afuera estaba lleno de amenazas, cicatrices y enemigos invisibles.

Pero por un momento…

Solo estábamos nosotros.

La cena terminó con platos vacíos, una copa de vino y una sonrisa lenta que se arrastró entre nosotros como una promesa.

—¿Lista para dormir? —preguntó Demon, recogiéndome con la mirada más que con las manos.

Asentí, pero no me moví. Me quedé quieta en la silla, observándolo.

Él tampoco se levantó.

Estábamos atrapados en ese espacio silencioso donde las palabras sobran y los cuerpos empiezan a hablar.

Me puse de pie primero. Me acerqué despacio, como si el suelo pudiera romperse. Me senté sobre él, a horcajadas, y su respiración cambió. Sus manos me rodearon la cintura con esa mezcla suya de fuerza y delicadeza que me enloquecía.

—Solo un poco —susurré, contra sus labios—. Solo necesito… recordarlo.

—¿Recordar qué?

—Que sigo viva.

El beso fue lento, cálido, profundo. Como si me envolviera con fuego para alejar la oscuridad.

Sus manos subieron por mi espalda, y mis dedos encontraron el borde de su camiseta. No llegamos muy lejos. Solo lo suficiente.

Lo suficiente para que sus labios bajaran a mi cuello, para que mis uñas se hundieran en sus hombros, para que la respiración se cortara en mi garganta justo antes de que él murmurara:

—Mi cama ya está maldita para cualquiera que no seas tú.

Me reí contra su boca.

Dormimos entre sábanas revueltas y caricias suaves.

Nada más.

Nada menos.

∞∞∞

Me desperté con el sol filtrándose entre las cortinas pesadas del ático y el sonido de un timbre que no paraba de sonar.

Demon gruñó, se giró en la cama, me envolvió con un brazo y dijo algo que sonó a "explosivos".

—Timbre —dije, golpeándole el pecho con suavidad.

—Que explote la puerta.

Escuché voces desde la entrada. Voces conocidas. Rápidas.

Y luego, la risa de Kookie, que siempre sonaba como si supiera algo que los demás no.

Me senté en la cama, aún envuelta en las sábanas, justo cuando se oyó su grito por el pasillo:

—¡Elsa! ¿Estás viva o te mató el sex appeal de Demon?

Demon gruñó a mi lado y se tapó la cabeza con la almohada.

—Por favor, que se haya equivocado de piso —murmuró con voz ronca.

—¡Lo oí, Demon! —gritó Kookie desde la otra habitación—. Y no me importa. ¡Sal o te saco a cucharadas!

Lukas habló entonces, mucho más calmado:

—Solo venimos a hablar. Y a traer café. Pero sobre todo… hablar.

Suspiré. Porque claro, la paz duraba lo mismo que una prenda interior en esta casa: lo justo para ser descartada.

—¡Dame tres minutos! —grité desde el dormitorio.

—Te doy cinco. Pero solo porque sé que estás desnuda —respondió Kookie, divertida—. Y me parece justo que Demon se quede con el espectáculo privado.

Rodé los ojos y miré a Demon, que ahora me observaba desde la almohada con una ceja levantada.

—¿Vas a vestirte o prefieres que salga a recibirlos en mi gloria matutina?

—Si sales así, Kookie no vuelve a mirarte a los ojos nunca más.

—Tal vez ese sea el plan —dijo, y me guiñó un ojo antes de levantarse.

Y justo en ese instante… supe que la paz había terminado. Otra vez.

Demon tardó dos coma tres segundos en salir de la ducha con una toalla atada alrededor de la cintura y el agua goteando de su cabello.

—Todo tuyo, reina —dijo.

No sabía si se refería a sí mismo o al cuarto de baño, pero elegí no decir nada y me apresuré hacia la puerta, cerrándola tras de mí.

Cuando salí del baño, ya vestida, Demon estaba sentado en el borde de la cama con la camisa desabrochada y cara de querer desayunarme otra vez.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó, con esa voz suya que sabía hacerme olvidar cómo andar.

—A enfrentar a tus amigos y los míos con la dignidad de una mujer vestida.

Se levantó y me atrapó por la cintura en dos pasos.

Sus manos encontraron mi espalda, su boca la mía.

Fue un beso lento, de esos que no piden permiso, pero sí rendición.

—Ahora sí —susurró, soltándome solo un poco—. Lista para el mundo.

Rodé los ojos y le empujé el pecho, sin fuerza real.

—Presumido.

—Tu culpa por besarme como si fueras mía.

Y sin responder, me giré hacia la puerta.

Aunque sonreía.

Aunque sentía que me deshacía por dentro.

Kookie ya estaba de pie en el salón con su habitual energía nuclear y un café en la mano.

—Por fin, bella durmiente —dijo, dándome una taza como si fuera una espada—. Café. Por si vuelven los demonios.

—Uno de ellos está justo detrás de mí —murmuré, tomando el café.

Lukas alzó la vista desde su portátil. Me miró.

Realmente me miró.

—¿Estás bien?

No era una pregunta de cortesía.

Y eso fue lo raro.

Asentí, aunque la respuesta real era un campo minado.

No lo sabía. Pero estaba aquí. Respirando.

Y eso ya era un lujo.

Kookie se dejó caer en el sofá como si fuera su casa.

—Te juro que si hace tres meses alguien me decía que tú y yo íbamos a estar tomando café juntas en el ático de Demon, habría apostado mi cuenta del juego a que era mentira.

—Yo también —murmuré.

Y no sabía si me refería a ella… o a mí.

¿Cómo había pasado esto?

¿Cuándo dejé de ser la amenaza y pasé a ser… parte del grupo?

Todavía me desconcertaba.

Pero, al mismo tiempo, era cálido.

Cómodo.

Como si, por primera vez, no estuviera sola en una sala llena de gente.

—Hemos venido porque necesitamos tu ayuda —dijo Lukas, sin rodeos—. No estamos avanzando lo suficiente con los datos sobre los atacantes de Kiran. Son buenos. Demasiado buenos. Y creemos que si tú los contactas desde tu cuenta del juego, podrían morder el anzuelo.

Lo miré. Luego a Kookie.

El nudo en mi pecho volvió. Uno distinto al de anoche. Este era más parecido a miedo.

—¿Queréis que les escriba? —pregunté, con la voz un poco más baja.

—No sola —dijo Kookie—. Pero eres la única con acceso a ese grupo. Tú tenías a DarkHound en tu lista. Solo queremos que los provoques un poco. Que se muestren.

—Es peligroso —añadió Demon, apoyado en la puerta—. Pero podría ser la única forma de atraparlos.

Miré mi café. Luego el móvil.

Dudé.

Pero no por miedo a ellos.

Por miedo a lo que podía encontrar.

—¿Faltaba alguien para completar el equipo Scooby-Doo? —preguntó una voz desde la entrada.

Me giré justo a tiempo para ver a Grace entrar como un torbellino perfectamente peinado, con una caja blanca de pastelería en las manos y gafas de sol en lo alto de la cabeza, pero que claramente formaban parte del uniforme.

—¿Cómo entraste? —preguntó Demon, sin molestarse en ocultar su escepticismo.

—Le sonreí al portero. Y le prometí croissants.

—No tengo portero.

—Entonces probablemente era algún vecino. Quédate con los croissants —dijo, dejando la caja sobre la isla—. Vengo con apoyo emocional… y azúcar.

Kookie ya estaba despegando la tapa con la reverencia de quien abre un tesoro nacional.

—Esto es arte —murmuró—. Donuts glaseados, croissants rellenos, muffins de triple chocolate y... ¿es eso una mini tarta de queso?

—Una por cada cagada que estamos arreglando —dijo Grace. No sonreía del todo, pero su tono no era cruel. Era solo… honesto.

—¿Viniste por Kiran? —pregunté, tonta por querer saber.

—Vine porque todos estamos aquí —dijo simplemente—. Y cuando el infierno se desata, yo traigo azúcar. Es lo que sé hacer.

No hubo abrazos. No los esperaba. No los necesitaba.

Pero hubo algo en su forma de mirarme, rápida, medida, como si aún estuviera decidiendo si volver a confiar… y eso me pareció más real que cualquier perdón prematuro.

Me limité a asentir, bajando la mirada, mientras Kookie le daba un buen mordisco a un muffin.

—¡Vale cada trauma! —balbuceó con la boca llena.

—¿Sabes pelear? —preguntó Demon, aun mirándola como si sospechara que Grace había entrado con una identidad falsa.

—No —respondió ella, abriendo la caja de té con la misma energía de quien saca cuchillos—. Pero tengo buen gusto y cero miedo a los hombres con armas. Algo se me ocurrirá.

Lukas no levantó la mirada del portátil.

—Voy a necesitar triple café para soportar esto —murmuró.

Y yo, contra todo pronóstico, sonreí.

No del todo. No sin peso.

Pero sonreí.

Porque a pesar de las ruinas, aún quedaba algo que podía construirse.

—¿Han dicho algo más sobre Kiran? —pregunté en voz baja, como si gritar pudiera romper algo más dentro de mí.

Lukas negó desde el rincón donde estaba, serio como una montaña.

—Sigue estable. Pero no despierta. Están controlando la presión intracraneal con medicación, y los próximos dos días serán clave.

Asentí, aunque por dentro gritaba.

—Es fuerte —añadió Kookie, masticando con fuerza un trozo de croissant como si fuera la garganta de quien lo hirió—. Va a despertar. Seguro que sí. Solo necesita tiempo… y quizás un vestido nuevo. Yo también despertaría si me enseñan la nueva colección de Valentino.

Lukas la miró de reojo, pero no dijo nada.

—¿Y Sally? —dije entonces.

La habitación se tensó. Silencio.

Demon se aclaró la garganta.

—Seguimos buscando.

—Claro —murmuré—. Secuestrada, sin noticias, sin rastro. Perfecto. Eso me deja tan tranquila.

—Elsa —intervino Demon, su voz baja pero afilada—. No empieces.

—¿Yo? ¿Empezar? Solo estoy procesando el hecho de que uno de mis mejores amigos está inconsciente y la única chica que me soportaba está desaparecida. Estoy de maravilla, gracias.

Me crucé de brazos, la ironía como escudo.

Demon se acercó, me rodeó con un brazo y me obligó a recostar la cabeza en su pecho.

—Respira. Te tengo.

—¿Y si no puedes con tanto?

—Entonces lo cargo igual —respondió, con esa arrogancia suya que, por desgracia, me gustaba demasiado—. Pero no vas a romperte, reina. No mientras esté yo aquí.

Capítulo 18

Champán, escándalo y confesiones

Elsa

El hospital olía a desinfectante y a esperanza vencida.

A esas cosas que se quedan pegadas a la piel cuando el tiempo no avanza.

Kiran seguía sin despertar.

Entré en la habitación con paso lento, conteniendo el aire, como si mi sola respiración pudiera romper algo más. Demon me dejó en la puerta; su mano cálida bajó por mi espalda hasta apoyarse en la base, solo un segundo. No dijo nada, pero tampoco necesitaba hacerlo. Su presencia era suficiente.

Kiran seguía allí. Quieto. Palidísimo bajo la sábana blanca que le llegaba hasta el pecho, con una vía en el brazo y el rostro aún cubierto de moretones que la medicina no había alcanzado a borrar. No lo reconocería si no fuera por las pestañas absurdamente largas y el esmalte brillante en una uña, que se había negado a quitarse después de una apuesta.

El corazón se me apretó.

—Hola, K —mi voz sonó baja, irreconocible, pero firme—. No es por presionarte, pero te estás perdiendo todo el drama. Incluso hay donuts, ¿vale? De los buenos. Con relleno.

Me senté a su lado, cogí su mano vendada entre las mías y contuve las lágrimas con una rabia antigua.

Esa que siempre había servido para empujar el dolor hacia un rincón oscuro.

No funcionó esta vez.

—Necesito que te despiertes. No por mí. Por ti. Porque nadie más va a decirme que mi abrigo parece de institutriz rica en vacaciones. Y porque… —respiré hondo— porque no puedo perderte también a ti.

Escuché pasos detrás de mí.

No me giré enseguida. Tal vez porque ya sabía quién venía. Tal vez porque tenía miedo de que, si lo hacía, Kiran despertaría en ese momento y no me vería allí.

—Elsa —dijo una voz suave, femenina. Serena. Educada hasta la frialdad.

Me giré.

Olivia estaba en la puerta. Theresa, más atrás, con una expresión entre el odio y la culpa. Las dos llevaban ropa impecable. Olivia, un traje sobrio de dos piezas; Theresa, un vestido largo beige con un bolso ridículamente pequeño.

Me levanté lentamente. Demon ya estaba junto a mí. Puso la mano en mi cintura, firme.

—Buenos días —dije. Mi voz no tembló. Gracias a todos los demonios.

—¿Cómo está? —preguntó Olivia, sin acercarse aún. Miraba a Kiran, pero no podía evitar lanzarme miradas fugaces.

—Estable. Sigue dormido. Pero vivo.

Theresa soltó un suspiro audible. Como si ella también hubiera estado conteniendo algo desde que ocurrió todo.

Hubo un momento en que pensé en salir de la habitación para dejarlas solas con él. Pero no lo hice. Y ellas tampoco lo pidieron.

—Le dejamos esto —dijo Olivia, acercándose solo lo justo para dejar una bolsa en la mesita de noche. Dentro se veían productos de cuidado personal, libros, una manta de cashmere. Cosas que decían importas, aunque el tono de su voz dijera otra cosa.

—Gracias —respondí.

Y entonces Olivia me miró. De verdad. Como si acabara de permitirse recordar quién era yo.

—No pensé que vendrías —murmuró.

—Y yo no pensé que me aguantarías —repliqué, con una pequeña sonrisa—. Pero ambos estamos aquí. Por él.

Olivia asintió. Y por un segundo, sus ojos se suavizaron. No había perdón. No había acercamiento real. Pero había… tregua.

—Si despierta antes de que regresemos, avísame —dijo, sacando una tarjeta y dejándola sobre la mesa.

Y sin más, se dieron media vuelta y se fueron.

Demon me atrajo hacia él con una mano. Besó mi sien.

—Bien hecho —susurró.

—No he hecho nada.

—Exacto. Has sido diplomática. Eso cuenta como milagro para ti.

Puse los ojos en blanco, pero mi mano encontró la suya al salir de la habitación.

Fuera hacía sol. Un día absurdo para tanto dolor.

Bajamos a la cafetería del hospital. Pedí café y una tostada que seguramente sabía a cartón, pero la acepté igual. Demon me pasó el azúcar sin que yo lo pidiera.

—¿Crees que despertará pronto? —pregunté.

Él me miró.

Sus ojos eran dos tormentas conteniendo marea.

—Creo que, si alguien puede, es Kiran. Porque tú lo estás esperando.

Y respiré un poco más hondo.

Volvimos al ático para una tarde tranquila.

Ja.

Estaba dando el primer sorbo a un café decente, con Demon a mi lado leyendo algo en el móvil, cuando sonó el mío. No timbró. Solo vibró. Una vez.

Lo miré. Un mensaje sin remitente.

"Te has librado una vez. La próxima no lo conseguirás."

El café se volvió hielo en mi boca.

Demon lo notó al instante.

—¿Qué pasa?

No respondí. Solo le pasé el móvil. Sus ojos recorrieron la pantalla y su mandíbula se tensó. Fue tan inmediato que juraría haber escuchado cómo le crujía.

—Esto es una amenaza directa —sacó su móvil y marcó—. Lukas, necesito que vengas al ático. Urgente. Trae el portátil.

Abrí el juego. Me conecté a la cuenta. Entré al chat global, luego al privado, donde tenía bloqueados a la mayoría de los imbéciles de MLI. Por deporte. Por salud mental.

Pero ahí estaba.

DarkHound. Conectado.

El mundo se detuvo.

No podía ser. Él estaba en la cárcel. Demon me lo había confirmado.

Entonces... alguien estaba usando su cuenta.

Alguien con acceso. Y con la suficiente estupidez como para no disimularlo.

—Demon —dije, mi voz cortante como una navaja—. Está conectado.

Él se acercó y miró la pantalla.

—¿Estás segura de que es su cuenta?

—Sí. Tiene la foto, el nombre, el título… y hasta la maldita mascota. Esa cuenta es suya.

En ese momento, Lukas entró por la puerta sin saludar. Solo con el portátil en la mano y cara de pocos amigos.

—¿Qué pasó?

—DarkHound está online —dijo Demon, mientras Lukas dejaba el portátil en la mesa y comenzaba a conectarlo al mío con un cable.

—¿Qué? ¿Él no…?

—Exacto —respondí—. No puede estar en línea, pero ahí está. Así que alguien la tiene. Y está vigilando.

Me senté, abrí el chat y escribí.

Elsa (PaL): Qué pena. Ni siquiera podéis golpear bien. Os equivocasteis de rubia. Punto menos por incompetencia.

Tardaron solo tres segundos en responder.

DarkHound (MLI): Creí que ya habías aprendido. Hablar tiene consecuencias.

Elsa (PaL): Sí. Pero también las tiene ser un grupo de imbéciles con trauma de poder y una obsesión enfermiza con mujeres más inteligentes que ustedes. El historial lo confirma.

Lukas soltó una risa baja, seca.

—Dios, me encanta cuando entra en modo francotiradora verbal.

—¿Estás grabando todo? —preguntó Demon sin apartar la vista de la pantalla.

—Desde que escribió la primera palabra —respondió Lukas.

DarkHound (MLI): Te crees a salvo porque estás rodeada de ellos. No siempre estarán contigo.

Elsa (PaL): A diferencia de ustedes, no necesito guardaespaldas para ser relevante. Pero gracias por pensar en mí. Espero que Kiran te visitara en sueños mientras te borraba el rímel con una bofetada.

El silencio fue tangible. Lukas tecleaba a toda velocidad, intentando rastrear dirección IP, ubicación, algo.

DarkHound (MLI): Vas a pagar por todo.

Elsa (PaL): Me encantaría. ¿Aceptáis American Express?

—No lo provoques más —dijo Demon, tenso, aunque sus dedos descansaban en mi cuello como un ancla.

—Estoy siendo educada. Para mis estándares.

Elsa (PaL): Por cierto, si vais a intentar asesinarme, al menos disimulad un poco mejor. Usar la cuenta de un preso no grita exactamente "mente criminal brillante". A este paso, os atrapan solos.

La cuenta se desconectó. De golpe. Como si hubiera notado que la situación se les iba de las manos.

—Desconectaron —anunció Lukas—. Pero ya tengo la IP. O al menos parte de ella. Va con proxy, pero con tiempo lo rastrearemos.

Demon se agachó a mi lado. Su mano en mi espalda, su mirada en mis ojos.

—¿Estás bien?

Asentí, aunque no del todo.

El miedo seguía ahí, agazapado. Pero también estaba la adrenalina.

La certeza de que algo más grande venía.

Y de que esta vez no iba a correr.

—Voy a atraparlos —dije. Ni una duda en mi voz.

—Lo sé —susurró Demon.

—¿Y luego?

—Luego, cariño, se desatan los demonios.

Me giré hacia Lukas, que ya tecleaba como si su vida dependiera de ello.

—¿Lo viste todo?

—Sí. Eres un genio del mal. Y una joya sarcástica.

—Gracias, lo intento.

—¿Sabes qué es lo peor? —dijo, sin mirarme—. Que les diste justo donde les duele. Humillación, sarcasmo brillante y una mujer que no se quiebra.

—Y que se burla de ellos con gifs, no lo olvides.

—No lo olvidaremos jamás —intervino Demon, con media sonrisa.

Y aunque sabía que el peligro seguía ahí, que esto era solo el comienzo, esa noche… por primera vez desde el ataque a Kiran, sentí algo parecido a poder.

—Esto va a llevar horas —gruñó Lukas, sin despegar la vista del portátil.

—¿Horas tipo "pon una playlist y pide pizza"? —pregunté, apoyándome en el respaldo del sofá.

—Horas tipo “olvídate de la cena y cancelad la vida social”.

Me levanté.

—Perfecto.

—¿Perfecto? —repitieron Demon y Lukas al unísono.

Me estiré los brazos como quien se prepara para escalar el Everest y me dirigí a la cocina con decisión. Demon me siguió con la mirada, claramente confundido.

—¿Dónde vas?

—A preparar la cena.

Demon se quedó tan inmóvil que juraría que se le había apagado el sistema operativo por un segundo.

—¿A preparar la qué?

Me giré hacia él con una ceja levantada.

—La cena. Esa cosa que la gente normal hace cuando tiene hambre y no quiere morir de hipoglucemia. ¿Te suena?

—¿Tú cocinas?

—Sí, Nate. También sé respirar, caminar y hacer transferencias bancarias sin ayuda. Sorprendente, lo sé.

Kookie, que acababa de entrar, soltó una carcajada.

—¿Quién cocina? ¿Tú? ¡Necesito grabar esto!

—Hazlo y dormirás en la calle —dije, abriendo la nevera y haciendo inventario.

—Por favor, como si no tuviera ofertas para pasar la noche.

Lukas gruñó, pero no tuve tiempo de prestarles más atención. Demon se había acercado, todavía mirándome como si estuviera a punto de desactivar una bomba.

—¿En serio sabes cocinar?

—¿Por qué todo el mundo actúa como si fuera un panda haciendo malabares?

—Bueno… con tu historial de incendios emocionales, nadie apostaría por ti frente a un fogón —murmuró Lukas desde el sofá.

—¡Ajá! ¡Sabía que lo pensabais! —exclamé, sacando huevos, queso y una cebolla que necesitaba terapia intensiva.

—¿Qué vas a preparar? —preguntó Kookie, acercándose como si estuviera viendo un documental de National Geographic.

—Una cena que no nos mate —respondí, lavándome las manos—. Algo rápido, cálido y sin ingredientes exóticos. No pienso envenenar a nadie esta noche. Al menos no con comida.

—Eso suena... intimidantemente razonable —dijo Demon, apoyado ahora en el marco de la puerta, con esa media sonrisa que usaba cuando no sabía si besarme o esposarme.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome como si fuera un fenómeno de circo o vas a poner la mesa?

Me guiñó un ojo.

—Sí, chef.

Y así, con música de fondo y olor a cebolla dorándose en la sartén, comenzó la cena más extraña que habíamos compartido. No era solo la comida. Era el equilibrio raro que habíamos encontrado. Entre amenazas, sarcasmos, silencios tensos y miradas que decían más que cualquier plan de ataque.

El fuego estaba encendido.

Y, por una vez… no quemaba.

Todavía no había puesto el agua a hervir cuando el timbre sonó.

—Si es otro hacker misterioso, hoy no estoy —dije, girándome hacia Demon.

—Tranquila, muñeca letal, no eres tú la que abre la puerta en esta casa.

Me giré para replicar, pero él ya había salido. Lo escuché abrir, y su inconfundible "¿Qué diablos…?" fue seguido por la voz de Grace:

—¡¿Dónde está mi chef favorita?! ¡Duke, deja las flores ahí y ayúdame con la caja!

—¿Flores? —murmuré, saliendo de la cocina justo a tiempo para ver a Grace entrando como si fuera la dueña del lugar, con una caja de repostería bajo el brazo y Duke detrás con un ramo y su sonrisa de "hoy no pienso discutir".

—Traje apoyo emocional en forma de dulces —dijo Grace, dejándolos sobre la isla de la cocina y abrazándome como si

fuéramos amigas de toda la vida.

—¿Tú apoyando con carbohidratos? Qué sorpresa.

—No. Estás cocinando. Eso sí que es raro.

Antes de que pudiera contraatacar, una tercera voz se sumó al caos.

—¿He oído "delantal"? —canturreó Denci, entrando como una brisa elegante con dos botellas de champán en las manos y una sonrisa peligrosamente amplia—. No me lo perdía por nada del mundo.

—No hay delantal —dije, retrocediendo un paso.

—Habrá fotos —respondió Denci, ya sacando el móvil.

—Habrá represalias —le advertí.

—¿Y se supone que esto es una cena informal? —preguntó Duke, que ya había dejado las flores en un jarrón que encontró como por arte de magia.

— —Informal, sí. Pacífica… todavía lo estamos negociando — comentó Demon, volviendo con cara de "esta gente está loca, pero los quiero igual".

Kookie se unió a Denci en la cocina, peleando con el corcho del champán mientras yo trataba de mantener a raya los ingredientes y mi sanidad mental. Estaba preparando pasta, algo simple, pero el caos que me rodeaba parecía digno de una cena estatal.

—¡Pasta! —exclamó Grace, husmeando en la sartén—. Elsa, me estás decepcionando. Esperaba caviar con lágrimas de enemigo.

—Eso va de postre —repuse, removiendo la salsa.

La puerta volvió a sonar, y esta vez fue Lukas quien abrió.

—Oh, no —dijo al ver a Poppy y Rome entrar con dos bolsas gigantes.

—¿Qué traéis? —preguntó Kookie.

—Más comida. Por si la chef del año se pone a filosofar y se le quema la pasta —respondió Rome con total seriedad.

—¿Dónde está Neron? —preguntó Denci, alzando una ceja mientras servía las copas.

—Desaparecido —dijo Poppy, dejándose caer en un sofá—. Otra vez. Pero prometió que llegaría. Conociéndolo, aterrizará en helicóptero.

—¿Y Sally? —pregunté, más suave.

Y el aire cambió. Solo un poco.

—Nada nuevo —dijo Duke, con una mirada a Demon.

Yo asentí y respiré hondo.

Pero antes de que el silencio se instalara demasiado tiempo, el champán estalló con un pop y Denci gritó:

—¡Por el delantal invisible de Elsa y la cena sin incendio!

Las risas volvieron y la música sonaba baja en el fondo. Aunque el peligro seguía acechando en algún rincón del mapa, por un momento, todo era calor, ruido y hogar.

Y yo, en medio de todo, sonreí.

Contra todo pronóstico… me sentía parte de algo.

—¿Se han ido todos a la terraza? —preguntó Grace poco después, asomándose por la puerta como una espía amateur.

—Sí. Cigarros, whisky, testosterona y esas cosas aburridas —respondió Kookie, sirviendo más champán en nuestras copas—. Chicas, es ahora o nunca.

—¿Ahora el qué? —pregunté, aunque ya lo sospechaba. Kookie no tenía esa mirada de tiburón por casualidad.

—La ronda de cotilleo explícito sin remordimientos —declaró con voz ceremoniosa—. Y esta vez, querida Elsa, te toca a ti.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque tú eres la protagonista de esta novela —dijo Denci, sentándose a mi lado con esa sonrisa suya que gritaba "quiero detalles gráficos"—. Y nos debes las partes censuradas.

—Yo no escribí ningún libro —protesté.

—¡Pero yo sí! —canturreó Kookie—. Y necesito material fresco. Investigativo. Científico.

—Más bien morboso y sinvergüenza —dijo Grace, brindando conmigo—. Pero no te preocupes, Elsa. Todo queda entre nosotras. Bueno… y el lector imaginario de Kookie.

—Yo no hablo de esas cosas —dije, intentando mantener algo de dignidad.

—¡Elsa! —gritaron las tres, casi al unísono.

—Por favor —dijo Kookie, llevándose la mano al pecho como si le doliera de verdad—. Necesito saber si nuestro querido demonio está a la altura de su apodo.

—¿Cómo que a la altura? —murmuró Denci, alzando ambas cejas.

—Lo que oíste —replicó Kookie—. ¿Estamos hablando de nivel "me tiemblan las piernas durante dos días" o "fue bonito y ya"?

Yo me serví más champán. Ya que me iban a interrogar, al menos no estaría sobria.

—Está… bien —dije.

—Bien —repitió Grace, como si acabara de cometer un crimen —. Esa palabra es ilegal en este contexto.

—Vale. Está muy bien —corregí, alzando una ceja.

—¿Muy bien tipo "necesito un fisioterapeuta"? —insistió Denci —. ¿O muy bien tipo "si desaparece mañana lo busco con un GPS y un equipo de rescate"?

Me mordí el labio.

—Segundo nivel.

Un grito ahogado salió de Kookie.

—¡Sabía que ese hombre escondía fuego bajo esas camisetas negras ajustadas!

—¿Y qué tal… la intensidad? —preguntó Grace, más tranquila, pero con una sonrisa cómplice.

—¿Quieres saber si grita mi nombre? —repliqué.

—¡SÍ! —exclamaron todas a la vez.

Suspiré.

—No grita. Susurra. Ordena. A veces me hace suplicar. Todo lo necesario, en el momento exacto.

—Dios mío —susurró Denci, llevándose la copa a los labios como si necesitara fuerzas.

—Y… ¿las manos? —quiso saber Kookie—. Esas manos que parecen haber firmado pactos con el diablo y preparado bombas.

—Milagrosas —dije, sin más.

—Muero —dijo Grace—. ¿Y lo de "Nate"? ¿Le llamas así siempre?

—Solo cuando estamos solos. O cuando quiero que me calle la boca con la suya.

Un silencio reverente siguió. Luego:

—Eres mi heroína —dijo Kookie con un suspiro soñador—. Lo juro, si esto no acaba en uno de mis libros, me retiro.

—Solo asegúrate de cambiar los nombres —dije, alzando mi copa—. O al menos, que no se entere Demon.

—Ya está en el manuscrito como "El Señor del Infierno" —murmuró Kookie, guiñándome un ojo.

—¿Y le gusta que mandes? —preguntó Grace.

—Le encanta... hasta que le da por recordarme que mide un metro noventa y puede levantarme con una sola mano.

—¿Y lo ha hecho? —susurró Kookie, con la boca entreabierta.

Asentí.

Silencio colectivo. Luego, gritos.

—¡Quiero un demonio para mí! —exclamó Grace.

—¡Lo anoto para el próximo libro! —dijo Kookie, con el móvil ya en la mano.

—¡Y yo solo traía champán! —protestó Denci.

Y entre risas, burbujas de champán y comentarios escandalosos, por fin me sentí como parte del grupo.

Y sí… tal vez conté más de la cuenta. Pero ¿a quién le importa?

El escándalo, como el placer, era mejor si se compartía.

Capítulo 19

¿Un príncipe?

Elsa

—…y luego, cuando creí que ya no podía más, él se inclinó y me susurró "aún no he terminado contigo".

Las tres soltaron un grito ahogado de puro escándalo.

—¡¿Y no te desmayaste?! —chilló Kookie.

—¿Cómo sigues caminando? —preguntó Denci, llevándose una mano al corazón.

—¿Y a eso le llamabas dormir juntos? —bufó Grace, arqueando una ceja—. Elsa, cariño, eso fue una reconstrucción espiritual completa.

—Fue... intenso —admití, y me serví un poco más de champán. Me lo había ganado.

—¿Él tiene tatuajes donde no se ven? —preguntó Kookie, inclinándose con ojos brillantes de travesura.

—No pienso contestar a eso.

—¡Eso es un sí! —gritaron las tres, justo cuando la puerta del salón se abrió.

—¿Qué es un sí? —preguntó Duke desde la entrada, con su ceño elegante y su camisa perfectamente desabrochada en el lugar exacto.

Poppy iba detrás de él, con una sonrisa sospechosa.

—Oh no —murmuré, pero ya era tarde.

Los chicos estaban entrando en manada: Duke, Rome, Poppy, Lukas… todos relajados, con cervezas en mano y hablando de cualquier cosa menos de lo que estaban a punto de escuchar.

—¿De qué habláis? —preguntó Rome, tomando una aceituna del cuenco.

—Del secreto del éxito masculino, aparentemente —dijo Grace, sin perder el ritmo.

—¿Y ese secreto lo tiene alguien que conocemos? —preguntó Poppy, que ya sospechaba por el rubor traidor que me subía al cuello.

—¿Por qué tenéis esa cara? —preguntó Lukas, entrecerrando los ojos—. Esa es la cara que pone Kookie cuando ha conseguido información que no debería tener.

—¿Qué información? —preguntó una voz detrás de todos. Y por supuesto. Demon.

Al entrar, me lanzó una mirada que decía "voy a matarte con placer después", y yo le devolví una que respondía "ya veremos si sobrevives a mí".

—¿Estabais hablando de mí? —preguntó Demon, cruzando los brazos.

—Depende —dijo Kookie, sin inmutarse—. ¿Tienes tatuajes donde no se ven?

El silencio que cayó fue legendario.

Denci dio un sorbo largo a su copa, como si observara una escena de teatro.

Duke se aclaró la garganta.

—Voy a necesitar algo más fuerte —dijo, y salió en busca de whisky.

—No tengo por qué estar aquí —masculló Lukas, ya girándose para salir, pero Grace le agarró la camiseta.

—Tú te quedas. Por justicia poética.

—¿Queréis que lo muestre? —preguntó Demon, con esa sonrisa suya que solo usa cuando va a decir algo que escandaliza.

—¡NO! —dijeron Rome y Poppy al unísono.

—¿Podemos cambiar de tema? —suplicó Lukas.

—Sí —dije yo, encogiéndome de hombros—. Podemos hablar de cómo gruñó mi nombre como si fuera pecado y plegaria al mismo tiempo.

—¡Elsa! —gritó Lukas, tapándose los oídos—. ¡Dios mío, tengo que lavarme el cerebro con ácido!

—Esa es mi chica —dijo Demon en voz baja, con un brillo orgulloso en los ojos mientras me pasaba un brazo por la cintura.

Y así, con los hombres rojos como tomates y las chicas llorando de la risa, dimos inicio oficialmente a una noche que nadie iba a olvidar.

Ni aunque quisieran.

∞∞∞

La casa estaba en silencio. El tipo de silencio que llega después de una tormenta de risas, copas vacías y cotilleos peligrosos.

Grace se había ido con Duke, prometiendo no contarle a nadie ni una palabra. Kookie arrastró a Lukas fuera con la amenaza de escribir fanfiction si no colaboraba con los detalles. Denci había dejado una botella a medio terminar y una carcajada maliciosa en el aire. Rome y Poppy desaparecieron sin que nadie notara cuándo.

Y yo… yo me quedé de pie en el centro del salón, en un delantal manchado de salsa y con las mejillas aún calientes.

Demon cerró la puerta con seguro, se giró hacia mí y me sostuvo la mirada.

—Sobreviviste —dijo, cruzando el salón con paso lento.

—Por poco —murmuré.

Se detuvo frente a mí, tan cerca que pude sentir su calor antes de que alzara una mano para empujarme un mechón detrás de la oreja.

—Estabas preciosa con ese delantal —dijo en voz baja.

—Estaba cubierta de harina —respondí, alzando una ceja.

—Y, aun así, preciosa.

Mis ojos se suavizaron. No porque fuera cursi. Sino porque lo decía en serio.

Demon no me miraba como si necesitara arreglarme. Me miraba como si fuera suficiente tal como era. Incluso con salsa en la cara.

—Gracias por dejarme respirar esta noche —susurré.

—Gracias por quedarte —respondió.

Nos quedamos así un momento. Dos personas heridas, complicadas, cansadas… y aún dispuestas a apostar por algo.

—¿Quieres que recoja un poco? —pregunté, aunque no me moví.

—No —dijo, deslizando una mano por mi cintura—. Quiero que vengas conmigo.

Me llevó de la mano hacia el dormitorio, sin prisa. Como si no necesitáramos nada más que eso. Su mano. Mi paso. El calor compartido.

Nos desvestimos sin palabras, como si el lenguaje fuera un exceso innecesario.

Y cuando me recosté en la cama, él se tumbó a mi lado y me rodeó con los brazos, presionando su frente contra la mía.

—No sé cómo lo haces —dije.

—¿El qué?

—Hacer que me sienta así. Como si tuviera permiso para quedarme.

Su mirada bajó a mis labios, pero no me besó. Solo me acarició la mejilla con la yema de los dedos.

—Porque tienes permiso. Y no solo para quedarte. Para hacerme perder la cabeza. Para invadir mis pensamientos. Para convertirme en una versión de mí que no conocía.

Sonreí, tragando el nudo que se me formaba en la garganta.

—Vale. Esa frase… te la voy a robar para mi epitafio.

—Adelante. Pero deja sitio para esta.

Y antes de que pudiera preguntar, deslizó una mano hacia abajo, la llevó a mi muslo y con un gesto suave pero claro, me atrajo hasta quedar encima suyo.

—Demon…

—Shh —susurró contra mi oído—. Que tus amigas tengan algo nuevo que cotillear mañana. Y si preguntan qué… diles que el demonio es generoso con la lengua. Muy generoso.

Solté una carcajada temblorosa. Dios. Este hombre.

—¿Esto es una amenaza?

—No, mi reina. Es un servicio público.

Y entonces me besó. Lento, profundo, con promesas que no necesitaban traducción.

Y así terminó la noche.

Sin sangre.

Sin sobresaltos.

Solo nosotros.

Dos personas jodidamente rotas, encontrando algo que se parecía peligrosamente a la paz.

∞∞∞

Desperté con la sensación de tener fuego líquido en las venas y un peso cálido sobre la cintura.

Demon.

Su pierna atrapaba la mía, su brazo era un ancla sobre mi cuerpo y su boca… su boca estaba peligrosamente cerca de mi clavícula.

Se movió apenas y sentí la caricia de sus labios, el roce intencional de su nariz sobre mi piel. Su voz, rasposa y aún dormida, vibró contra mi cuello.

—Buenos días, mi reina.

Sonreí con los ojos cerrados.

—¿Así despiertas a todas?

—Solo a las que roncan con estilo.

—¡No ronco!

—No. Pero haces unos ruiditos muy interesantes cuando sueñas conmigo.

Me giré para empujarlo con un bufido, pero él ya se estaba riendo contra mi piel.

—Demon…

—Nate —corrigió, con esa sonrisa que sabía exactamente lo que me hacía por dentro.

—Tenemos que ir al hospital —dije, aunque no me moví.

—Lo sé. Pero antes… —se inclinó, deslizando la mano por mi muslo expuesto—. Prometí darte munición, ¿recuerdas?

—¿Munición?

—Tus amigas. Tus cotilleos. Tienes una reputación que mantener, muñeca. No puedes presentarte con la misma historia

aburrida de siempre: "me hizo el desayuno, me abrazó, fue dulce".

—¿Y qué propones?

Su dedo dibujó círculos lentos en la parte interna de mi pierna, subiendo con una paciencia maldita.

—Algo digno de una película no apta para menores.

—¿Tú lo llamas servicio público?

—Yo lo llamo inspiración.

Me reí, pero él ya se estaba moviendo, su boca viajando hacia la curva de mi omóplato, su cuerpo despertando con urgencia y calor.

—Demon…

—Shhh. Solo un momento más. Uno que te haga caminar diferente y sonreír como si ocultaras secretos indecentes.

—¿Eso te haría feliz?

—Eso haría feliz a tu club de fans femeninas. Y francamente, yo vivo para complacer.

La mañana se volvió una sinfonía de susurros, manos cálidas, jadeos compartidos y caricias expertas. Un regalo de despedida antes de enfrentar el mundo real.

Cuando por fin salimos de la cama, el sol ya estaba alto y mis piernas… bueno, digamos que la munición estaba asegurada.

—¿Vas a poder caminar? —preguntó Demon, mientras me lanzaba una de sus camisetas más grandes.

—Voy a fingir que no me duele nada —dije, caminando como una mujer en una misión—. Pero si Kookie no lo adivina en los primeros treinta segundos… me retiro del grupo.

Demon sonrió mientras buscaba las llaves.

—Y si alguna vez olvidas por qué me elegiste, recuerda esta mañana.

—¿La parte en la que casi pierdo el equilibrio al ponerme los vaqueros?

—Exacto.

Y con esa sonrisa de pecado y ese cuerpo que me conocía demasiado bien, Demon me llevó al hospital.

Donde el caos nos esperaba.

Y justo cuando empecé a sentir que el mundo se enderezaba… llegamos al hospital.

La habitación de Kiran olía a desinfectante y a flores caras. El silencio era espeso, como si nadie se atreviera a romperlo por completo.

Therese estaba sentada junto a la cama, con la espalda recta y las manos cruzadas sobre el regazo. Parecía demasiado compuesta para estar bien.

Kiran seguía dormido, frágil y pálido bajo las sábanas, con la cabeza vendada y el monitor pitando con paciencia inhumana. Sus labios estaban partidos, uno de sus ojos aún hinchado. Pero respiraba. Eso era lo importante.

Therese levantó la mirada al oírnos entrar, y por un momento pareció aliviada. Luego se encogió en sí misma.

—No debería haber dicho que no —susurró, sin necesidad de que nadie preguntara—. Hace tres noches… me invitó a cenar. Dijo que tenía una reserva en ese sitio japonés que tanto me gusta. Pero yo… —hizo una pausa, tragando saliva—. Yo no quise salir. Dije que estaba cansada, que no tenía humor. Él se rio y me dijo: la próxima vez. Y ahora…

Crucé la habitación y me agaché junto a ella.

—Esto no fue culpa tuya, Therese.

—¿Y si esa noche no salía solo? ¿Y si lo hubieran confundido con otra persona porque estaba solo?

—Lo confundieron conmigo —dije suavemente—. Lo habrían hecho igual. Solo por ser él. Por ser leal.

Demon dejó una caricia breve en mi espalda.

—Voy por café —anunció con esa voz suya que no ofrecía espacio para objeciones. No era para mí. Era para nosotras.

—Kiran es… muchas cosas —dije, sin mirarla del todo—. Sarcástico, brillante, exagerado, adorable cuando quiere y peligroso cuando se lo propone. Tiene un radar interno que detecta inseguridades y secretos… y aun así decide quedarse.

Therese no respondió, pero la tensión en sus hombros pareció aflojar apenas.

—Me obligó a contratarlo como asistente personal cuando no lo necesitaba. Se apareció en mi habitación con un traje de lentejuelas, una copa de champán y dijo que me iba a salvar de mí misma.

Therese soltó una risa pequeña, dolorosa.

—Eso suena a él.

—Luego se instaló como si mi vida fuera suya. Me reorganizó la agenda, los armarios, la existencia entera. Y cuando algo dolía… no decía nada. Solo aparecía con helado, un vestido nuevo y una amenaza legal para quien me hiciera sufrir.

Me pasé una mano por el rostro. Sentía la garganta apretada.

—Nunca me pidió nada. Nunca me juzgó. Solo estuvo.

Therese respiró hondo y asintió, con la mirada todavía fija en Kiran.

—No sé por qué era mi amigo —murmuró—. A veces pensaba que solo me toleraba porque era la hermana de Demon. Pero ese día que me invitó a cenar, lo dijo en serio. Como si de verdad quisiera conocerme.

Me giré hacia ella, despacio.

—Therese… él sí quería. Siempre quiso. Solo que no todos sabemos recibir eso sin pensar que hay una trampa detrás.

Ella me miró, vulnerable de una forma nueva.

—¿Y tú? ¿Lo conoces?

—Lo intento —dije en voz baja, con los ojos fijos en la figura inmóvil de Kiran—. Cada día lo intento más. Y ahora que casi lo pierdo… me doy cuenta de que quiero hacerlo bien. Quiero conocerlo de verdad. Quiero que sepa que no está solo.

Suspiré y me puse de pie.

Esperé.

El tiempo pasaba.

Therese estaba sentada en la silla, yo en el sofá. Las dos mirábamos a Kiran. A veces, me atrevía a mirarla también, y cuando sus ojos atrapaban los míos, le sonreía.

Ella no devolvió la sonrisa. Se limitó a entrecerrar los ojos y hablar como si fuera a escupir algo amargo.

Y luego llegó el golpe.

—No me gustas para mi hermano, y no tengo problema en decírtelo a la cara. Ya se lo dije a él. Hice mi deber de hermana, pero no más. Aunque tú y yo nunca seremos buenas amigas, seré educada. Amable, incluso. Y si esto va más allá —resopló como si le costara hasta decirlo—, pues seré la tía que malcríe a tus hijos. Así que te aguantas. Si yo puedo callarme, tú también.

Parpadeé. Una carcajada se me escapó.

—Wow, Therese… ¿quieres un café, algo dulce… o echar un polvo, a ver si se te suelta un poco la amargura?

—Mi hermano ha ido a por café. Y sobre lo otro… —rodó los ojos— Jesús, solo hay perdedores ahí fuera.

—Y por eso no entiendes por qué tu hermano me eligió a mí, ¿no?

—Exacto —dijo sin vergüenza—. ¿Por qué tú?

—¿Porque soy guapa e inteligente?

Therese se aclaró la garganta. Dudó. Y cuando eso pasa con alguien como ella, sabes que lo que va a decir viene con pólvora.

—O muy… —tragó saliva y miró hacia Kiran, como si necesitara valor—. Hay rumores en el juego. Chats privados. Dicen que eres muy generosa… con tu tiempo y con tu cuerpo.

Me incliné hacia ella con una sonrisa que sabía perfectamente afilada.

—¿Y quién lo dice, tiene pruebas? Solo por saber. Me gusta ver con mis propios ojos la clase de tonterías que se inventa la gente.

Ella me devolvió una sonrisa igual de afilada. Una mezcla extraña entre incomodidad, curiosidad y esa sororidad retorcida que a veces surge cuando dos mujeres se entienden, aunque no quieran.

—Conozco un tipo que no es un perdedor —solté, por cambiar el tono.

—¿Guapo?

—Guapísimo. Mitad dios, mitad guerrero vikingo. Podría destruir civilizaciones con una ceja.

Sus ojos brillaron con un interés completamente nuevo.

—¿Y por qué está soltero?

—Pues… eso es complicado.

—Elsa, sin mentiras. Acabamos de firmar una tregua, ¿recuerdas?

Suspiré.

—Vale. Es un príncipe.

Therese se echó hacia atrás, sorprendida.

—¿Un príncipe de verdad?

—Con corona y protocolo incluidos. Las mujeres dicen que quieren eso… hasta que lo tienen. Estar con un príncipe es como

vivir en una jaula de cristal. Tienes que sonreír cuando no quieres, fingir que no te afecta nada, vestirte para el papel aunque el guion no te guste. Es agotador.

Ella se quedó pensativa. Luego, con voz tranquila, dijo:

—No me digas más. Me gusta. Quiero conocerlo.

Y justo en ese momento, la puerta se abrió y una voz preguntó desde el umbral:

—¿Conocer a quién?

Poppy entró con su andar impecable y ese perfume carísimo que gritaba abogado en horas extras.

Therese y yo intercambiamos una mirada fugaz. Yo me encogí de hombros.

—Un príncipe —respondí, como si hablara del clima.

—¿Literal o metafórico? —preguntó él, dejando dos cafés sobre la mesita sin esperar respuesta—. Porque si es literal, voy a necesitar nombres, rangos y posibles escándalos fiscales.

—Literal —dijo Therese, cruzándose de brazos—. Elsa tiene un príncipe en la manga.

—Más bien en el historial de llamadas —aclaré.

Poppy me fulminó con la mirada. Luego alzó una ceja en dirección a Kiran.

—¿Y qué opina nuestro dormido modelo de pasarela de que su amiga esté buscando linaje real mientras él lucha por su vida?

Therese le lanzó una mirada cortante. De esas que en otro universo habrían causado combustión espontánea.

—No estoy buscando nada. Solo dije que… me gusta la idea.

—Ajá. ¿Y la parte en la que dijiste que Elsa no te gusta para tu hermano? ¿Eso también era solo una idea?

—¡Poppy! —protesté, aunque no muy fuerte. A veces era divertido verlo pelear con otra persona que no fuera yo.

—Lo he dicho con educación —respondió Therese, altiva—. No soy fan, pero respeto.

—Eso es lo más cercano a un cumplido que he recibido de ti —reí.

—No te acostumbres —respondió ella, pero con un destello divertido en los ojos.

Poppy observó la escena con una sonrisa leve, pero sus ojos se dirigieron a Kiran. Se quedó en silencio unos segundos.

—¿Ha habido algún cambio?

Negué despacio.

—No. Sigue igual. Los médicos dicen que es cuestión de tiempo. Que su cuerpo es fuerte.

—Y su voluntad también —añadió Therese, más en voz baja, como si le hablara solo a Kiran.

Nos quedamos callados por un momento. En una habitación llena de sarcasmo, la ausencia de palabras pesaba más.

Yo rompí el silencio como mejor sabía:

—Cuando despierte, no sé si me va a besar o a denunciarme por acoso emocional.

—A besarte —dijo Therese sin pensarlo.

—¿Perdona?

—Te adora y lo sabes.

Le sonreí, genuina esta vez. Y ella… no la devolvió, pero sus labios se relajaron.

—Supongo que me tengo que portar bien —murmuré.

—Tienes que portarte como tú misma. Pero si le rompes el corazón… —Therese me miró con calma—. Lo pagarás.

Poppy chasqueó la lengua.

—Y ahí lo tienen. El momento tierno. Se acabó el sarcasmo por hoy.

—¿En serio? —pregunté.

—Por hoy —aclaró. Luego guiñó un ojo—. Mañana volvemos a nuestro programa habitual.

Y con eso, esa parte de nuestra vida se cerró con amenazas pasivo-agresivas y un poco de esperanza.

Como siempre.

Capítulo 20

¿Tregua?

Elsa

El mensaje llegó por la aplicación de mensajería que solo usaba para asuntos del juego. Lo ignoré durante exactamente tres minutos. Lo justo para cerrar el portátil, estirarme en la silla del escritorio de la suite, pedir un café y mirar por la ventana con ese aire de "todo está en orden" que solo engañaba a los tontos.

Y yo no era una tonta.

Era temprano, pero el hotel ya bullía de actividad. Los empleados organizaban las mesas del jardín para el desayuno, y por un momento pensé en bajar y disfrutar del sol. Luego recordé que tenía trabajo que hacer, y que aquí arriba tenía silencio y paz.

Y ningún rastro de lo que le había pasado a Kiran.

El hotel tenía sus fallos, pero en cuanto a borrar cualquier indicio de tragedia, eran profesionales. Incluso reemplazaron algunas de las prendas destrozadas y el portátil de Kiran. Eran buenos. Por eso, iba a bajar un poco, solo un poco, mi baremo de puntuación.

Llamaron a la puerta y no me levanté. Solo dije que entraran.

Oh, sí, tenía miedo. Podía ser cualquiera al otro lado.

Pero nadie es a prueba de balas.

Oh, sí, tenía un arma en el bolso.

Podía protegerme. Llevaba años haciéndolo. Y aunque era bonito (demasiado) y daba miedo tener a Demon ahí para cuidarme, seguía prefiriendo hacerlo por mí misma.

El empleado sonrió y dejó la bandeja en el escritorio. Había pedido un café. Me subieron uno, junto con un plato de pastelitos y un jarrón con unas flores blancas, pequeñas y preciosas. No las conocía, pero cuando me acerqué a olerlas, me enamoré.

Después de probar el café, decidí hacerle caso al mensaje. Porque sí. Porque debía hacerlo, aunque sabía que no iba a ser bueno.

DarkHound: "Ya te quitamos una sombra… ¿qué pasará si te quitamos la luz?"

Mi sangre se volvió hielo, pero no tuve tiempo de analizar esta nueva amenaza porque… llegó la tormenta, o, mejor dicho, el demonio.

Demon.

Entró como un rayo negro por la puerta de la habitación, con la camisa blanca impecable, la americana en la mano y el ceño fruncido con una intensidad que habría hecho retroceder incluso a Rome.

Se veía tan bien que mi corazón dio un vuelco. Y otras partes también decidieron que querían atención.

—¿Te has ido sin decir nada? —dijo desde el umbral, como si esperara que el hotel entero respondiera.

Levanté la mirada y le sonreí con una dulzura que sonó falsa incluso para mí.

—Tenías cara de necesitar ocho horas de sueño. Y ronroneabas como un gatito. Me pareció cruel despertarte.

Él cerró la puerta, cruzó la habitación y se paró detrás de mi silla. No me tocó. Solo respiraba fuerte.

—Tendrías que habérmelo dicho. No me gusta despertarme y no encontrarte. No ahora.

Me giré y alcé una ceja.

—Demon, tengo un trabajo. Una reputación. Y no, no me he fugado con un príncipe saudí. Solo estoy auditando el hotel más caprichoso del hemisferio sur.

Él no se rio. Ni una sonrisa. Solo me miró como si me viera por primera vez.

—¿Qué? —pregunté, con puchero incluido.

—Eres mía, Elsa. Y no me importa si estás auditando una galaxia entera. Si me despierto y no estás, voy a ir a buscarte. Punto.

Me levanté, puse las manos en su pecho y lo besé. Uno, dos, tres besos suaves, como notas de piano sobre sus labios tensos.

—Estoy bien —susurré.

Él apoyó la frente en la mía, sus brazos rodearon mi cintura. Pero no se relajó.

—No estoy seguro de que lo estés. ¿Qué pasa?

Tomé aire. Dudé. Luego lo dije:

—Recibí un mensaje. Hace medio minuto.

Se tensó.

—¿Qué decía?

Fui hasta el portátil, lo giré hacia él.

"Ya te quitamos una sombra… ¿qué pasará si te quitamos la luz?"

Demon se quedó muy, muy quieto.

—¿De quién están hablando?

—De ti —dije. Sin miedo. Con certeza.

Él dio un paso atrás, como si necesitara espacio para no romper algo. Se pasó la mano por el pelo. Después me miró. La furia helada en sus ojos era familiar.

—Voy a matarlos.

Me acerqué, puse una mano en su pecho, justo sobre el corazón.

—Primero vas a pensar. Luego vas a planear. Y después, si hace falta… sí, puedes matarlos.

Sus labios se curvaron. Casi.

—No tienen ni idea con quién se han metido.

—Son locos. Pero no estúpidos. Usaron la cuenta de DarkHound. Juegan sucio. Están mirando.

Él asintió.

—Entonces vamos a darles algo que mirar.

Y con esa frase, dicha con tanta calma y amenaza contenida, recordé exactamente por qué este hombre era un exsoldado con reputación de letal.

Y por qué, también, era mi luz.

Y como si nada, se acercó al escritorio y cogió mi taza de café sin pedir permiso. Y sin pagarlo con al menos un beso.

—Ey —protesté.

—Amenaza o no, necesito cafeína para no matar a nadie antes del desayuno.

—¿No era yo la peligrosa?

—Tú eres mi tipo de peligrosa —dijo, dándome un beso rápido en la mejilla—. Pero si mi empresa quiebra porque me distraigo contigo, ahí sí se complica.

Y se fue con mi café en la mano, murmurando algo sobre revisar contratos, facturas y quién demonios había aprobado el gasto absurdo de seguridad privada en un evento de yoga.

Me reí. Porque claro, él era así: un demonio con traje, una lista de enemigos, y una hoja de Excel abierta a todo momento.

Volví al trabajo.

Durante las dos horas siguientes, me sumergí en informes de calidad, listados de proveedores de fruta orgánica y auditorías previas que me daban ganas de reescribir el concepto de lujo desde cero. El hotel era bonito, sí, pero más falso que el bronceado de una influencer en invierno. No todo brillaba bajo el sol.

A mediodía, justo cuando estaba considerando comer uno de los pastelitos para no morir de hambre, alguien llamó a la puerta.

Grace.

Con gafas de sol, una sonrisa, y un vestido veraniego que decía "me he despertado fabulosa y tú no".

—¿Comes conmigo o tengo que rogarte?

—Depende. ¿Dónde? ¿Quién paga? ¿Y hay pan de ajo?

—Jardín, tu novio, y sí.

—Dame cinco minutos.

El jardín estaba tranquilo, con mesas blancas bajo sombrillas grandes y flores por todas partes. El sol no abrasaba todavía, el aire era cálido y suave. Por una vez, todo parecía en equilibrio.

Nos sentamos en una mesa algo apartada y pedimos ensalada con salmón, pan de ajo, limonada con menta y una tarta de maracuyá para compartir, porque ninguna tenía fuerza de voluntad suficiente como para fingir que éramos adultas responsables.

—¿Cómo estás? —preguntó Grace, apoyando los codos en la mesa.

—Con ganas de que todo esto acabe. Pero sobreviviré. Siempre lo hago.

Grace me sonrió, como si pudiera ver más allá de las palabras. Y justo cuando iba a decir algo más, se levantó con una mueca.

—Voy al baño. No leas mis mensajes si suena el móvil. Aunque… si ves uno de Duke que dice ponte eso de encaje, bórralo

y no digas nada.

—Demasiada información.

Ella se rio y se alejó.

Y me quedé sola.

Con los platos aún por llegar, el murmullo de fondo de otros comensales, el tintinear de cubiertos y copas.

Y entonces lo sentí.

Alguien se acercaba. Sin prisa. Como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Me giré. Y lo vi.

Ahí.

Justo cuando pensé que el día no podía complicarse más.

Neron.

¡Dios!

Con traje, sin corbata, los primeros botones desabrochados, gafas de sol y ese aire tan suyo de soy el amo del mundo, arrodíllate y bésame los pies. Y sonreía.

El maldito diablo se atrevía a sonreírme.

Se sentó en la silla de Grace, tomó su copa de vino y bebió.

—Hola, nena.

No dije hola. Ni nada. La última vez que nos vimos, él dijo cosas muy hirientes… y yo le rompí la nariz. Hablando de eso: su nariz estaba perfecta, pero mis pobres dedos seguían atrapados en una férula.

Para mí, Neron ya no existía. Pensé que pillaría el mensaje si lo ignoraba. Pero claro… hoy no era mi día de suerte.

—Lo siento por Kiran —dijo.

Muy amable de su parte, pero no le respondí.

—Fui a verlo anoche y me encontré con Olivia.

Hizo una pausa, sonriente. Se reclinó en la silla como si esto fuera un brunch informal entre colegas.

—Ella no está muy contenta con tu relación con Demon. Y sinceramente, la entiendo.

—Obvio. Los dos sois iguales. Tiene sentido que os llevéis bien —solté antes de poder cerrar la boca.

—No luchaste por mí, Elsa. No como lo hiciste… como lo haces por Demon.

Quise decir que nunca he luchado por ningún hombre. A Demon le di una oportunidad, sí, pero conquistar no es lo mismo que rogar.

—Esperaste a que yo hiciera el primer movimiento y… en fin, eso terminó. Volviendo a Olivia, su plan es brillante. Créeme, puede destruir vuestra relación en un abrir y cerrar de ojos.

—Permíteme dudarlo —repliqué.

—No, es buena. Yo sé de manipulación, y esa mujer me gana. Pero tranquila, ya me encargué.

—¿Cómo? ¿Le prometiste una vuelta en tu yate?

—No. Me la follé. Duro. Tan duro que se le olvidó el nombre de Demon. Diablos, ahora no recuerda que existan otros hombres.

—Ya.

—Nena, ni siquiera podía hablar cuando acabé con ella de...

—¡Jesús, Neron! No quiero saberlo.

—…de tanto gritar mi nombre. ¿Qué pensabas que iba a decir?

Sacudí la cabeza.

—De todos modos, asunto arreglado. De nada.

—Vaya. Demon y yo te agradecemos tu sacrificio.

En ese momento regresó Grace.

—¿Qué sacrificio? —preguntó, y al ver a Neron se iluminó—. Hola, cariño. No sabía que estabas en Sídney.

Neron se levantó para abrazarla y besarle la mejilla.

—He venido a ver a Kiran… y a salvar la relación de nuestra parejita nueva.

—¿Cómo?

—No le hagas caso, Grace. Cree que tirarse a Olivia fue un sacrificio que hizo por mí.

—Hey, sí. Tenía otros planes para anoche y los cambié. Además, Olivia no estaba en mi lista de conquistas.

Un camarero trajo otra silla y cubiertos. Y así, de repente, estábamos los tres sentados en la mesa. Como amigos.

Maldita sea.

—¿Desde cuándo? —preguntó Grace—. Si es mujer y tiene entre veinte y treinta años, está en tu lista.

—Debería ofenderme, pero no. Te perdono porque me gustas.

—¡Justo lo que decía! Eres un playboy.

Suspiré mientras los veía discutir. Era como estar en el chat del juego, solo que ahora podía...

Agarré un trozo de pan y se lo lancé a Neron.

El muy idiota lo atrapó al vuelo y se lo metió en la boca.

—Gracias por tu sacrificio, pero este es un almuerzo de chicas. Ve a buscar a tus amigos… o a tu próxima víctima.

—Escuché que Major está en la ciudad —dijo él, sonriendo.

Grace soltó una carcajada y se cubrió la boca al instante.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada —dijo ella muy rápido—. Nada de nada.

—Major, ok… la voy a llamar —dijo Neron, ya sacando el móvil.

—Tal vez deberías dejar a las chicas del juego en paz. La última con la que tuviste un rollo desapareció —dijo Grace, cortante, con una sonrisa dulce que escondía cuchillas.

Neron bajó el móvil a medio camino.

—Auch —dijo, con dramatismo fingido—. Golpe bajo, princesa. Ni siquiera me diste tiempo de flirtear antes de sacar la artillería pesada.

—Yo solo digo lo que todos pensamos —añadió ella, removiendo el hielo en su copa de agua con una cucharita dorada.

—Y yo solo digo que no todas mis conquistas terminan en tragedia. Algunas… simplemente huyen en mitad de la noche —bromeó él, mirándome de reojo.

—Por razones muy válidas —le recordé, cruzando las piernas con elegancia innecesaria.

—Nadie está diciendo lo contrario, nena. Pero que sepáis una cosa —apoyó los codos en la mesa, entre ambos, y bajó la voz como si fuera a contarnos un secreto de Estado—. Major me escribió primero. Con un emoji de cuchillo. Eso, en mi idioma, es una invitación a cenar.

Grace resopló una risa.

—¿Y tú crees que puedes con ella? Esa mujer se carga a medio cartel del FBI antes de terminar el desayuno.

—Me encantan los retos.

—Y las mujeres peligrosas —añadí—. Un día te vas a cruzar con una más loca que tú.

—Ojalá. Estoy aburrido de las cuerdas —dijo, y luego guiñó un ojo como si acabara de hacer una confesión adorable y no una insinuación kinky en horario de brunch.

—Qué bonito todo —dije, levantándome de la mesa—. Pero yo necesito estirarme antes de volver al trabajo. Grace, ¿vienes?

—Sí, vamos —dijo ella, lanzando su servilleta sobre el plato.

Neron nos miró con esa expresión de niño travieso atrapado con las manos en el tarro de galletas.

—¿Seguro que no queréis que os acompañe? Prometo portarme mal solo un poquito.

—Si te portas mal, Major te va a cortar el… bueno, ya sabes qué —le dije, lanzándole otra sonrisa falsa.

—Y, aun así, lo consideraría —murmuró mientras nos alejábamos.

Neron acababa de bromear sobre llamar a Major cuando Demon apareció al final del sendero que conectaba el jardín con el hotel. Iba directo a la mesa. Directo a Neron.

Grace se quedó muy quieta, con los ojos entre curiosidad y terror. Yo también me tensé. No sabía si quería meterme entre ellos o esconderme debajo de la mesa.

Demon llegó sin decir palabra, solo con esa expresión de más te vale tener una buena razón grabada en la cara. No saludó. No me miró. Sus ojos estaban clavados en Neron.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con voz tranquila. Tranquila en plan tormenta antes de la destrucción.

Neron, por supuesto, sonrió como si estuviera en un picnic.

—Pasaba por Sídney, vine a ver a Kiran… y decidí saludar a tu novia. ¿Está prohibido?

—Depende —dijo Demon, sin parpadear—. ¿Vienes con buenas intenciones?

—Por supuesto. Vengo en son de paz. Incluso traje champán.

Grace, muy valiente, carraspeó.

—Eso lo trajo Denci.

Neron le guiñó un ojo.

—¿Ves? Todos contribuyen.

Demon seguía sin moverse. La tensión era espesa. Yo contuve el aliento.

—Puedes estar tranquilo, hermano —dijo Neron, sin sarcasmo esta vez—. No he venido a meterme entre vosotros. Al contrario. Estoy aquí porque quiero que funcione. Vosotros dos… tenéis algo. Algo real. Y yo, aunque no lo parezca, sé reconocer cuando algo merece la pena.

Demon frunció el ceño.

—¿Estás diciendo que nos estás apoyando?

—Exacto. Soy como una versión griega del hada madrina. Solo que más guapo y con un avión privado.

Demon lo miró unos segundos más, evaluando si era una broma o una bomba.

—Estás loco.

—Y tú estás enamorado —respondió Neron—. Lo que me convierte, por lógica, en el más cuerdo de los dos.

Silencio. Luego, para mi absoluto asombro, Demon soltó un suspiro bajo, casi una risa.

—No te acerques demasiado.

—Lo prometo —dijo Neron, alzando las manos como si fuera inocente—. Me quedo en mi silla, bebo mi vino y miro cómo la chica que un día me ignoró elige al tipo que ronca como un tractor.

—No ronco —protestó Demon.

—Oh, sí lo haces —dije yo, demasiado rápido.

Ambos me miraron.

—Lo haces con estilo —añadí, encogiéndome de hombros.

Y así, entre amenazas suaves, ironía griega y testosterona contenida, la tregua quedó firmada. Por ahora.

Grace retomó el control con una eficacia que daba miedo y nos hizo sentarnos.

Maldita sea.

—Bueno, ya que estamos todos sentados como personas civilizadas —dijo mientras removía el hielo de su té—, podríamos hablar del tema que nos trajo aquí.

—¿El brunch? —preguntó Neron, cogiendo un croissant del plato central y dándole un mordisco.

—Los locos que apalearon a Kiran y amenazaron a Elsa —le corrigió Demon, bajando la voz y volviéndose más serio.

Yo asentí.

—La cuenta de DarkHound estuvo activa esta mañana. Es obvio que alguien más tiene acceso. Podría ser cualquiera del grupo con el que jugaba, y si están aquí… tenemos un problema mayor.

—¿Y la policía? —preguntó Grace.

—Colapsados. Sospechan que los responsables están conectados con otros casos, pero no tienen pruebas. Lukas está rastreando lo que puede, pero sin acceso interno a las IP del juego, vamos a ciegas —respondí.

—¿Y tú puedes acceder a eso? —preguntó Demon, sin rodeos.

—Si uso mis contactos… puede que consiga una pista. Pero es arriesgado. Si sospechan que estamos detrás, pueden desaparecer.

—Entonces necesitamos que crean que todo sigue igual. Que tú estás distraída, vulnerable. Que nos tienen ventaja —dijo Grace.

—¿Quieres usarme como cebo? —pregunté, alzando una ceja.

—Quiero que parezca que pueden acercarse a ti. Y cuando lo hagan… los cazamos.

Me incliné hacia ella, algo divertida.

—Estás disfrutando esto demasiado.

—Y tú no lo suficiente —sonrió.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —interrumpió Neron, con la boca aún medio llena.

—Si tiene que ver con cámaras ocultas o armas láser, no —dije.

—No. Bueno, sí… pero no esta vez. Me refería a que tal vez deberíamos mover a Elsa a un sitio más seguro. Menos predecible. Como, no sé… mi casa en Santorini.

—Ni lo sueñes —gruñó Demon.

—Era solo por seguridad —respondió Neron, alzando las manos—. Y porque tiene buenas vistas. Y una cama que vibra. Y un chef que hace milagros con el pulpo.

—Estoy bien aquí —dije con una sonrisa.

Neron se volvió entonces hacia Grace, y sonrió con ese aire de voy a decir una barbaridad, prepárense.

—Y tú, preciosa, ¿Duke te trata bien?

Grace, que acababa de tomar un sorbo de su bebida, casi se atraganta.

—¿Perdón?

—Solo digo… si en algún momento necesitas un hombro para llorar, un corazón que te ayude a sanar… y una cama que te recuerde lo que es el placer, ya sabes dónde encontrarme.

—Estás enfermo —le dije.

—Estoy disponible —corrigió él.

—Por Dios —murmuró Grace, pero su sonrisa la traicionó.

Y entre planes para cazar a unos locos, croissants robados y declaraciones inapropiadas, la comida de chicas se convirtió en una escena caótica y perfecta.

De esas que solo se dan cuando, pese a todo, no estás sola.

Capítulo 21

No podía quedarme

Demon

El pasillo estaba silencioso. Un silencio que no era paz, sino amenaza contenida. Lo sabía bien. La guerra me enseñó que el mundo se divide entre quienes duermen tranquilos… y quienes hacen que eso sea posible.

—No te confíes demasiado —le dije sin mirarlo aún.

Neron se detuvo. Lo sentí, como siempre. Presencia pesada. Silencio arrogante.

—No me confío —respondió.

Lo miré entonces. Solo un segundo, lo suficiente para que entendiera que hablábamos en serio. No del juego. No de Elsa. De mí.

—La única razón por la que no te partí la cara cuando dijiste lo del club —continué— es porque sé que eso era exactamente lo que ella quería. El golpe que te dio no fue solo suyo. Fue mío también.

Frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Somos amigos —dije, despacio, como si le diera algo prestado y frágil—. Pero si se te ocurre siquiera sonreírle demasiado… te juro que vas a comer puré por el resto del mes.

Neron sonrió. Claro que sí. Ese idiota siempre sonreía cuando alguien lo amenazaba.

—Te quiero, Demon —dijo, sin malicia—. Pero estás enamorado hasta los huesos.

—Y tú estás vivo por eso —respondí.

Me alejé antes de que abriera la boca otra vez.

Cruzar la puerta de mi despacho fue como entrar en otra versión de mí. Ahí era el jefe. El que movía los hilos. El que cazaba. El que mandaba.

Revisé el móvil.

Otro mensaje.

"Muy pronto. Ya lo sabes."

Suspiré. Lo borré. Como todos los anteriores.

Que vengan.

∞∞∞

A las cinco en punto fui a buscarla.

Ni un minuto antes. Ni uno después.

La recepcionista me miró con la misma mezcla de miedo y respeto que la mayoría de la gente usa conmigo. Me limité a hacer un gesto hacia la puerta de servicio, y ella entendió sin preguntas. Siempre lo hacían.

—Está en la lavandería —murmuró—. Ordenando las toallas por textura.

Dios. Claro que sí.

Entré por el pasillo trasero, donde olía a detergente caro y al perfume de Elsa, que se había convertido en mi nueva obsesión. Y ahí estaba.

De espaldas. Pelo recogido. Ordenando sábanas como si del color dependiera el equilibrio del mundo.

—¿Acaso estás rehaciendo el inventario de textiles de lujo? —pregunté apoyado en el marco de la puerta.

No se giró.

—Las etiquetas estaban mal clasificadas. ¿Sabías que tienen algodón egipcio y lo tratan como si fuera lino común?

—Crimen de guerra —dije.

—No me hagas empezar.

Me acerqué por detrás y le quité la sábana de las manos.

—Se acabó el horario laboral, Vinter. Hora de ir a casa.

—No he terminado.

—Yo sí.

La miré. Y esta vez sí giró la cara, como si supiera que esa mirada no admitía réplica.

La llevé al coche sin discutir. Entró sin protestar. Lo cual, viniendo de ella, era básicamente una declaración de amor.

Conduje sin prisa. Mano en el volante, la otra en su muslo. Piel cálida, cuerpo tenso.

—¿Qué pasa? —preguntó de pronto.

Su voz era tranquila. Demasiado tranquila.

—Nada.

—Demon...

—Solo quiero llevarte a casa.

Pausa.

—A mi cama.

Otra pausa. Más larga.

—Y quedarme ahí contigo. Toda la noche. Todo el maldito fin de semana, si me dejas.

No respondió.

Pero su mano se deslizó sobre la mía. Y su pulgar rozó mis nudillos, como si eso fuera un "sí" más alto que cualquier palabra.

Cuando llegamos, cerré la puerta detrás de nosotros sin decir nada. La apoyé contra ella antes de que pudiera pensar. Sus labios eran una maldición. Un veneno. El tipo de droga por la que te metes en guerras.

—¿Demon? —susurró contra mi boca.

—Elsa —murmuré, tan cerca que mis labios rozaron los suyos sin llegar a besarlos.

Y no la besé. Todavía no.

Apoyé ambas manos en la puerta, enmarcándola.

Su espalda contra la madera. Mi cuerpo frente al suyo.

El aire entre nosotros, cada vez más delgado.

—¿Vas a decir algo? —pregunté.

—Estoy esperando que actúes.

Sonrió. Ese tipo de sonrisa que te arranca el control desde dentro.

Bajé la cabeza, despacio, rozando su mandíbula con mi nariz, mis labios, el aliento apenas.

Ni un roce, y, sin embargo, todo su cuerpo se tensó.

—Quiero que te acuerdes de esto —le dije contra el cuello—. De cada centímetro. De cómo te toco. De cómo te tiembla la respiración cuando ni siquiera he empezado.

Mis manos bajaron desde la puerta hasta sus muñecas, atrapándolas con suavidad.

—¿Vas a portarte bien esta vez?

—¿Qué crees tú?

Me reí, sin humor.

—Creo que vas a hacerme perder la cabeza.

Subí sus brazos por encima de su cabeza y los mantuve ahí, sujetándola con una sola mano contra la puerta.

Mi otra mano la rodeó por la cintura, pegándola más a mí. Cuerpo contra cuerpo. Calor contra calor.

Deslicé mis labios por su cuello. Lento. Preciso. Sentí su pulso desbocado justo debajo de mi boca.

—¿Sabes lo difícil que ha sido mantener las manos lejos de ti hoy?

No respondió. Sus ojos estaban fijos en los míos, abiertos, desafiantes… pero su cuerpo temblaba. Apenas. Justo lo suficiente para volverme loco.

Solté sus muñecas.

—Quítatela —ordené, tocando el borde de su camisa.

—¿Y si no quiero?

—Entonces me la quedo yo.

Tardó medio segundo en decidir.

Se desabrochó un botón. Luego otro. Despacio. Sin romper la mirada.

Nunca un movimiento tan simple había tenido tanto poder.

Cuando el último botón cedió, deslicé la tela por sus hombros, dejando al descubierto su piel, su clavícula, su arrogancia callada.

No dije nada. Solo la miré. La miré como un hombre que sabe que está maldito por lo que desea.

Mis dedos recorrieron su cintura, subieron por su espalda desnuda, se enterraron en su cabello.

La besé.

Y esta vez no fue un aviso. Fue una sentencia.

Nuestros cuerpos se encajaron con la urgencia de quien ya ha esperado demasiado.

La levanté sin esfuerzo. Rodeó mi cintura con sus piernas como si hubiera nacido para eso.

Seguía vestida. Yo también.

Y, aun así, todo ardía.

La llevé contra la pared, no a la cama. Necesitaba tenerla así. Contra algo sólido. Firme. Como yo.

Mis manos la recorrieron por encima de la tela. Sin prisa.

Cada centímetro de piel provocaba una reacción. Un suspiro, un gemido contenido, una maldición apenas audible.

Bajé mi boca a su pecho, entre los tirantes. Mordí, besé, marqué.

Sus uñas se clavaron en mis hombros. No por dolor. Por desesperación.

—Demon…

—Dime qué necesitas —susurré contra su piel.

—Tú.

Sonreí.

—Ya me tienes.

Y esta vez sí la llevé a la cama.

Pero no fue rápido. Ni salvaje.

Fue lento. Intenso. Dolorosamente íntimo.

Me tomé mi tiempo para memorizarla. Para acariciarla como si fuera la última vez. Para hacerla olvidarlo todo.

Y cuando finalmente la tomé, fue con una devoción brutal.

Cada empuje, cada caricia, cada jadeo suyo, era una confirmación.

Era mía.

Toda.

Y esta vez no había dudas.

Las sábanas estaban en el suelo.

Ella, enredada entre mis piernas, el cabello revuelto sobre mi pecho, la respiración aún descompasada.

Yo intentaba recordar cómo se usaban los pulmones.

—La próxima vez —dijo, sin moverse— deberíamos hacerlo en el salón.

—Ah, ¿sí?

—Hmm. Así, cada vez que entre, recordaré cómo me follaste en ese sofá… y no el beso que Olivia te dio ahí mismo.

Silencio.

Ella alzó la cabeza, mirándome.

—¿He dicho algo que te haya molestado?

No contesté.

Me levanté de la cama sin una palabra. Ella frunció el ceño.

—Demon.

Ya la tenía en brazos.

—¿Qué estás hacien…?

—Corrigiendo recuerdos —murmuré.

La llevé al salón. Ni la dejé tocar el suelo. El sofá aún estaba ahí. Intacto. Inocente.

No por mucho.

La puse sobre él con una firmeza casi reverente. Como si fuera un ritual.

—¿Esto es por lo que dije? —preguntó, ya sin aliento.

—No. Esto es por el sofá.

Y luego lo hice.

La tomé ahí mismo, sin prisa, sin interrupciones, sin la menor intención de que recordara otra cosa en su vida que mis manos sobre su cuerpo y su voz diciendo mi nombre en bucle.

Se aferró a mí como si la estuviera reclamando.

Tal vez lo estaba.

Cuando todo terminó, de nuevo, y quedó tumbada boca abajo, sin energía ni ironía en la lengua, murmuró:

—Estoy hambrienta.

—¿De nuevo?

—De comida, demonio. Relájate.

Se levantó desnuda como si no supiera el poder que tenía, y desapareció en la cocina.

Desde el sofá, oí cómo abría cajones, cerraba la nevera y soltaba un leve "mierda" en sueco.

—¿Qué falta? —pregunté, entrando con los pantalones medio puestos.

—El maldito queso.

—¿Cuál?

—El gouda de trufa. Lo compré justo para esto.

—Lo arreglo en un minuto.

—¿Vas a hacer queso?

—Voy a la tienda.

Ella me miró como si acabara de ofrecerle un unicornio con moño.

—¿Tú? ¿A la tienda de la esquina?

—Tú cocinas. Yo cazo.

Me vestí, agarré las llaves, besé su frente y salí.

La tienda estaba vacía. Silenciosa.

Perfecto.

Elegí el gouda con trufa sin dudar, lo eché en la bolsa de papel y lo puse en la barra junto con un ramo de flores envuelto en

papel marrón rústico. Peonías. No porque fueran sus favoritas, sino porque eran salvajes bajo la apariencia de dulzura. Como ella.

Pagué, agradecí con un gesto y salí.

El cielo empezaba a oscurecer. La calle, tranquila.

Hasta que no lo fue.

La furgoneta blanca dobló la esquina con demasiada lentitud. Bajó al arcén justo frente al edificio.

Y entonces lo supe.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

Cinco hombres. Encapuchados. Guantes. Movimiento de enjambre.

Los pasos no eran de ladrones.

Eran de cazadores.

El queso en una mano. Las flores en la otra.

—¿En serio? —murmuré para mí.

El primero llegó de frente, con un cuchillo bajo la manga. Directo. Predecible.

Le bastó un golpe en la tráquea y un giro de muñeca para caer de rodillas.

El segundo quiso aprovechar, pero mi codo le destrozó el pómulo antes de que se acercara demasiado.

Gritaron.

Yo no.

No grité.

No dije una maldita palabra.

El tercero me cortó la camiseta por el costado.

Sangre. Superficial. Lo suficiente para molestarme.

Las flores cayeron. El queso no.

Usé el hombro para lanzarme contra él, lo empujé contra la furgoneta y le metí el cuchillo de su compañero en el muslo.

Quedaban dos.

Uno sacó un arma.

Ah. Este era listo.

La patada en la muñeca no se la esperó.

El disparo se fue al aire.

El crujido de su brazo al romperse no.

El otro me tomó por la espalda.

Error.

Lo lancé contra el suelo con una llave seca, rodé sobre él y le golpeé el rostro contra el pavimento hasta que dejó de moverse.

Mi respiración era profunda. No agitada.

El queso seguía en mi mano.

Sonaron sirenas.

Tarde.

El último levantó la cabeza. Rostro cubierto de sangre. Jadeando.

Y justo cuando lo hice girar con el pie en el pecho y lo dejé caer, la patrulla frenó junto al bordillo.

Bajaron dos agentes. Uno con la pistola en alto.

—¡Al suelo! ¡Manos donde pueda verlas!

Me giré con calma. Solté el queso sobre las flores caídas.

—Soy Nathaniel Rourke, vivo aquí y hay una buena explicación para todo esto —dije, señalando el edificio con la barbilla.

Me acerqué al conserje, que había salido con cara de estar considerando cambiarse de trabajo.

—Dales los videos de las cámaras. Todos.

—Sí... sí, señor Rourke...

—Y no dejes que me molesten esta noche.

Recogí el ramo. Lo sacudí. Seguía bien.

Y volví a casa.

Abrí la puerta como si no llevara sangre seca en el costado ni tres nudillos partidos.

Ella estaba en la cocina, de espaldas, intentando abrir un frasco con la fuerza moral de un gato enojado.

—Traje el queso —dije.

Se giró.

Le tendí la bolsa de papel. Luego el ramo.

—¿Y esto?

—Porque sí.

Lo dejó en la encimera con más cuidado del que esperaba.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Perfectamente —mentí.

La rodeé con un brazo, la alcé como si fuera de aire y le estampé un beso en los labios. Grande. Lento. De esos que dicen "te amo" sin pronunciar las palabras.

Ella apenas reaccionó. Mala señal.

—Ahora vengo —murmuré, dejándola en el suelo.

—¿A dónde vas?

—Baño. Lavado de manos.

—Demon…

—Nada, Elsa.

Caminé tranquilo hacia el pasillo.

Escuché sus pasos justo detrás.

—¿Qué pasó?

—Nada.

—¿Nada incluye ese corte en el costado o ese moretón en tu mandíbula?

—El corte no es profundo. El moretón no es mío.

—¿Cómo puedes ser tan calmado?

Me di la vuelta en la entrada del baño.

Ella ya tenía los brazos cruzados. Caos rubio en modo interrogatorio.

—¿Podemos dejarlo?

—No.

Suspiré.

—Eran cinco.

—¿Cinco qué?

—Hombres. Encapuchados. Uno con cuchillo, otro con pistola.

—¿Qué demonios estás diciendo?

—Nada que no haya terminado bien. Estoy aquí. Ellos no.

—¡Demon!

—Bajé por queso, Elsa.

—¡No se va por queso y se vuelve con heridas de guerra! ¡No es una actividad de riesgo!

Me hizo entrar al baño de espaldas, como si me arrestara.

Me sentó en la tapa del váter con una autoridad que me dio miedo real.

Abrió el botiquín como si fuera una escena de Anatomía de Grey. Ni una palabra más. Solo hielo en los ojos y fuerza en las manos.

—Podrías haber muerto —murmuró mientras limpiaba la herida.

—Pero no lo hice.

—No es gracioso.

—No dije que lo fuera.

—No me gusta esto, Demon. No me gusta no saber. No me gusta que bajes por maldito queso y vuelvas como si hubieras salido de una película de Tarantino.

—¿Pero te gusta el queso?

—Demon…

La miré. En serio. Con todo lo que no estaba diciendo.

—No iban por mí, Elsa.

—¿Qué?

—No sabían quién era. No era personal.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque cuando vayan por mí en serio… no van a llegar a bajar de la furgoneta.

Ella dejó caer el algodón manchado en el lavabo.

Se quedó en silencio.

Yo también.

Porque lo que no le iba a decir era que, por un momento, sí temí.

No por mí.

Por lo que podría haber pasado si no volvía.

La casa estaba en silencio.

Elsa dormía en mi cama. Respiración profunda, piernas enredadas en la sábana, una mano abierta sobre mi pecho como si no pudiera soltarme ni dormida.

Yo no podía dormir.

Me levanté.

Cinco minutos después estaba sentado en la cocina, camiseta limpia, costado vendado.

Las flores en un jarrón. El queso intacto.

Entonces se escuchó el sonido del ascensor.

Lukas.

Lo sabía sin mirar.

Entró sin saludar. Gafas torcidas, cara de "esto no te va a gustar".

—Ya sé lo que vas a decir —dije.

—Ah, ¿sí?

—Que eran demasiados. Que fue coordinado. Que no iban por casualidad armados y encapuchados a por alguien que compra queso.

Lukas se sentó. Puso la mochila sobre la mesa. La abrió.

Sacó una tablet, la encendió, me la giró.

Foto mía. En blanco y negro.

Arriba, en letras grandes:

$5,000,000 — VIVO O MUERTO

Me quedé mirando el número.

—Cinco —dije.

—Millones —confirmó.

—No está mal. Me halaga un poco.

—Cierra el chiste, Demon.

Lo hice.

—¿Quién?

—Aún no lo sé. Pero quien lo haya puesto lo ha difundido como pólvora. Canales profundos. Círculos criminales. Contactos en Asia, en Europa… Australia entera lo sabe ya.

—Entonces no son cinco hombres.

—No. Son cientos.

Me incliné hacia él.

—Eso no se lo dices a Elsa.

—Ya sé.

—Ni una palabra.

Lukas me miró por encima de sus gafas.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Voy a hacer que se arrepientan.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto… —miré hacia el pasillo, hacia donde ella dormía— la protejo.

Silencio.

Lukas suspiró. Se levantó.

—Te dejo esto —dijo, señalando la tablet.

—Gracias.

—Ah, y por cierto…

—¿Qué?

—Cinco millones, Demon. Eso no es un mensaje. Eso es una sentencia.

Asentí.

—Entonces que se preparen para el juicio.

∞∞∞

Me desperté cuando sentí sus labios en mi cuello.

No había sueño que pudiera competir con eso.

Sus besos eran lentos. Cálidos.

Me giré sin abrir los ojos y la atrapé entre mis brazos.

Ella rio. Esa risa de garganta baja, la que solo usaba conmigo cuando se sentía segura.

La besé sin pensar. Instinto. Hambre. Amor.

Sí, jodido amor.

Y esta vez, no fue como la noche anterior.

Fue suave.

Fue susurro.

Fue adiós.

Ella no lo sabía.

Yo sí.

Cuando terminó, se quedó enredada sobre mí. La respiración lenta, la piel tibia, el cuerpo relajado como si el mundo fuera solo esto. Solo nosotros.

Pero el mundo no era así.

Y yo no era un hombre que pudiera permitirse creerlo.

Me levanté sin decir nada.

Entré a la ducha.

Dejé que el agua hirviendo me quemara la espalda, la herida, los pensamientos.

Me vestí con el traje oscuro.

El que usaba para reuniones donde no podía fallar.

Cuando salí, ella seguía en la cama, cubierta apenas por la sábana. El cabello enredado sobre la almohada.

La imagen más perfecta de mi vida.

Y la más peligrosa.

—¿Te vas? —preguntó, con la voz aún ronca de sueño y piel.

—Te vas tú —dije.

Se incorporó. Lenta.

—¿Qué?

—Hice arreglos. Neron pasará a buscarte al mediodía.

—¿Perdón?

—El proyecto en Grecia. El hotel. Dijiste que querías hacerlo, así que es hora de empezar.

Silencio.

—¿Y tú?

—Yo tengo cosas que hacer aquí.

—¿Cosas? ¿Qué clase de cosas?

—Trabajo. Negocios.

—Demon...

La forma en que dijo mi nombre me rompió un poco.

—¿Qué está pasando?

—Nada.

—No me mientas.

—No te estoy mintiendo.

—Sí, lo haces. Te conozco.

—Entonces deberías saber que esto no está funcionando.

La frase salió más dura de lo que esperaba.

Pero tenía que doler.

Tenía que sonar real.

—¿Qué no está funcionando? —preguntó en voz baja.

—Nosotros.

—¿Nosotros?

—Pensé que querías algo serio. Algo real. Pero esto... no es lo que esperaba.

—¿Y qué esperabas? ¿Sumisión? ¿Silencio? ¿Qué me quedara aquí esperando a que tú decidas cuándo hablar y cuándo

desaparecer?

—Esperaba una pareja.

—¡Y la tienes! ¡Estoy aquí, contigo, cada día, jodidamente intentando...!

—¡No es suficiente!

Silencio.

La habitación se volvió densa.

Llena de algo que ninguno de los dos podía nombrar.

—No es suficiente... —repitió, como si masticara las palabras —. Bien.

Se levantó. Desnuda. Orgullosa. Rota.

Recogió su ropa del suelo sin mirarme. Ni una lágrima.

Solo la clase de silencio que llega cuando alguien se rompe por dentro… pero no te lo regala.

—Estará todo listo para el vuelo —dije.

Ella no contestó.

Y mientras se alejaba por el pasillo, supe que no se daría la vuelta.

Lo sabía.

Porque si lo hacía, me quedaba.

Y esta vez, no podía quedarme.

Capítulo 22

¿Solo pena?

Elsa

El jet de Neron olía a cuero caro, testosterona reprimida y culpa ajena.

Él estaba sentado frente a mí, con gafas de sol a pesar de que el cielo estaba más nublado que mi estado emocional.

—¿Puedo hacer una pregunta? —empezó, con ese tono griego de me importa, pero no tanto.

—No.

—¿Por qué todas las mujeres de esta maldita alianza vienen a mí cuando quieren escapar de sus novios… pero nunca cuando quieren follar?

Lo miré. Lenta. Mortal.

—Vete a la mierda, Neron.

Levantó las manos, en plan no dispares, yo solo preguntaba.

—No digo que tú quieras hacerlo conmigo. Es una observación general. Estadística pura.

—¿Quieres que saque una estadística mía también?

—Depende. ¿Involucra armas?

Cerré los ojos. No porque estuviera cansada, sino porque si los dejaba abiertos medio segundo más, lloraba. Y me niego a llorar

frente a Neron. O frente a cualquier humano que no tenga licencia médica y una bata blanca.

Él se calló. Por fin.

Lo cual fue peor.

Porque eso me dejó sola con mi cabeza. Y mi cabeza es un lugar peligroso sin supervisión profesional.

Intenté pensar en otra cosa. En el hotel. En Grecia. En el maldito gouda de trufa que no llegué a probar.

Pero solo podía pensar en él.

Demon.

En cómo no me miró cuando dijo que "esto no funciona".

En cómo se vistió como si yo fuera un error que necesitaba resolver con corbata y silencio.

En cómo me dejó sin una maldita razón.

Y lo peor no era que dolía.

Lo peor es que lo esperaba.

Porque nada bueno se queda en mi vida.

Nunca.

Y, claro, ahí vamos otra vez con el mayor éxito de siempre:

¿Hay algo en mí que repele el amor? ¿Algo invisible que los demás ven, pero yo no? ¿Estoy rota y nadie me lo dijo? ¿Nací con un cartel que dice "no apta para afecto prolongado"? ¿Es el tono de mi voz? ¿Mi sarcasmo? ¿Mi forma de doblar las toallas?

¿Y si soy demasiado? ¿Y si soy insuficiente? ¿Y si... simplemente no soy lo que nadie quiere quedarse?

Mi terapeuta tendría material para un año entero. Dos, si incluye los flashbacks.

Neron carraspeó, incómodo.

—Mira, si quieres llorar, llora. No tengo pañuelos, pero tengo whisky.

—¿Te crees adorable cuando finges tener empatía?

—Me esfuerzo.

—Pues esfuérzate menos.

Volví la cara hacia la ventana. Todo era blanco. Nubes, cielo, vacío.

Perfecto reflejo de mí misma.

Me abracé las piernas sobre el asiento y hundí la cara en las rodillas. No para llorar. Para dejar de existir un momento.

Para no ser la Elsa que se vuelve a ir.

Que vuelve a ser dejada.

Que vuelve a preguntarse por qué nunca es suficiente para que alguien se quede.

Neron suspiró.

—¿Quieres que ponga música? ¿O eres más del estilo silencio trágico?

—Pon música —dije, sin mirarlo.

Él marcó algo en su móvil y empezó a sonar una balada griega que me dieron ganas de asesinar.

—¿Esto qué es?

—Triste, pero con estilo. Como tú.

—Voy a vomitar en tu jet.

—Solo en la parte que no es cuero, por favor.

Me reí. O algo parecido a eso. Un sonido muerto entre la ironía y la tristeza.

Y por un momento, solo uno, pensé que tal vez este viaje no era una huida.

Tal vez era la última oportunidad que tenía de recomponer lo que quedaba de mí.

Aunque ya no supiera muy bien qué parte de mí era reparable.

Todo iba bien.

Demasiado bien, incluso. Lo cual, en mi caso, siempre era motivo de sospecha.

El hotel de Demon en Grecia no era un simple cinco estrellas. Era un monumento al exceso minimalista: blanco impecable, mármol sin arrogancia, vistas que quitaban el aliento y un personal que sabía sonreír sin parecer entrenado para ello.

Mi tipo de lugar.

En la recepción, ya me llamaban "la inspectora del demonio", aunque no sabían si el apodo era por el jefe o por mí. Probablemente por ambos.

En tres días, había ajustado dos protocolos, rediseñado la secuencia de bienvenida del spa, eliminado las flores artificiales de las habitaciones VIP y convencido al chef de repensar el menú sin gluten.

Sí. Todo iba bien.

Y yo estaba rota por dentro.

Pero eso nadie lo notaba. Porque la eficiencia es el mejor disfraz de una mujer herida.

Trabajaba con la precisión de un bisturí. Dormía poco. Comía menos. Fingía todo.

Neron estaba más cerca que nunca.

Literalmente.

A veces lo encontraba en el vestíbulo antes que el personal. Me traía café, me abría puertas, me escuchaba hablar de sábanas como si fueran tratados diplomáticos.

—¿Siempre fuiste así de intensa con las habitaciones? —preguntó una mañana mientras yo inspeccionaba el aroma del pasillo.

—¿Siempre fuiste así de disponible cuando ya no me importas?

Lo dije sin pensarlo.

Él no se molestó.

—Estoy intentando ser útil.

—Llegas tarde. Ya soy autosuficiente.

—Nunca dudé que lo fueras.

—Entonces, ¿por qué ahora sí estás?

No respondió. Y no necesitaba hacerlo.

Lo que yo quería antes ya no existe.

Y lo que tengo ahora no llena lo que perdí.

Cada gesto de Neron, cada mirada, cada broma, cada detalle, era una daga torpe clavándose donde Demon dejó una herida limpia y brutal.

Porque no era Neron a quien buscaba en el reflejo del ascensor.

No era Neron a quien imaginaba a mi lado cuando me metía en la cama.

No era Neron a quien dolía no tener.

Y eso me quemaba más que cualquier traición.

Porque, por primera vez, alguien estaba haciéndolo todo bien.

Solo que ya no importaba.

∞∞∞

No tenía hambre. No tenía sueño. No quería compañía.

Solo quería una copa.

Una, para fingir que estaba bien.

Dos, si alguien intentaba preguntarme por Demon.

Me senté en una mesa esquinada del bar del hotel, ese espacio semivacío con iluminación suave y un barman que sabía cuándo no hablar.

Pedí un vino blanco sin mirar la carta. Quería algo seco. Frío. Silencioso.

Y entonces, él apareció.

No lo vi llegar.

Simplemente, estaba ahí.

De pie. Alto. Con traje oscuro, corbata ajustada, y esa energía que no se gana en el gimnasio ni se compra con dinero.

Se gana con secretos.

—Señorita Vinter —dijo con una sonrisa educada y voz baja —. Qué honor ponerle rostro real.

Lo miré sin disimulo.

—¿Nos conocemos?

—No. Pero sí.

Pausa.

—Soy Nicholas. Lord Odalf.

Lo supe antes de que lo dijera.

Ese tono. Esa forma de hablar como si te analizara mientras te ofrecía una copa.

El caballero oscuro, versión cortés.

—Oh. Tú —dije. Y no como cumplido.

Sonrió. No se ofendió. Por supuesto que no.

—¿Puedo?

Asintió hacia la silla vacía frente a mí.

—Depende. ¿Vienes a hablar de construcciones, torres o castillos?

—No. Vengo a hablar de copas. Y de ti.

Tomó asiento sin esperar más.

Su presencia era tranquila. Y, sin embargo, mi cuerpo no se relajó ni un centímetro.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy de paso. Pero pensé que sería una pena no saludar a nuestra inspectora estrella.

Pausa larga.

—Y a la mujer que partió el corazón del hombre más peligroso que conozco.

Me congelé.

—¿Demon?

—¿Hay otro?

Lo miré con frialdad.

—No estoy interesada en hablar de él.

—No. Pero él sigue muy interesado en ti.

Levanté la copa. Bebí. Muy lento.

—¿Viniste a decirme eso?

—No. Vine a observar.

—¿Observar qué?

—Todo.

Y lo dijo tan suave, tan elegante, que fue peor que cualquier amenaza.

Antes de que pudiera contestar, vi a Neron entrar.

Su mirada barría la sala como un radar. Cuando me vio, se tensó. Cuando vio a Nicholas, se transformó.

—Ah, estás aquí —dijo Neron, acercándose con esa sonrisa plástica que usaba cuando ocultaba algo.

Nicholas se puso de pie. Muy despacio.

—Solo saludando a Elsa. Me alegra ver que está bien.

—Claro. Pero seguro estás ocupado. ¿Verdad? Vamos, te acompaño al vestíbulo.

—Neron —dije—, ¿qué está pasando?

Silencio.

Y ambos me miraron.

Uno con incomodidad.

El otro con una sonrisa que sabía demasiado.

—¿Qué está pasando? —repetí, con la calma exacta que viene antes de la tormenta.

Neron me miró como si quisiera explicarme todo y, al mismo tiempo, como si no tuviera permitido abrir la boca.

Nicholas, en cambio, sonrió con esa elegancia perversa que no había perdido desde el juego.

—¿No debería saberlo?

—No es tu decisión —respondió Neron, más tenso.

—Tampoco es solo tuya —replicó Nicholas—. Y si estás tan seguro de que fue lo correcto, ¿por qué pareces a punto de tragarte la lengua?

Neron no contestó.

—¿Alguien va a explicarme por qué me siento como una pieza movida en un tablero que no vi? —intervine—. ¿Quién decidió por mí esta vez?

Silencio.

—¿Fue Demon? —pregunté.

Nadie lo negó. Nadie lo confirmó.

—Esto no es tu problema —dijo Neron, finalmente.

—Soy yo el problema, Neron. Yo soy la que fue enviada aquí. Yo soy la que no entiende por qué fue abandonada sin explicación.

—La decisión fue tomada por las personas correctas —añadió Neron, con esa frialdad militar que usaba cuando no quería sentirse culpable.

—¿Correctas para quién?

Nicholas suspiró, se pasó una mano por la chaqueta impecable y dijo en voz baja:

—Estás más fuerte de lo que pensaban.

—¿Quién pensó eso?

—Elsa —dijo Neron, con tono de advertencia.

—¿Qué? —solté.

—Nada —dijeron los dos, como si fueran un maldito dúo de teatro encubierto.

Me reí. Una risa sin humor. Una que sabía a traición y a vodka emocional.

—No tienen idea de lo que acaban de hacer.

Me di media vuelta y los dejé ahí.

Subí a mi habitación sin mirar atrás. Si me quedaba un segundo más, le arrojaba la copa en la cara a alguien.

Ni siquiera cerré la puerta al entrar. Solo me dejé caer en la cama, el corazón latiendo como si hubiera corrido kilómetros sin mover un pie.

Y, como si el universo supiera que aún no había terminado conmigo, sonó el teléfono.

Lo miré.

Abuela.

Respiré. Conté hasta cinco. No bastó. Contesté.

—Elsa, querida. ¿Cómo van las cosas con Nathaniel? ¿Ya has conseguido una propuesta decente?

Silencio.

—¿Elsa?

Y exploté.

—¿Quieres saber cómo van las cosas, abuela? Te lo voy a decir. Tu nieta está en Grecia porque fue enviada aquí como si fuera mercancía sensible. Fue abandonada por alguien que amaba. Está sola, harta, y peligrosamente cerca de romper cosas.

—¿Qué estás…?

—Estoy harta. De ti. De papá. De este apellido. De sus expectativas. De sus acuerdos. De sus malditos Nate y sus promesas de alianzas matrimoniales. Ya hice mi parte, ¿sí? Ya cumplí con la familia Vinter. Ya cargué con el peso de mantener las apariencias mientras todo me destruía por dentro.

Silencio absoluto al otro lado.

—Así que hazme un favor. Bórrame de tu lista. Olvídate de mí. Y si vuelves a molestarme con eso, me aseguraré de que todos los trapos sucios de esta familia acaben en las portadas de cada periódico europeo.

Colgué.

La mano me temblaba.

Pero, por primera vez, no era de miedo.

Era de alivio.

Marqué su número sin pensarlo.

No planeaba hacerlo. Ni siquiera sabía por qué lo hacía.

Solo que todo se había roto.

Y, estúpidamente, todavía quería entender por qué.

Sonó una vez.

Dos.

Tres.

—¿Sí? —respondió su voz.

Mi garganta se cerró. Pero no por emoción.

Por lo que oí detrás.

Ruidos. Voces.

Risas.

Una carcajada femenina.

—¿Demon?

Silencio.

—No puedo hablar ahora —dijo, rápido. Seco. Como si fuera un mensaje automático.

—¿Dónde estás?

Otra risa. Más cercana.

Un golpe suave, como de copa sobre cristal.

—Elsa, no es buen momento.

—¿Estás con alguien?

Más silencio.

No hacía falta que respondiera.

—Está bien —dije. Aunque no lo estaba. Ni un poco.

Iba a colgar.

—Elsa…

—No —lo interrumpí—. Solo necesitaba confirmar que hice bien en marcharme.

Colgué.

Me quedé con el móvil en la mano. El corazón colgando del borde.

Y esta vez no lloré.

Esta vez, me reí.

Suave. Descompuesta. Vacía.

Porque al final, él no me dejó para protegerme.

Me dejó para olvidarme.

Y al parecer, lo estaba logrando muy bien.

Me quedé sentada en la cama, el teléfono aún en la mano, como si colgar no hubiera cerrado nada.

Las risas seguían en mi cabeza.

Ese sonido suave y ajeno.

Una mujer. Al fondo. Con él.

Mientras yo… ¿qué?

¿Me aferraba al auricular como una idiota esperando que el universo se disculpara?

Me dejé caer hacia atrás.

Las sábanas eran suaves. Costosas. Impecables.

Todo a mi alrededor era perfecto.

Y yo era el desastre que no combinaba.

¿Qué esperaba?

¿Que al llamarlo me dijera que me extrañaba?

¿Qué me confesara que todo fue una mentira para protegerme?

¿Que viniera en jet privado a decirme que no podía respirar sin mí?

Dios.

Qué ridícula.

No eres una adolescente, Elsa.

Eres una mujer adulta con tres carreras, un currículum internacional y una capacidad extraordinaria para el autoengaño.

Me reí.

Sola.

Con esa risa fea que suena como un sollozo que se equivocó de salida.

¿Qué tiene ella que yo no?

Eso fue lo peor.

Porque no sabía ni quién era "ella".

Solo una voz al fondo. Un sonido. Una posibilidad.

Pero ya me estaba comparando.

Ya estaba asumiendo que, como siempre, no era suficiente.

No lo fui para mis padres.

No lo fui para Neron.

No lo fui para Demon.

Y, quizás, tampoco lo soy para mí misma.

Pensé en todas las veces que tragué el orgullo y forcé una sonrisa para mantener la paz familiar.

En todas las veces que fingí que no me importaba cuando me desplazaban.

En las veces que fui la chica perfecta, la profesional impecable, la pareja razonable.

¿Y para qué?

Para acabar en otra ciudad, sola, bebiendo vino blanco tibio y escuchando cómo se ríen en el fondo mientras a mí me arde la garganta de silencio.

Me cubrí la cara con las manos.

Me sentía pequeña. Absurda. Invisible.

Como si la vida se hubiese reído de mí justo cuando empecé a pensar que tal vez merecía algo bueno.

Tal vez el problema soy yo.

Tal vez nunca supe cómo ser amada.

O peor.

Tal vez supe hacerlo.

Y nadie quiso quedarse a intentarlo conmigo.

Cinco millones de suspiros después, me senté de nuevo.

Mi reflejo en el espejo era el mismo.

Pero sentía que me faltaban piezas.

Como si me hubieran arrancado algo y yo fingiera que no me dolía.

Lo voy a superar.

Otra vez.

Como siempre.

Pero por ahora…

Solo quería sentir pena por mí misma.

Y eso, al menos por esta noche, me lo había ganado.

No hice la maleta.

No busqué destinos.

No avisé a nadie.

Simplemente me levanté, me miré al espejo…

Y supe que tenía que desaparecer antes de volver a convertirme en algo que odiara.

Tomé un bolso pequeño. El más discreto.

Metí tres prendas, mis documentos, tarjetas y el móvil.

Nada más.

El resto podía arder.

Bajé por las escaleras del hotel sin mirar a nadie.

Ni al personal que ya me saludaba con familiaridad.

Ni a la recepcionista que me ofreció una sonrisa educada.

Ni a Neron, que dormía en alguna habitación, creyendo que me estaba cuidando.

Salí a la calle.

El aire tenía ese frío húmedo que pega en los huesos y no se va.

Levanté la mano y paré un taxi.

—¿Destino? —preguntó el conductor.

—Aeropuerto.

—¿Vuelo reservado?

—No.

Me miró por el retrovisor, dudando si seguir preguntando.

No lo hizo.

Gracias a Dios.

El trayecto fue silencioso.

Contemplé la ciudad dormida, las luces lejanas, las sombras de lo que dejaba atrás.

Por alguna razón, no sentí culpa.

Solo un tipo muy específico de soledad:

La que viene cuando decides, por fin, escapar de todos.

En el aeropuerto no hablé con nadie más de lo necesario.

Me acerqué al panel de vuelos como si el destino estuviera escondido ahí.

Y, en cierto modo, lo estaba.

Nueva York.

Salida en una hora.

Vuelo nocturno.

Solo ida.

Ahí estaba.

El cartel.

El empujón.

La señal.

No por lo que ofrecía.

Sino porque no tenía absolutamente nada que ver con lo que había vivido en los últimos meses.

Compré el billete sin pestañear.

Y, al sentarme en el asiento 7A, junto a la ventana, envié tres mensajes.

El primero, a Kiran:

"Si despiertas y no estoy, no te asustes. Solo necesito aire. Espacio. Libertad. Sé que me entenderás mejor que nadie. Te quiero."

El segundo, a Neron:

"Gracias por ayudarme a salir cuando no sabía cómo hacerlo sola. No fue tu culpa. Pero tampoco puedo quedarme."

Y el tercero…

A Demon.

Ahí dudé.

Las palabras se apilaron.

Se enredaron.

Se volvieron puñales y plegarias al mismo tiempo.

Y al final, escribí lo único que realmente sentía.

"Que te jodan."

Apagué el móvil.

El avión despegó.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no sentí miedo.

Solo la certeza de que, ocurriera lo que ocurriera al aterrizar…

Yo me pertenecía otra vez.

Capítulo 23

A prueba de balas

Demon

Colgué.

La pantalla se apagó. Como si al hacerlo pudiera también apagar el sonido de su voz.

Pero no.

Seguía ahí.

"Está bien."

No. No lo estaba.

Me dejé caer contra el respaldo del sillón, en el rincón más oscuro del bar. El tipo de sitio que huele a madera vieja, whisky fuerte y desesperación.

Maldije en voz baja y me bajé la gorra sobre los ojos.

Respiré hondo.

Escaneé el lugar sin parecer que lo hacía.

Una pareja borracha en la esquina. Un camarero flaco con cara de cansancio. Dos tipos en la barra, demasiado atentos a nada.

Posibles. Pero no confirmados.

Esperé.

Cinco minutos. Diez.

Y justo cuando pensaba en moverme, escuché pasos conocidos.

—¿En serio? ¿Beber solo, esconderte y no contestar los mensajes? —dijo Poppy, dejándose caer en la silla frente a mí.

Rome llegó detrás, cruzado de brazos.

—Sabíamos que estabas aquí. GPS, ¿recuerdas?

—Hola para ustedes también —murmuré, sin levantar la cabeza.

—¿Cuánto dinero tienes? —preguntó Poppy.

Levanté una ceja, sin cambiar el tono.

—¿Por qué? ¿Necesitas un préstamo?

—No —dijo, tomando asiento—. Solo me preguntaba para qué te sirve si estarás muerto.

Me quedé en silencio.

Poppy siguió.

—Cinco millones, Demon. En serio. ¿Te parece poco? Porque a todos los criminales de medio planeta les parece suficiente como para vender a su abuela.

—Sé lo que hago.

—No. No sabes una mierda —dijo Rome, sentándose también —. Estás corriendo solo, durmiendo poco, sin equipo, sin respaldo. Te estás preparando para morir, no para luchar.

No respondí. No necesitaba hacerlo.

Poppy se inclinó sobre la mesa.

—Podrías haber cogido a Elsa y desaparecido con ella. A una isla. Un lugar sin Wi-Fi, sin amenazas, sin gente que quiera tu cabeza en una bandeja.

—Y dejaros a vosotros comeros esto solos. Claro.

—¡Eso no es lo que te estamos diciendo, idiota! —espetó Poppy—. Estamos diciendo que ella estaría a salvo. Y tú, más difícil

de encontrar. Nos hubiéramos encargado del resto.

Me quedé mirando mi vaso.

El hielo se había derretido.

—Ella ya está a salvo —dije.

—¿Y tú? —preguntó Rome.

No respondí.

Porque esa parte nunca fue parte del plan.

∞∞∞

Salimos del bar en fila. Poppy primero, Rome cubriendo la retaguardia. Yo en el medio, como si no fuera el maldito objetivo principal.

El aire afuera estaba denso.

Dimos tres pasos.

Cuatro.

Y entonces escuché el clic.

No un disparo.

Un seguro que se quitaba.

—¡Al suelo! —gritó Rome.

No lo pensé. Me lancé hacia un lateral mientras Poppy desenfundaba como si hubiera nacido con el arma en la mano.

El primer disparo me rozó el hombro izquierdo.

El segundo rompió la ventana del bar.

Dos hombres. Uno armado con pistola, otro con cuchillo.

Ambos rápidos. No lo suficiente.

Rome se lanzó sobre el de la pistola, lo derribó con un golpe brutal en la cara.

Poppy disparó al suelo, entre las piernas del segundo, obligándolo a detenerse.

Yo terminé el trabajo con una patada seca que lo mandó contra la acera.

—¿Estás bien? —preguntó Poppy, corriendo hacia mí.

Mi camiseta estaba empapada de rojo.

—Sí. Solo es un rasguño —mentí.

Rome resopló.

—Rasguño mi culo. Te vas al hospital.

—No hay tiempo.

—No hay discusión.

Hospital. Cinco puntos en el hombro.

El médico no hizo preguntas. Sabía que era mejor no saber.

Pasaron treinta y seis horas.

Y con ellas, cinco intentos más.

Un dron que explotó cerca de la entrada del hotel.

Un coche con placas falsas que me siguió hasta el aparcamiento subterráneo.

Un camarero infiltrado que intentó envenenar mi café.

Y cada vez, el mismo patrón:

Gente desesperada por cinco millones.

Gente sin nada que perder.

Y yo, cada vez más cansado de seguir vivo.

Pero mis amigos no se movían. De hecho, se vinieron a vivir conmigo.

Rome dormía con un ojo abierto y el arma bajo la almohada.

Poppy revisaba cada cámara, cada movimiento, cada mensaje en la dark web.

Incluso Lukas apareció, sin decir palabra, y empezó a programar barridos de seguridad como si el código pudiera salvarme de una bala.

—Te vas a morir —dijo Poppy una noche mientras me vendaban otra vez el hombro—. Y cuando pase, ¿qué hacemos nosotros?

—Llorarme —dije.

—Eres idiota.

—Ya lo dijiste antes.

—Y lo repetiré hasta que te metas en un avión, te lleves a la chica y nos dejes arreglar esto sin tener que recoger tus pedazos.

∞∞∞

El ático olía como siempre. Se veía como siempre.

Pero no se sentía igual.

Shafoo estaba sentado en la encimera como si fuera su casa.

Poppy tenía los pies sobre la mesa, clasificando armas por capricho estético.

Jack y Duke discutían sobre calibres.

Lukas no levantaba la vista de su portátil.

Rome vigilaba la ventana como si pudiera ver a través del hormigón.

—Solo quiero que conste —dijo Lukas sin mirar— que estamos todos arriesgando la vida por tu decoración de mierda.

—¿Esto es una intervención o una despedida? —respondí, sirviendo whisky para nadie en particular.

—Si nos cae un misil, quiero que sepas que no pienso morir en un ático con alfombra gris y cojines de terciopelo —añadió Shafoo, mordiendo una barrita de proteínas con odio.

—¿Quién usa terciopelo en una zona de guerra? —murmuró Jack.

—¿Y quién vive en la misma dirección con una recompensa por su cabeza? —preguntó Rome, seco.

—Yo —dije, alzando el vaso.

Risas. Amargas. Reales.

Entonces sonó el timbre del ascensor.

Se hizo un silencio tan denso que se podía cortar con la hoja que Poppy acababa de afilar.

Todos se pusieron de pie sin hablar.

La puerta se abrió.

Neron.

Solo.

Mi cuerpo se tensó de inmediato.

Él no debería estar aquí. Solo no.

Elsa.

¿Dónde está Elsa?

—¿Dónde está? —pregunté.

Neron no dijo nada al principio. Su mandíbula apretada. Su expresión impenetrable.

Pero ya sabía la respuesta.

—¿Dónde está Elsa? —repetí, más bajo.

—Desapareció.

Mi corazón se detuvo.

—¿Qué?

—Se fue del hotel. Cogió un vuelo a Estados Unidos. Me avisaron cuando ya había despegado. La perdimos.

No pensé.

Solo reaccioné.

Mis manos se cerraron alrededor de su cuello y lo empujé contra la pared como si el mundo dependiera de ello.

—¡Tenías una maldita orden! —rugí—. ¡Una! No separarte de ella. ¡Una maldita cosa que hacer!

—¡Lo sé! —escupió, sin resistirse—. ¡Lo sé, Demon!

La presión aumentó.

La pared crujió.

Los demás no se movieron. No aún.

Sabían que había que dejarme romper algo antes de recomponerme.

—¡La dejaste sola! ¡En otro país, sabiendo lo que hay detrás de ella!

—¡Se fue! No pude detenerla.

—¡Entonces tendrías que haberla atado!

—¿Y tú qué hiciste, Demon? —espetó Neron, con voz rota—. ¿Tú no la dejaste ir primero?

El golpe fue directo al pecho. Sin manos. Sin sangre.

Pero dolió más que cualquier cuchillada.

Solté su cuello.

Retrocedí.

Y el silencio se hizo mortal.

Neron respiraba con dificultad, la marca de mis dedos aún en su cuello.

Yo seguía de pie, con el corazón golpeándome las costillas como si intentara romperlas desde dentro.

Nadie hablaba.

Hasta que Lukas levantó la vista del portátil.

—Está bien.

Todos lo miramos.

—¿Qué? —dije.

—Dije que Elsa está bien. O al menos, lo más probable es que lo esté.

—¿En qué te basas?

—En que no es idiota. En que es más lista que todos nosotros juntos. En que ha sobrevivido a padres como los suyos, a alianzas tóxicas, a Neron… y a ti.

Pausa.

—Y eso, hermano… eso no lo hace cualquiera.

Me quedé en silencio.

Lukas siguió:

—Está lejos de ti. Eso ya es una ventaja en términos de seguridad. La amenaza directa está aquí. No allá.

—No sabemos si alguien la sigue —dije.

—Y si alguien la sigue, tú no eres más útil aquí encerrado recibiendo tiros. Demon, seamos claros: tú has luchado solo desde que esto empezó. Pero eso no te hace fuerte. Te hace estúpido.

Poppy silbó, divertido.

Duke negó con la cabeza, pero no lo contradijo.

Rome asintió una sola vez.

Jack ni se movió.

Y entonces, lo dijo Shafoo:

—Ya está, loco. Tienes que decidir. ¿Quieres demostrar que puedes contra todos los psicópatas con complejo de héroe que creen que matar por cinco millones los hace importantes…? ¿O quieres a la mujer que amas?

Otra pausa.

Y Poppy, como siempre, fue más directo:

—Porque si te mueres esta semana, Demon, nadie recordará que aguantaste. Pero ella sí recordará que no fuiste por ella.

Las palabras me cayeron como un disparo silencioso.

Respiré.

Cerré los ojos.

Vi su cara.

Su voz.

Su maldita risa.

Y su silencio al otro lado del teléfono.

No quería salvarla solo del mundo.

Quería salvarla de mí.

Pero eso no funcionó.

Y ahora… ya no importaba.

—Voy a buscarla —dije.

El silencio fue absoluto.

—¿A dónde? —preguntó Rome.

—Donde sea que haya ido. La encontraré.

Y entonces sonó.

La alarma.

La única que no habíamos probado.

La que nadie quiere escuchar.

Todos se giraron hacia mí al mismo tiempo.

Un zumbido agudo. Luz roja. Vibración en las paredes.

Rome ya tenía el arma desenfundada antes de que pudiera parpadear.

—¿Qué coño…?

WHUMP-WHUMP-WHUMP.

El sonido de hélices. Bajo. Pesado. Cada vez más cerca.

Miré hacia la ventana del ático.

—No jodas… —murmuró Poppy.

Un helicóptero estaba suspendido justo frente al cristal blindado.

Dos hombres colgados en arnés, apuntando con rifles.

Vestidos de negro.

—¿¡Un helicóptero!? ¿Estamos en Call of Duty ahora? —gritó Shafoo, tirándose al suelo.

—¡Os dije que íbamos a morir en este maldito ático! —añadió Poppy, desenfundando con una mezcla de rabia y entusiasmo.

El primer impacto contra los cristales no los rompió.

El segundo tampoco.

—¡Gracias por olvidar decirnos que los vidrios eran a prueba de balas, Demon! —gritó Jack, mientras rodaba detrás del sofá y disparaba al techo como advertencia.

—¡Creí que era obvio! —respondí.

—¡Pero no lo dijiste!

Ratatatatat.

Los disparos arreciaron.

El helicóptero empezó a moverse lateralmente, buscando ángulo.

Alguien dentro lanzaba órdenes por radio.

No había tiempo.

—¿El tejado? —gritó Duke.

—No —dije—. Ya habrán bloqueado la salida aérea. El helicóptero está sobre la plataforma. Ni Demon Air se libra de eso.

—¿Ascensor?

—Nos convierten en paté en cuanto se abra.

—¿Escaleras, entonces?

—A la mierda —dijo Rome—. Vamos.

Nos movimos como si fuera un maldito simulacro.

Pero esto no era práctica.

Esto era guerra.

El primero en caer fue un dron que entró por la ventilación.

Lo vi un segundo antes de que explotara.

Lukas lo pateó hacia la cocina y el fuego se tragó medio mueble, pero él salió ileso.

—¡Te debo un frigorífico! —gritó mientras corría.

Poppy disparaba sin cesar, cubriéndonos.

—¡Cinco hombres más entrando por la escalera de incendios! ¡Estos cabrones no vienen a preguntar nombres!

Rome recibió un impacto en el brazo. Cayó de rodillas.

—¡Estoy bien! —gruñó, apretando los dientes—. ¡Solo rozado!

Le lancé mi segunda arma.

—¡Toma esto! ¡Y apunta mejor, joder!

Shafoo activó el protocolo de humo con el control que solo él entendía.

La sala se llenó de neblina gris metálica, cortando la visibilidad justo a tiempo.

—¡A la puerta! —ordenó Duke.

Corrimos hacia las escaleras. Disparos tras nosotros.

Cristales rotos. Gritos. Paredes marcadas por fuego.

El infierno personal de cualquiera.

Un martes más para nosotros.

Al llegar a la escalera, el cuerpo de un atacante bloqueaba el paso. Poppy lo empujó con el pie.

—¡Ahora sí que quiero vacaciones! —gritó—. ¡Con masajes y cócteles, y sin amigos con recompensas millonarias por sus cabezas!

Bajamos. Piso tras piso. Disparando. Cubriéndonos.

Y mientras descendía, sangre en las botas, humo en los pulmones, solo pensaba en una cosa.

Elsa.

Tenía que salir de esta para encontrarla.

Y eso significaba sobrevivir a esta noche de mierda.

∞∞∞

El edificio donde se escondía Therese era discreto.

Demasiado para su gusto.

Una antigua casona restaurada, protegida por sistemas que harían llorar a un agente del MI6.

Una casa segura.

La última en la lista de lugares que mi hermana aceptaría visitar por voluntad propia.

Tenía suerte de que nuestros padres estaban en un viaje de seis meses por el mundo. Su segunda luna de miel, como lo llamó mi madre.

Menuda suerte, porque si me viera en este estado me dejaría sordo con sus gritos.

Me dolía todo. El costado derecho palpitaba como si me estuvieran recordando cada maldito escalón bajado durante el tiroteo.

La camiseta negra estaba rasgada, aún con manchas de sangre que no me molesté en limpiar.

Therese me abrió la puerta con cara de guerra declarada.

—¿En serio? ¿Esta es la solución? ¿Encerrarme como si tuviera cinco años?

—Hola para ti también —dije, empujándola suavemente al interior.

—No hagas eso.

—¿Qué?

—Esa voz de "estoy calmado porque si no grito, disparo". No soy una de tus misiones. No soy una civil en zona roja. Soy tu hermana.

—Precisamente por eso —cerré la puerta detrás de mí—. No pienso poner tu nombre en la lista de daños colaterales.

—¿Y tú sí estás en esa lista?

La miré.

Cabello recogido en una trenza que se había soltado, pantalones deportivos caros, sudadera ajustada.

Se veía como alguien que podía pelear con estilo, y que estaba a segundos de hacerlo.

—Estoy haciendo lo que tengo que hacer —dije.

—¿Eso incluye desaparecer, no contestar mis mensajes y aparecer cubierto de cortes y con cara de "he visto la muerte y me guiñó un ojo"?

—Sí.

Caminé hasta el salón. La casa estaba demasiado limpia. Odiaba eso.

Ella me siguió como si fuera a atacarme por la espalda.

—¿Y Elsa?

Ese nombre.

Cada vez que lo escuchaba, era como un bisturí quirúrgico directo al pecho.

—No está aquí —respondí.

—Ya me di cuenta.

—Y no te metas.

—Demasiado tarde. Me metí cuando me enviaste un mensaje de "empaca y corre" a las tres de la mañana.

Me giré.

—Therese…

—¿Qué?

—Gracias.

Se detuvo.

Me miró como si no entendiera el idioma.

—¿Qué?

—Gracias por hacerme caso. Por venir aquí. Por no discutir más.

—¿Y si no lo hice por obediencia?

—Entonces lo hiciste por miedo. Y eso es suficiente.

Nos quedamos en silencio.

Por fin, ella bajó la guardia un poco. Solo un poco.

—¿Te vas?

Asentí.

—A buscarla.

—¿Vas a volver?

—No sé.

—¿Vas a matarlos a todos?

—Probablemente.

Ella suspiró.

—Eres el hermano más emocionalmente incompetente del planeta.

—Y tú eres la hermana más cabezota que conozco.

—Te quiero, gilipollas.

—Lo sé.

En ese momento, sonó el timbre.

Solo podía ser una persona.

—Abre —le dije, sentándome brevemente en el sillón para recoger la mochila que había dejado junto a la chimenea.

Therese fue hasta la puerta.

—¿Quién es?

—El ángel de la muerte, probablemente —respondió una voz desde el otro lado—. O tu conductor.

Abrió.

Poppy, con gafas de sol, chaqueta de cuero y una sonrisa como si no acabáramos de sobrevivir a un ataque con helicóptero hace menos de un día.

—¿Estás lista, princesa? —le preguntó a Therese con una reverencia irónica.

Ella alzó una ceja.

—¿Tú eres el responsable de esta locura?

—Dios, no. Yo solo soy el mensajero.

Me miró.

—¿Listo?

—¿Tenemos coche?

—No. Tenemos coches. Con "s". Tres de distracción, uno de verdad. Rome lo organizó todo. Ah, y Lukas ha bloqueado todos los sistemas de rastreo de la ciudad durante los próximos cuarenta y cinco minutos. Lo llama "regalo de despedida".

—¿Y el aeropuerto?

—Terminal privada. El jet está en marcha. Si nos movemos ahora, volarás antes de que el sol se dé cuenta de que existes.

Me giré hacia Therese.

—Te quedas aquí. Solo sal con Rome o con Shafoo.

—No soy una prisionera.

—No. Eres mi hermana. Y tienes enemigos que no sabes que tienes.

—No me gusta esto.

—A mí tampoco.

Nos miramos por un segundo.

Ella entendió. Aunque no lo dijo.

—Tráela de vuelta —susurró, antes de darme un abrazo rápido y mal hecho, de esos que solo los hermanos entienden.

Salí detrás de Poppy sin mirar atrás.

La ciudad olía a humo y tensión.

El futuro, a sangre y esperanza.

Y yo, por fin, me movía hacia ella.

El rugido del jet era constante, casi tranquilizador.

Me dejé caer en el asiento junto a la ventana, quitándome la chaqueta con dificultad por la herida del hombro.

Aún ardía.

Como todo lo demás.

—¿Tan mal estás que ya ni saludas?

Levanté la vista.

Nicholas.

Sentado cómodamente en el sofá del jet como si fuera suyo.

Traje oscuro, sin una arruga.

Una copa en la mano.

Y esa expresión como si acabara de salir de una reunión secreta con los Illuminati.

—¿Qué haces aquí?

—Me aburría. Pensé en darte conversación.

—¿Y colarte en mi jet te pareció una opción sensata?

—Tu seguridad está en ruinas. Literalmente. Además, Rome me dejó subir. Dijo que alguien debía asegurarse de que no te abrieras el pecho a mordiscos antes de llegar.

Me froté la cara.

—Esto no es una jodida excursión.

—Nunca lo es contigo, Demon.

Pausa.

—¿Vas a buscarla?

Lo miré de reojo.

—¿Vas a seguir preguntando cosas obvias?

Nicholas dejó la copa sobre la mesa.

Y por primera vez, su voz cambió.

—Me siento culpable.

Eso me hizo girar del todo.

—¿Por qué?

—Porque la otra noche, cuando hablé con Elsa, supe que algo no estaba bien. Pero no quise involucrarme. Pensé que era asunto tuyo, o de Neron, o de quien fuera.

Suspiró.

—Y ahora está sola. En un país al que no pertenece. Huyendo de todos. Sin saber que tú… que nosotros estábamos intentando protegerla.

El silencio se sentó entre nosotros como otro pasajero.

—Ella no es fácil de proteger —dije al final.

—Ninguna persona valiosa lo es.

Me incliné hacia delante.

—¿Tú sabías del precio?

Asintió.

—Cinco millones. Para quien lo elimine en público, y pueda probarlo.

—¿Y sabes quién lo puso?

—No. Pero tengo ideas. Y contactos.

Hizo una pausa más larga.

—Escucha. Rome y Duke están trabajando con uno de los canales clandestinos de recompensas. Vamos a ofrecer una contra recompensa.

—¿Por salvarme?

—Por entregar con vida al que puso la original.

Me miró serio.

—No lo haremos a tu manera, Demon. No con fuego. Lo haremos con información, dinero y presión. Vamos a convertir al que te puso precio en la presa. Y cuando eso pase, la caza se detendrá.

Lo consideré.

—¿Funcionará?

—Si no, siempre podemos pegarle un tiro en las pelotas a alguien. Eso sí se me da bien.

Me apoyé en el respaldo.

Por primera vez en días, una sombra de esperanza cruzó por mi mente.

Y también una certeza:

La encontraré.

Y cuando lo haga, no la dejaré ir otra vez.

Capítulo 24

Los cuentos de hadas no me incluyen

Elsa

Desperté en una cama que no era la mía.

Las sábanas olían a lavanda y sol, a hogar. No eran de algodón egipcio, ni estaban planchadas como a mí me gustaba. Había una arruga rebelde justo al lado de mi hombro, como una pequeña insolencia doméstica. No me molestó. Al contrario. Sonreí.

El colchón era firme, la manta gruesa y pesada. Y el silencio…

Ese silencio suave que sólo existe cuando estás lejos de todo.

Lejos de las alarmas.

De los hoteles de cinco estrellas.

De los hombres que parten tu corazón como si no fuera nada.

Me senté despacio, con ese cuidado que una aprende cuando no sabe qué versión de sí misma despertará.

¿La que llora?

¿La que huye?

¿La que finge que no duele?

Apoyé los pies en el suelo de madera, crujiente y tibio, y crucé la habitación. Las cortinas eran feas. A cuadros. Probablemente costaron cinco dólares en alguna tienda del pueblo. Las abrí de un tirón y me encontré con el amanecer.

Dios.

Un cielo que sangraba oro, colgado sobre un océano de árboles. Bosques que respiraban con la primera luz. Montañas a lo lejos, suaves y azules como un suspiro.

Estaba en una granja.

Yo, Elsa Vinter, en una granja.

Y aunque recordaba exactamente cómo había llegado, o por qué este lugar… sonreí.

Era el sitio correcto.

Me puse unos vaqueros gastados y una chaqueta gruesa. Ni maquillaje, ni peinado, ni perfume. Solo yo.

Y por primera vez en mucho tiempo no me pesaba.

Bajé las escaleras y salí al porche.

El aire era frío y húmedo, cortante en los pulmones como una bofetada amable. Lo respiré todo. Hasta el fondo.

El mundo era verde y marrón y real.

Y por unos segundos, solo unos pocos, no dolía.

El porche crujió bajo mis botas justo antes de que la puerta principal se abriera de golpe.

—Ya era hora —dijo una voz seca detrás de mí—. La vaca está a punto de declararse en huelga.

Me giré.

Still estaba de pie en el umbral, con una taza de café en una mano y la escopeta apoyada con naturalidad contra el marco, como si fuera parte del diseño interior.

Llevaba una camiseta gris perfectamente rota, de esas que sobreviven porque tienen carácter, y pantalones de pijama con estampado de llamas. Porque claro, el drama va hasta en la ropa de dormir.

Su pelo recogido en un moño imperfecto, gafas sin montura, y una expresión que mezclaba fastidio crónico con cierto placer secreto por tener compañía.

—Buenos días a ti también —murmuré.

—No son buenos hasta que ordeñamos, y la bestia está de un humor que ni tú con jet lag y sin café.

Parpadeé.

¿Acababa de compararme con una vaca?

—¿Qué hora es?

—Tarde. Y no pongas esa cara de princesa maltratada, que tú te colaste en mi porche a medianoche y casi te dejo la frente fosforescente con una linterna. Bastante civilizada estoy siendo.

Sonreí. No pude evitarlo.

Era áspera, sí. Pero era real. Y ahora mismo, eso valía más que todo el mármol de mis hoteles favoritos.

—¿Te ayudo con la vaca?

Still me miró por encima del borde de su taza como si acabara de sugerirle un trío con la Reina de Inglaterra.

—¿Tú? ¿Con ese abrigo de lujo y esas manos que no han pelado una patata en su vida?

—No me subestimes —dije, bajando los escalones—. Puedo sobrevivir sin room service, ¿sabes?

—Ajá. Claro que sí, realeza sueca.

Hizo un gesto con la cabeza hacia el camino de tierra que llevaba al granero.

—Vamos. Pero si la vaca te pisa un pie, no pienso consolarte.

Y así, mientras el sol terminaba de desperezarse sobre las montañas, yo seguí a una mujer medio salvaje y una vaca emocionalmente inestable hacia el inicio de algo que no sabía que necesitaba.

Después de alimentar a Electra —que resultó ser menos asesina de lo que parecía—, Still me llevó a la parte de atrás del granero. Había un pequeño gallinero, herramientas perfectamente ordenadas (demasiado limpias como para usarlas de verdad) y un banco de madera bajo un árbol centenario.

—Me siento aquí a veces —dijo, acomodándose con su taza de café—. El mundo tiene mejor cara cuando estás lejos de él.

Me senté a su lado, dejando que el aire frío me despeinara. El lugar era perfecto a su manera. Verde, silencioso, auténtico.

—¿Cómo terminaste aquí? —pregunté, mirando el campo que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

—Vendí mi empresa —respondió sin dramatismo—. Distribuidora de tecnología. Operábamos en tres países. Me iba bien. Muy bien, en realidad. Pero un día me harté. Vendí todo, me compré una mochila y me largué a recorrer el mundo.

—¿Y la granja?

—Ah, eso fue culpa vuestra —sonrió, tomando otro sorbo—. ¿Recuerdas cuando bromeábamos en el chat de la alianza sobre comprar un granero y vivir entre vacas?

—Claro. Yo pedía vino.

—Y yo, que el establo tuviera Wi-Fi.

Reímos. Still siguió:

—Poco después vi un anuncio y… no sé. Compré esta granja. Mucho terreno, granero, la vaca... pero no soy una granjera. Ni quiero serlo. Le alquilo las tierras al vecino. Él cultiva, yo me quedo con algo de grano para las gallinas. Con eso, buen café y conexión decente, soy feliz.

—¿Y no te aburre?

—Al contrario. Me salva.

Nos quedamos en silencio. El bueno. Hasta que dijo:

—Sé lo que pasó. Con Grace. Con Demon también.

Me tensé. Aunque no era sorpresa. Still era de esas personas que no necesitan estar presentes para enterarse de todo. Además, era amiga de Kookie.

—No me interesa el chisme, si es eso lo que temes. Pero si viniste hasta aquí, es porque ya no confías en nadie.

Tragué saliva.

—¿Y tú? ¿En quién confías?

—En mí. En mi vaca. Y en la gente que se queda sin que le supliquen.

Sus palabras se me quedaron girando por dentro.

—Kookie me escribió —añadió, más suave—. Me pidió que estuviera atenta si te conectabas. Aún no lo hice. Pero se preocupa por ti.

Bajé la mirada.

No tenía respuesta. Ni para ella. Ni para mí.

Después del café y la charla, regresamos a la casa, donde Still me lanzó una chaqueta de franela que olía a lavanda seca y polvo de desván.

—Paseo matutino obligatorio —anunció—. Hay que revisar si el idiota de mi vecino volvió a dejar la valla abierta.

El camino era de tierra, flanqueado por árboles altos. A lo lejos se oían gallinas, el motor perezoso de un tractor, el crujido del bosque. Caminamos en silencio hasta que Still señaló una colina baja desde la que se veía toda su tierra.

—Podrías quedarte —dijo, sin mirarme—. Al menos por ahora.

No respondí enseguida.

No porque no quisiera. Sino porque no sabía cómo explicar que este lugar, tan ajeno a mí, era justo lo que necesitaba.

—¿Sabes cocinar? —preguntó de pronto, con su voz habitual, sin sentimentalismos innecesarios.

—Sí. Pero suelo hacerlo con pinzas, termómetro láser y playlist de piano de fondo.

—Aquí usamos cuchillos, sartén de hierro y silencio. Te adapto la playlist si haces panqueques.

De vuelta en la casa, entramos en la cocina. La luz caía en haces dorados a través de las cortinas a cuadros. El lugar no era feo, pero tenía ese aire de catálogo rústico de los noventa: limpio, funcional, sin alma.

Azulejos algo descoloridos. Encimera que pedía amor. Y la lámpara del techo colgando como si estuviera esperando su jubilación anticipada.

—Esto tiene potencial —comenté, sacando harina y huevos.

—¿"Esto" es mi cocina?

—Esto es todo tu espacio. No está mal, pero le falta intención. Historia. Color.

Still alzó una ceja, revolviendo en una olla con evidente desgana.

—¿Quieres decir que mi gusto apesta?

—Quiero decir que, si algún día invitas a la alianza aquí, no querrás que se vayan pensando que la vaca decoró todo con las patas.

Soltó una carcajada tan fuerte que asustó a un gato que dormía en una silla.

—Ok, listilla. Tienes 48 horas. Muéstrame lo que puedes hacer.

Me detuve con la cuchara en el aire.

—¿Hablas en serio?

—Tengo dinero, tengo espacio, y tengo a una mujer deprimida y perfeccionista cocinando en mi casa. Es una inversión.

No sabía si reír o llorar. En vez de eso, mezclé con más fuerza la masa de los panqueques. Una energía nueva, casi peligrosa, se

me subía por los brazos.

—Te advierto que soy exigente —le dije.

—Me advierto a mí misma que no me meta con mujeres que saben lo que quieren. Pero ya estoy metida.

Preparamos el desayuno juntas. Riendo. Discutiendo sobre el color de los azulejos y qué sillas eran dignas de un comedor en la era post-dramas. Había paz, sí. Pero también algo más: propósito.

Un lugar que podía ser mío, al menos por un rato. No para huir. Para respirar.

Y por primera vez en semanas, Elsa Vinter dejó de sentirse una carga y empezó a convertirse, simplemente, en una mujer con planes.

∞∞∞

Dormí cuatro horas. Y soñé con baldosas rotas y cortinas que suplicaban ser quemadas. Así que me levanté, hice café fuerte, y me senté a dibujar con un lápiz que encontré en un cajón, junto a una revista de hace tres años y una nota que decía "no tocar la tostadora".

A las ocho, Still entró en la cocina en bata, con cara de resaca emocional. Me encontró rodeada de muestras de color, planos mal dibujados, y una energía que rozaba la histeria creativa.

—¿Dormiste algo? —preguntó.

—No. Pero tu cocina lo hará.

Ella murmuró algo como “esto me pasa por invitar mujeres con el corazón roto”, y se sirvió una taza de café mientras yo le mostraba todo:

El tono azul profundo que hacía que la madera respirara.

Las cortinas que no parecieran sacadas de un motel de carretera.

Y una propuesta para convertir el porche en el lugar más instagrameable del estado.

Cuando me dio luz verde —o al menos no dijo que no—, la siguiente parada fue la ferretería local. Bueno… ferretería es generoso. Era mitad tienda de pinturas, mitad bazar, mitad club social para jubilados. Vendían clavos, pasteles, y un cartel prometía "el mejor café al oeste del río", aunque según Still, ese río no existía desde 1972.

Recorrí los pasillos como si fueran un campo de batalla. Texturas, colores, objetos que gritaban auxilio estético.

Hice fotos. Tomé notas. Juzgué en silencio.

—¿Qué tal este azul para la pared? —le pregunté, mostrándole una muestra.

—Suena a depresión elegante. Me encanta.

En la caja, justo cuando ya habíamos acaparado media tienda, apareció él. Alto, espalda recta, cara de "me sé los nombres de todas las vacas del pueblo" con complejo de héroe local.

—Señora Still —saludó con una sonrisa—. Qué gusto verla. Y usted…

—Elsa —respondió Still, sin pestañear.

—Jake Wallace. Sheriff del pueblo. Si necesita algo… incluso compañía para un café...

No lo dejé terminar.

—He terminado con los hombres.

Sus cejas se alzaron. Su ego también.

Pero yo ya había sacado el bate emocional.

—Para siempre. No quiero ver a ninguno ni en pintura. Ni si el mundo se acaba y me toca a mí procrear para salvar la humanidad. Prefiero extinguirme con dignidad.

Still se rio tanto que pensé que se iba a ahogar.

—Eso fue un poco fuerte —dijo después, ya en la camioneta.

—Fue realista. Además, tenía cara de que escucha country optimista. Yo no puedo con esa energía.

De vuelta en la granja, empezamos.

Yo con los planos.

Ella con sus objeciones pasivo-agresivas a mover muebles.

Cambiamos cojines. Repintamos una pared. Colgamos plantas. Encendimos velas aromáticas que encontré en una caja etiquetada "por si algún día me vuelvo zen".

Y mientras lo hacía...

Mientras ordenaba cada rincón, cada flor, cada espacio, sentí algo que parecía… respirar.

Como si pudiera rediseñar no solo una casa, sino también una parte de mí.

Still no dijo nada al respecto.

Solo me observó desde la entrada del salón, brazos cruzados, expresión casi suave.

No hacía falta que lo dijera.

Ambas sabíamos que este lugar era un refugio.

Y tal vez —por ahora— yo también lo era.

La tarde cayó lenta, tiñendo el cielo de naranja y púrpura.

Still y yo estábamos sentadas en el porche como dos jubiladas con exceso de café y opiniones firmes sobre decoración.

Habíamos colgado las cortinas nuevas (mi selección, su aprobación entre gruñidos), y había algo reconfortante en mirar el interior de la casa y pensar: "esto lo hice yo".

Estábamos a punto de entrar cuando sonó su teléfono. Estaba justo sobre la mesa de madera vieja.

Número privado. Still frunció el ceño.

—Si es el sheriff, le dices que estoy criando gallinas feministas y no acepto visitas.

Pero no era el sheriff.

Still contestó con su tono habitual de "si no me muero contestándote, considérate afortunado".

—¿Lukas? ¿Me estás espiando, chico?

Me giré. El nombre me dejó la columna tensa.

Still levantó una ceja y puso el altavoz.

—¿Tú me vas a decir que no estás escondiendo a Elsa en tu rancho pintoresco?

—Yo no escondo a nadie. Esta granja tiene la discreción de una tía chismosa en un velorio —replicó Still, aunque luego sonrió de lado.

—Vi el recibo de tu tarjeta. Cortinas, pintura, flores. ¿Tú redecorando? Vamos. Solo hay una razón por la que cambiarías algo en esa cueva de troll elegante.

—Te pasaste de espía a psicópata funcional —gruñó ella.

—Llámale como quieras. Pero escucha: Demon está en Estados Unidos. La anda buscando. Literalmente. Ha cruzado estados con la misma ropa desde hace dos días, no ha dormido, y jura que no está enamorado, pero le arranca la cabeza a cualquiera que la mencione. Así que, por favor, por la salud mental de todos: dile que saque al pobre demonio de su miseria.

Still me miró.

Yo seguía en silencio.

Una mano en la taza —ya fría—, la otra en el respaldo de la silla.

No sabía qué decir.

No sabía qué sentir.

¿Furia?

¿Esperanza?

¿Ganas de correr?

¿De abrazarlo?

¿De gritarle?

—¿Está bien? —pregunté. Mi voz salió más baja de lo que planeaba.

—Está vivo. Por ahora. Pero no sé cuánto más le queda si sigue poniéndose en la línea de fuego con esa cara de "no necesito a nadie" mientras claramente sí lo hace. Elsa… no soy el más romántico del grupo, pero ese tipo te quiere. Como un idiota, pero te quiere.

Still colgó sin darme opción a responder.

El silencio que quedó fue más pesado que cualquier discusión.

Ella no dijo nada. Solo me empujó la taza y murmuró:

—Bueno. Al menos termina de pintar antes de decidir si vas a volver con él.

Y yo… no respondí.

Solo apreté el borde de la taza.

Porque si iba a volver a ver a Demon, no quería hacerlo rota.

Quería hacerlo de pie.

Con color en las paredes y fuego en los ojos.

¿Volver con él?

No.

¿Para qué?

¿Para qué me vuelva a romper el corazón con esa facilidad suya, como si fuera un trámite?

¿Para qué me mire con esos ojos que derriten hielo, pero luego me deje sola en una cama vacía mientras él se va a salvar el mundo?

No, gracias.

Ya pasé por eso.

Ya hice fila, firmé mi papel y me dieron mi diploma de "ilusa profesional con especialidad en expectativas rotas".

Demon dijo que no me haría daño.

Y lo hizo.

Con palabras.

Con ausencias.

Con esa falsa idea de que yo podía manejarlo todo, de que era fuerte, invencible, imposible de quebrar.

Como si amar a alguien fuera una debilidad que yo pudiera permitirme sin consecuencias.

Spoiler: no lo era.

Y sí, me rompí.

Un poco.

O bastante.

Y ahora, ¿qué?

¿Se supone que debería suspirar y correr a sus brazos porque cruzó un par de estados y no se ha cambiado de ropa?

Eso lo hace un fugitivo, no un príncipe.

Los buenos ya están todos cogidos.

Los decentes.

Los que se quedan.

Están casados, ocupados, emocionalmente disponibles… para otras.

No para mí.

Y los otros…

Los otros caminan por ahí con sonrisas encantadoras y manos que saben exactamente dónde tocarte para que olvides que tienen un historial de huida.

Te prometen paz mientras te venden tormentas con envoltorio de lujo.

Demon es…

Era…

Lo que yo pensé que no podía tener.

Y cuando lo tuve, lo cuidé.

Como una estúpida.

Como si amar a alguien fuera suficiente para que no huyera.

Pero el problema no es amar.

El problema es amar a quien no sabe quedarse.

Y yo…

No quiero más de eso.

Ni discursos heroicos.

Ni misiones secretas.

Ni "lo hice por tu bien".

No necesito que me protejan.

Necesito que me elijan.

Una y otra vez.

Incluso cuando tienen miedo.

Especialmente cuando tienen miedo.

Así que no.

No voy a correr a sus brazos.

Ni aunque me encuentre.

Ni aunque me mire como si el mundo se detuviera.

Porque yo también merezco que alguien corra hacia mí.

No solo que me alcance, sino que me elija sin condiciones.

Los cuentos de hadas siempre terminan en bodas.

Pero los verdaderos cuentos de hadas —los de mujeres como yo— empiezan con una puerta cerrándose.

Con una mujer cansada de esperar.

Y con la certeza de que el amor no debería doler tanto.

Así que… que venga, si quiere.

Que me encuentre.

Pero si lo hace, tendrá que demostrarme que esta vez no es para irse otra vez cuando se le compliquen las cosas.

Y, francamente, no creo que pueda.

No creo que quiera.

Y yo…

Ya no estoy para amores de medio tiempo.

Capítulo 25

Amar después del dolor es valentía... o estupidez

Elsa

El cielo todavía no decidía si despertarse o quedarse unos minutos más bajo las sábanas del amanecer. Un azul pálido, casi tímido, se estiraba sobre las montañas, y el aire tenía ese filo helado que solo la madrugada sabe tener.

Still no había dormido en casa. Se había ido la tarde anterior con un "un amigo está enfermo y necesita que le dé sopa y órdenes" y no volvió. No pregunté más.

Así que me levanté sola. Me puse una chaqueta robada del perchero de la entrada —demasiado grande, con olor a lavanda vieja y café frío— y salí a hacer lo que nadie me había pedido que hiciera, pero que ya sentía como parte de una rutina.

Primero, las gallinas.

Siempre escandalosas. Siempre exageradas. Como si el mundo se acabara cada mañana.

Les lancé el grano con la autoridad torpe de quien empieza a entender lo que significa ser parte de algo… incluso si ese algo implica cacareos, plumas volando y una gallina llamada Fiona que me odia sin disimulo.

Después, la vaca.

Una criatura enorme y tranquila, de ojos sabios que me miraban como si supiera todos mis secretos, pero no pensara

juzgarme por ninguno.

Le hablé mientras le ponía el heno, aunque no dijera nada coherente.

—Buenos días, amiga. A ti no te importa que tenga el corazón hecho polvo, ¿verdad?

Un mugido bajo fue toda su respuesta. Lo tomé como un "te entiendo, hermana".

Me giré para buscar la pala.

Y entonces lo sentí.

Esa presión en la nuca.

Ese sexto sentido que no tiene nombre pero que se activa cuando sabes, con certeza absoluta, que no estás sola.

Que alguien te está mirando.

No era miedo.

Todavía no.

Era algo más primitivo. Más hondo.

Como si mi cuerpo lo supiera antes que mi mente.

Como si todos los instintos enterrados bajo años de sarcasmo y racionalidad gritaran al mismo tiempo: Alerta.

No me moví.

No respiré.

Solo dejé que mis ojos recorrieran lentamente los rincones del granero.

Sombras.

Luz.

Silencio.

Y entre todo eso…

Una figura.

Oscura.

Quietísima.

Observándome.

Ahí estaba.

Apoyado contra la pared del granero como si perteneciera al paisaje.

Como si fuera parte de todo lo que me rodeaba: madera, sombra y dolor.

Y él.

Demon.

Tenía los brazos cruzados con una calma que no engañaba a nadie.

La chaqueta abierta.

La camiseta manchada de tierra o sangre o ambas cosas.

El rostro más marcado. La barba más larga que de costumbre, como si el tiempo se le hubiera escurrido entre peleas, noches sin dormir y decisiones que no podía dejar de lamentar.

Pero eran sus ojos los que me arrancaron el aire.

Eran ojos de alguien que había cruzado medio mundo.

O peor: de alguien que había cruzado medio sí mismo.

Que se había perdido. Que se había encontrado.

Que no sabía qué decir porque temía que cualquier palabra lo rompiera más.

Y yo lo miré.

Sin moverme.

Sin respirar.

Sin pensar.

Porque había tanto en mí que quería correr hacia él.

Y al mismo tiempo, había tanto que quería gritarle.

Pegarle.

Besarlo.

Abandonarlo.

No dije nada.

Y él tampoco.

El silencio entre nosotros era espeso.

Cargado.

Casi sagrado.

Porque no era solo un silencio.

Era el peso de todas las palabras que no se dijeron.

De todas las promesas rotas.

De todas las noches sin despedidas.

Ahí estábamos.

Yo, con el heno en las manos.

Él, con los demonios en los ojos.

Dos cuerpos quietos.

Dos corazones heridos.

Dos almas que no sabían si acercarse o huir.

Y el mundo, por un segundo, dejó de girar.

La rabia subía por mis brazos como fuego líquido.

Como si todos los días sin respuesta, todas las noches abrazando un vacío, todas las palabras tragadas… por fin quisieran salir a través de mi piel.

Y él no se movió.

Me miró con esa expresión suya que lo decía todo sin decir nada, como si aceptara la culpa, como si dijera hazlo sin abrir la boca.

Como si el castigo le viniera bien.

Como si supiera que lo necesitaba.

—No lo digas —susurré. Mi voz era apenas un aliento.

Demon frunció el ceño.

—¿Que no diga qué?

—Tu excusa. Tu justificación por romperme el corazón. No cambiará nada.

Silencio.

—¿Estás segura de eso, muñeca?

Ah. Y ahí estaba. La palabra.

Me reí sin humor, una risa amarga que dolía en los dientes.

—Ah, hemos vuelto a muñeca.

No lo dije con sarcasmo. Ni con ira.

Lo dije con tristeza.

Con esa pena que cala en los huesos, la que se instala cuando te das cuenta de que todo lo que soñaste era solo eso: un sueño.

—¿Sabes lo que más duele, Demon?

No esperé respuesta.

Mis ojos buscaron los suyos. No para encontrar algo, sino para dejar claro lo que iba a decir.

—Que confié en ti. Mi cerebro me gritaba que esto iba a salir mal. Mi corazón me lo decía en cada latido. Pero una parte de mí, muy al fondo, creía en ti. Creía en nosotros.

Demon gruñó bajo, como si cada palabra le atravesara. Dio un paso hacia mí.

—Elsa…

Y entonces, lo miré de verdad.

Ahí.

En la puerta del granero como si nunca se hubiera ido.

Como si perteneciera a ese rincón desde siempre.

Como si el mundo no se hubiera vuelto cenizas entre nosotros.

Como si yo no hubiera aprendido a odiarlo para poder seguir respirando.

Estaba despeinado. La barba más crecida. La ropa arrugada, sucia.

Y, sin embargo, a pesar de todo eso —del cansancio, del aspecto derrotado, de las heridas mal cerradas— ahí estaba.

Mirándome.

Como si me hubiera buscado en cada kilómetro de carretera.

En cada maldito sueño.

En cada silencio insoportable de esas noches que te quiebran el alma.

Y yo lo vi.

Y no necesité palabras.

No las quería.

No de él.

Él lo intentó de nuevo.

—Elsa…

Pero lo interrumpí sin piedad.

—No. No hables.

Di un paso al frente.

Sentí la rabia subir desde el estómago hasta la garganta y la dejé salir como lava.

—No me digas mi nombre como si aún tuvieras derecho a usarlo.

No me mires así.

No te atrevas a aparecer aquí, después de todo lo que hiciste, creyendo que con una mirada triste puedes limpiar todo el daño.

Él intentó decir algo más. Un movimiento. Una palabra.

—¡Cállate! —espeté, con un temblor en la voz que no era miedo.

Era ira.

Dolor.

Resentimiento que llevaba demasiado tiempo contenido bajo una sonrisa educada y unos labios apretados.

—¿Sabes cómo me sentí?

¿Sabes qué es que te digan que te aman un día y al siguiente te despiertes sola en una cama, sin explicación, sin promesas, sin nada?

¿Sabes qué es esperar una llamada que no llega, una respuesta que nunca va a llegar, porque tú decidiste que era mejor salvarme de ti… sin siquiera preguntarme si quería que me salvaras?

Otro intento. Otra interrupción.

—¡No! Esta vez me vas a escuchar.

Vas a quedarte ahí parado como un castigo viviente y vas a oír cada palabra.

Porque tú rompiste esto.

Tú me rompiste a mí.

Tú decidiste por los dos, como si yo fuera un objeto frágil que no puede elegir por sí misma.

Sentí la garganta arder, pero seguí.

—¿Y para qué? ¿Para protegerme? ¿Protegerme de qué, Demon? ¿Del dolor? ¿Del amor? ¿De ti mismo?

Porque si era eso, llegaste tarde. Ya me hiciste pedazos.

Mis manos temblaban.

La rabia era demasiado.

El corazón, una cosa desbocada, doliente, feroz.

Me acerqué.

Despacio. Con pasos que pesaban más que el mundo.

Él no se movió. Ni un centímetro.

Levanté la mano.

La levanté con todo el peso de mi furia.

Con el eco de mis lágrimas.

Con la herida abierta que todavía sangraba dentro de mí.

Y él me miró.

No con miedo.

No con rabia.

Con una calma que dolía más que cualquier bofetada.

Como si dijera: Hazlo.

Como si lo aceptara.

Como si supiera que se lo merecía.

Y entonces me detuve.

Pero solo por un segundo.

Solo para mirarlo. Solo para comprobar que era real. Que estaba ahí, frente a mí, con la herida en el alma y los ojos rendidos.

Solo para saber que aún lo amaba.

Que, a pesar de todo, todavía era él.

Y entonces lo besé.

Me lancé hacia él con la urgencia de quien se está ahogando y por fin encuentra aire.

Mis manos tomaron su rostro con fuerza, con rabia, con hambre.

Lo besé como si ese beso fuera guerra y tregua a la vez.

Como si pudiera destrozarlo y salvarlo con el mismo movimiento.

Y Demon me devolvió el beso como si también lo necesitara para seguir en pie.

Sus labios eran ásperos, rotos, como todo en él.

Pero al mismo tiempo, eran mi hogar.

Eran esos brazos donde alguna vez dormí, donde alguna vez creí que todo iba a estar bien.

Y cuando su boca se abrió contra la mía, sentí el temblor.

No el suyo. El mío.

Porque no estaba lista para recordar lo que era tenerlo así, tan cerca, tan maldito, tan vivo.

No estaba lista para sentir su aliento mezclarse con el mío.

Para que sus manos, esas manos, bajaran lentamente por mi cintura como si quisieran memorizar cada maldita curva.

No estaba lista para volver a rendirme…

Y, aun así, lo hice.

Porque cuando sus dedos se aferraron a mi espalda y me apretó contra él, supe que no podía luchar contra eso.

Porque ese beso no era solo deseo.

Era reproche.

Era clamor.

Era todo lo que nunca dijimos y todo lo que nos habíamos negado.

Era venganza.

Y perdón.

El mundo desapareció.

El granero, la mañana fría, el olor a heno y gallinas, todo se fue.

Solo quedaba él.

Y yo.

Y esta maldita electricidad entre nosotros que no sabía extinguirse.

Demon dio un paso hacia atrás sin romper el beso, como si su cuerpo supiera más que su cabeza.

Como si llevarme con él fuera lo único que importaba.

Me miró. Y lo hizo.

Me empujó con cuidado hacia uno de los cubículos de madera donde guardaban herramientas, creo.

No me importaba.

La puerta chirrió.

La sombra nos envolvió.

Era estrecho, húmedo, con olor a tierra y metal.

Y en ese rincón miserable sentí algo tan humano, tan vivo, que casi me partió en dos.

Nuestros cuerpos chocaron con la pared.

Mi espalda.

Su pecho.

Y entre beso y beso, su respiración cortada se convirtió en mi ancla.

Porque ahí, en esa oscuridad compartida, me besó como si no tuviera mañana.

Y yo lo besé como si ya no me importara que el mañana doliera.

Sus manos se deslizaron por mis costillas con una mezcla de reverencia y desesperación, como si no supiera si estaba tocando a una mujer o a un recuerdo.

—Lo sien…

—No —jadeé contra su boca—. No digas nada.

Él intentó insistir, un murmullo cargado de culpa y ternura, pero no le di oportunidad.

Mordí su labio inferior, suave pero firme, y lo jalé hacia mí de nuevo.

—Usa las manos, Demon. O la boca. Pero no me des palabras.

Las palabras habían fallado.

Las promesas.

Las intenciones.

Todo lo que dolía estaba hecho con letras.

Pero su cuerpo…

Su cuerpo hablaba un idioma que aún entendía.

Y él obedeció.

Las manos que antes temblaban ahora eran precisas, seguras.

Sin prisa, pero sin freno.

Me alzó por los muslos, y mis piernas se aferraron a sus caderas como si ese fuera el lugar al que siempre había pertenecido.

Sentí su espalda golpear la pared contraria, y entonces estábamos los dos contra la madera, respirando como si el aire se hubiera vuelto escaso, como si robárnoslo mutuamente fuera la única forma de seguir vivos.

Su boca bajó por mi mandíbula, por mi cuello, y todo en mí se arqueó hacia él.

Su nombre se me escapó en un suspiro ahogado.

Un rezo blasfemo.

Mis dedos se enterraron en su camiseta, arrugando la tela, buscando piel.

No podía esperar.

No quería esperar.

Y él lo sabía.

Me sostuvo como si no pesara nada.

Como si la urgencia le diera fuerza.

Como si necesitara memorizarme con las palmas, con la lengua, con cada centímetro de su piel contra la mía.

—Te eché de menos —susurró en mi oído, como una confesión que no podía callar.

—Entonces demuéstralo —susurré de vuelta, dejando que mis labios rozaran su cuello—. Demuéstralo sin hablar.

Y lo hizo.

Me acarició con devoción rota, con deseo contenido demasiado tiempo.

Cada botón que desabrochaba era una cicatriz abierta.

Cada beso, una súplica muda.

Me bajó la chaqueta, la camiseta, y besó la línea de mi clavícula con una ternura que no encajaba con el caos de nuestros cuerpos.

Y cuando nuestros pechos chocaron, piel con piel, no hubo dudas.

Ni dolor.

Ni orgullo.

Solo necesidad.

Mi espalda golpeó la pared de madera de nuevo, y él se detuvo un segundo, respirando hondo, como si el momento lo estuviera destruyendo.

Sus ojos encontraron los míos y me sostuvo ahí, entre la culpa y la adoración.

—¿Segura? —murmuró, ronco.

—Hazlo, Demon.

Sus labios se volvieron más lentos.

Menos urgentes.

Como si al cruzar ese umbral ya no estuviera huyendo del dolor, sino buscando consuelo.

Sus caricias dejaron de ser desesperadas y se volvieron suaves, precisas, como si me tejiera con los dedos.

Como si me recordara, pedazo a pedazo.

No había prisa.

Solo nosotros dos.

En un rincón del granero que olía a madera y paja, con la mañana aún joven tras los ventanales polvorientos.

Era casi absurdo lo bonito que podía ser ese instante.

Su frente descansó sobre mi hombro.

Podía sentir su respiración agitada, sus latidos golpeando contra mi pecho, y esa tensión en los brazos que solo tenía cuando estaba al borde de algo importante.

No dije nada.

No hacía falta.

Él deslizó los dedos por mi espalda desnuda, una caricia tan delicada que me erizó la piel.

Como si estuviera redescubriéndome.

Como si no pudiera creer que yo estuviera ahí.

Yo tampoco lo creía.

Después de todo.

Después de las heridas, de las palabras que nunca llegaron, de las que llegaron para destruir…

Ahí estábamos.

Enredados.

Sudados.

Dolidos.

Humanos.

Estaba aún en sus brazos.

Mi espalda apoyada contra la madera rugosa del cubículo, sus manos firmes en mis caderas, su respiración agitada aun marcando el compás de la mía.

No había tiempo.

Ni para ropa.

Ni para dudas.

Solo piel, calor, y esa extraña calma que llega cuando el caos finalmente se rinde.

Demon tenía la cabeza inclinada, el rostro hundido en mi cuello como si pudiera tatuarse allí.

Como si esa parte de mí fuera tierra santa.

Yo había cerrado los ojos.

Un segundo.

Solo un segundo más así.

Hasta que una voz rompió el silencio.

—Bueno, bueno, esa es una vista que me alegra el día.

Demon se tensó.

Yo me congelé.

Y luego… lo inevitable.

Demon se giró apenas, lo justo para cubrirme más con su cuerpo (gesto inútil, porque Still ya había visto todo) y la miró con ese gesto suyo mezcla de amenaza y resignación.

Still estaba de pie frente a la puerta abierta del cubículo, con una cesta en una mano, una sonrisa divertida y nada de vergüenza

en los ojos.

—¿Sabes qué, Demon? —dijo, masticando una ramita como si estuviera en una maldita película del oeste—. Siempre supe que escondías un cuerpo de infarto debajo de esos trajes caros, pero, diablos, eso no es una espalda. Es un arma de destrucción masiva.

Tragué saliva.

Demon suspiró.

No dijo nada.

Solo me miró de reojo, como preguntando si podría cometer un asesinato.

—Y tú —siguió Still, ahora mirándome como una madre que acaba de descubrir a su hija en plena travesura—. ¿Olvidaste la vaca?

Asentí, sin saber si reír o pedirle que nos enterrara vivos.

—Pues la próxima vez úsala —refunfuñó mientras dejaba la cesta cerca de la puerta—. ¿Para qué la compramos? ¿Para decoración rural chic?

Demon carraspeó.

Su voz grave cargada de esa mezcla de incomodidad y cortesía que solo él podía lograr medio desnudo.

—Nos íbamos a vestir…

Still alzó una ceja.

—¿Antes o después del segundo asalto? No me mientas, chico, tengo gallinas con mejor cara de inocencia que tú.

Giró sobre sus botas con la dignidad de una reina del campo y salió sin más, dejándonos con la dignidad hecha trizas.

Demon apoyó la frente en mi hombro, derrotado.

Yo… me eché a reír.

Una carcajada real, limpia, que me dolió en las costillas de tanto reírme.

—Dios —dije entre risas—. Esta mujer es mi espíritu animal.

—Me alegro de que al menos una de las dos esté disfrutando esto —murmuró Demon, sin moverse un milímetro.

—Oh, créeme… lo estoy.

Y sí.

Lo estaba.

∞∞∞

El vapor del agua caliente empañaba el espejo, difuminando mi reflejo hasta convertirlo en una silueta irreconocible.

Apoyé las manos en el lavabo y bajé la cabeza.

El corazón seguía latiendo con fuerza, como si aún no entendiera que ya no estaba en sus brazos, que ya no había urgencia, ni fuego, ni palabras contenidas.

Había silencio.

Y en ese silencio… la verdad.

Lo había besado.

Lo había tocado.

Lo había dejado entrar de nuevo como si no hubiera pasado nada.

Como si todo el dolor, la rabia y las noches sin dormir pudieran borrarse con una mirada, con un roce, con una rendición.

No era tan simple.

Nunca lo fue.

Y, aun así, ahí estaba.

De pie.

Con el pelo húmedo, la piel enrojecida por el agua caliente y los labios aún marcados por los suyos.

Me había roto.

Y yo lo había vuelto a elegir.

¿Idiota?

Probablemente.

Pero también valiente.

Porque amar después del dolor es un acto de valentía absurda. O de estupidez.

Toqué el cristal empañado y dibujé una línea. Solo una.

Como un principio.

O un final.

Aún no lo sabía.

Capítulo 26

Esto no es el oeste salvaje

Elsa

La casa estaba en silencio.

Demasiado.

Bajé los últimos escalones descalza, con el cabello aún húmedo y el vestido ligero enredándose en mis piernas. Esperaba escuchar el sonido de Still cocinando, o al menos algún grito irónico desde el porche. Incluso la presencia silenciosa de Demon, con su intensidad de animal enjaulado caminando de un lado a otro del salón.

Pero no había nadie.

—¿Still? —llamé en voz alta—. ¿Demon?

Nada.

Ni un murmullo, ni un crujido de madera, ni siquiera el zumbido de la radio vieja que Still solía dejar encendida para espantar las malas energías.

La cocina estaba vacía. La cafetera, fría. En la mesa, una taza a medio llenar. Café negro, fuerte, tal y como le gustaba a Demon.

Apoyé los dedos en el respaldo de una silla y traté de ignorar el escalofrío que me recorrió la espalda. Había algo en el aire. Algo espeso. Tenso. Como si el mundo estuviera conteniendo el aliento.

Crucé el salón y me asomé por la ventana. Nada. Solo la carretera de tierra, el campo mojado por el rocío, las gallinas picoteando la hierba como si nada pudiera alterar su rutina absurda.

Entonces, mi móvil vibró.

Un zumbido seco sobre la mesa de la entrada.

Me acerqué, con esa mezcla de alivio y alerta que te recorre cuando no sabes si esperas buenas o malas noticias.

Lo desbloqueé.

Un número desconocido.

El mensaje decía:

Tu fin está cerca. Empieza a rezar, perra.

El móvil se me escapó de las manos. Cayó al suelo con un golpe hueco. No se rompió. Pero yo sí. Por dentro.

Me obligué a respirar. Una. Dos. Tres veces.

Era solo un mensaje.

Pero no lo era.

El frío ya no venía de la casa vacía. Era interno. Era la certeza de que alguien me había encontrado.

Y que Still y Demon sabían algo.

Algo que no me habían dicho.

Porque eso hace la gente, ¿no? Callar cosas para protegerte.

Apreté los puños. Esta vez no iba a temblar. Esta vez no iba a esconderme.

Pero primero, necesitaba respuestas.

Y encontrar a Still.

Y a Demon.

Antes de que alguien más me encontrara a mí.

El vestido blanco rozaba el suelo con un susurro suave, como si supiera que tenía que moverse en silencio.

Salí de la casa sin pensarlo demasiado. El aire olía a tierra mojada y a algo más… algo que no encajaba.

Ni rastro de Still.

Ni rastro de Demon.

Ni una nota, ni una explicación, ni una maldita pista.

Crucé el camino de grava con paso firme, aunque por dentro todo se me deshacía.

El granero estaba abierto.

—¿Hola? —dije al entrar, en voz baja.

Nada.

Solo el aroma del heno, el crujido viejo de la madera, y ese espacio enorme donde la calma siempre parecía flotar suspendida.

Pero no hoy.

Subí la escalera lateral, más por instinto que por lógica, y me asomé desde el altillo. La luz entraba a través de las ranuras como líneas de oro, y la paja estaba seca y suave bajo mis pies descalzos. Desde ahí, podía ver parte del terreno frente a la casa.

Y entonces lo vi.

Un coche.

Oscuro. Ventanas polarizadas. Bajó la velocidad frente al porche.

Luego otro.

Y otro.

Mi corazón dio un salto, y no en el buen sentido.

La alarma que había ignorado esta mañana se encendió con furia dentro de mí. Una voz interna gritó: escóndete.

No me cuestioné.

Retrocedí, con el vestido blanco flotando tras de mí como una bandera demasiado visible. Me agaché entre los fardos de heno y

me arrastré hasta el rincón más cubierto. El polvo me hizo cosquillas en la nariz, pero no me atreví a estornudar.

Desde allí, con una vista parcial del exterior, vi a los hombres bajarse.

No eran granjeros.

No eran vecinos.

No eran vendedores de seguros.

Eran hombres armados.

Uno señaló la casa.

Otro se giró hacia el granero.

Mi estómago se apretó como un puño.

El primero entró en la casa.

El segundo empezó a caminar hacia donde yo estaba.

Y no venía solo.

Sentí el sudor frío bajar por la espalda, pegando el vestido al cuerpo. Me encogí detrás de la paja, deseando que mis respiraciones fueran menos ruidosas. Que mi corazón no golpeara tan fuerte. Que mis piernas dejaran de temblar.

Las pisadas crujieron justo abajo.

Luego la voz de un hombre:

—Revisad aquí. No me fío. Esa zorra no pudo ir muy lejos.

Otro rio, seco.

—Igual está escondida, esperando a que venga su héroe. Qué romántico.

No supe si era el miedo o la rabia lo que me quemaba la garganta.

Una puerta chirrió.

Más pasos.

Estaban dentro del granero.

Mi única ventaja: no sabían que yo estaba arriba.

Aún.

Contuve la respiración. El polvo en suspensión me picaba los ojos.

No te muevas, Elsa. No hagas ruido. No muestres miedo.

Y, por Dios, que alguien llegue antes de que me encuentren.

El crujido de la escalera me sacó el aliento.

Uno de ellos subía.

Lo escuché maldecir entre dientes por el esfuerzo, la madera quejándose bajo su peso. A cada paso, mi cuerpo se hacía más pequeño, más invisible, más parte de la paja. No sabía si cerrar los ojos o abrirlos de par en par. Cada centímetro que se acercaba era una cuenta regresiva hacia el desastre.

Uno.

Dos.

Tres.

Me encogí, conteniendo un jadeo. Podía ver la punta de sus botas ya en el altillo. El cañón de su arma relucía bajo la luz filtrada. Movía la cabeza, buscando. Como un lobo que olfateaba miedo.

Y yo… yo era miedo puro.

Casi podía oler su perfume barato. Casi podía escuchar la respiración rítmica de alguien que no tiene prisa porque está convencido de que va a ganar.

Entonces, algo retumbó abajo.

Un sonido gutural. Largo. Muy fuerte.

Seguido por un golpe.

Y un grito.

—¿Pero qué mierda?

El hombre se giró, desconcertado.

Otro mugido, esta vez más cerca. Luego, un golpe seco. Y algo pesado cayendo.

—¡Joder, una vaca! —gritó alguien abajo—. ¡Está loca!

No sé qué fuerza mística, cósmica o sagrada descendió sobre esa vaca, pero la muy reina decidió que ese era su momento. Como si supiera que la granja estaba en peligro. Como si se creyera el maldito caballo blanco que traía la caballería.

Porque eso fue lo que hizo.

Embistió.

Rompió.

Empujó puertas y hombres como si llevara siglos esperando la oportunidad de demostrar su valía.

El tipo en el altillo dudó. Y cuando estás apuntando con un arma, un segundo de duda es todo lo que necesitas.

Porque el mugido que vino después fue personal. Casi desafiante.

Y lo siguiente que vi fue al hombre bajar los escalones corriendo como alma que lleva el diablo. A lo lejos, entre rendijas, vi pasar la forma robusta y gloriosa de la vaca embistiendo a otro tipo que apenas tuvo tiempo de gritar.

Me tapé la boca con las dos manos.

No para no gritar.

Para no reírme.

Porque el miedo seguía ahí, pegado a mi piel.

Pero la imagen de esa vaca vengadora, defendiendo su terreno como si fuera una escena de acción en cámara lenta, se grabó en mi memoria para siempre.

Mi cuerpo temblaba. Mis ojos ardían. El corazón iba a mil.

Pero por primera vez en días… algo en mí sonrió.

La vaca no sabía de planes, ni de alianzas, ni de traiciones.

Pero sabía que yo era su gente.

Y ese día, decidió que nadie jodía a su gente.

Bajé del altillo casi a gatas, temblando tanto que no sabía si mis piernas me sostenían por terror o por pura inercia. Había ruido abajo. Gritos. Golpes. Más mugidos vengativos. El caos tenía nombre y vivía en esta maldita granja.

Pero cuando creí que podía escapar hacia la parte trasera del granero, lo vi.

El hombre.

Alto. Frío. Con ojos de acero y un arma que me apuntó directo al corazón en cuanto me descubrió.

—Mira lo que tenemos aquí —susurró, sonriendo con los dientes apretados—. La princesita.

Intenté correr. Grité. No sé si por él o por mí misma.

Me agarró del brazo y me arrastró hasta el centro del granero como si fuera un paquete sin valor. Me torció el brazo con violencia y apoyó el cañón del arma justo en mi sien.

Y entonces llegó él.

Demon.

En la entrada, la silueta recortada contra la luz del día, como una sombra que traía fuego. Tenía un arma en la mano. La mirada clavada en mí.

Y por primera vez desde que todo esto empezó, respiré aliviada.

—Deja el arma o le vuelo los sesos —dijo el hombre con una risa seca.

Demon levantó ligeramente la pistola. No la bajó. No aún.

—¿Quieres matarla? Hazlo. Pero yo te mato a ti después. Muy lento.

—No me amenaces, cabrón —rugió el tipo, presionando el cañón contra mi cabeza. El frío del metal me atravesó el cráneo. Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero no por miedo.

Por rabia. Por frustración. Por no haber corrido más rápido.

Y entonces Demon habló.

—Elsa.

Su voz.

Su maldita voz.

Me sostuvo como un ancla.

—¿Confías en mí?

No sé por qué, pero asentí. Con los labios temblando. Con la garganta cerrada.

Quizás porque, a pesar de todo, una parte de mí nunca dejó de hacerlo.

Y entonces, sin un segundo de duda, Demon levantó el arma y disparó.

El sonido fue seco. Un estallido cortante.

El cuerpo del hombre se estremeció y cayó como un saco, su peso arrastrándome unos centímetros antes de soltarme por completo. Me tambaleé, cayendo de rodillas. No podía respirar. No podía moverme. Solo mirar el cadáver a centímetros de mi cara.

Y luego… Demon.

Corrió hacia mí como si nada más importara.

—Elsa. Elsa, mírame. Estoy aquí.

Lo miré. Y me rompí.

Pero estaba viva.

Porque él no falló.

Me salvó.

La sangre en mi vestido blanco parecía una mala metáfora.

Un chorro espeso, cálido, que me había salpicado cuando Demon disparó a quemarropa al hombre que me sujetaba. No hubo tiempo para gritar. Ni siquiera para temblar. Solo recuerdo cómo mi cuerpo se había quedado helado, y cómo Demon me rodeó con los brazos justo después, como si pudiera borrar el horror con su calor.

Pero el horror no terminó.

Los pasos se escucharon antes de que pudiera procesar lo que acababa de pasar. Rápidos. Firmes. En alerta.

Nicholas apareció primero, con el rifle aún alzado y una sonrisa de esas que no tranquilizan a nadie.

—¿Nos perdimos la parte divertida? —dijo, como si la situación no fuera una escena sacada de un thriller demente.

Still llegó detrás de él, arrastrando algo. O a alguien.

—Lo encontramos intentando huir como rata por el sótano. No quería venir, pero ya sabes —le guiñó un ojo a Demon—, a nadie le gusta decepcionarte, Demon.

Lo arrojaron al suelo del granero como un saco de papas. Tenía las muñecas atadas, la cara ensangrentada y una expresión que no encajaba en el rostro de un hombre vencido. No había miedo. Solo… una sonrisa.

Una sonrisa desquiciada.

Demon se acercó. Yo también lo hice, en silencio. Mi vestido blanco ondeaba levemente con la brisa que entraba por la puerta rota del granero, y por un segundo pensé que parecía salida de un maldito cuento.

Una princesa manchada de rojo, un monstruo a los pies y el caballero de armadura… con sangre hasta los codos.

—¿Quién eres? —preguntó Demon, sin rodeos.

El hombre se rio. Una risa rasposa, vacía, como si se hubiera tragado vidrio.

—¿Tú eres Demon? Qué decepción.

El golpe que recibió de Demon fue seco. Un puñetazo directo al pómulo. El hombre no se quejó. Siguió sonriendo.

Yo apreté las manos. Tenía frío. O tal vez era puro pánico. Pero no me moví.

—Te pregunté quién eres —repitió Demon—. ¿Y por qué quieres que me maten?

—Yo no quiero que te maten, muchacho. Solo cumplo órdenes. Con algo de entusiasmo, lo admito.

El asco me subió por la garganta.

Nicholas tensó el arma, pero Demon levantó la mano, calmándolo.

—¿Órdenes de quién?

El hombre se inclinó, como si fuera a compartir un secreto valioso. Todos nos acercamos. Incluso Still.

—Ustedes creen que entienden algo —dijo en un susurro ronco—. Pero no tienen ni idea. Están jugando un juego que les queda grande.

Levantó la cabeza y nos miró a todos. A mí también.

Y esa sonrisa… esa sonrisa me dio más miedo que las armas.

—Esto no va de ti, Demon. Ni de tu chica.

Su mirada volvió a mí.

—Aunque debo decir… bonita elección de vestido.

Me obligué a no reaccionar. A no mirarme.

—Esto va de todos ustedes. PaL. El principio del fin.

Y entonces lo dijo.

—El jefe los va a matar a todos. Uno por uno.

Nos quedamos en silencio. El aire se volvió espeso. Como si, por un segundo, todos hubiéramos dejado de respirar.

El hombre sonrió con esa calma enfermiza que solo tienen los que ya cruzaron una línea sin retorno.

Lo miré.

Pensé en este jodido momento. En mi vestido blanco. En la sangre en mi vestido blanco. No un poco. Mucha. Y no era mía.

La tela, que esa mañana me había parecido etérea y casi poética, ahora se pegaba a mis piernas como un mal recuerdo.

Pero justo detrás de mí, con una mano firme en mi cintura, estaba Demon.

No hablábamos.

Él respiraba como si cada inhalación le costara una decisión. Yo, como si cualquier movimiento pudiera desencadenar otra explosión.

—Porque ustedes… juegan a un juego del que no tienen ni puta idea —dijo el hombre, apuntándonos con una sonrisa desquiciada.

Y entonces sonó el disparo.

Seco. Certero. Justo al centro de su frente.

El cuerpo cayó con un golpe sordo, y Demon ni se inmutó. Yo parpadeé. El cadáver seguía con los ojos abiertos. Demasiado abiertos.

—¿Era absolutamente necesario? —bramó Still desde la puerta, quitándose los guantes como quien reprende a un niño por ensuciar la alfombra.

—Totalmente —dijo Nicholas, tan tranquilo, guardando el arma como si acabara de pagar el pan.

—Tenía información —gruñó Still, acercándose al muerto con una expresión de mujer práctica al borde de un ataque de nervios—. ¿Y ahora qué hago? ¿Tú sabes lo complicado que es deshacerse de dos cadáveres? ¡¡Uno, Nicholas!! ¡Uno puedo gestionar! ¡Pero dos ya me rompen la logística! ¡No tengo suficientes cerdos!

—Siempre puedes disolverlos en ácido —murmuró Demon detrás de mí.

—¿De verdad estamos debatiendo métodos de descomposición mientras goteo sangre en mi vestido favorito? —interrumpí, con la voz más aguda de lo que pretendía.

Nicholas me lanzó una mirada serena. De esas que te dicen que él ya ha hecho esto antes. Demasiadas veces. Luego miró a Still.

—Tranquila, preciosa. Tengo licencia para matar y contactos que lo entierran todo. Incluyendo conversaciones incómodas.

—¿Te das cuenta de que acabas de llamarme preciosa? —empezó Still, con una ceja arqueada.

—¡YA VALE! —grité, y todos se callaron.

Mi pecho subía y bajaba rápido. No por el susto, sino por la certeza.

—Este tipo dijo que vendrían a por todos nosotros. Que esto no ha acabado. Que hay alguien más detrás —dije, mirando al cadáver.

Demon apretó un poco más su mano contra mi cadera. Una promesa muda.

Nicholas solo se agachó sobre el muerto, sacó algo del bolsillo interior de su chaqueta —un pequeño dispositivo— y lo levantó sin decir nada.

Still resopló.

—¿Y ahora qué? ¿Vamos a invocar al diablo con una aplicación?

Yo no me reí.

Porque por primera vez entendí que esto no era el final de nada.

Era el principio.

—Vamos —dijo Demon, guiándome fuera del granero.

Me abrazaba con fuerza, su cuerpo envolviendo el mío como una barrera contra todo lo que acababa de pasar.

—¿Estás bien? —preguntó, con la voz baja junto a mi oído.

—Estoy empapada en sangre, me tiembla el cuerpo y me arden los pies. Pero sí, estupenda.

Cuando llegamos al porche, Still nos alcanzó levantando una mano como si parara el tráfico.

—Eh, ni se te ocurra entrar —le dijo a Demon—. Hay que… limpiar un poco.

—¿Limpiar? —pregunté, sorprendida, sin aliento.

—Sí. Limpiar —dijo Still, y entendí que no se refería a recoger los platos del desayuno.

—Si hay una sola gota de sangre sobre mis nuevas colchas o cortinas, alguien va a pagar —espeté, señalando el umbral.

—Demasiado tarde, cariño. Ya están todos muertos —respondió Still con una sonrisa torcida.

Demon gruñó, frustrado, pero obedeció. A veces uno sabe que pelear con una mujer como Still es más difícil que enfrentarse a un comando armado.

—Coge mi camioneta —dijo Still, lanzándole las llaves—. Llévala al río.

Me giré hacia ella como si acabara de anunciar que me iba a lavar en una ciénaga infestada de cocodrilos.

—¿¿El río?? ¿Tú estás diciendo que me bañe… en un río?

—Es eso o te lavas con la manguera del granero —dijo ella, tan campante—. No tengo jacuzzi, princesa. Esto es el campo.

—¡No estamos en el oeste salvaje! —exclamé—. No soy una pionera. No tengo ni una toalla de secado rápido.

—Te tumbas y dejas que el sol haga el trabajo, querida —dijo Still, como si fuera la solución más lógica del universo—. El río está a diez minutos. Agua helada, pero limpia. Toma carácter.

—Toma neumonía, querrás decir —refunfuñé.

Demon se rio, suave, justo detrás de mí, y supe que estaba disfrutando un poco demasiado de mi indignación.

—¿Sabes qué? —dije, girándome hacia él—. Si me meto en ese río y un pez me toca, te juro que dormirás con un ojo abierto el resto de tu vida.

—Prometo que ni un pez te tocará —susurró, con esa sonrisa torcida que me hacía olvidar por qué alguna vez lo odié.

Still chasqueó la lengua.

—Si no vuelven en menos de treinta minutos, mando a Nicholas con una red y sal para recoger los restos.

Yo no contesté. Solo me di la vuelta, agarré la puerta de la camioneta como si estuviera firmando mi propia sentencia, y me subí con la dignidad que aún me quedaba.

Demon se instaló a mi lado sin decir nada, pero su mano buscó la mía en el asiento. La entrelazó. Firme.

Y desde que empezó el caos, sentí que estábamos del mismo lado.

Aunque yo siguiera oliendo a tragedia.

Y a vaca. Probablemente.

Capítulo 27

Siempre fuiste tú

Elsa

El agua estaba más fría de lo que esperaba.

Me estremecí al sumergir los pies, sintiendo las piedrecillas deslizarse bajo mis plantas como pequeñas verdades que ya no podía ignorar. El vestido blanco, aún húmedo por la sangre seca de otro ser humano, había quedado abandonado sobre una roca.

Y ahí estaba yo.

De nuevo desnuda frente a él.

De nuevo sin protección.

Demon se quitó la camiseta con ese gesto automático de siempre. Como si desnudarse fuera tan fácil como respirar.

Entró al agua en silencio. Se acercó como si temiera que un solo movimiento pudiera romperme otra vez. Y no lo culpaba. Porque podía. Porque aún no sabía si iba a dejarlo acercarse.

—No pensé que volvería a verte —murmuré, clavando los ojos en las ondulaciones del agua.

—No pensé que volvería a merecerlo —contestó él.

El río se convirtió en testigo.

Testigo de su voz cuando, al fin, rompió su propio silencio.

—Me enamoré de ti en el juego, Elsa. No fue una sorpresa. Fue una condena. Cada palabra tuya, cada ataque, cada burla, cada victoria compartida… era como si me construyeras desde cero. Como si no tuviera que fingir ser otra cosa que esto. Y eso me asustó.

Lo miré.

La barba desordenada. La herida en la ceja. Los ojos más claros que el cielo.

—Entonces llegó la noche en la que supe que eras real. No solo un nombre. No solo una reina de batalla. Una mujer que podía hacerme temblar sin tocarme. Me di cuenta de que estaba jodido. Porque si me entregaba por completo, ya no habría vuelta atrás.

Avanzó un paso. Yo no retrocedí.

—Te eché de mi cama esa mañana porque ya no era capaz de protegerte. Me sentía roto, perseguido, sin control. No quería que cargaras con eso. No quería que un disparo destinado a mí terminara atravesando tu mundo. Así que actué como el imbécil.

Tragué saliva.

—Y también porque me diste miedo, Elsa. Porque te amaba tanto que dolía. Y porque nadie me enseñó qué carajo hacer con un amor tan grande.

Entonces se acercó.

Cerró el espacio que nos separaba y me abrazó.

No como un hombre que desea, sino como uno que se rinde. Que suplica sin palabras.

Me apreté contra su pecho, la piel caliente bajo el agua fría.

Escuché su corazón. Y me dolió.

Porque todavía estaba ahí.

Porque me seguía llamando incluso después de todo.

—Estoy aquí —le dije.

Demon se estremeció.

—Y no me voy a ir —añadí—. No esta vez. Pero no porque me hayas convencido… sino porque yo también estoy jodida. Porque mi corazón, con todas sus grietas, todavía te quiere. A pesar de todo.

Él levantó el rostro. Su mirada se encontró con la mía.

Y entonces me besó.

Su boca sabía a arrepentimiento. A fiebre. A hogar.

Y me besó como si el mundo acabara mañana. Como si ese instante fuera el último refugio que nos quedaba.

Como si, al fin, supiera que lo único que podía ofrecerme era su cuerpo, su alma, su dolor… y ese amor feroz que nunca supo decir en voz alta.

Fui yo quien llevó sus manos a mi cintura.

Yo quien se aferró a su nuca, buscando algo que calmara el incendio que me recorría.

—Elsa…

—No hables —susurré contra sus labios, cuando intentó decir algo más.

—Pero necesito que sepas que…

—Shhh —lo callé, pegando mi frente a la suya—. Usa las manos. Usa la boca. Las palabras te fallan, pero eso no.

Él obedeció.

Sus dedos trazaron caminos invisibles sobre mi piel, como si me estuviera memorizando. Como si dibujara con caricias todos los lugares que había soñado desde que me perdí.

El agua se enredaba en nuestros cuerpos, fría. Testigo perfecta del calor que estallaba entre nosotros.

Mis piernas se enroscaron a su cintura.

No hubo timidez. No hubo espacio para el miedo.

Solo deseo.

Solo verdad.

Y por primera vez no hubo barreras.

Ninguna promesa vacía.

Ninguna excusa.

Ninguna despedida escondida tras una mentira bien intencionada.

Él estaba ahí.

Yo estaba ahí.

Y lo sentí.

En cada movimiento, en cada jadeo contenido, en cada suspiro contra mi cuello.

Demon me adoró con la devoción de un hombre que no cree merecer a la mujer que ama.

Y yo le respondí con la furia suave de alguien que ha esperado demasiado. Que ha llorado en silencio. Que ha maldecido el cielo por no poder olvidarlo.

Cuando por fin me soltó, su respiración era un caos, su pecho un tambor bajo mi mejilla.

Me abrazó con una fuerza que no era de posesión, sino de desesperación.

—Nunca más —murmuró—. No volveré a soltarte. Ni, aunque el mundo se incendie.

Yo cerré los ojos.

—Más te vale. Porque la próxima vez, te quemo yo.

Él se rio.

Una risa rota, hermosa, honesta.

Me besó los párpados, los hombros, los nudillos.

—Te amo, Elsa.

Y no fue una declaración dramática.

No hubo fuegos artificiales.

Fue apenas un murmullo, entrelazado con mi piel y mi alma.

—Lo sé —respondí.

Y lo besé, esta vez despacio.

Esta vez con ternura.

Esta vez sabiendo que ya no estábamos hechos de cenizas, sino de algo que, milagrosamente, había sobrevivido al incendio.

El río seguía fluyendo.

La vida seguía.

Pero nosotros…

Nos habíamos encontrado. Por fin.

∞∞∞

Cuando Demon empujó la puerta de la casa con cuidado, como si esperara una emboscada detrás de cada cortina, no pude evitar ponerme tensa.

Llevaba puesta su chaqueta, el pelo húmedo y el vestido blanco un poco más transparente de lo que sería socialmente aceptable. Pero después de todo lo que había pasado esa mañana… eso era lo de menos.

Caminamos en silencio, preparados para cualquier cosa: charcos de sangre, cuerpos apilados, algún loco atado a una silla… lo habitual en nuestra nueva y retorcida normalidad.

Pero nada.

Ni una gota.

Solo el aroma a café recién hecho y la risa grave de Still desde la cocina.

—Ya era hora —gruñó ella, sin levantar la vista de su taza—. Pensé que se habían ahogado o que estaban usando el río como cama matrimonial.

Nicholas, apoyado en la encimera con una galleta en la mano, sonrió con aire inocente.

—¿Dónde están los cadáveres? —pregunté, asomándome con miedo a la sala, esperando al menos una pierna mal tapada con una manta vieja.

—En el congelador —Still alzó una ceja—. Es broma. Los sacamos esta mañana. Ahora quiero una barbacoa. Y si no te importa, niña, me gustaría usar la terraza antes de que empiece a oler a muerto otra vez.

Demon se rio por lo bajo y me rozó la mano con los dedos.

Y justo entonces…

Un motor.

No uno, sino varios.

Corrí hacia la ventana justo cuando se escuchó el inconfundible zumbido de un helicóptero descendiendo sobre el campo.

—¿Otros? —dije, con una mezcla de miedo y hastío—. Ya no quiero ver más muertos. Lo digo en serio. Si bajan hombres armados, yo me escondo en la despensa y no salgo hasta Navidad.

Nicholas se levantó con toda la calma del mundo, se estiró como si no acabara de matar a alguien dos horas atrás y me guiñó un ojo.

—Tranquila, princesa. Esta vez son los nuestros.

Y entonces los vi.

Primero fue Lukas, bajando del todoterreno con esa media sonrisa de genio malvado y gafas oscuras.

Kookie detrás, con un top negro, cara de pocos amigos y una mano que apretaba la suya como si no pensara soltarla nunca.

Luego Grace, con un vestido corto floreado y un brillo en la mirada que reconocí al instante: felicidad.

A su lado, Duke, igual de imponente que siempre, con una mochila al hombro y cara de estar listo para casarse, asesinar o cocinar costillas. Lo que hiciera falta.

Denci, con gafas de sol absurdamente grandes, bajó del asiento trasero sin mirar a nadie.

Major, elegante como si viniera de una pasarela parisina en vez de una granja con vaca incluida.

Y por supuesto… Rome, Poppy, Therese.

Todos ahí.

Y el último…

Neron. De negro, con paso lento, pero mirada firme. El nombre le quedaba bien ahora. Más sombra que luz. Más fuego que risa. Un hombre nuevo, roto y armado hasta los dientes.

Estaban todos.

Y sentí que nosotros volvíamos a tener sentido.

∞∞∞

No sabía qué era más surrealista: que Nicholas estuviera manejando la parrilla como si fuera un chef con estrella Michelin, que Kookie estuviera cortando pan con un machete porque, según ella, los cuchillos normales no tienen carácter, o que Duke y Grace estuvieran bailando una especie de vals torpe entre gallinas, mientras la vaca los miraba con absoluto desprecio bovino.

Había música saliendo de un viejo altavoz bluetooth que Still trajo de la nada, y risas, muchas risas, de esas que llenan los huecos que el dolor dejó atrás.

Yo estaba sentada en el borde del porche, con una cerveza en la mano y los pies descalzos rozando la hierba, cuando Nicholas se aclaró la garganta desde la parrilla.

—Bueno, ya que todos están aquí, confesión general —anunció, con una salchicha pinchada en un tenedor como si fuera una vara de autoridad.

Todos giramos para mirarlo. Incluso la vaca.

—Fui yo —dijo, muy serio—. Yo avisé a un par de personas dónde podían encontrar a Demon y a Elsa.

Silencio.

Después, caos.

—¿Qué carajo? —rugió Neron, levantándose de su silla.

—¡Nicholas! —exclamó Still, horrorizada—. ¡Los has llamado a mi granja!

—Relájense —respondió él, sin dejar de mover la carne—. No les dije exactamente dónde. Solo dejé una huella digital. Algo que sabían que seguirían. Como cebar el anzuelo. Quería acabar con esta mierda.

—¿Y si nos mataban? —espeté, sin poder creerlo.

Nicholas se encogió de hombros.

—Tenía fe. Además, tú tenías a Demon. Yo sabía que no ibas a morir, aunque debería decir que la vaca hizo un mejor trabajo que tu novio.

Lukas se rio tan fuerte que se atragantó con la cerveza. Poppy le dio una palmada en la espalda que casi lo tira de la silla.

—¿Y qué, exactamente, pensabas hacer si todo salía mal? —preguntó Demon, cruzado de brazos.

—Pues no sé… buscar a Elsa 2.0 y empezar otra vez —Nicholas sonrió con esa cara de sinvergüenza adorable que solo él podía tener—. Pero esta versión me gusta más. Sobreviviente, salvaje, peligrosa. Sexy.

Kookie chasqueó la lengua.

Grace rodó los ojos.

—Te juro que este grupo no está bien —dijo ella—. ¿Quién organiza una barbacoa después de una matanza?

—Nosotros —dijimos todos al unísono.

Still apareció con una bandeja de mazorcas asadas y se detuvo frente a Nicholas.

—Como se te ocurra hacer otra locura en mi propiedad sin avisar, te entierro en el gallinero. Y aviso a la vaca para que haga de tu tumba su sitio favorito para hacer sus necesidades.

Nicholas hizo una reverencia.

—Acepto mi destino.

Y mientras la música seguía, y las conversaciones se entrelazaban como enredaderas felices, me permití algo que no me había permitido en mucho tiempo.

Respirar.

Estábamos todos.

Rotos, sí.

Pero juntos.

La noche comenzaba a caer y, al fondo, Still había encendido unas luces de cuerda entre los árboles. El ambiente era tan de postal que casi olvidé que hacía unas horas teníamos cadáveres frescos en el suelo.

Therese no.

Ella caminaba como un torbellino elegante hacia su objetivo, copa de vino en mano, con ese andar de mujer que ha llevado tacones desde los seis años. Y su objetivo, por supuesto, era Neron.

—¿Tú crees que soy estúpida? —le espetó sin preámbulos.

Neron, que estaba abriéndose otra cerveza, alzó las cejas con expresión de niño sorprendido con la mano en el tarro de galletas.

—No es una trampa, ¿verdad? —preguntó despacio.

Therese ni parpadeó.

—¿Olivia?

El nombre cayó como piedra en un lago tranquilo.

El grupo, que ya se estaba acomodando para el drama, dejó de mascar carne y fijó la atención en los dos.

Neron suspiró, puso la cerveza sobre la mesa con gesto resignado, y se giró hacia la hermana de Demon con la expresión más inocente que jamás le había visto.

—Fue mentira —dijo con gravedad—. No pasó nada.

Therese entrecerró los ojos.

—¿Nada?

—Nada de nada. Tomamos unas copas, ella se mareó un poco, se durmió en el coche de camino al hotel y… bueno, la llevé a mi habitación. Como un caballero. Le puse una manta, agua en la mesita, cerré la puerta y me fui a dormir en el sofá.

Poppy alzó una ceja.

Grace susurró algo a Duke que lo hizo atragantarse de risa.

Therese cruzó los brazos.

—¿La llevaste a tu cama?

—¡Estaba inconsciente! —protestó él—. ¿Qué querías que hiciera? ¿Dejarla tirada en el coche? ¿Abandonarla en el vestíbulo del hotel? El mundo está lleno de peligros y yo… soy un hombre decente.

El silencio fue inmediato.

Nicholas dejó de darle vueltas a la carne. Kookie parpadeó como si estuviera evaluando si había escuchado bien.

Y entonces, Neron remató:

—He cambiado. Ya no quiero mujeres de una noche. Estoy buscando el amor verdadero.

Otro silencio.

Épico.

Tenso.

Y completamente cargado.

Y después… el estallido.

Todos se echaron a reír al mismo tiempo. Risas fuertes, sinceras, algunas con carcajadas que dolían del esfuerzo.

Poppy se sujetaba el estómago. Duke tuvo que apoyarse en la silla. Grace se secaba una lágrima.

Therese simplemente negó con la cabeza mientras bebía.

—Ay, Dios… —dijo ella con una media sonrisa—. Si tú estás buscando el amor verdadero, yo soy una monja benedictina.

—Puede pasar —replicó Neron con orgullo—. El mundo está lleno de milagros.

Y las risas siguieron.

Y por primera vez, Neron no pareció ofendido.

Pareció… libre.

Y eso, quizás, era lo que más necesitaba.

∞∞∞

—¿Sabes? —dije, sin mirarlo—. Solía sonreír sola cuando veía tu nombre en la pantalla de mi móvil. Cuando me atacabas durante el Castillo. Me mentí a mí misma diciendo que era por la diversión del juego.

Él no respondió de inmediato. Solo se giró un poco hacia mí, apoyado en un codo, mientras con la otra mano jugaba con un mechón suelto de mi pelo.

El cielo sobre nosotros era un océano negro salpicado de estrellas. Todo el ruido del día se había esfumado.

No quedaba nadie. Solo nosotros y ese silencio cómodo que ahora sabía que también podía ser amor.

—¿Y ahora? —preguntó él, con la voz ronca, como si no quisiera romper el momento.

—Ahora sé que no era el juego —susurré—. Eras tú. Siempre fuiste tú.

Me miró como si esas palabras lo sostuvieran. Como si las necesitara más que el aire.

Pero no se abalanzó sobre mí. No hizo ninguna promesa apresurada ni dijo algo cursi.

Solo me rozó los labios con los suyos, suave, y luego apoyó la frente en la mía.

—No soy bueno con las palabras —murmuró—. Pero si me dejas, puedo pasar el resto de mi vida demostrándotelo.

Una sonrisa se coló en mis labios.

—¿Eso es una promesa?

—Eso es un hecho.

—¿Y si te digo que quiero ver constancia? —bromeé.

Él se recostó otra vez en la manta, una mano tras la cabeza. La otra buscó la mía y la sostuvo firme.

—Mañana, si quieres, levanto una maldita granja al lado de esta. Planta por planta. Vaca por vaca.

Me reí.

Y me odié un poco por lo fácil que era quererlo incluso después de todo.

O quizás, justamente por eso.

Porque lo había visto roto, perdido, enfadado con el mundo… y aun así ahí estaba, bajo las estrellas, ofreciéndome su mano, su vida, su nombre.

—No necesito una granja —dije—. Solo necesito que, cuando las cosas se pongan feas, no huyas. Que no te vayas sin decirme nada. Que me mires y me digas la verdad, incluso si duele.

Demon asintió despacio.

—Te lo juro.

—¿Sobre qué?

Él pensó un segundo.

—Sobre mi maldito jet privado —dijo con una sonrisa torcida.

—Vaya. Eso es serio.

—Lo es.

Nos quedamos en silencio unos segundos. La noche seguía su curso como si nada, pero dentro de mí algo se había acomodado.

Como si, después de tanto, por fin, una pieza encajara donde debía.

—¿Y tú? —preguntó él—. ¿Vas a quedarte?

Lo miré. Su expresión era tranquila, pero sus ojos…

Sus ojos estaban cargados de esa mezcla de deseo y miedo que solo tienen los que ya lo perdieron todo una vez.

—Me quedo —dije, clara, sin temblar—. Pero no como antes. No a medias. Si tú saltas, yo salto. Pero si tú corres, Demon… esta vez no iré detrás.

Él apretó mi mano. Firme. Real.

—No pienso correr, muñeca. No otra vez.

Y así, bajo las estrellas, sin promesas rimbombantes ni finales de película, sellamos nuestro nuevo comienzo.

Epílogo

Señora del demonio

Elsa

La vida era sorprendentemente tranquila.

Y no tranquila del tipo "tengo cinco minutos para tomar un café antes de que el mundo se incendie", sino tranquila de verdad.

Paz. Silencio. Rutina.

Cosas que durante meses pensé que no volvería a tener.

O peor: que no merecía tener.

Habían pasado apenas dos semanas desde todo aquel caos. Dos semanas desde los disparos, los cadáveres, la vaca convertida en heroína nacional y Still prometiendo nunca más dejarme sola con Demon porque, según ella, no hay suficientes ríos en el mundo para tanta tensión sexual no resuelta.

Y aun así… ahí estaba. En Sídney, en un taxi, volviendo del trabajo, con el portátil en el bolso y los zapatos en la mano porque, honestamente, nadie en su sano juicio aguanta tacones de doce centímetros todo el día.

Lukas había dicho que la amenaza estaba contenida. Que el hombre que les había puesto precio a nuestras cabezas no solo estaba muerto, sino que su red había colapsado desde dentro gracias a un par de movimientos "no del todo legales, pero muy eficaces".

Nicholas, al parecer, tenía contactos que harían sudar hasta al FBI.

Yo ya no preguntaba. Solo sonreía y asentía.

Kiran había salido del coma, aunque aún estaba en recuperación. Todavía tenía ojeras más grandes que mi bolso favorito y usaba esa bata de hospital como si fuera de alta costura, pero hablaba, reía y me hacía chistes crueles sobre el drama romántico de granero.

Lo cual, para mí, era una señal clara de que iba a estar bien.

Y yo… bueno, yo tenía un nuevo trabajo.

Uno con horarios más flexibles, menos viajes, más tiempo para cosas absurdas como desayunar con calma o ver películas con Demon (aunque él solo aguantara quince minutos antes de quedarse dormido).

Vivíamos juntos. Oficialmente.

En su ático.

En nuestro ático.

Un lugar con vistas al puerto, ventanales inmensos y una cama tan grande que cabían nuestros pasados sin rozarse.

El taxi paró frente al edificio. Pagué, subí en el ascensor, y cuando la puerta del ático se abrió… me encontré con algo que no esperaba.

Velas.

Flores.

Una mesa puesta con elegancia y dos copas esperando.

Parpadeé.

Intenté, sin éxito, recordar si era alguna fecha especial. Aniversario. Cumpleaños. ¿Celebración de que no había habido muertos en quince días?

Nada.

Cerré la puerta detrás de mí con cuidado y avancé despacio por el pasillo. El aroma de la cena flotaba en el aire. Había música suave. La luz perfecta.

Y ahí estaba.

El ático de Demon.

El mío también, ahora.

Convertido por arte de magia —o por obra de un hombre que nunca dejaba de sorprenderme— en un rincón de cuento.

Y no tenía ni idea de por qué.

—¿Demon? —llamé, dejando el bolso en el sofá y los zapatos en el suelo.

Nada.

Avancé un poco más.

La mesa estaba puesta con una perfección que casi me dio miedo: velas encendidas, flores frescas, copas de vino.

Y él. Apoyado contra el marco de la puerta, con ese maldito traje que me hacía olvidar cómo se pronunciaba la palabra dignidad.

—¿Qué es esto? —pregunté, entornando los ojos—. ¿Me olvidé de algún aniversario? ¿Un hito de cuántas veces sobrevivimos a la muerte juntos? ¿El día internacional de los hombres guapos y emocionalmente problemáticos?

—No. Es martes —dijo, con una sonrisa ladina—. Y estoy harto.

—¿Harto? —fruncí el ceño.

—De que no seas oficialmente mía.

El silencio se volvió espeso. Como si el aire supiera que algo importante estaba a punto de pasar.

Demon cruzó la sala. Sacó una cajita negra del bolsillo interior de su chaqueta y se arrodilló como si lo hubiera hecho toda su vida.

Como si no fuera un exsoldado armado hasta los dientes con una historia de traumas, cicatrices y decisiones cuestionables.

Como si estuviera hecho para esto.

—Elsa Vinter, te quiero. A mi manera. Con gritos, celos y esa necesidad obsesiva de protegerte incluso cuando no me lo pedís.

Te amo.

Y quiero que todo el mundo lo sepa.

Quiero que uses este anillo enorme y ridículamente caro para que no quede ninguna duda.

Sé mía. Seré tuyo.

Abrí la boca. La cerré.

Miré el anillo.

¿Era una piedra? ¿Una galaxia comprimida? ¿Un arma de defensa personal?

—¿Estás compensando algo con el tamaño? —pregunté, alzando una ceja.

—Estoy dejando las cosas claras —replicó él, alzando la barbilla—. Este anillo dice no toquen, no miren, ni lo piensen, y ni sueñen con mandarle un mensaje a las tres de la mañana en el juego.

—¿También dice este hombre es un cavernícola posesivo? Porque si no, falta contexto.

Demon sonrió.

—Dice este hombre se arrodilla porque sabe que tú eres lo mejor que le pasó en la vida.

Y también que, si no me decís que sí, lo vamos a discutir… toda la noche. Desnudos. En esta mesa. Con velas. Y sin testigos.

Me crucé de brazos, intentando parecer ofendida. Fracasé.

—¿Esto es una amenaza?

—Una promesa.

Lo miré.

Y lo amé.

Lo odié por hacerme sentir tanto.

Por haberme destrozado.

Por haberme reconstruido.

Por haberme amado sin saber cómo.

—Di que sí, muñeca —susurró—. Y te prometo que voy a hacer que cada día valga la pena. Empezando por esta noche.

Suspiré.

Y extendí la mano.

—Dale, alfa territorial. Ponme la galaxia en el dedo.

Y él lo hizo.

Y mi corazón explotó en silencio.

∞∞∞

Desperté con el cuerpo adolorido y la sonrisa pegada como una estampa en la cara.

También con un tenedor incrustado en el muslo.

No preguntes.

Solo diré que celebramos. Sobre la mesa. En la mesa. Bajo la mesa. En una silla. Y con postre.

Demon dormía boca abajo, con el brazo colgando por el borde del colchón, su anillo en mi dedo brillando como si fuera una bengala.

El móvil vibró en la mesita. Lo ignoré.

Volvió a vibrar. Y luego sonó. Tuve que cogerlo.

—¿Qué? —gruñí, sin abrir bien los ojos.

—¡Tengo una idea genial! —La voz de Grace estalló como fuegos artificiales dentro de mi cráneo. Cerré los ojos con fuerza.

—¿Grace?

—Sí, soy yo. Y antes de que digas que es muy temprano, son las siete y media. Técnicamente es una hora decente para una llamada de emergencia.

—¿Alguien murió?

—No.

—¿Hay secuestros?

—Tampoco.

—¿Ataques enemigos?

—No, pero no lo descartes. Denci está rara. Pero eso no importa ahora.

Me froté la cara.

—Entonces no es emergencia, Grace.

—¡Sí lo es! ¡Porque me caso este fin de semana!

Me senté en la cama tan rápido que casi me desnuca el movimiento.

—¿Qué?

—¡Sí! Duke y yo. Este sábado. Ya hemos esperado demasiado y, después de todo lo que ha pasado… quiero hacer algo bonito, familiar, y un poco caótico. Y pensé: ¿dónde mejor que en la finca de Still?

—¿Le preguntaste?

—Lo hará Demon. Ella no le puede decir que no desde que le vio desnudo… y eso que solo le vio la parte trasera. Me imagino que si ve la parte delantera estarías luchando con ella por Demon.

—¡Grace, al grano!

—Ah, sí… ¡Me caso! ¡Ya estuve buscando en Pinterest! Necesitamos flores silvestres, luces colgantes y, por supuesto, un

arco de madera decorado con ramitas. ¿Tú podrías organizarlo?

—¿Yo?

—Sí. ¿Quién mejor? Eres precisa, tienes buen gusto y no estás en coma emocional como Kookie. Además, Sally sigue desaparecida, Therese está en modo detective y Denci, bueno… está siendo Denci. No me quedan muchas opciones.

—Grace...

—Por favor, Elsa. Te lo pido como tu amiga, tu hermana en la tragedia, la mujer que te vio llorar por amor mientras sostenía una copa de vino y decía te lo dije. Te lo pido porque me lo debes si los halagos no funcionan.

No necesito un evento Kardashian, solo algo bonito. Íntimo. Emotivo. Con buena comida y cero muertos.

Demon murmuró algo a mi lado y se giró, acomodándose contra mi espalda. Sentí su respiración cálida en la nuca y su mano, posesiva como siempre, buscándome por debajo de la sábana.

Suspiré.

—Está bien, Grace. Lo haremos.

—¡Sabía que dirías que sí! ¡Te amo! ¡Eres la mejor!

—Eso ya lo sabía —dije, colgando.

Me giré hacia Demon, que abría los ojos con lentitud felina.

—¿Qué pasó?

—Grace se casa este fin de semana.

Él asintió como si no fuera gran cosa.

—¿Y…?

—Y nos toca organizarlo.

Demon volvió a cerrar los ojos.

—¿Podemos celebrarlo primero en la ducha?

Negué con la cabeza, pero ya estaba sonriendo.

Una boda. Más locura.

Y ahí estábamos otra vez.

Vivos. Unidos.

Felices.

∞∞∞

—¡¿Quién puso esas flores ahí?! ¡No somos una secta, sáquenlas! —La voz de Still resonó por toda la finca como un trueno en primavera. Llevaba una gorra de béisbol mal puesta, una taza de café en una mano y una pala en la otra. Nadie se atrevía a preguntar por la pala.

El caos era absoluto.

Había al menos diez chicos contratados para transformar la finca en un lugar digno de un "sí, quiero" de Grace y Duke. Algunos cargaban sillas, otros instalaban guirnaldas de luces en los árboles, y uno estaba literalmente luchando con un arco floral que se negaba a mantenerse erguido.

Yo estaba en todas partes.

—¡Las flores del camino van en forma de medialuna, no de cruz celta! —grité, corriendo con una tabla de organización, dos clips en el pelo y un vestido que definitivamente había visto mejores días.

Therese supervisaba las pruebas de sonido como si fuera una productora de Broadway. Kookie organizaba las mesas con la precisión de un arquitecto frustrado. Major… estaba desaparecida desde hacía media hora, lo cual me preocupaba. Becca, Marynd, Athena y Violet discutían sobre los manteles. Violet, siempre dulce, simplemente sonreía y decía que sí a todo mientras Neron la rondaba como si de verdad fuera su hermana pequeña.

Y sí, también estaba Olivia.

La encontré sola, junto al río que habíamos bautizado como spa rural. El plan era que todas tuviéramos un día de spa improvisado en el río: manicura con piedras lisas, peeling de barro natural, terapia de gritos en la cascada. Cosas así.

—¿Todo bien? —pregunté con cautela.

Olivia se giró, con expresión serena.

—Sí. Mejor que nunca. —Pausa. Sus ojos se fijaron en mí—. Solo quería decirte que lo de Demon… fue un capricho. Un intento estúpido de llenar un vacío.

No dije nada.

—Él nunca me miró como te mira a ti —continuó, con una sonrisa pequeña—. Me alegra que esté contigo. Me alegra que estés bien.

Me tomó por sorpresa. No porque no creyera en su sinceridad, sino porque dolía menos de lo que imaginé.

—Gracias —dije.

Nos quedamos ahí un momento. Tranquilas. Y luego ella soltó una risa suave.

—¿Empezamos ya? Therese mencionó algo sobre una exfoliación con algas.

—Claro. Pero primero tenemos que atrapar a Major. Estoy segura de que está planeando secuestrar al florista.

—¿Otra vez?

—Siempre.

Nos unimos al resto del grupo de chicas. Risas, chapoteos, trenzas en el pelo y exfoliaciones con barro. Un momento de paz dentro de tanto movimiento. Un suspiro antes del "sí, quiero".

Duke no apareció en todo el día.

“Tradición”, dijo Grace.

"Huye del desastre organizado", pensé yo. Pero no importaba. Todo iba quedando precioso. Rústico, salvaje, único. Como debía ser.

Y yo, en medio del caos, me sentía feliz.

∞∞∞

La luz del atardecer entraba por la ventana como un suspiro dorado. Me quedé quieta frente al espejo, ajustando uno de los pendientes que Therese me había traído de París, mientras, detrás de mí, Demon me miraba como si nunca me hubiera visto antes.

—Estás preciosa —dijo.

Me giré, los labios apretados para no sonreír. Pero fue inútil.

—Es la trenza de guerra. A las chicas les da miedo —bromeé, y él se acercó hasta quedar justo detrás de mí, sus manos en mi cintura, sus labios junto a mi oído.

—A mí no me da miedo. Me dan ganas de encerrarte aquí y perderme entre esos nudos hasta el amanecer.

Me giré del todo, lo abracé con cuidado, sin arrugarme el vestido.

—Ya me tienes. Para lo que queda del día. Después del arroz, el champán y el vals… soy toda tuya. Pero hoy es el día de Grace.

Él asintió, besándome la frente. Su forma de decir "te amo" sin decirlo.

∞∞∞

El cuarto de las chicas era un caos controlado. Brillos, perfumes, telas, risas y gritos que habrían hecho temblar los muros de cualquier convento. Therese peleaba con su corsé. Kookie ensayaba su discurso mientras se comía una galleta. Denci, de buen

humor, peinaba a Becca. Olivia reía con Marynd. Violet grababa un vídeo.

Y Grace, en el centro, estaba sentada en una silla, con las mejillas coloradas y los ojos húmedos.

Me acerqué y me agaché frente a ella.

—¿Estás lista?

Ella me miró. Y asintió. Pero luego, como si no pudiera contenerlo, murmuró:

—Nunca pensé que esto sería real. Ustedes. Nosotras. El juego era solo… eso. Un juego. Y ahora estoy a punto de casarme con el amor de mi vida y están acá. Todas. Reales.

Nos abrazamos. Todas. Un ovillo de mujeres que se conocieron matando bestias y defendiendo castillos. Una hermandad tejida con mensajes de madrugada, estrategias en el chat, lágrimas compartidas sin verse la cara. Y ahora estábamos ahí. De verdad.

—Esto ya no es un juego —dijo Kookie—. Esto es PaL.

Y por una vez, nadie se burló.

La boda fue un sueño.

Los árboles, iluminados por miles de pequeñas luces. Las flores colgando como si hubieran brotado solo para Grace. La música flotando en el aire con un ritmo suave.

Duke en el altar, visiblemente nervioso, vestido como salido de una revista de estilo masculino.

Y Grace… era una visión. Pelo suelto, sonrisa temblorosa, vestido de encaje que parecía hecho con hilos de luna.

Yo estaba junto a las demás, con el corazón más blando de lo habitual.

El cura carraspeó.

—Si alguien tiene algo que decir, que hable ahora o calle para siempre.

Y entonces, un mugido.

Fuerte.

Sonoro.

Proveniente de la vaca, que nadie recordaba haber encerrado.

Todos se quedaron en silencio. Un par de segundos suspendidos en la eternidad… y luego, una carcajada general.

—¡Eso es un sí desde el establo! —gritó Still, secándose una lágrima mientras sujetaba una copa de vino.

Grace rio. Duke se giró hacia la vaca e hizo una reverencia.

Y el cura, con más profesionalismo del que nadie esperaba, continuó:

—En ese caso… los declaro marido y mujer.

Y el mundo, por un momento, fue perfecto.

La música subió de tono justo cuando el sol terminó de esconderse. Las luces se encendieron en guirnaldas sobre el patio, y las mesas —decoradas con flores silvestres y velas en frascos de mermelada— comenzaron a llenarse de platos, risas y promesas de segunda ronda.

Grace y Duke abrieron el baile con un vals poco tradicional que terminó en una vuelta improvisada al ritmo de una canción rockabilly. Nadie se sorprendió. La cara de Grace lo decía todo: estaba en su propio cuento de hadas, y Duke… bueno, Duke la miraba como si acabara de ganar la guerra, el castillo y el dragón juntos.

Nicholas brindó con whisky desde el fondo del patio. Still repartía más carne de la que podías comer en una semana. Therese, con copa en mano, le explicaba a Neron por qué los hombres que se creen irresistibles suelen terminar comiendo sobras solos en su cocina.

Kookie y Lukas discutían sobre estadísticas de daño crítico mientras bailaban. Denci tenía a Violet en un giro tras otro. Marynd y

Becca habían decidido que el spa del río era el mejor invento del siglo.

Quién diría que lo que empezó como una partida más, una distracción entre vuelos y hoteles terminaría así: con un anillo en el dedo, una vaca en el jardín y una familia improvisada de locos que se metieron bajo mi piel.

Lo llamamos juego, pero no tenía nada de ficticio.

Y yo…

Yo estaba en una esquina, copa en mano, viendo todo como si no pudiera creer que esa era mi vida ahora.

Y entonces, lo sentí.

La mano de Demon en mi espalda.

No dijo nada al principio. Solo estuvo ahí. Firme. Cálida. Segura.

—¿Puedo robarte por un momento, señora del demonio?

Reí. Un poco. Porque ya no podía evitarlo cuando él me hablaba así.

—Cinco minutos. Después tengo que asegurarme de que Kiran no esté enseñando fotos comprometedoras del after-party.

Me llevó de la mano, lejos del bullicio, hasta detrás del granero, donde la música llegaba amortiguada, como un eco dulce de una noche que ya era inolvidable.

Nos sentamos sobre una manta que aún tenía pétalos del montaje de la ceremonia.

Demon me miró.

Ese tipo de mirada que una vez odié porque dolía demasiado. Y que ahora entendía.

—Quiero prometerte algo —dijo.

—¿Más promesas? No sé si me quedan dedos.

—Ni dedos, ni excusas, ni segundos desperdiciados. Solo esto. —Tomó mi mano y la besó con una lentitud que me encogió el estómago—. Te prometo que no voy a desaparecer. Que no voy a huir. Que, si algo me da miedo, lo enfrentaré contigo, no huyendo de ti. Y si alguna vez caigo, juro que me levantaré de nuevo… pero solo si estás ahí.

Mi garganta se cerró. La copa temblaba en mi mano, así que la dejé a un lado.

—¿Sabes? —dije, apenas en un susurro—. Solía pensar en esto. Soñaba con un amor así, pero nunca confié en que algún día lo conseguiría.

Él me rodeó con los brazos, como si no pudiera soportar estar más de un centímetro lejos de mí.

—Pero lo tienes. Lo vas a tener para siempre —murmuró.

Nos quedamos ahí, envueltos en la noche, las estrellas encima como testigos silenciosos, el eco de las risas a lo lejos.

—¿Qué sigue? —le pregunté, jugando con los botones de su camisa.

—Todo. Sigue todo. Una casa, una vida, niños. El castillo. Una vaca más, si quieres.

Me reí.

—¿Y si el mundo se cae otra vez?

—Lo reconstruimos. Pero juntos esta vez. Voy a pelear contigo, no por ti.

Lo besé. Lento. Largo.

Con toda la certeza que no tenía hace semanas, pero que ahora me llenaba los huesos como una verdad que siempre había estado ahí.

Y en ese beso había todo.

Las partidas ganadas, las lágrimas derramadas, los silencios entendidos, las pérdidas, las heridas, el fuego, la redención.

La promesa de un “siempre” que no necesitaba jurarse en voz alta porque ya se estaba cumpliendo.

—Te amo —murmuré contra sus labios, apenas audible.

—Te amo más —respondió.

Y no importó si era cierto.

Lo importante era que, por fin, estábamos diciendo lo mismo.

Y que, por primera vez, no había nadie más.

Solo nosotros.

Y las estrellas.

Y el granero.

Y la vaca.

Fin

Bueno, no del todo.

Porque mientras la música seguía sonando en la granja, mientras Elsa y Demon se prometían sin palabras todo lo que aún les quedaba por vivir, en algún lugar oscuro, Sally estaba despierta.

No solo despierta.

Temblando.

De rabia. De furia.

De esa ira callada que hierve despacio, como una olla tapada, a punto de estallar.

Pensaba en cuchillos.

En lo que podía hacer con ellos.

Cómo cortan.

Dónde duele más.

Qué arteria sangra más rápido.

Pensaba en los errores.

Los suyos.

Los de otros.

Los que la llevaron hasta ese infierno sin ventanas ni relojes, donde el tiempo era un castigo más.

Errores que le robaron la risa, la voz, los sueños.

Errores que probablemente iban a robarle la vida.

Pero no hoy.

Porque hoy…

Sally planeaba.

Sally recordaba.

Sally esperaba.

Y mientras esperaba, juró que si lograba salir con vida…

El mundo iba a temblar con ella.

Porque la Sally que todos conocían ya no existía.

Y la que nacería del fuego…

No pensaba perdonar a nadie.

Fin (de verdad)

Agradecimientos

A todos mis lectores... Gracias por sumergirse en este mundo lleno de emoción, risas y, por supuesto, un poco de caos. Cada página, cada palabra escrita, es un reflejo del amor y la pasión que ustedes ponen en la lectura. Sin su apoyo, sin su entusiasmo, este libro no sería lo que es. Espero que hayan disfrutado de cada giro, de cada momento tenso, y de cada risa tanto como yo al escribirlo. ¡Gracias por ser parte de este viaje!

Gracias a Mirna V, Cynthia C, Bego, Mirna M, Angeles, Vanesa Rivero, Yolanda, Euli, Suyi, Faby, Yaima, Ramona, Elena, Ela, Fabiola, Alicia, Lisette, Mara, Delmi, Amaia.

Si quieren saber cuándo publicaré mi próximo libro me pueden seguir en las redes sociales o incluso pueden unirse a mi grupo de Facebook, Los libros de Eva Alexander.

Instagram: https://www.instagram.com/evaalexanderauthor/?hl=es

Facebook: https://www.facebook.com/EvaAlexanderl/?eid=ARAyON4nRcjtinXg5Fzh-nXBlneS3p4KhNIELcBcq8TWpc1GN994XyshvieL6rxBre8W3sWW3hbFrJJm

Grupo: https://www.facebook.com/groups/516967059017790/

Lista libros (si es posible hay que leer en este orden)

Serie Encontrar la felicidad

1.Felices para siempre

2.Mia

3.Sueño de felicidad

4.Ayala

5.El cuento de Evie

6.Simplemente Eva

Sin serie

1.Cumplir un sueño

2. El destino de Lena

Serie El Pacto

1.El hombre perfecto (Olivia y Colin)

2.El hombre inesperado (Ian y Samantha)

3.El hombre soñado (Liz y Ryder)

4.El hombre ideal (Sarah y Max)

5.El hombre insuperable (Iris y Kevin)

Serie Novias

1.Perdida

2. Desesperada

3. Liberada

4. Protegida

5.Ilusionada

Serie La Isla(fantasía)

1. Espérame

2. Sígueme

3. Protégeme

Serie ¿Felicidad? No, gracias (a continuación de Encontrar la felicidad)

1. Avy

2. Aiden

3. Asher

4. Zaid

5. Una esposa para Z

6. Ivo

7. Ivy

8. Zayna

9. Vy

10. Lilith

11. Aurora

12. Aria

Serie Hermanos Cantrell

1. Almas rotas
2. Almas ocultas
3. Almas entrelazadas

Serie Camino de Amor

1. Duchess
2. Elsa
3. Therese (próximamente)